



TROTSKY, por G. Zornow.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

Zimmerwald y Kienthal

**La lucha contra la guerra
imperialista y la degeneración de la
Segunda Internacional: el camino
de la Tercera Internacional**

Recopilación de materiales de las dos
conferencias socialistas internacionales y de
León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Obras Escogidas de León Trotsky
Edicions Internacionals Sedov

Valencia, agosto de 2022



germinal_1917@yahoo.es

Reunimos en este volumen diversos textos de las dos conferencias socialistas internacionales (Zimmerwald y Kienthal) celebradas en 1915 y 1916, en plena guerra imperialista, así como, también, artículos de León Trotsky que conciernen a la celebración, repercusiones y actividades realizadas en el contexto de dichas conferencias, y que jalonan la marcha hacia la construcción de la Tercera Internacional, construcción necesaria ante el hundimiento de la Segunda Internacional como organización al servicio de la revolución social, de la revolución socialista mundial.

Excepto indicación de fuente en nota a pie de página, todos los textos están tomados de nuestras series [Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional, Trotsky inédito en internet y en castellano](#) y de estas mismas [Obras Escogidas de León Trotsky en español \(OELT-EIS\)](#), sin que por ello hayamos agotado los materiales disponibles en ellas de cara al objeto de esta publicación.

Recomendamos, pues, a quien quiera sumergirse más a fondo en el tema, que consulte dichas series, teniendo en cuenta, además, que, como el resto de nuestras series, están en continua construcción. La actual exacerbación del militarismo, impulsada principalmente por el imperialismo norteamericano que ve peligrar su primer puesto entre el resto de imperialismos, pero que escapa tanto de sus manos como de las manos del resto de imperialismos en pugna por imponerse o sobrevivir, exacerbación y dinámica de enfrentamientos que, objetivamente, aquel imperialismo armado hasta los dientes se ve obligado a hacer planear sobre todo el globo terráqueo, por una parte, y la degeneración y destrucción de las organizaciones de masas construidas por las clases obreras y puestas ahora por sus direcciones al servicio del imperialismo, por otra parte, obligan de nuevo a las diversas clases obreras, y a la clase obrera mundial en su conjunto, a enfrentar el dilema *socialismo o barbarie*, dilema cuya única salida positiva (que evite la barbarie a que nos aboca el capitalismo) depende de la acción teórica y práctica de una nueva internacional obrera revolucionaria, sólidamente asentada sobre partidos obreros revolucionarios nacionales de masas. Sí, es una tarea ímproba pero que viene marcada por una necesidad histórica objetiva. También las, a simple vista, ridículas fuerzas reunidas en Zimmerwald y Kienthal tenían ante sí una tarea semejante... la cumplieron, y con ello nos marcaron el camino. Nosotros disponemos del bagaje acumulado por las cuatro internacionales obreras que nos han precedido, por una parte, por otra, nunca en la historia la clase obrera mundial en su conjunto fue tan numerosa ni estuvo tan presente en todos los rincones del mundo.

Como lectura complementaria indispensable dispones en esta misma serie de [La guerra y la Internacional](#), primera reacción a la degeneración de la Internacional Socialista y, si deseas profundizar en el desarrollo de la lucha por la construcción de la Internacional Comunista, de la obra, también de Trotsky, [Los cinco primeros años de la Internacional Comunista](#), en esta misma serie, o de nuestra serie [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#).

Índice

Conferencia de Zimmerwald. Primera Conferencia Socialista Internacional.....	5
La Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald	6
[Broué: Trotsky y la Conferencia de Zimmerwald].....	8
Trotsky: “Paris y Zimmerwald”	12
¡El enemigo principal está en nuestro país!.....	18
Informe oficial.....	21
Declaración conjunta franco-alemana de los socialistas y sindicalistas franceses y alemanes	24
Carta de Liebknecht a la Conferencia de Zimmerwald.....	26
Manifiesto de la Conferencia de Zimmerwald	28
Comunicado de simpatía.....	31
Dos declaraciones sobre el Manifiesto de Zimmerwald	32
Proyecto de resolución de la Izquierda de Zimmerwald.....	33
Proyecto de manifiesto de la Izquierda de Zimmerwald.....	35
Conferencia de Kienthal. Segunda Conferencia Socialista Internacional	37
La Conferencia Internacional de Kienthal	38
León Trotsky: Proyecto de manifiesto para la Conferencia de Kienthal	40
Preparativos, condiciones de admisión y delegaciones.....	43
La actitud del proletariado frente a los problemas de la paz	46
El Buró Socialista Internacional y la guerra.....	49
A los pueblos que arruinan y matan.....	51
Zimmerwald y Kienthal, León Trotsky en el camino hacia la Tercera Internacional	54
Todavía hay socialdemócratas.....	55
¡Hasta el final!	56
Problemas y métodos de nuestra lucha	57
Declive y renacimiento de las antiguas agrupaciones del socialismo.....	57
Las nuevas agrupaciones en el socialismo	59
División y unidad	61
Sí, ¡la Conferencia de Zimmerwald se ha celebrado!	65
Principales datos fácticos sobre la Conferencia de Zimmerwald	66
P. Grimm y O. Morgari.....	68
C. Rakovsky y B. Kolarov	70
Lebedour y Hoffmann.....	72
Kautsky, Bernstein y Haase	74
Las actividades de la izquierda en Alemania	76
Los trabajos de la Conferencia de Zimmerwald.....	77
Conclusiones	82
Ecos de Zimmerwald. Respuesta a Axelrod.....	84

Ecós de Zimmerwald. Los austríacos en Zimmerwald	85
Los agrupamientos en la socialdemocracia alemana	86
La declaración de los veinte	88
¿Zimmerwaldianos o gvosdievanos?	89
En la lucha por la III Internacional	91
Hacia el cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata	93
Fechas	95
Divergencia fundamental	97
Los agrupamientos en la socialdemocracia rusa.....	101
Dos caras.....	103
Maniobras de los longuetistas	104
La declaración propuesta al Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales	105
En el Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales	107
¿Cómo combatir al longuetismo?	107
Conferencia de los neutrales... conferencia de las sombras.....	109
Estrategia y política socialistas.....	111
Las impresiones y generalizaciones de Miliukov	113
1.- Victoria y libertad.....	113
2.- Zimmerwaldianos y longuetistas.....	115
La crisis del socialismo francés	117
El futuro de los espartaquistas.....	121
En la escuela de la guerra.....	122
¿Qué decía la Internacional sobre la defensa de la patria?	124
A modo de epílogo 1: Programa de paz	126
I ¿Qué es el programa de paz?.....	128
II “Statu quo ante bellum”	130
III El derecho a la autodeterminación.....	131
IV Los Estados Unidos de Europa.....	133
Epílogo de 1922.....	137
A modo de epílogo 2: El pacifismo, al servicio del imperialismo	138

**Conferencia de
Zimmerwald. Primera
Conferencia Socialista
Internacional
(5-8 de septiembre de 1915)**

La Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald¹

Breve historia y su realización

El acta del secretariado de la conferencia presenta así las cosas: “*Del 5 al 8 de septiembre de 1915 ha tenido lugar en Zimmerwald (Suiza) una Conferencia Socialista Internacional, la primera reunión general de los socialistas internacionales desde el comienzo de la guerra.*”

La guerra ha destruido súbitamente las relaciones internacionales del proletariado. No se ha tratado solamente de una interrupción superficial de las antiguas relaciones. Los partidos socialistas y las organizaciones obreras de los diversos países abandonaron no únicamente el terreno de la lucha de clase sino, también, el de la solidaridad internacional. Todavía ahora prevalecen las tendencias nacionalistas. Los antagonismos nacionales que determinaban antes de la guerra la política de los gobiernos burgueses y que, siempre, fueron combatidos por el proletariado, se han apoderado de la clase obrera desde el inicio de la guerra. Esos nuevos antagonismos se acentuaron más con la actitud de la prensa obrera que se puso en diversos países al servicio de los gobernantes. Defendiendo su política de guerra, a menudo incluso sus objetivos de guerra e intenciones de conquista, predicaba como nuevo evangelio social la solidaridad nacional de los obreros y sus opresores en lugar de la solidaridad internacional del proletariado.”

Significación y alcance de la conferencia

Los datos muestran bien cuánto tiempo fue necesario para lograr poner en pie una conferencia internacional. El informe oficial relata detalladamente todos los intentos de llegar a reunir a los partidos socialistas de los países beligerantes: todos estuvieron avocados al fracaso. A la obstinación de los socialistas italianos y suizos se debe la realización de la conferencia de Zimmerwald que marca, si no el primer (le precedió una conferencia internacional de las mujeres socialistas y también una de las juventudes socialistas²), sí al menos el primer encuentro de militantes socialistas hablando en nombre del movimiento obrero en su conjunto.

En calidad de tal, esta es verdaderamente una fecha de gran importancia. Ciertamente que, en aquellos momentos, era necesaria una gran confianza en los recursos de la lucha de clases para apreciarla como un jalón en la reconstrucción del movimiento obrero, roto literalmente por el paso de los grandes partidos socialistas de los países en guerra al lado de los intereses de su propia clase dominante.

En plena guerra mundial, a dos o tres horas de viaje en tren, se desencadenaba un infierno de fuego y hierro sin precedentes en la historia de la humanidad, del que nada permitía confiar en el final, era necesaria, en efecto, una gran confianza para considerar que una cuarentena de delegados del movimiento obrero internacional, que cabían en cuatro coches encargados de llevarlos al pueblo de Zimmerwald, al sur de Berna, podría mantener una conferencia que se fijase echar las bases de la reconstrucción del internacionalismo y participar así, de forma casi invisible pero muy real, en la finalización de la carnicería. Conjuntamente, la conferencia contribuyó a la preparación de una salida

¹ Versión al castellano desde “La conférence socialiste internationale de Zimmerwald”, en *Les cahiers du mouvement ouvrier*, número 64, cuarto trimestre de 2014, páginas 35-36.

² “[¡A las mujeres trabajadoras del mundo entero!] Manifiesto Conferencia Internacional Mujeres Socialistas, Berna”, en nuestra serie [Internacional de Mujeres Socialistas](#).

socialista, en un proceso sin dudas diversificado en cada país, pero llamado a convertirse cada vez más revolucionario. Sin duda alguna, la maduración de una solución revolucionaria era, para unos, consciente e inconsciente, o semiconsciente, para otros. Pero en aquellos momentos, se realizó la unidad que llevó más lejos, hacia el futuro, al “núcleo duro” del movimiento obrero.

Es indiscutible que el nuevo eje que había que escoger para reconstruir la conciencia internacionalista organizada, todavía era objeto de una formulación vacilante. Las resoluciones adoptadas y el manifiesto dirigido a los pueblos en guerra no aludían a la idea de una nueva internacional que debería proclamarse tras levantar acta de la muerte política³ de la Segunda Internacional⁴. Nada de eso, ya que entre los delegados había apreciaciones divergentes sobre este punto. Esquemáticamente se puede decir que unos, los más numerosos (y con matizaciones entre ellos), pensaban que se trataba de volver a darle un nuevo aliento a la Segunda Internacional, esforzándose, por decirlo así, en recoger las porciones, mientras que otros consideraban que hacía falta comprometerse en la vía de una tercera internacional. Además, entre estos últimos, algunos de ellos consideraban que la consigna de la paz no era una consigna proletaria⁵, que tenía connotaciones religiosas, que era más moral que política y, por tanto, sin alcance práctico. De este modo, a los militantes de la categoría que acabamos de citar se les planteaba un problema: instalarse en sus posiciones o consentir con una posición de compromiso, sabiendo que, en aquella situación de gran dificultad, todo paso adelante, incluso modesto, constituía un elemento precioso, desde el momento en que uno se situaba en la perspectiva de una ayuda política a llevar a los pueblos aplastados por el infierno de la guerra⁶.

Cierto que el manifiesto denunciaba el voto del presupuesto de guerra, pero no aludía más que de esta forma, implícitamente de alguna manera, a la actitud que debería tener de allí en adelante el parlamentario zimmerwaldiano.

Finalmente, los documentos se adoptaron por unanimidad.

³ Muerte política de una organización que había traicionado su función como útil de emancipación del proletariado mundial, lo que no quiere decir desaparición en tanto que aparato internacional que podía servir a los intereses contrarios que presidieron su fundación. La Segunda Internacional ha sobrevivido en ese papel hasta nuestros días.

⁴ Ver nuestras series [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales e Internacional de Mujeres Socialistas](#).

⁵ Esta era la posición de Lenin y de su corriente.

⁶ “*El comité director del partido italiano, reunido en Bolonia el 15 de mayo de 1915, de acuerdo con los socialistas de otros países y tras el informe del ciudadano Morgari, que había conferenciado con los camaradas de los países beligerantes y neutrales, decidió tomar la iniciativa de la convocatoria de una conferencia internacional. Se dirigieron invitaciones a todos los partidos, organizaciones obreras o grupos que se sabía se habían mantenido fieles a los antiguos principios y resoluciones de la Internacional Obrera. Tuvieron lugar deliberaciones entre socialistas suizos e italianos que llevaron al principio a una reunión preliminar, el 11 de julio de 1915 en Berna. En esta reunión se fijaron el objetivo y carácter de la conferencia proyectada. Se estuvo de acuerdo en que la conferencia a convocar no tendría en absoluto como objetivo la creación de una nueva internacional, sino que su tarea sería sobre todo llamar al proletariado a una acción común por la paz, crear un centro de acción y tratar de conducir de nuevo a la clase obrera a su misión histórica*” (informe de la conferencia [los CMO no indican si las negritas son de ellos o del informe]).

[Broué: Trotsky y la Conferencia de Zimmerwald]⁷

Trotsky llevó en Francia, como en otras partes, una vida de trabajo, comenzando la jornada con una lectura muy completa de la prensa parisina, después participando en la reunión de la redacción, que trataba los problemas del diario, de sus finanzas y de su línea. Siempre se las arreglaba para pasar algunas horas en casa con los niños. Además, tenía que ganarse la vida redactando para la *Kiesvskaya Mysl* crónicas militares, lo que exigía, de su parte, estudios serios de teoría militar que realizaba en biblioteca, en los libros y revistas especializados. Continuó con sus viajes (al Havre, por ejemplo) y sus visitas a los hospitales para interrogar a los heridos, se mantenía a la escucha de los soldados de permiso y de los refugiados. Se cuenta con excelentes crónicas salidas de su pluma: entrevista a un voluntario serbio, recuerdos sobre Juarès y Vaillant, numerosos análisis sobre la técnica de la guerra moderna, la psicología de la guerra de trincheras. Hasta 1923 no publicó sus “Extractos de un viejo diario” sobre París en 1916.

El primer año de estancia parisina de Trotsky durante la guerra lo colocó en una situación más bien favorable en el seno de la emigración rusa. Poco a poco se impuso en detrimento de Mártoov, se convirtió en el alma de *Nache Slovo*. Al mismo tiempo, devino uno de los animadores del grupo internacionalista francés, el dirigente incontestable de su izquierda. Evidentemente debió tales posiciones a su reputación (una notoriedad que desbordó las fronteras del pequeño mundo de militantes), pero mucho más, además, a sus dotes personales, notablemente a su poder de convicción. En cualquier caso, de golpe ocupó un lugar preferente para el reagrupamiento internacional de los adversarios de la guerra, que no tardaría en ponerse al orden del día.

La iniciativa del reagrupamiento procedió de los partidos socialistas de los países neutrales. El papel de Rakovsky entre bambalinas, y cerca del partido suizo, fue considerable. Fueron los emisarios de este último, como los del PSI, lo que contactaron en París con los opositores a la guerra.

A fines de enero de 1915, uno de los dirigentes del PS suizo, Robert Grimm, mandatado por su partido, viajó a París para sondear las posibilidades de retomar las relaciones internacionales. Su entrevista con Pierre Renaudel, dirigente socialista, se vio limitada a constatar la imposibilidad de hacerlo y, entonces, contactó con *Nache Slovo*, encontrándose en Quai de Jemmapes con los animadores del grupo “rusopolaco”, como se les decía entonces, y del grupo francés de *La Vie ouvrière*. El segundo representante extranjero que visitó París, algunos meses más tarde, fue el diputado socialista italiano Morgari, que en el mismo período fue a Gran Bretaña y Alemania a fin de generar interés en una conferencia socialista internacional. Tropezó duramente con Vandervelde, que le aseguró que ¡no convocaría al ejecutivo internacional mientras que un solo soldado alemán estuviera ocupando un hogar de los obreros belgas! Trotsky recuerda en *Mi vida*⁸ un encuentro con él en los grandes bulevares en la terraza de un café: algunos diputados socialistas presentes se eclipsaron en cuanto fue cuestión de falsos pasaportes para viajar a Suiza. Morgari visitó después la boutique del Quai de Jemmapes, se reunió con la gente de *Nache Slovo* y de *La Vie ouvrière*. A consecuencia de su viaje y reuniones, el PS italiano decidió convocar una conferencia internacional: una comisión reunida en

⁷ Versión al castellano desde P. Broué, *Trotsky*, Fayard, París, 1988, páginas 153-157.

⁸ Ver más abajo en esta misma obra.

Berna el 11 de julio puso a punto la preparación de lo que iba a ser la Conferencia de Zimmerwald, organizada por Grimm.

Como Pierre Monatte estaba movilizado, el grupo de VO eligió como delegados a Merrheim, Bourderon y Rosmer. También movilizado, este último no pudo viajar finalmente y los dos primeros rehusaron obstinadamente antes de su partida dejarse atar las manos con cualquier mandato. *Nache Slovo*, por su parte, designó a Mártoov, Manuilsky y Trotsky. En los debates alrededor de la validación de los mandatos, ya en Suiza, los dos primeros aceptaron dejar a Trotsky su mandato con derecho a voto, validado, a pesar de las protestas de Lenin, que cuestionaba la representatividad del grupo.

La conferencia se celebró del 5 al 9 de septiembre de 1915 en la aldea de Zimmerwald, a 10 kilómetros de Berna: cuatro vehículos fueron suficientes para llevar allí a la totalidad de los delegados, un poco apretados, sin embargo. El sábado por la noche, invitado a la reunión de la izquierda por Lenin, Trotsky había pedido permiso para llevar a ella a los franceses. Pero el informe de Radek echó un jarro de agua fría: “Condena formal de los socialistas nacionalistas, denuncia de la Unión Sagrada, llamamiento al proletariado para la vuelta a la táctica socialista, lucha de clases y actos revolucionarios”. Inquieto ante semejantes perspectivas, Merrheim precisó también que él solamente quería la lucha por la paz y la organización de la propaganda en ese sentido. El domingo por la mañana, Trotsky asistió como interprete a la reunión de los delegados franceses y alemanes; por la tarde, antes de la partida, estalló un vivo incidente entre él y el periodista francés Grumbach⁹, un alsaciano que firmaba “Homo” en *L’Humanité* y que encarnaba a sus ojos el socialchovinismo.

En la conferencia propiamente dicha, tras la presentación de los informes por países, Lenin intervino el primero para proponer una resolución y un manifiesto. Muy pronto fue evidente que la mayoría de los delegados presentes (una veintena) no lo apoyarían (sólo había ocho fieles), y que querían poner la paz en el centro de la lucha internacional. Trotsky intervino el último y por una vez vio coronados por el éxito sus esfuerzos de conciliación: explicó que el proyecto de resolución de los bolcheviques no estaba suficientemente centrado en el eje de la acción inmediata a favor de la paz y que su programa de acción se aplicaba a un futuro demasiado lejano. Consideraba, por el contrario, que las preocupaciones de los adversarios de Lenin eran demasiado exclusivamente pacifistas e insuficientemente socialistas. Propuso, pues, un compromiso, colocando la paz en el centro, pero tratando de forma socialista las causas de la guerra. Se estableció el acuerdo general sobre un contenido de este tipo y la designación de una subcomisión, formada por Grimm y él, que adoptó su proyecto, aprobado por la conferencia por unanimidad y sin enmiendas.

El *Manifiesto de Zimmerwald* definía la guerra como un producto del imperialismo y caracterizaba sus resultados como “quiebra de la civilización, depresión económica, reacción política”¹⁰. Recordando las posiciones de la [Segunda] Internacional, aseguraba que los dirigentes de los partidos y el Buró Socialista Internacional habían fallado en su tarea. Explicaba que los minoritarios se habían reunido en Zimmerwald “para renovar los lazos rotos de las relaciones internacionales, para llamar a la clase obrera a volver a tomar conciencia de sí misma y arrastrarla a la lucha por la paz, una paz sin ocupaciones ni anexiones, sin sometimientos económicos, respetando el derecho de los pueblos a disponer de sí mismo”. Acababa con un llamamiento a lucha “en el terreno de la lucha de clases irreductible” y a actuar “por el objetivo de la paz entre los pueblos” y la famosa fórmula: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”

⁹ Ver más abajo en esta misma obra “Estrategia y política socialista”.

¹⁰ Ver más abajo en esta misma obra.

Zimmerwald era un giro decisivo. La conferencia dio un nuevo impulso al movimiento a punto de desarrollarse. Sin que muchos tuviesen conciencia de ello, incluso entre sus participantes, la conferencia constituyó sin duda alguna la primera piedra en la construcción de la Nueva Internacional (que su manifiesto no menciona, contra las convicciones de su redactor). A pesar de la censura, Trotsky logró comentarla en *Nache Slovo*: ironizaba sobre sus adversarios, que trataban de negar su importancia y silenciarla mediante la censura, asegurando que la conferencia de Zimmerwald había salvado el honor de Europa.

Por supuesto que la celebración de la conferencia aceleró también rupturas y acercamientos. La polémica de Lenin, que votó el texto redactado por Trotsky, bajó de tono. Los desacuerdos subsistían en toda su amplitud en cuanto al “derrotismo revolucionario” y la consigna de los “Estados Unidos de Europa”, pero Lenin comenzó a pensar que le era posible hundir una cuña entre los internacionalistas que rodeaban a Trotsky y los mencheviques más o menos “defensistas” con los que él había roto.

Mártov permaneció en Suiza tras Zimmerwald, abandonando así la redacción de *Nache Slovo*: sus divergencias con el periódico parisino no dejaron de agravarse y muy pronto abandonó su colaboración con un órgano que él consideraba que de ahí en adelante estaba abiertamente orientado hacia Lenin y los bolcheviques. En Francia, en el seno del Comité de Acción Internacional, después del Comité para la Recuperación de las Relaciones Internacionales, los internacionalistas se reagruparon después de Zimmerwald aprovechando su impulso, y se vio aparecer nuevas discrepancias entre una izquierda, situada en las posiciones de Trotsky, y Merrheim, abiertamente hostil a este último. Al mismo tiempo, las ideas expresadas en el CRRI [Comité por la Reanudación de las Relaciones Internacionales] por su ala izquierda comenzaron a hacer camino en las filas del partido socialista tras Jean Longuet. Trotsky se esforzó en abrirle la vía con una denuncia muy vigorosa del carácter ambiguo de la oposición “longuetista”, a la vez pacifista y oportunista, que él consideraba como el principal obstáculo en adelante al desarrollo de una corriente revolucionaria.

Las infiltraciones e informes de la policía sobre el CRRI nos permiten seguir el ascenso en su seno del antagonismo entre Trotsky y Merrheim. Los informes atestiguan particularmente incidentes en abril de 1916 y la acusación de “escisionista”, lanzada por Merrheim contra Trotsky. El asunto se agravó todavía más en julio, cuando Merrheim expresó reservas sobre la entrada de “un ruso” en la comisión ejecutiva y le reprochó a Trotsky a propósito de esto su “falta de tacto”, es decir, y en resumidas cuentas, intervenir de forma militante en el seno del movimiento obrero francés, una acusación en contradicción absoluta con la tradición obrera de acogimiento y completa igualdad de derechos de los refugiados políticos.

Trotsky endureció el tono. Se trataba de templar en Francia una minoría que, en un primer momento, era preciso proteger de la presión contagiosa de los centristas longuetistas, cierto que críticos, pero todavía aferrados a los faldones de los socialpatriotas y partidarios de la unidad a cualquier precio. En un proyecto de resolución escribía:

“La lucha revolucionaria de clases, la acción enérgica contra la guerra, sin ninguna consideración de defensa nacional de orden estratégica militar o de orden política civil, son las conclusiones primordiales que se deducen del verdadero espíritu socialista internacionalista. Hay que decirle esto directamente a la clase obrera.”

Bourderon, próximo a Merrheim, no estaba lejos de la verdad cuando aseguraba: “Trotsky quisiera hacernos abandonar el partido y arrastrarnos hacia una Tercera Internacional.”

La policía se preocupó mucho de la Conferencia de Zimmerwald y de sus consecuencias en Francia. Como lo muestran los informes franceses cuyas copias se han conservado en los archivos de la Ojrana, las altas esferas estaban muy irritadas con la forma en que Trotsky, engañando la censura, logró publicar en *Nache Slovo* un informe de la conferencia¹¹. Un responsable de la policía francesa escribe al respecto:

“Creemos nuestro deber llamar la atención de quien corresponda sobre el hecho innegable que *Nache Slovo* es el solo y único diario en Francia que ha podido, despreciando la censura, (que no autoriza ninguna publicidad de la dicha conferencia), propagar las informaciones más detalladas sobre la conferencia.”

La prueba del éxito de *Nache Slovo* y de la empresa de Trotsky en Francia, al mismo tiempo que la condena a plazo fijo tanto del diario como de su redactor, se encuentra en la afirmación de ese mismo informe según la cual el contenido de los artículos “penetra [...] en los medios obreros franceses y en su organización política” y que así “paralizan todos los esfuerzos del gobierno [...] tendentes a obstaculizar la propaganda de las ideas de la conferencia de los sin patria”.

En julio de 1916 el profesor de sociología Emile Durkheim, presidente de la comisión encargada de los refugiados rusos en Francia, hizo saber que se debía prohibir *Nache Slovo* y expulsar a Trotsky.

¹¹ Sin embargo, y hasta donde sabemos, también *L'Union des metaux*, órgano de la Federación de Obreros Metalúrgicos y Similares de Francia, publicó en su número 62, mayo-diciembre de 1915, en sus páginas 18-21 tanto un informe sobre la conferencia como el manifiesto completo. EIS.

Trotsky: “Paris y Zimmerwald”¹²

El 19 de noviembre de 1914 crucé la frontera de Francia en calidad de corresponsal de guerra del *Kievskaya Mysl*. Acepté de muy buen grado la oferta del periódico, puesto que me brillaba la posibilidad de ver la guerra más de cerca. París estaba triste. Al caer la noche, las calles se hundían en las tinieblas. De vez en cuando, se presentaban a girar una visita los zeppelines. Después de la batalla del Marne, en que se rompió la ola arrolladora de los ejércitos alemanes, la guerra se hizo cada vez más exigente y despiadada. En medio de aquel caos desmandado que devoraba a Europa, en medio del silencio de las masas obreras, defraudadas y traicionadas por la socialdemocracia, funcionaban automáticamente las máquinas de destrucción. La civilización capitalista, al esforzarse por hundir el cráneo a la humanidad, desarrollaba *ad absurdum* la idea en ella implícita.

Por aquellos días en que los alemanes se acercaban a París los patriotas burgueses de Francia evacuaban la capital, dos emigrados fundaban en París un pequeño periódico impreso en ruso. Este periódico tenía por misión ilustrar a los rusos residentes en aquella ciudad acerca de los acontecimientos que se estaban desarrollando, e impedir que la llama de la solidaridad internacional se extinguiese del todo. La “caja” de los editores contaba, antes de lanzar al mercado el primer número, con un capital de 30 francos, ni uno más ni uno menos. Nadie “que estuviese en su sano juicio” podía pensar que con semejante capital efectivo pudiera fundarse un periódico diario. Y la verdad es que a pesar de no tener que pagar redactores ni colaboradores, atravesábamos, todas las semanas, una vez cuando menos, una crisis de la que parecía que no íbamos a poder salir. Y, sin embargo, salíamos. Los cajistas, entusiastas del periódico, pasaban hambre, los redactores recorríamos la ciudad con la lengua fuera buscando las dos docenas de francos que nos hacían falta, y el número salía puntualmente. El periódico fue bandeándose como pudo, acosado de un lado por el déficit y del otro por la censura, desapareciendo a temporadas para volver a reaparecer en cuanto podía, durante año y medio; es decir, hasta la Revolución de Febrero de 1917. A poco de llegar a París, empecé a colaborar arduosamente en el *Nache Slovo*, que por aquel entonces se publicaba todavía con el título de *Golos* (La Voz). La necesidad de producirme diariamente en el periódico era, para mí mismo, un medio magnífico para mantenerme al tanto de los sucesos importantes y aguzar la orientación. Y las experiencias recogidas en el *Nache Slovo* habían de prestarme magníficos servicios más adelante, cuando hube de tomar en mis manos los asuntos de la guerra.

Mi familia no vino a Francia hasta el mes de mayo de 1915. Nos instalamos en Sèvres, en una casita que puso a nuestra disposición por algunos meses un amigo nuestro, el pintor italiano René Parece. Los niños iban a la escuela de Sèvres. La primavera era espléndida y el verde de los campos parecía aquel año mucho más delicado y hermoso. Pero cada vez era mayor el número de mujeres enlutadas. Los chicos de la escuela se quedaban sin padres. Los dos ejércitos iban hundiéndose en la tierra. No se veía salida. Clemenceau comenzó a atacar a Joffre desde su periódico. La reacción latente se preparaba para un golpe de estado. De ello corrían rumores, de boca en boca. Hacía dos

¹² Capítulo del mismo nombre en León Trotsky, *Mi vida. Autobiografía. Con apéndice y anexos*, OELT-EIS, páginas 170-175, del formato pdf;

días que en las columnas de *Le Temps* no se llamaba al parlamento más que “el asno”. Esto no era obstáculo para que el mismo *Temps* exigiese de los socialistas el más estricto respeto a la unidad nacional.

Jaurès ya no existía. Fui a visitar el Café du Croissant, donde le habían asesinado deseoso de descubrir sus huellas. Por muy alejado que estuviese políticamente de aquel hombre, era imposible no sentir la atracción de su gran personalidad. El mundo espiritual de Jaurès, hecho de tradiciones nacionales, de la metafísica de los principios morales, del amor a los oprimidos y de una gran imaginación poética, encerraba rasgos aristocráticos muy acusados; nada más opuesto que la suya a la faz espiritual de Bebel, de una magnífica sencillez plebeya, y, sin embargo, los dos estaban a cien codos por encima de sus sucesores. Yo había oído hablar a Jaurès en los mítines parisinos, en los congresos y en las comisiones internacionales, y siempre le escuchaba como si le oyese por primera vez. No solía confiarse a la rutina, casi nunca se repetía, buceaba constantemente en sí mismo y movilizaba una y otra vez, con vigor siempre nuevo, las fuerzas subterráneas de su espíritu. A una energía imponente, obra de la naturaleza como una catarata, unía aquella suavidad que brillaba sobre su espíritu como el reflejo de una elevadísima cultura. Aquel hombre derribaba rocas, conjuraba el trueno estremecía el bosque, pero no se ensordecía jamás ni se embotaba, estaba siempre en guardia, atento con su fino oído a todos los ecos, para recogerlos y oponerles su réplica, réplica a veces despiadada, que barría como una tempestad los obstáculos que se alzaban en su camino, a veces bondadosa y blanda como de maestro o hermano mayor. Jaurès y Bebel eran los antípodas, y a la vez las dos personalidades descollantes de la Segunda Internacional. Y los dos eran profundamente nacionales: Jaurès, por su fogosa retórica latina Bebel, por su sequedad protestante. Yo sentía admiración por ambos, aunque por cada uno a su modo. Bebel había muerto por agotamiento físico. Jaurès cayó en lo mejor de la vida. Pero los dos murieron a tiempo. Su muerte señala el momento en que termina la misión histórica de progreso de la Segunda Internacional.

El partido socialista francés atravesaba por una crisis de total desmoralización. No había nadie que pudiese ocupar el lugar que Jaurès dejara vacante. Vaillant, antiguo “antimilitarista”, daba rienda suelta en sus artículos diarios al patriotismo más furioso. Un día, hube de encontrarme casualmente con el viejo Vaillant en el “Comité d’action”, integrado por representantes del partido y de las organizaciones sindicales. Vaillant se asemejaba a su sombra, a la sombra del blanquismo hermanada con las tradiciones de la guerra los sansculottes en la época de Raimundo Poincaré. Aquella Francia de antes de la guerra, con su población cada vez más mermada y las formas conservadoras de su economía y su cultura, le parecía a este socialista el único país de vitalidad y de progreso, la nación elegida y libertadora que con sólo tocar a otros pueblos los despertaba a la vida espiritual. Su socialismo era patrioterismo, y su patrioterismo mesiánico. Julio Guesde, el caudillo del ala marxista, que se había agotado luchando largos años contra los fetiches de la democracia, sólo encontró fuerzas para ir a poner su autoridad moral inmaculada a los pies del “altar” de la defensa nacional. Aquello era un verdadero barullo. Marcel Sembat, autor del libro titulado *¡Traed un rey o dejadnos en paz!*, secundada a Guesde en el gabinete de... Briand. La “dirección” del partido fue a parar por algún tiempo a manos de Renaudel. Al fin y al cabo, alguien tenía que ocupar la vacante de Jaurès. Con mucho esfuerzo, conseguía imitar un poco los gestos y la voz tonantes del caudillo asesinado. Longuet seguía las huellas de Renaudel, aunque con una cierta perplejidad, que quería hacer pasar por tendencia izquierdista. Con su conducta, nos daba a entender que a Marx no podía hacerse responsable de sus nietos. El sindicalismo oficial representado por Jouhaux, presidente de la “Confédération Générale”, había palidecido en veinticuatro horas. Los mismos que habían “negado” el estado en tiempos de paz, se

postraban de hinojos ante él al estallar la guerra. Aquel clown revolucionario llamado Hervé, el antimilitarista furibundo de ayer, nos mostraba ahora su reverso, y, aunque convertido en patrioter furibundo, seguía siendo el mismo clown complacido de sí mismo. Y como si quisiera burlarse de sus ideales de ayer, conservaba a su periódico el título de *La Guerre Sociale*. Todo aquello parecía una luctuosa mascarada, un carnaval fúnebre. No era extraño que uno pensase: no, nosotros estamos hechos de una materia más sólida; los acontecimientos no nos han arrollado; hemos previsto muchas cosas que han ocurrido, predecimos algo de lo que ha de acontecer y no nos cruzamos de brazos. ¡Cuántas veces no apretamos los puños viendo a aquellos Renaudel, Hervé y demás gentes que pretendían confraternizar desde lejos con Carlos Liebknecht! Los elementos de oposición que andaban dispersos por el partido y las organizaciones sindicales no daban apenas señales de vida.

La figura más interesante con que me encontré en París entre los emigrados rusos fue, sin duda alguna, Mártoov, caudillo de los mencheviques, una de las cabezas más inteligentes que he conocido. La desgracia de este hombre era que el destino le había hecho político en una época revolucionaria, sin haberle equipado con la fuerza de voluntad indispensable. En la economía espiritual de Mártoov no reinaba el equilibrio, y esto se revelaba trágicamente siempre que tenía que enfrentarse con algún gran acontecimiento. Pude observarle en tres momentos históricos: en 1905, en 1914 y en 1917. La primera reacción que provocaban en él las cosas era, casi siempre, revolucionaria. Pero antes de que tuviese tiempo para llevarla al papel, empezaban a acosarle por todas partes las dudas. En su espíritu, rico, elástico y variado, faltaba el nervio de la voluntad. En las cartas que escribía a Axelrod en 1905, en el momento culminante de la primera revolución rusa, Mártoov se lamentaba amargamente de que no acertaba a concentrar sus ideas. Y cuando pudo concentrarlas, ya había sobrevenido la reacción. Al estallar la guerra, se lamentaba nuevamente, diciendo que los sucesos ocurridos le habían hecho perder casi la razón. Finalmente, en 1917, después de dar un viraje inseguro hacia la izquierda, entrega la jefatura de su fracción a dos hombres como Tseretelli y Dan, el primero de los cuales no le llegaba ni a las rodillas, en punto a inteligencia, y el otro, ni en eso ni en nada.

El 14 de octubre de 1914, Mártoov escribía a Axelrod lo siguiente: “Antes que con Plejánov, podíamos aliarnos acaso con Lenin, que, según indican todas las apariencias, se dispone a dar la batalla contra el oportunismo dentro de la [Segunda] Internacional.” Pero estos estados de ánimo duraban poco en él. En París, le encontré ya en un estado de depresión. En el *Nache Slovo* se libró entre nosotros, desde el primer día, un duelo reñidísimo, que acabó separando a Mártoov de la redacción y más tarde de la lista de colaboradores.

A poco de llegar a París, fui con Mártoov a visitar a Monatte, uno de los redactores de la revista sindicalista *La vie ouvrière*. Monatte, que había sido maestro de escuela y luego corrector de imprenta, y que tenía todo el aspecto de un obrero parisino típico y una cara inteligente y de gran carácter, no pactó ni un momento con el militarismo ni con el estado burgués. ¿Pero dónde encontrar la salida? En este punto, se desviaban nuestros pareceres. Monatte “negaba” al estado y la lucha política. Sin embargo, el estado no se preocupó en lo más mínimo de su “negación” y le obligó a vestir los pantalones encarnados y la guerrera después de haber lanzado Monatte una protesta ruidosa contra el patrioterismo sindicalista. A través de Monatte, trabé relaciones bastante íntimas con el periodista Rosmer, que pertenecía también a la escuela anarcosindicalista, aunque estaba ya (como habían de demostrar los hechos) más cerca del marxismo que los guesdistas. Con Rosmer me une desde entonces una estrecha amistad, que ha resistido a todas las pruebas de la guerra, la revolución, los sóviets y la campaña contra la

oposición... En aquella etapa parisina conocí, además, a una serie de representantes del partido obrero francés de que entonces no había tenido noticia: al secretario de la asociación de metalúrgicos, Merrheim, aquel hombre tan cauto, tan astuto y tan obsequioso, cuya vida tuvo tan triste fin; al periodista Guilbeaux, condenado más tarde a muerte en rebeldía por supuesto delito de “alta traición”; a “papá”, Bourderon, secretario del sindicato de toneleros; a Lorient, un maestro que caminaba hacia el socialismo revolucionario, y a muchos más. Nos veíamos todas las semanas en el Quai de Jemappes, y a veces nos reuníamos con más gente en la Grange-aux-Belles, nos comunicábamos las noticias reservadas acerca de la guerra y los manejos de la diplomacia, criticábamos al socialismo oficial, acechábamos los menores signos del despertar socialista, nos esforzábamos por convencer a los vacilantes, preparábamos el porvenir.

El día 4 de agosto de 1915, escribí en el *Nache Slovo*: “Y, sin embargo, llegamos al sangriento aniversario sin la menor depresión de espíritu ni el menor escepticismo político. Los internacionalistas revolucionarios hemos sabido mantenernos firmes en nuestra posición de análisis, de crítica y de previsión política, frente a la mayor catástrofe que conoce la historia del mundo. Hemos renunciado, a ver las cosas a través de esas gafas “nacionales” que hoy reparten en todos los países, no sólo gratis, sino dando dinero encima. Hemos mirado a las cosas de frente, llamándolas por su nombre y previendo la lógica de su desarrollo ulterior.”

Hoy, pasados trece años, puedo repetir estas palabras tal como fueron escritas. La sensación, que no nos abandonó ni un solo día, de estar muy por encima de la idea política nacional, incluyendo en ella al socialismo patriótico, no era el fruto de nuestra soberbia. No era un sentimiento personal, sino consecuencia de la posición de principio que habíamos abrazado y que se encontraba en la cima. El punto de vista crítico, nos permitía, sobre todo, abarcar con gran claridad las perspectivas de la guerra. Ambas partes contaban, como todo el mundo sabe, con una rápida victoria. Fácil sería traer aquí un sinnúmero de testimonios que abonan este necio optimismo. “Mi colega francés [escribe Buchanan en sus *Memorias*] sentíase tan optimista, que apostó conmigo cinco libras esterlinas a que la guerra terminaría antes de Navidad.” Buchanan guardaba en el arcano de su alma la creencia de que llegaría hasta la Pascua. Nosotros no nos cansábamos de repetir en nuestro periódico, desde el otoño de 1914, contra todas las profecías, día tras día, que la guerra tendría una duración desesperante y que de ella saldrían agotados todos los pueblos de Europa. En el *Nache Slovo* dijimos, docenas de veces, que, aun supuesto el caso de que triunfasen los aliados, disipados el vapor y la niebla, Francia quedaría en medio de la palestra internacional como una Bélgica grande, ni más ni menos; y predijimos la dictadura mundial de los Estados Unidos. “El imperialismo [escribíamos por centésima vez el día 5 de septiembre de 1916] apuesta en esta guerra por el más fuerte, y éste se hará dueño del mundo.”

Mi familia hacía ya largo tiempo que se había trasladado de Sèvres a París, yéndose a vivir a la pequeña rue Oudry. Poco a poco, París iba quedando vacía. Los relojes de las calles se iban parando uno tras otro. Al león de Belfort le asomaba, no sé por qué, un puñado de paja sucia por los hocicos. La guerra se iba hundiendo en la tierra cada vez más hondo. ¡Fuera de las trincheras, fuera de la pasividad, fuera de las fosas! ¡A moverse, a moverse!, gritaba el patriotismo. Y así, se desencadenó aquella locura espantosa de los combates de Verdún. Hurtando al cuerpo por entre los rayos que fulminaba la censura de guerra, pude escribir por aquellos días en el *Nache Slovo*: “Por grande que sea la importancia militar de los combates de Verdún, su significación política es incomparablemente más grande. En Berlín y en otros sitios (¡sic!) pedían “movimiento”, y se lo van a dar. “En Verdún va a forjarse *nuestro día* de mañana.”

En el verano de 1915, se presentó en París el diputado italiano Morgari, secretario de la fracción socialista del parlamento y ecléctico simplista, con la intención de convocar a los socialistas franceses e ingleses a una conferencia internacional. Sentados en la terraza de un café de uno de los grandes bulevares, sostuvimos una conversación con Morgari y algunos otros diputados socialistas, que, no sé por qué razones, se decían de la “izquierda”. La cosa marchó bien, mientras la conversación no se salió de los consabidos tópicos pacifistas y de la repetición de los manoseados lugares comunes sobre la necesidad de restablecer las relaciones internacionales. Pero cuando Morgari, bajando trágicamente la voz, empezó a hablar de que había que conseguir pasaportes falsos para entrar en Suiza (se veía que lo que le entusiasmaba era el lado “carbonario” del asunto), aquellos caballeros diputados pusieron unas caras muy largas, y uno de ellos, no me acuerdo ya quién, se apresuró a llamar al mozo y pagó todo el gasto hecho por la concurrencia. Sobre la terraza flotaba el espíritu de Molière, y acaso también el de Rabelais... Y allí terminó la escena. Por el camino, de vuelta, Márkov y yo nos reímos mucho, con una risa que era, a la vez, de diversión y de rabia. Monatte y Rosmer habían tenido que empuñar el fusil y no podían acudir a la reunión.

Yo tomé el tren con Merrheim y Bourderon, pacifista muy moderado. Ninguno de nosotros necesitó falsificar el pasaporte. El gobierno, que no se había emancipado aún por completo de las prácticas de antes de la guerra, nos dio a todos papeles en regla.

La organización de la conferencia corrió a cargo de Grimm, dirigente socialista de Berna, que por entonces se esforzaba cuanto podía por arrancarse del nivel de limitación de su partido, y al suyo propio. Había elegido para la reunión un lugar situado a diez kilómetros de Berna, un pueblecillo llamado Zimmerwald, en lo alto de las montañas. Nos acomodamos como pudimos en cuatro coches y tomamos el camino de la sierra. La gente se quedaba mirando, con gesto de curiosidad, para esta extraña caravana. A nosotros no dejaba de hacernos tampoco gracia que, a los cincuenta años de haberse fundado la Primera Internacional, todos los internacionalistas del mundo pudieran caber en cuatro coches. Pero en aquella broma no había el menor escepticismo. El hilo histórico se rompe con harta frecuencia. Cuando tal ocurre, no hay sino anudarlo de nuevo. Esto precisamente era lo que íbamos a hacer a Zimmerwald.

Los cuatro días que duró la conferencia (del 5 al 8 de septiembre) fueron días agitadísimos. Costó gran trabajo hacer que se aviniesen a un manifiesto colectivo, esbozado por mí, el ala revolucionaria representada por Lenin, y el ala pacifista a la que pertenecían la mayoría de los delegados. El manifiesto no decía, ni mucho menos, todo lo que había que decir; pero era, a pesar de todo, un gran paso de avance. Lenin se mantenía en la extrema izquierda. Frente a una serie de puntos, estaba solo. Yo no me contaba formalmente entre la izquierda, aunque estaba identificado con ella en lo fundamental. Lenin templó en Zimmerwald el acero para las empresas internacionales que había de acometer, y puede decirse que en aquel pueblecillo de la montaña suiza fue donde se puso la primera piedra para la internacional revolucionaria.

Los delegados franceses subrayaron en sus informes la importancia que tenía para ellos el que siguiese publicándose el *Nache Slovo*, que mantenía en pie las relaciones espirituales con el movimiento internacional de otros países. Rakovsky hizo notar que nuestro periódico contribuía notablemente a formar una posición internacional en la socialdemocracia balcánica. El partido italiano conocía el periódico por las frecuentes traducciones de la Balabanova. Pero donde más se citaba el *Nache Slovo* era en la prensa alemana, sin excluir la oficiosa; pues, del mismo modo que Renaudel intentaba apoyarse en Liebnecht, Scheidemann, no sentía reparo alguno en tomarnos a nosotros por aliados.

Liebnecht no se presentó en Zimmerwald. Estaba ya prisionero en el ejército de los Hohenzollern, antes de estarlo en el presidio. Pero envió una carta, en la que se pasaba

bruscamente del frente pacifista al frente revolucionario. Su nombre sonó muchas veces en la conferencia. Aquel nombre era ya una consigna en la lucha, que estaba desgarrando al socialismo mundial.

Se había prohibido rigurosamente escribir nada acerca de la conferencia desde Zimmerwald, para que no trascendiesen a la prensa antes de tiempo ciertas noticias que podían causar trastornos a los delegados en su viaje de regreso y cerrarles las fronteras. A los pocos días, el nombre de Zimmerwald, hasta entonces perfectamente ignorado, resonaba en el mundo entero. Esto causó una sensación estremecedora al dueño del hotel en que nos alojamos. Aquel honorable suizo le dijo a Grimm que tenía firmes esperanzas de que aumentase el precio de su finca y que, en agradecimiento, estaba dispuesto a contribuir con una cantidad a los fondos de la Tercera Internacional. Creo, sin embargo, que lo habrá pensado mejor.

La conferencia de Zimmerwald imprimió gran impulso al movimiento antiguerrero en los diversos países. En Alemania, contribuyó a intensificar la acción de los espartaquistas. En Francia, se creó un comité para el fomento de las relaciones internacionales. Los obreros de la colonia rusa de París se compenetraron más íntimamente con nuestro periódico y tomaron sobre sus hombros el lado financiero y otras cargas. Mártoov, que durante la primera época había colaborado calurosamente en el *Nache Slovo*, se separó de él en vista del giro que tomaba. Las diferencias de opinión, puramente accidentales, que me habían separado de Lenin en Zimmerwald, se borraron en el transcurso de los meses siguientes.

Entre tanto, iban concitándose sobre nuestras cabezas nubes cada vez más cargadas. El periódico reaccionario *Liberté* empezó a publicar entre los anuncios noticias de origen anónimo, acusándonos de germanofilia. Arreciaban los anónimos amenazadores. Es seguro que, tanto las acusaciones como las amenazas, procedían de la embajada rusa. Por las inmediaciones de la imprenta en que se tiraba el periódico, rondaban constantemente figuras sospechosas. Hervé nos amenazaba con el dedo de la policía. El profesor Durkheim, presidente de la comisión nombrada por el gobierno para atender a los asuntos de los emigrados rusos, nos informó de que en las esferas gubernamentales se hablaba de prohibir el *Nache Slovo* y expulsar a su director. Sin embargo, no se decidían a hacerlo. No tenían ni asomo de causa, puesto que yo me atenía a las leyes y hasta a la ausencia de toda ley, por la que se regía la censura. Por lo menos, había que encontrar un pretexto un poco decoroso. Por fin, después de mucho esperar, lo encontraron, o, mejor dicho, lo crearon.

¡El enemigo principal está en nuestro país!

(Manifiesto de Liebknecht repartido por las calles en Alemania en mayo de 1915)

Desde el ataque de Austria a Serbia, durante diez meses se ha esperado diariamente: *la guerra con Italia está aquí*.

Las masas populares han comenzado a liberarse de la red de mentiras oficiales. La comprensión de los orígenes y objetivos de la guerra mundial, de la responsabilidad directa y de su estallido, también se ha extendido entre el pueblo alemán. La locura de los objetivos bélicos sagrados se ha ido desvaneciendo, el entusiasmo por la guerra está desapareciendo, la voluntad de establecer rápidamente la paz ha aumentado enormemente, en todas partes, incluso en el ejército.

Una grave preocupación para los imperialistas alemanes y austriacos, que han buscado su salvación en vano. Parece que ahora la han encontrado. La entrada de Italia en la guerra debería darles la oportunidad de *reavivar el odio del pueblo*, de ahogar la voluntad de paz, de borrar las huellas de su propia culpa. Cuentan con el olvido del pueblo alemán, cuya paciencia ha sido puesta a prueba demasiadas veces.

Si el plan fatal tiene éxito, sería la aniquilación del resultado de diez meses de experimentos sangrientos, el proletariado internacional sería de nuevo desarmado, eliminado como factor autónomo.

Este plan estará en cuestión si la parte del proletariado alemán que se ha mantenido fiel al socialismo internacional es consciente y digno de su misión histórica en estos tiempos inéditos.

Los enemigos del pueblo cuentan con el olvido de las masas: a sus especulaciones oponemos la consigna:

¡Aprender todo, no olvidar nada!

Hemos visto que, cuando se declaró la guerra, las masas fueron ganadas por las clases dominantes, con la ayuda de estribillos seductores, para los objetivos capitalistas de la guerra. Hemos visto estallar las brillantes pompas de jabón de la demagogia, hemos visto desvanecerse los locos sueños de agosto, hemos visto caer sobre el pueblo la miseria y la aflicción en lugar de la felicidad, hemos visto fluir a torrentes las lágrimas de las viudas y los huérfanos, hemos visto la afrenta del mantenimiento del *voto censitario de tres grados*¹³, hemos visto convertirse en una amarga realidad la ininterrumpida canonización del cuarteto: semiabsolutismo – régimen de los junker – militarismo – arbitrariedad policial.

La experiencia nos ha advertido: ¡aprender todo, no olvidar nada!

¡Repulsivas las peroratas con las que el imperialismo italiano disfraza su política de bandolerismo! Repulsiva es la tragicomedia romana en la que no falta ni siquiera la ya habitual mueca de unión sagrada. Pero aún más repulsivo es el hecho de que en todo esto se reconocen, como en un espejo, los métodos alemanes y austriacos de julio-agosto de 1914.

¹³ En el texto alemán *die Erhaltung der Dreiklassenschmach*, literalmente el mantenimiento del sistema de tres clases. El sistema de tres clases fue un sistema de votación adoptado en 1849 por el rey Federico Guillermo IV de Prusia para la elección de la Cámara de Representantes de Prusia. El voto fue desigual, público e indirecto. Se utilizó en el Reino de Sajonia hasta 1909 y en el Reino de Prusia, el Ducado de Brunswick y el Principado de Waldeck hasta 1918. Nota del MIA.

Los hacedores de guerra italianos merecen ser azotados. Pero no son más que copias de los belicistas alemanes y austriacos, principales responsables del estallido de la guerra. ¡Tanto monta!

¿A quién debe el pueblo alemán este nuevo calvario?

¿A quién deben pedirle cuentas de las nuevas hecatombes que vendrán a sumarse?

El hecho es que el ultimátum austriaco a Serbia del 23 de julio de 1914 fue la antorcha que incendió el mundo, aunque el fuego sólo se extendiera más tarde en Italia.

El hecho es que este ultimátum sirvió de señal para el nuevo reparto del mundo e implicó necesariamente a todos los estados de los bandidos capitalistas.

El hecho es que este ultimátum planteó la cuestión de la hegemonía en los Balcanes, en Asia Menor y en toda la cuenca mediterránea, y agudizó inmediatamente todos los antagonismos entre Alemania y Austria, por un lado, e Italia, por otro.

Si los imperialistas alemanes y austriacos pretenden ahora esconderse tras la maleza del bandolerismo italiano, tras el telón de fondo de la traición italiana, si se revisten con la toga de la indignación moral de la inocencia afligida, cuando sólo han encontrado en Roma a los de su clase, merecen el más cruel sarcasmo.

Se trata de no olvidar *cómo se ha jugado con el pueblo alemán precisamente en la cuestión italiana*, cómo han jugado con él los más honorables patriotas alemanes.

La alianza a tres bandas con Italia siempre ha sido una farsa. En este punto te han engañado.

Las personas bien informadas siempre han sabido que, en caso de guerra, Italia sería un adversario seguro de Austria y Alemania, y se les presentó falsamente como un aliado seguro.

La Tríplíce (nadie os pidió su opinión para concluirla y renovarla) decidió gran parte del destino político de Alemania. Pero hasta el día de hoy nadie os ha comunicado una palabra de este tratado.

El ultimátum austriaco a Serbia, con el que una pequeña camarilla sorprendió a la mayoría, fue una violación del tratado de alianza entre Austria e Italia: nadie os lo dijo.

Este ultimátum se emitió a pesar de la oposición expresa de Italia, y a vosotros no se os comunicó.

Ya el 4 de mayo de este año, la alianza con Austria fue rota por Italia. *Hasta el 18 de mayo, este hecho fue ocultado a los pueblos alemán y austriaco*, e incluso, desafiando toda la verdad, *negado expresamente* por las autoridades oficiales. Al igual que el pueblo alemán y el Reichstag fueron engañados sobre el ultimátum alemán a Bélgica del 2 de agosto de 1914.

En las conversaciones de Alemania y Austria con Italia, de las que dependía la intervención de este país, vosotros no tuvisteis nada que decir. *Os trataron como niños en este asunto vital*, mientras el partido de la guerra, la diplomacia secreta, un puñado de personas en Berlín y Viena jugaban a los dados con el destino de Alemania.

El torpedeo del *Lusitania* no sólo reforzó el poder de los partidarios de la guerra en Inglaterra, Francia y Rusia, provocó un grave conflicto con los Estados Unidos, despertó una violenta indignación contra Alemania en todos los países neutrales, sino que *facilitó al partido de la guerra italiano, precisamente en el momento crítico, su obra nefasta*, y también sobre este punto el pueblo alemán tuvo que callar: el férreo puño del estado de sitio le apretaba la garganta.

Ya en marzo de este año estaba abierto el camino para la paz (la propuesta había sido hecha por Inglaterra) pero el afán de lucro de los imperialistas alemanes lo rechazó. Los esfuerzos esperanzadores por la paz fracasaron, debido a la oposición de los interesados en las conquistas coloniales de alto nivel, la anexión de Bélgica y la Lorena

francesa, y la oposición de los propietarios de las grandes compañías navieras alemanas y de la industria pesada.

Esto también se ocultó al pueblo alemán; no se le consultó.

Preguntamos: ¿A quién debe el pueblo alemán la continuación de esta cruel guerra, a quién debe la intervención de Italia? ¿A quién, si no a los irresponsables de nuestro país?

¡Aprender todo, no olvidar nada!

La copia italiana de los acontecimientos alemanes del verano pasado no puede proporcionar al hombre pensante ningún motivo para entregarse a una nueva embriaguez bélica, sino un motivo para disipar las falsas esperanzas de un amanecer de justicia política y social, una nueva luz para iluminar las responsabilidades políticas, para mostrar a todos el peligro que representan los belicistas austriacos y alemanes, una nueva acusación contra ellos.

Pero lo que debemos aprender y no olvidar es también y sobre todo *la heroica lucha que nuestros camaradas italianos han librado y siguen librando contra la guerra*. Que están librando en la prensa, en las reuniones públicas, en las manifestaciones callejeras, que están librando con fuerza y audacia revolucionaria, desafiando, con riesgo de sus vidas, la furiosa embestida de las olas nacionalistas desatadas por los dirigentes. A su lucha, nuestros entusiastas deseos de éxito. ¡Que se convierta en el modelo de la Internacional!

Si se hubiera hecho desde los primeros días de agosto, el mundo estaría mejor.

Pero una decidida voluntad de lucha no conoce el “demasiado tarde”.

Se ha acabado la absurda consigna “¡Hasta el final!”, y su efecto no es otro que el de empujarnos cada vez más profundamente en la vorágine de la carnicería universal. La lucha de clases proletaria internacional contra la matanza imperialista internacional es el mandamiento del momento.

¡El enemigo principal de cada pueblo está en su propio país!

El enemigo principal del pueblo alemán está en Alemania: el imperialismo alemán, el partido de guerra alemán, la diplomacia secreta alemana. A este enemigo en su propio país es al que el pueblo alemán debe combatir en una lucha política, en colaboración con el proletariado de otros países, cuya lucha esté dirigida contra sus propios imperialistas.

Somos uno con el pueblo alemán y no tenemos nada en común con los Tirpitz y Falkenhayns alemanes, con el gobierno alemán de opresión política, de sometimiento social. ¡Nada para ellos, todo para el pueblo alemán! *¡Todo por el proletariado internacional, por el proletariado alemán, por la humanidad que está siendo pisoteada!*

Los enemigos de la clase obrera cuentan con el olvido de las masas; ¡pero haz que se equivoquen! Ellos especulan con la paciencia de las masas, pero nosotros lanzamos el grito impetuoso:

¿Cuánto tiempo más deben los imperialistas abusar de la paciencia del pueblo?
¡Basta ya y más que basta con la carnicería! ¡Abajo los belicistas de este lado y del otro lado de la frontera!

Fin del genocidio

¡Proletarios de todos los países! Seguid el ejemplo heroico de vuestros hermanos italianos. ¡Uníos en la lucha de clases internacional contra el complot de la diplomacia secreta, por una paz socialista!

¡El enemigo principal está en vuestro propio país!

Informe oficial

1.- Preliminares

Del 5 al 8 de septiembre de 1915 se celebró en Zimmerwald (Suiza) una Conferencia Socialista Internacional, la primera reunión general de socialistas internacionales desde el comienzo de la guerra.

La guerra destruyó repentinamente las relaciones internacionales del proletariado. No era sólo una interrupción superficial de las antiguas relaciones. Los partidos socialistas y las organizaciones obreras de los distintos países abandonaron no sólo el terreno de la lucha de clases, sino también el de la solidaridad internacional. Incluso hoy en día, prevalecen las tendencias nacionalistas. Los antagonismos nacionales que determinaron la política de los gobiernos burgueses antes de la guerra, y que siempre fueron combatidos por el proletariado, se apoderaron de la clase obrera desde el principio de la guerra. Este nuevo antagonismo se vio acentuado por la actitud de la prensa obrera, que en varios países se puso al servicio de los gobernantes. Al defender su política de guerra, a menudo incluso sus objetivos de guerra y sus intenciones de conquista, predicaba, como un nuevo evangelio social, la solidaridad nacional de los obreros y sus opresores como sustituto de la solidaridad internacional del proletariado.

En estas condiciones, el Buró Internacional Socialista ya no podía hacer su trabajo. Las relaciones normales entre él y los partidos afiliados cesaron. Ahora el BIS sólo tiene una existencia aparente.

Los partidos socialistas de los países neutrales han hecho repetidos intentos para restablecer las relaciones internacionales y llevar a cabo, de acuerdo con las decisiones de los Congresos de Stuttgart, Copenhague y Basilea, una acción conjunta contra la guerra y por la paz.

En septiembre de 1914 se celebró en Lugano una conferencia socialista italo-suiza. El comité directivo del partido suizo recibió el mandato de restablecer, sobre la base de las decisiones de los congresos internacionales, las relaciones con los partidos de los países beligerantes y neutrales. Mientras tanto, el camarada holandés Troelstra había emprendido un viaje con el objetivo de influir en los comités directivos de los distintos partidos en la misma dirección. Pero sus esfuerzos sólo se tradujeron en el traslado del Buró Internacional Socialista de Bruselas a La Haya, sin que ello se tradujera en un trabajo conjunto de los partidos socialistas. Alrededor de la misma época, los socialistas estadounidenses lanzaron una invitación a un congreso internacional que se celebraría en Washington. Los compañeros estadounidenses se ofrecieron a cubrir todos los gastos. Su plan fracasó y el congreso no se celebró.

En enero de 1915 se reunió en Copenhague una Conferencia de Socialistas de los Países Neutrales del Norte. Se limitó a elaborar un programa general de paz, sin decidir las condiciones previas para su realización.

Más tarde, en el Buró Internacional Socialista se realizaron esfuerzos privados y no oficiales para el restablecimiento de las relaciones internacionales. Pero la Conferencia Socialista Aliada de Londres, así como la Conferencia Socialista Duplice de Viena, demostraron que estos esfuerzos habían sido en vano y que era improbable que nuevos intentos tuvieran otro resultado. Esta opinión se confirmó cuando el Comité Directivo del Partido Socialista Suizo invitó al Buró Internacional Socialista a convocar, lo antes

posible, una reunión del Buró a la que asistieran representantes de los distintos países. Tampoco tuvo éxito, ya que el partido francés se negó a aceptar la invitación.

Tras este fracaso, el Comité Directivo del Partido Suizo, que seguía actuando de acuerdo con la dirección del partido italiano, invitó a los partidos socialistas de los países neutrales a una reunión que debía celebrarse el 30 de mayo en Zúrich. La mayoría de los partidos invitadas respondieron negativamente o no lo hicieron.

Quedó claro que todos los esfuerzos por restablecer las relaciones socialistas internacionales quedarían en nada, que la acción conjunta de los partidos socialistas, o incluso el mero intento de intercambio de opiniones, seguiría siendo imposible mientras algunos de los partidos oficiales persistieran en situarse en el terreno del patriotismo y la política de guerra de sus gobiernos. En estas condiciones, cualquier otro esfuerzo por reunir a los representantes de los partidos socialistas oficiales era inútil. En contra de la teoría, la práctica demostró que es imposible ser nacionalista e internacionalista al mismo tiempo, que en la práctica hay que elegir entre los dos. Por este motivo, no se ha vuelto a intentar, con o sin la colaboración del BIS, unir a los partidos afiliados al BIS.

Sobre la base de estos hechos y experiencias, el comité directivo del partido italiano, reunido en Bolonia el 15 de mayo, de acuerdo con los socialistas de otros países y sobre el informe del ciudadano Morgari, que había conferenciado con los camaradas de los países beligerantes y neutrales, decidió tomar la iniciativa de convocar una conferencia internacional. Se enviaron invitaciones a todos los partidos, organizaciones de trabajadores o grupos que se sabía que habían permanecido fieles a los antiguos principios y resoluciones de la Internacional Obrera [Segunda Internacional]. Las deliberaciones entre los socialistas suizos e italianos tuvieron lugar, llevando en primer lugar a una reunión preliminar el 2 de julio de 1915 en Berna. En esta reunión se fijaron el propósito y el carácter de la conferencia propuesta. Se acordó que la conferencia que se convocaría no tendría en absoluto como objetivo la creación de una nueva internacional, sino que su tarea sería más bien llamar al proletariado a la acción conjunta por la paz, crear un centro de acción e intentar que la clase obrera vuelva a su misión histórica. Se decidió enviar las invitaciones de acuerdo con las condiciones establecidas por el Comité Directivo del Partido Socialista Italiano.

2.- Las delegaciones

La conferencia se reunió el 5 de septiembre de 1915. Aquí está la lista de las delegaciones:

Alemania.- La delegación representa a los distintos grupos de la oposición. En vistas de su actitud ante la guerra, el partido oficial no fue invitado.

Francia.- También en este caso el partido oficial, comprometido con la política del gobierno, tuvo que abstenerse de ser invitado. Sin embargo, estaban presentes miembros del partido y de la CGT. La Federación de Trabajadores del Metal envió un representante oficial; también lo hizo la minoría de la CGT.

Italia.- La delegación representaba al partido oficial y al grupo parlamentario.

Inglaterra.- Las delegaciones del Partido Laborista Independiente y del Partido Socialista Británico estaban aseguradas. La delegación del ILP., formada por los camaradas Jowett y Bruce Glasier, y la del BSP, formada por el camarada E. C. Fairchild, no pudieron asistir a la conferencia, ya que el gobierno inglés les negó los pasaportes. La víspera de la conferencia llegó el siguiente telegrama: "Imposible obtener pasaportes. Saludos cordiales. Jowett, Glasier".

Rusia.- Delegaciones oficiales del Comité Central y del Comité Organizador del Partido Obrero Socialdemócrata; también del Comité Central del Partido Socialista Revolucionario. Además, delegaciones de la socialdemocracia letona y de la "Bund".

Polonia.- Un delegado oficial de cada una de las tres organizaciones socialistas de la Polonia rusa y de Lituania, que se lanzan al campo de la lucha de clases.

Rumanía.- Delegación oficial del partido socialista.

Bulgaria.- Delegaciones oficiales del Partido Socialista de los Trabajadores de Bulgaria y de su fracción parlamentaria.

Las delegaciones rumana y búlgara representaron al mismo tiempo a la Federación Socialista Interbalcánica.

Suecia y Noruega.- Delegaciones oficiales de la Sozialdemokratiska Umgomsförbundet.

Holanda.- Delegación oficial del Grupo “De Internationale”.

Suiza.- Delegaciones personales, ya que el comité directivo del partido suizo ha dejado en manos de los camaradas la asistencia a la Conferencia.

3.- *Las deliberaciones*

Llegaron a la conferencia varias cartas de felicitación, entre otras de un miembro del Reichstag¹⁴ que no pudo asistir a la conferencia por razones especiales.

Los trabajos comenzaron con la lectura de informes sobre la situación en los distintos países. Los delegados de los países beligerantes informaron principalmente sobre las condiciones del partido y del movimiento obrero desde la declaración de guerra.

Además de los informes generales sobre la situación, la acción del proletariado por la paz constituyó el tema principal del orden del día. Las delegaciones francesa y alemana presentaron una declaración colectiva. Esto auguraba el éxito de la conferencia. Toda acción proletaria de paz sería inútil sin un entendimiento entre los delegados de Alemania y Francia, es decir, los dos países cuyos partidos socialistas están separados nacionalmente por el antagonismo de sus gobiernos.

La conferencia acogió con un fuerte aplauso la lectura de esta declaración, cuyo texto figura a continuación:

¹⁴ Liebknecht.

Declaración conjunta franco-alemana de los socialistas y sindicalistas franceses y alemanes

Después de un año de masacre, el carácter claramente imperialista de la guerra se ha hecho cada vez más evidente; esto es una prueba de que tiene sus causas en la política imperialista y colonial de todos los gobiernos, que seguirán siendo responsables de desencadenar esta carnicería.

Las masas populares fueron arrastradas a esta guerra por la “Unión Sagrada”, constituida en todos los países por los que se aprovechan del régimen capitalista, y le dieron el carácter de una lucha de razas, de defensa de los derechos y libertades respectivas. Bajo el impulso de estos sentimientos es como, en todos los países, una parte muy importante de las fuerzas obreras de oposición ha sido sumergida por el nacionalismo y, desde entonces, una prensa a las órdenes del gobierno no ha dejado de acentuar su carácter.

Hoy en día, los chovinistas de todas las naciones asignan a esta guerra un objetivo de conquista mediante la anexión de provincias o territorios; estas pretensiones, de realizarse, serían causas de futuras guerras.

En oposición a estas ambiciones, han surgido en todas las naciones minorías decididas que se esfuerzan en cumplir los deberes afirmados en las resoluciones de los congresos socialistas internacionales de Stuttgart, Copenhague y Basilea. Es su deber, hoy más que nunca, oponerse a estas pretensiones anexionistas y acelerar el fin de esta guerra, que ya ha causado la pérdida de tantos millones de vidas humanas, ha mutilado a tantos y ha traído una miseria tan intensa a los trabajadores de todos los países.

Por eso, nosotros, socialistas y sindicalistas alemanes y franceses, decimos que esta guerra no es nuestra guerra.

Que repudiamos con toda nuestra energía la violación de la neutralidad de Bélgica, solemnemente garantizada por las convenciones internacionales aceptadas por todos los estados beligerantes. Exigimos, y no dejaremos de exigir, que se restablezca a Bélgica su integridad e independencia. Declaramos que queremos poner fin a esta guerra mediante una próxima paz, establecida en términos que no opriman a ningún pueblo, a ninguna nación;

Que nunca consentiremos que nuestros respectivos gobiernos se aprovechen de conquistas que inevitablemente llevarían en sí el germen de una nueva guerra;

Que trabajaremos en nuestros respectivos países por una paz que disipe los odios entre las naciones, dando a los pueblos la oportunidad de trabajar juntos.

A nuestro juicio, una paz así sólo es posible condenando toda idea, toda violación de los derechos y libertades de un pueblo. La ocupación de países o provincias enteras no debe conducir a la anexión. Por lo tanto, decimos: ¡Nada de anexiones, efectivas o enmascaradas! Nada de incorporaciones económicas forzadas e impuestas, que se harían aún más intolerables por el consiguiente expolio de los derechos políticos de las personas afectadas.

Decimos que el derecho de las poblaciones a determinar su propio destino debe ser rigurosamente observado.

Nos comprometemos formalmente a actuar sin descanso en esta dirección en nuestros respectivos países para que el movimiento por la paz sea lo suficientemente fuerte como para obligar a nuestros gobernantes a detener esta matanza.

Al denunciar la “Unión Sagrada”, al permanecer firmemente unidos a la lucha de clases, que sirvió de base para la constitución de la Internacional Socialista, nosotros, socialistas y sindicalistas alemanes y franceses, sacaremos la firmeza para luchar entre nuestros nacionales contra esta espantosa calamidad y por el fin de las hostilidades que han deshonrado a la humanidad.

Por la delegación francesa: A. Merrheim, Secretario de la Federación del Metal; A. Bourderon, Secretario de la Federación de los Toneleros;

Por la delegación alemana: Adolf Hoffmann, miembro del Landtag prusiano; Georg Ledebour, miembro del Reichstag.

A continuación, la Conferencia aprobó el siguiente manifiesto como conclusión de sus trabajos:

Carta de Liebknecht a la Conferencia de Zimmerwald

Queridos camaradas,

Por favor, disculpad estas líneas escritas apresuradamente. Estoy preso, encadenado por el militarismo. Por lo tanto, me es imposible reunirme con vosotros.

Tenéis ante vosotros dos graves tareas. Una tarea dura, la del duro deber, y una tarea sagrada, la del entusiasmo y la esperanza.

Ajuste de cuentas, despiadado ajuste de cuentas con los desertores y tránsfugas de la Internacional, de Alemania, Inglaterra, Francia y otros lugares.

Comprensión, estímulo y exhortación mutua para todos los que han permanecido fieles a la bandera, que están decididos a no dar un solo paso atrás frente al imperialismo internacional, aunque sean víctimas de él. Poned orden en las filas de los que están decididos a mantenerse hasta el final, a mantenerse hasta el final y luchar, fieles al socialismo internacional.

De lo que se trata es de aclarar brevemente los principios de nuestra posición frente a la guerra mundial, como un caso especial de nuestra posición de principios frente al orden social capitalista. Rápidamente, ¡espero! Porque en esta cuestión estamos todos, estáis todos, debemos estar todos de acuerdo.

Se trata sobre todo de sacar conclusiones tácticas de estos principios. ¡Sin miramientos! En todos los países.

¡Guerra sagrada, no unión sagrada! Por la solidaridad proletaria internacional, contra la armonía de clases pseudonacional y pseudopatriótica. *¡Lucha de clases internacional por la paz, por la revolución socialista!* Debemos decir cómo debemos luchar. Sólo a través de la colaboración, sólo a través de las relaciones mutuas entre países, se pueden reunir las mayores fuerzas posibles, alentándose mutuamente, se puede lograr el mayor éxito posible.

Los amigos de cada país tienen en sus manos las esperanzas y perspectivas de los amigos de cada país. Sobre todo, vosotros, socialistas franceses y alemanes, sois el destino el uno del otro. A vosotros, amigos franceses, a vosotros os animo a que no os dejéis embrujar por las frases de la unidad nacional (¡es seguro que no caeréis en esa trampa!), ni por las no menos peligrosas frases sobre la unidad del partido. Por otra parte, cada protesta, cada manifestación de vuestra oposición a la política gubernamental oficiosa, cada audaz profesión de fe por la lucha de clases, por la solidaridad con nosotros, por la voluntad proletaria de paz, refuerza nuestra combatividad, multiplica por diez nuestras fuerzas para actuar de la misma manera en Alemania, por el proletariado mundial, por su emancipación económica y política, por su liberación de los grilletes del capitalismo, pero también de los grilletes del zarismo, del “kaiserismo”, del “junkerismo”, del militarismo, no menos militarismo que el internacional; multiplica por diez nuestras fuerzas para luchar en Alemania por la liberación política y social del pueblo alemán, contra el poder y el expansionismo de los imperialistas alemanes, por una próxima paz que devuelva la libertad y la independencia a la infeliz Bélgica, y a Francia al pueblo francés.

Hermanos franceses, conocemos las dificultades particulares de vuestra trágica situación, sangramos con vosotros como con la masa torturada y lapidada de todos los pueblos. Vuestra desgracia es la nuestra, sabemos que nuestro dolor es el vuestro. Que nuestra lucha sea la vuestra, ayudadnos como juramos ayudaros.

La nueva internacional nacerá, puede nacer sobre las ruinas de la antigua, sobre nuevos y más sólidos cimientos. Vosotros, los amigos socialistas de todos los países, debéis poner hoy la primera piedra del edificio del futuro. ¡Juzgad a los falsos socialistas sin piedad! Aguijonead implacablemente a los vacilantes, a los indecisos de todos los países también... ¡a los de Alemania! La grandeza de la meta os ayudará a superar las estrecheces y pequeñeces del día, a superar la miseria de estos horribles días.

¡Viva la paz de los pueblos del futuro! ¡Viva el antimilitarismo! ¡Viva el socialismo internacional, revolucionario y emancipador de los pueblos!

Proletarios de todos los países, ¡uníos!

Karl Liebknecht

Manifiesto de la Conferencia de Zimmerwald

¡Proletarios de Europa!

¡Hace más de un año que dura la guerra! Millones de cadáveres cubren los campos de batalla. Millones de hombres quedaran mutilados para el resto de sus días. Europa se ha convertido en un gigantesco matadero de hombres. Toda la civilización, creada por el trabajo de muchas generaciones está condenada a la destrucción. La barbarie más salvaje celebra hoy su triunfo sobre todo aquello que hasta la fecha constituía el orgullo de la humanidad.

Cualesquiera que sean los principales responsables directos del desencadenamiento de esta guerra, una cosa es cierta: la guerra que ha provocado todo este caos es producto del imperialismo. Esta guerra ha surgido de la voluntad de las clases capitalistas de cada nación de vivir de la explotación del trabajo humano y de las riquezas naturales del universo. De tal manera, que las naciones económicamente atrasadas o políticamente débiles caen bajo el yugo de las grandes potencias que, con esta guerra, intentan remodelar a sangre y fuego el mapa del mundo de acuerdo con sus intereses.

Es así como naciones y países enteros como Bélgica, Polonia, los estados bálticos y Armenia corren el riesgo de ser anexionados completamente o en parte por el simple juego de las compensaciones.

A medida que se desarrollan los acontecimientos, Los móviles de la guerra aparecen en toda su desnudez. Jirón a jirón se desgarran el velo que ha ocultado a la conciencia de los pueblos el significado de esta catástrofe mundial.

Los capitalistas de todos los países, que con la sangre de los pueblos acuñan la moneda roja de los beneficios de guerra, afirman que la guerra va a servir para la defensa de la patria, de la democracia y de la liberación de los pueblos oprimidos. Mienten. *La verdad es que, de hecho, entierran bajo los hogares destruidos la libertad de sus propios pueblos al mismo tiempo que la independencia de las otras naciones.* Nuevas cadenas y nuevas cargas, he ahí lo que resultará de la guerra, y es el proletariado de todos los países, vencedores o vencidos, el que tendrá que soportarlas.

Incremento del bienestar, decían cuando desencadenaron la guerra.

Miseria y privaciones, paro y encarecimiento de la vida, enfermedades, epidemias: tales son los verdaderos resultados. Los gastos de guerra absorberán durante décadas lo mejor de las fuerzas de los pueblos, pondrán en cuestión la conquista de mejoras sociales e impedirán todo progreso.

Quiebra de la civilización, depresión económica, reacción política, he ahí las ventajas de esta terrible lucha de los pueblos.

La guerra revela así el verdadero carácter del capitalismo moderno que es incompatible no solamente con los intereses de las clases obreras y las exigencias de la evolución histórica, sino, también, con las condiciones elementales de existencia de la comunidad humana.

Las instituciones del régimen capitalista que disponían de la suerte de los pueblos, los gobiernos (monárquicos o republicanos), la diplomacia secreta, las poderosas organizaciones patronales, los partidos burgueses, la prensa capitalista, la Iglesia: sobre todas ellas recae la responsabilidad de esta guerra nacida de un orden social que las nutre, que ellas defienden y que no sirve más que a sus intereses.

¡Obreros!

Vosotros, ayer explotados, desposeídos, despreciados: se os llamada hermanos y camaradas cuando de lo que se trata es de enviaros a la masacre y a la muerte. Y hoy que el militarismo os ha mutilado, destrozado, humillado y aplastado, las clases dominantes y los poderosos reclaman de vosotros, además, la renuncia a vuestros intereses y a vuestros ideales, en una palabra: una sumisión de esclavos a la paz social. Os arrebatan la posibilidad de expresar vuestras opiniones, vuestros sentimientos y sufrimientos. Os prohíben formular vuestras reivindicaciones y defenderlas. La prensa controlada, las libertades y los derechos políticos pisoteados: es el reinado de la dictadura militarista con puño de hierro.

Nosotros no podemos ni debemos permanecer inactivos ante esta situación que amenaza el porvenir de Europa y la humanidad.

Durante largos años, el proletariado socialista ha encabezado la lucha contra el militarismo; con una aprensión creciente, sus representantes se preocuparon en sus congresos nacionales e internacionales del peligro de guerra que el imperialismo hacía cada vez más amenazador. En Stuttgart, en Copenhague, en Basilea, los congresos socialistas internacionales han trazado la vía que debe seguir el proletariado.

Pero, a pesar de haber contribuido a la elaboración de estas decisiones, partidos socialistas y organizaciones obreras de ciertos países han olvidado y repudiado desde el comienzo de la guerra las obligaciones que les imponían. Sus representantes han arrastrado a los trabajadores a abandonar la lucha de clases, único medio posible y eficaz para la emancipación proletaria. Han votado a favor de sus clases dirigentes los presupuestos de guerra; se han puesto a disposición de sus gobiernos para diversas necesidades; a través de su prensa y emisarios han tratado de ganar a los países neutrales a la política gubernamental de sus respectivos países; han suministrado a los gobiernos ministros socialistas como rehenes de la “Unión Sagrada”. Con ello, han aceptado ante la clase obrera compartir con las clases dirigentes las responsabilidades actuales y futuras de esta guerra, de sus objetivos y de sus métodos. E, igualmente que cada partido por separado ha faltado a su tarea, el más alto representante de las organizaciones socialistas de todos los países, la Oficina Socialista Internacional, también ha faltado a la suya.

A causa de estos hechos, la clase obrera, que no había cedido al pánico general, o que había sabido liberarse de él después, en el segundo año de carnicería no ha podido todavía encontrar los medios para comenzar en todos los países una lucha activa y simultánea por la paz.

En esta situación intolerable, nosotros, representantes de partidos socialistas, sindicatos o minorías de estas organizaciones, alemanes, franceses, italianos, rusos, polacos, letones, rumanos, búlgaros, suecos, noruegos, holandeses, suizos, nosotros que no nos situamos en el terreno de la solidaridad nacional con nuestros exploradores, sino que permanecemos fieles a la solidaridad internacional del proletariado y a la lucha de clases, nosotros nos hemos reunido aquí para renovar los lazos rotos de las relaciones internacionales, para llamar a la clase obrera a retomar conciencia de sí misma y arrastrarla a la lucha por la paz.

Esta lucha es la lucha por la libertad, por la fraternidad entre los pueblos, por el socialismo. Hay que emprender esta lucha por la paz, por la paz sin anexiones ni indemnizaciones de guerra. Pero tal paz no es posible más que con la condición de condenar toda idea de violación de derechos y libertades de los pueblos. No debe conducir ni a la ocupación de países enteros ni a anexiones parciales. Nada de anexiones, ni confesadas ni ocultas, mucho menos aún sometimientos económicos que, a causa de la pérdida de autonomía política que entrañan, todavía devienen más intolerables. El

derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos debe ser el fundamento inquebrantable en el orden de las relaciones de nación a nación.

¡Proletarios!

Desde que la guerra se desencadenó habéis depositado todas vuestras fuerzas, todo vuestro coraje y resistencia, al servicio de las clases poseedoras para mataros los unos a los otros. Permaneciendo sobre el terreno de la lucha de clases irreductible, hoy en día es necesario que actuéis a favor de vuestra propia causa, por el objetivo sagrado del socialismo, por la emancipación de los pueblos oprimidos y de las clases sojuzgadas.

Es el deber y la tarea de los socialistas de los países beligerantes emprender esta lucha con toda su energía. Es el deber y la tarea de los socialistas de los países neutrales ayudar a sus hermanos, por todos los medios, en esta lucha contra la barbarie sanguinaria.

Jamás en la historia del mundo ha habido tarea más urgente, más elevada, más noble; su cumplimiento debe ser nuestra obra común. Ningún sacrificio es demasiado grande, ninguna carga demasiado pesada, para alcanzar este objetivo: el restablecimiento de la paz entre los pueblos.

Obreros y obreras, madres y padres, viudas y huérfanos, heridos y mutilados, a todos vosotros que sufrís la guerra y por la guerra, os decimos: por encima de las fronteras, por encima de los campos de batalla, por encima de los campos y las ciudades devastadas.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Zimmerwald (Suiza), septiembre de 1915

En nombre de la Conferencia Socialista Internacional¹⁵

Por la delegación alemana: Georg Ledebour, Adolf Hoffmann

Por la delegación francesa: A. Bourderon, A. Merrheim

Por la delegación italiana: G. E. Modigliani, Constantino Lazzari

Por la delegación rusa: N. Lenin, Paul Axelrod, M. Bobroff

Por la delegación polaca: St. Lapinski, A. Varski, Cz. Hanecki

Por la delegación de la Federación Socialista Interbalcánica

En nombre de la delegación rumana: C. Racovski

En nombre de la delegación búlgara: Vassil Kolarow

Por la delegación sueca y noruega: Z. Hôglund, Ture Nerman.

Por la delegación holandesa: H. Roland-Holst

Por la delegación suiza: Robert Grimm, Chales Naine

¹⁵ El Independent Labour Party se ha declarado de acuerdo con el objetivo de la conferencia y nombrado ya a sus delegados mediante deliberaciones. Pero el gobierno de la Inglaterra “libre y democrática” les ha denegado los pasaportes, de forma que los delegados del ILP no pudieron viajar a Suiza. A consecuencia de ello los representantes de la clase obrera británica todavía no han firmado el manifiesto cuyas tendencias aprueban plenamente. (Nota de *L'Union des Metaux*).

Comunicado de simpatía

La Conferencia Socialista Internacional envía sus expresiones de ardorosa simpatía a las innumerables víctimas de la guerra, al pueblo polaco, al pueblo belga, al pueblo judío, al pueblo armenio, a los millones de seres humanos que se debaten en un sufrimiento atroz, víctimas de horrores sin precedentes en la historia, inmolados al espíritu de conquista y a la rapacidad imperialista.

La Conferencia saluda la memoria del gran socialista Jean Jaurès, primera víctima de la guerra, que cayó como un mártir en la lucha contra el chovinismo y por la paz, y de los militantes socialistas Toutséviteh y Catanesi, que murieron en los sangrientos campos de batalla.

La Conferencia envía la expresión de su ardiente y fraternal simpatía a los miembros de la Duma, exiliados en Siberia, que continúan la gloriosa tradición revolucionaria rusa; a los camaradas Liebnecht y Monatte que, en Alemania y Francia, han dirigido valientemente la lucha contra la tregua nacional; a Clara Zetkin y Rosa Luxemburg, encarceladas por su propaganda socialista; a los camaradas de todas las nacionalidades que han sido perseguidos o encarcelados por haber luchado contra la guerra.

La Conferencia se compromete solemnemente a honrar a los vivos y a los muertos siguiendo el ejemplo de estos valientes camaradas, trabajando incansablemente para despertar el espíritu revolucionario en las masas del proletariado internacional y para unirlos en la lucha contra la guerra fratricida y contra la sociedad capitalista.

Las deliberaciones de la conferencia duraron cuatro días. Estuvieron marcadas por la más completa camaradería y se caracterizaron por una voluntad común y una solidaridad fraternal.

Tras los agradecimientos a los compañeros Angelica Balabanova y Roland Holst, secretarios y traductores, la conferencia fue clausurada el miércoles por la noche. Los delegados se despidieron con la promesa de continuar con energía la labor iniciada, de trabajar tenazmente por la consolidación de los lazos de solidaridad internacional, todos conscientes de que esta conferencia había sido el primer paso necesario para el restablecimiento de las relaciones internacionales y la reanudación de la acción socialista internacional.

La Conferencia nombró una “Comisión Socialista Internacional” que incluye a los camaradas Morgari, diputado socialista italiano; Robert Grimm, diputado de Berna; Charles Naine; se añade la camarada Balabanova como traductora. La comisión será un centro permanente de enlace e información; publicará un boletín.

Dos declaraciones sobre el Manifiesto de Zimmerwald

I

Los abajo firmantes declaran lo siguiente:

El manifiesto aprobado por la conferencia no nos satisface plenamente. No contiene ningún pronunciamiento ni sobre el oportunismo abierto, ni sobre el oportunismo que se esconde bajo la fraseología radical, el oportunismo que no sólo es la causa principal del hundimiento de la [Segunda] Internacional, sino que se esfuerza en perpetuar ese hundimiento. El manifiesto no contiene ningún pronunciamiento claro sobre los métodos de lucha contra la guerra.

Como hasta ahora, seguiremos defendiendo en la prensa socialista y en las reuniones de la [Segunda] Internacional, una posición marxista clara respecto a las tareas con las que la época del imperialismo ha enfrentado al proletariado.

Votamos a favor del manifiesto porque lo consideramos un llamamiento a la lucha y en esta lucha estamos deseosos de marchar al lado de las demás secciones de la [Segunda] Internacional.

Solicitamos que nuestra presente declaración sea incluida en las actas oficiales.

Firmado: N. Lenin, G. Zinóviev, Radek, Nerman, Hoglund, Winter

II

La otra declaración, firmada además del grupo que había presentado la resolución de la izquierda, por Roland Holst y Trotsky, dice lo siguiente

“En la medida en que la aprobación de nuestra enmienda (al manifiesto) exigiendo el voto contra los créditos de guerra podría poner en peligro de algún modo el éxito de la conferencia, retiramos, bajo protesta, nuestra enmienda y aceptamos la declaración de Ledebour en la comisión en el sentido de que el manifiesto contiene todo lo que está implícito en nuestra proposición.”

Cabe añadir que Ledebour, como ultimátum, exigió el rechazo de la enmienda, negándose a firmar el manifiesto en caso contrario.

Proyecto de resolución de la Izquierda de Zimmerwald

La guerra que asola Europa desde hace más de un año es una guerra imperialista, por la explotación económica de nuevos mercados, por la conquista de fuentes de materias primas, por la inversión de capitales. La guerra es un producto del desarrollo económico que une a todo el mundo por lazos económicos y al mismo tiempo deja que existan los grupos capitalistas constituidos como unidades nacionales, divididos por el antagonismo de sus intereses.

Al tratar de ocultar el verdadero carácter de la guerra, la burguesía y los gobiernos que afirman que se trata de una guerra por la independencia, una guerra impuesta, no hacen más que engañar al proletariado, ya que en realidad la guerra tiene precisamente como objetivo la opresión de los pueblos y países extranjeros. Lo mismo ocurre con las leyendas que atribuyen a esta guerra el papel de la defensa de la democracia, mientras que el imperialismo significa la dominación más brutal del gran capitalismo y de la reacción política.

Sólo a través de la organización socialista de la producción, que a su vez resolverá las contradicciones generadas por la fase actual del capitalismo, se podrá superar el imperialismo, las condiciones objetivas para esta transformación ya están maduras.

Cuando estalló la guerra, la mayoría de los dirigentes del movimiento obrero no se opusieron a la solución socialista (la única solución) al imperialismo. Arrastrados por el nacionalismo, minados por el oportunismo, entregaron el proletariado al imperialismo en el momento de la guerra, negando así los principios del socialismo, es decir, la verdadera lucha por los intereses del proletariado.

El socialpatriotismo que fue aceptado en Alemania por la mayoría francamente patriótica de los que antes de la guerra habían sido los dirigentes socialistas del movimiento, así como por el centro del partido de aspecto opositor agrupado en torno a Kautsky, y que en Francia y Austria es profesado por la mayoría, en Inglaterra y Rusia por una parte de los dirigentes (Hyndman, los fabianos, los dirigentes y miembros de los Trades-Unions, Plejánov, Rubanovitch y el grupo *Nacha Saria* en Rusia) es más peligroso para el proletariado que los apóstoles burgueses del imperialismo, porque, utilizando mal la bandera socialista, el socialimperialismo puede engañar a la clase obrera. La lucha más intransigente contra el socialimperialismo es la primera condición para la movilización revolucionaria del proletariado y para la reconstrucción de la [Segunda] Internacional.

Es deber de los partidos socialistas y de las minorías opositoras dentro de los partidos que se han vuelto socialpatrióticos, llamar a las masas trabajadoras a la lucha revolucionaria contra los gobiernos imperialistas, por la conquista del poder político, por la organización socialista de la sociedad. Sin renunciar a la lucha por las reivindicaciones inmediatas del proletariado, reforma capaz de aumentar la fuerza del proletariado, sin renunciar a ninguno de los medios de organización y agitación de las masas, la socialdemocracia revolucionaria tiene, por el contrario, el deber de aprovechar todas las luchas, todas las reformas exigidas por nuestro programa mínimo, para intensificar la crisis social y política del capitalismo, para transformarla en un ataque a los fundamentos mismos del capitalismo. Esta lucha que se libra en nombre del socialismo, hará que las masas trabajadoras sean hostiles a cualquier intento de que un pueblo sea oprimido por otro (intentos que consisten en la conservación de la dominación de una nación sobre otras, en la aspiración a las anexiones), esta misma lucha por el socialismo hará que las

masas sean inaccesibles a la propaganda de la solidaridad nacional mediante la cual los proletarios han sido arrastrados a los campos de exterminio.

A través de la lucha contra la guerra mundial, para acelerar el fin de la masacre de los pueblos, es como esta lucha debe ser inaugurada. Esta lucha exige la destitución de los socialistas de los ministerios, impone a los representantes de la clase obrera el deber de denunciar el carácter capitalista-antisocialista de la guerra desde las tribunas de los parlamentos, en los periódicos y, donde no pueda hacerse en la prensa legal, recurrir a la prensa ilegal, para luchar de la manera más enérgica contra el socialpatriotismo, aprovechar cualquier movimiento de masas provocado por la guerra (miseria, grandes derrotas), organizar manifestaciones en las calles contra los gobiernos, hacer propaganda de la solidaridad internacional en las trincheras, fomentar las huelgas económicas y transformarlas, si las circunstancias son favorables, en huelgas políticas. Guerra civil, no unión sagrada, es nuestro lema. Frente a la ilusión de que es posible crear las bases de una paz duradera, el inicio del desarme por decisiones de los gobiernos o de la diplomacia, los socialdemócratas tienen el deber de repetir a las masas que sólo la revolución social puede lograr una paz duradera y la liberación de la humanidad.

Proyecto de manifiesto de la Izquierda de Zimmerwald

La guerra dura más de un año. Millones de cadáveres cubren los campos de batalla, millones de lisiados son una carga para ellos mismos y para la sociedad hasta su muerte. La devastación causada por la guerra y la carga de impuestos que dejará son terribles

Los capitalistas de todos los países, que obtienen inmensos beneficios de guerra con la sangre derramada por los proletarios, exigen que las masas populares se mantengan firmes. Afirman que la guerra es necesaria para la defensa de la patria, de la democracia de todos los países.

¡Mienten! Los capitalistas de ningún país han ido a la guerra porque la independencia de su país estuviese amenazada o porque quisieran liberar a algunas personas. Han llevado a las masas al matadero porque querían someter a los pueblos a la explotación y la opresión. No pudieron ponerse de acuerdo para repartirse los pueblos aún independientes de Asia y África; sospechaban unos de otros de querer robarse la presa ya conquistada.

Las masas populares no se desangran en el inmenso matadero en que se ha convertido Europa por su propia libertad o por la liberación de otros pueblos. Esta guerra traerá nuevas cargas y nuevas cadenas al proletariado de Europa y a los pueblos de Asia y África.

Por eso no se trata de perseverar en esta guerra criminal, sino, por el contrario, de reunir todas las fuerzas para ponerle fin. Ya ha llegado el momento de hacerlo. El primer paso en esta lucha es exigir que los diputados socialistas que habéis enviado a los parlamentos para luchar contra el capitalismo, el militarismo y la explotación del pueblo, cumplan con su deber. Que aquellos que (a excepción de los diputados rusos, serbios e italianos y de los diputados Liebknecht y Rühle) han pisoteado hasta ahora sus deberes ayudando a la burguesía en su guerra de rapiña, renuncien a sus mandatos o utilicen la tribuna parlamentaria para demostrar al pueblo el carácter de la guerra, ayuden a la clase obrera fuera del parlamento a comprometerse en la lucha: rechazo de los créditos de guerra, salida de los gobiernos en Francia, Bélgica e Inglaterra, ésta es la primera exigencia.

Pero esto no es suficiente. Los diputados no pueden salvarse del animal desatado, de la guerra mundial que se alimenta de tu sangre.

Debéis intervenir vosotros mismos. Debéis utilizar todas sus organizaciones y todos sus periódicos para despertar a las más amplias masas del pueblo que gimen bajo el peso de la guerra, para levantarlas contra la guerra. Hay que salir a la calle y gritar a los gobernantes: ¡Basta de asesinatos! Si los gobernantes permanecen sordos a vuestro llamamiento, las masas descontentas y maltratadas del pueblo lo escucharán y se unirán a vuestra lucha.

Se trata de exigir impetuosamente el fin de la guerra. Debemos alzar la voz contra la opresión de un pueblo por otro, contra el desgarramiento de las naciones, que cualquier gobierno capitalista llevará a cabo si sale victorioso y puede dictar las condiciones de paz a los demás.

Porque si permitimos a los capitalistas la libertad de dictar la paz tal y como han decidido la guerra sin consultar a las masas populares, las nuevas conquistas no sólo

reforzarán el control de la policía y la reacción en los países vencedores, sino que también sembrarán la semilla de nuevas y aún más aterradoras guerras.

El objetivo que debe perseguir la clase obrera de todos los países en guerra es el derrocamiento del gobierno burgués, porque la opresión de un pueblo por otro y la guerra sólo terminarán si se arrebatara al capital el poder de decidir sobre la vida y la muerte de los pueblos. Sólo los pueblos liberados de la angustia y la miseria, de la dominación del capital, podrán regular sus relaciones mutuas sin guerra, de manera amistosa, mediante el entendimiento.

El objetivo que nos proponemos es grande, y también lo serán tus esfuerzos y sacrificios para conseguirlo. El camino hacia la victoria es largo. Los medios pacíficos de presión no serán suficientes para hacer capitular al enemigo. Sólo si estáis decididos a dedicar a vuestra propia liberación, luchando contra el capital, parte de los incalculables sacrificios que hacéis en beneficio del capital en los campos de batalla, sólo así conseguiréis poner fin a la guerra, sentar las verdaderas bases de una paz duradera y transformaros de esclavos del capital en hombres libres. No dejes que los discursos engañosos de la burguesía y de los partidos socialistas que los apoyan te alejen de la lucha enérgica; no te limites a suspirar por la paz. Sin la voluntad de luchar contra viento y marea, de comprometerse con la causa, en cuerpo y alma, el capital desperdiciará tu sangre y tus bienes mientras le plazca. En todos los países aumenta día a día el número de obreros que piensan como nosotros. En su nombre, nosotros, representantes de varios países, nos hemos reunido para dirigirlos a la lucha. Los obreros revolucionarios de cada país considerarán un punto de honor ser, en esta lucha, un ejemplo de energía y sacrificio para los demás. No esperar ansiosamente a ver lo que hacen los demás, sino dar ejemplo para guiarlos, es el camino para la creación de una internacional que ponga fin a la guerra y al capitalismo.

**Conferencia de Kienthal.
Segunda Conferencia
Socialista Internacional
(24-30 de abril de 1916)**

La Conferencia Internacional de Kienthal¹⁶

Más de seis meses más tarde [de la Conferencia de Zimmerwald, 5-8 de septiembre de 1915], los días 24 al 30 de abril de 1916, se celebraba en Kienthal, otra aldea perdida de los Alpes berneses, la Segunda Conferencia [Socialista] Internacional, que agrupó a cuarenta y cuatro delegados pero que era representativa de muchos otros a los que se les había impedido la participación (Comité por la Recuperación de las Relaciones Internacionales, Federación Nacional de los Sindicatos de Profesores: sin pasaportes; de nuevo, el gobierno inglés denegó visar sus pasaportes a los delegados designado por la ILP y el BSP.

Numérica y políticamente, Kienthal marcó un progreso en relación con Zimmerwald.

Uno de los organizadores de la conferencia, el socialista suizo Robert Grimm, apreciaba así la conferencia:

“A fin de prevenir malentendidos, falsas interpretaciones y críticas sin fundamento, las soluciones propuestas en septiembre en las resoluciones de Zimmerwald se debían de profundizar y aclarar. Era mucho más necesaria una exacta delimitación, tanto de cara a los pacifistas burgueses como de cara a los socialpatriotas, a fin de que la acción ganase en claridad. Se trataba sobre todo de la acción por la paz, centro de todo el debate [...] Los trabajadores tenían que saber en qué dirección, con qué medios y en qué condiciones debían llevar adelante la lucha por la paz.

Una resolución que se tomó por unanimidad busca responder brevemente a esta cuestión.

Los objetos de la guerra derivan de las causas de la guerra. Esos objetivos están subordinados a los intereses capitalistas; si se realizan no pueden suprimir las causas de guerra, ni, en consecuencia, establecer una paz duradera. La paz duradera tampoco puede lograrse mientras que junto a los medios que se preconizan contra la guerra subsistirá el régimen capitalista. Por ello, la resolución rechaza las soluciones propuestas por los pacifistas burgueses, porque esas soluciones son puramente ilusorias, aportando confusión en lugar de claridad, y desvían a los obreros de la única arma eficaz para la conquista de la paz, la lucha de clases.

[...] Desarrollando el pensamiento del Manifiesto de Zimmerwald, la resolución no dice solamente a los obreros que deben combatir, también trata de explicarles cómo deben hacerlo: no para dejar el mundo tal y como estaba antes de la guerra, sino para transformarlo en el sentido del socialismo; no para fortalecer las posiciones de los enemigos del socialismo, como hacen inconscientemente y por falta de voluntad los socialistas de gobierno.”

La conferencia resolvió no mendigar por enésima vez una reunión del Buró Socialista Internacional de la Segunda Internacional (BSI en manos de los Aliados) sino considerar, explica Grimm, que: *“la acción internacional debe nacer directamente de las masas de cada país, y de ella misma. Solamente después podrá ejercer una acción eficaz un centro internacional. Por ello, la conferencia renunció a exigir la convocatoria inmediata del Buró [Socialista Internacional]. La acción central de coordinación se*

¹⁶ Versión al castellano desde “La conférence internationale de Kienthal”, en *Les cahiers du mouvement ouvrier*, número 66, segundo trimestre 2015 (abril-mayo-junio), París, páginas 31-32.

*realizará por sí misma una vez que el movimiento comience en cada partido nacional. Pero no lo podrá hacer el socialismo patriota, será mediante una obra verdaderamente socialista, que no estará dirigida ni por un Scheidemann ni por un Vandervelde.”*¹⁷

Así quedaba despejada la vía para una tercera internacional, lo que representaba un serio paso adelante en relación con Zimmerwald que, excepto en las discusiones internas, no había podido abordar este problema decisivo, al menos en los textos adoptados. La Conferencia de Kienthal también votó por unanimidad un manifiesto preparado por el diputado francés Pierre Brizon¹⁸, *A los pueblos que arruinan y matan*, que, escribe Grimm, “*Hizo resonar de nuevo el de: ¡guerra a la guerra!, tras decir qué había dado hasta el momento la guerra y haber recordado los deberes que la situación presente impone. Este llamamiento se remite a las dos resoluciones para expresar lo necesario sobre el carácter histórico de la guerra; va notoriamente más lejos que el primer manifiesto de Zimmerwald. En efecto, exige un armisticio inmediato, el rechazo a todo crédito de guerra, la lucha abierta contra las consecuencias sociales y económicas de la guerra.*”

En el momento de Zimmerwald todavía no se había producido ninguna escisión abierta en ninguno de los países “dirigentes”. En el momento de Kienthal, la escisión era un hecho en Italia, Rusia y Bulgaria. La escisión estaba realizada o en vías de realización en Alemania y Gran Bretaña. Ciertamente que los efectivos concernidos eran todavía a menudo débiles, pero siempre prometedores, como en el caso de Alemania. En ese contexto, se comprende que la izquierda zimmerwaldiana (cuyo jefe de filas era Lenin) juzgase indispensable votar con el resto de corriente que participaban en Kienthal posiciones que consideraba insuficientes, pero no contradictorias con los principios que la animaban en tanto que izquierda revolucionaria.

¹⁷ Robert Grimm en la recopilación EDHIS, tomo 5, el *Comité por la Reanudación de las Relaciones Internacionales*, páginas 12 a 15.

¹⁸ En la Conferencia de Kienthal participaron tres diputados franceses a título personal: Alexandre Blanc (diputado del Vaucluse), Pierre Brizon (diputado del Allier) y Jean-Pierre Raffin-Dugens (diputado del Isère).

León Trotsky: Proyecto de manifiesto para la Conferencia de Kienthal (Enero de 1916)

Han pasado seis meses desde la Conferencia de Zimmerwald desde la que nosotros, socialistas de Europa, lanzamos un grito de indignación y un llamamiento. Sobre la humanidad han pasado cinco nuevos meses de guerra, una tras otros, y cada uno de esos meses ha visto a los pueblos encarnizándose en proseguir con su propio exterminio, con su propia ruina en medio de la carnicería, soportando sin rebelarse la espantosa obra de un militarismo desbocado que ya no pueden dominar las manos manchadas de sangre de los actuales dueños de las naciones de Europa. El exterminio automático de la flor y nata de los pueblos ha seguido su camino durante estos largos meses. Mediante los préstamos de guerra se han despilfarrado, a decenas, nuevos millares de millones extraídos de la riqueza colectiva, consagrados exclusivamente a la destrucción de vidas humanas y de las conquistas de la civilización.

Si el cerebro humano sigue todavía trabajando dentro de este círculo infernal no es más que para perfeccionar e inventar ingenios de destrucción. El problema que preocupa actualmente a los dirigentes, a los sabios e inventores, de todos los países, consiste en encontrar los medios para aniquilar a ejércitos enteros mediante gases venenosos. Pero los portavoces de las clases dirigentes, estúpidamente obstinados o borrachos de sangre, no cesan de repetir que la guerra debe llevarse “hasta el final”, hasta la victoria completa, hasta dicen que la guerra ha encontrado la solución a todas las cuestiones que la provocaron. Sin embargo, de hecho, la solución definitiva se aleja cada vez más, las operaciones militares se extienden a nuevos frentes y territorios, y cada nuevo desarrollo tiene como consecuencia y está caracterizado por el entrelazamiento de los problemas nuevos al mismo tiempo que reaviva antiguas heridas.

Durante este período, Bulgaria ha entrado en guerra a pesar de la actitud valerosa de la joven socialdemocracia búlgara. Serbia y Montenegro se han visto despojadas, bajo el empuje de las armas austroalemanas, de la piadosa independencia que todavía les dejaba sus propias dinastías criminales y las exigencias imperiosas de las grandes naciones beligerantes. La neutralidad de Grecia ha sido violada por aquellos mismos que, en un enredo de discursos de feriantes, se presentan como campeones del Derecho y defensores de los débiles. En mayo, el zarismo se adentró en Persia y extiende allí su propia tiranía, así se resarce en el este de su falta de éxitos en el oeste. Por fin, Inglaterra, cuya burguesía denunciaba el militarismo en la misma medida en que cultivaba el navalismo, se ha visto obligada, por la lógica de la guerra, a imponerles a las masas populares la carga del servicio militar obligatorio.

Tales son las nuevas conquistas de la guerra que se insiste en calificar de liberadora por ambos bandos de las trincheras.

Resignándose a estos crímenes e, incluso, contribuyendo a ellos y defendiéndolos, las organizaciones centrales, socialistas y obreras, ligadas a sus clases dirigentes desde agosto de 1914, han caído cada vez más bajo en la abdicación socialista en el curso de estos cinco meses.

Su papel ha quedado reducido exclusivamente a transformar toda conquista política y moral del socialismo, obtenidas a precio de sangre de los mártires, de los esfuerzos creadores de los hombres de pensamiento y de los heroicos sacrificios de las masas, en un arma de mantenimiento del estado burgués, de protección de las clases

dirigentes resquebrajadas hasta sus raíces por sus propios crímenes. En la historia de la humanidad, que ya había conocido la sumisión del cristianismo, después la de la Reforma y, tras ella, la de la democracia en beneficio de las clases dirigentes, no podía haber traición más estruendosa, crimen más grande, caída más deshonrosa, que esta sumisión del socialismo oficial a la burguesía en la hora de su sangrante declive.

Ante los proletarios de Europa censuramos esta unión de violencia burguesa y traición socialista como una temible amenaza a la causa del socialismo y del progreso de la humanidad. Censuramos la política de los socialpatriotas que, al mismo tiempo que ayudan directa e indirectamente a sus gobiernos a aplastar al socialismo revolucionario en sus países, aprueban y animan la oposición en los países enemigos y se esfuerzan, mediante la confusión corruptora así creada, en preservar su reputación socialista a los ojos de las masas que hoy despiertan.

Entre quienes han permanecido bajo la bandera de la revolución social y los socialpatriotas, mercenarios prisioneros o esclavos voluntarios del imperialismo, se colocan los partidarios de un armisticio socialista, sin principios y sin clarividencia. En nombre de la unidad socialista y obrera, piden a la minoría que se desarme ante los socialpatriotas, exactamente igual que éstos se han desarmado en nombre de la unión sagrada ante nuestros enemigos de clase.

Cuando el destino del socialismo está en juego no podemos ni queremos semejante armisticio. Y si nuestra lucha interna pone en peligro la unidad de las organizaciones socialistas, la responsabilidad recae sobre quienes, aprovechando la desorganización proletaria provocada por la guerra, pisotean los principios fundamentales del socialismo. La defensa de la patria, la defensa nacional que los socialpatriotas invocan sin cesar, no son en realidad más que un nudo corredizo que la burguesía (ayudada por los socialtraidores) ha anudado al cuello de la clase obrera: es preciso desatar ese nudo que no cesará de cerrarse.

El proletariado aspira a la independencia de las naciones. Pero no debe hacerlo apoyando al militarismo capitalista que lo corroe, sino mediante la lucha abierta contra él. Nuestra vía no es la guerra al lado de los gobernantes, sino la revolución contra ellos.

La guardia socialpatriota de la burguesía, temiendo el descontento y la revuelta proletaria, trata ahora, a través de la antigua Oficina Socialista Internacional, de preparar, a espaldas de las masas socialistas engañadas, la reconstitución de las ficticias relaciones entre los partidos socialistas oficiales de los países beligerantes. Con una mano atada al carro del militarismo nacionalista, los socialpatriotas se preparan para tender la otra y unir sus esfuerzos para ahogar, en el corazón de las masas, la conciencia socialista, ya despierta, mediante una mala falsificación de la solidaridad internacional. Ponemos en guardia a los obreros contra esta política hipócrita: una nueva internacional sólo podrá edificarse sobre la base de los principios inquebrantables del socialismo revolucionario; en su creación no podrán participar los aliados de los gobernantes, los ministros, los diputados domesticados, los abogados del imperialismo, los agentes de la diplomacia capitalista, los enterradores de la Segunda Internacional.

Una lucha sin cuartel contra el nacionalismo, el definitivo rechazo de los créditos militares independientemente de la situación estratégica y diplomática del país, la implacable denuncia de las mentiras de la defensa nacional y de la unión sagrada, la movilización de los proletarios para el ataque revolucionario contra la sociedad burguesa, tales son las condiciones necesarias para la creación de una verdadera internacional socialista. Esta política, resueltamente socialista y revolucionaria, es la única que puede asegurarle al proletariado una influencia tras la guerra, así como también sobre las relaciones internacionales que se establezcan tras el restablecimiento de la paz.

Desde lo alto de las tribunas parlamentarias, los socialpatriotas declaran que se han opuesto a las anexiones. Algunos de ellos añaden que son partidarios del derecho de las naciones a disponer de sí mismas. Pero esas bellas frases no cambian en nada el hecho cierto que los socialpatriotas trabajan con todas sus fuerzas para asegurar la victoria de su militarismo nacional, y, en consecuencia, preparan inevitablemente anexiones brutales: no se puede luchar verdaderamente contra las anexiones sin combatir su instrumento que es el militarismo; es imposible proteger la independencia de los pueblos ayudando al capitalismo armado a destruirla.

Proyectando anexiones territoriales en Europa, esperando la independencia de las naciones en Belgrado y Salónica, en Bruselas y en Teherán, los gobernantes de los dos grupos antagonistas se esfuerzan en preparar, al mismo tiempo, la división de la Europa de mañana en dos potentes bloques económicos, separados por el alambre de espino de las tarifas aduaneras. El mismo día siguiente a la firma de la paz, entre estos dos trust de estados gigantescos estallará una batalla comercial incesante e implacable. Esta perspectiva, igual que las anexiones, les promete a los suyos de Europa, agotados por la guerra, una nueva agravación de sus condiciones de vida, un reforzamiento del militarismo, de la dictadura, los bancos y trust, el freno en la legislación social y una reacción política profundizada. La lucha contra las trincheras aduaneras, que tienen como efecto acelerar la desorganización de la economía europea, sólo puede llevarse adelante simultáneamente con la lucha contra las trincheras del militarismo. La lucha contra la tiranía política, contra los ejércitos permanentes, contra la diplomacia secreta y a favor de la democratización de todos los estados europeos, es la primera condición para la unificación política y económica de Europa.

¡Obreras y obreros!

Si la guerra alumbrada por el imperialismo devasta Europa, una paz firmada por los nacionalistas actualmente en el poder no hará otra cosa sino reforzar y acrecer la hostilidad entre las naciones y ser la causa de nuevas catástrofes cada vez más devastadoras. Si no hemos sabido impedir la guerra, tenemos que hacer todos los esfuerzos para imponerles a los beligerantes nuestra paz. A la pujanza de los dirigentes que se nutre con nuestra pasividad y sumisión tenemos que oponerle nuestra fuerza propia: la conciencia revolucionaria y la voluntad de luchar sin cuartel. Os llamamos a realizar esta tarea. ¡Basta de paciencia! ¡Basta de silencio! ¡Que resuenen por todas partes las palabras de revuelta y cólera! ¡Que el acto siga a la palabra!

¡Escuchad! ¡Obreras y obreros de Europa! Si solamente una ínfima parte de estos sacrificios, de estas vidas, de esta sangre que la guerra exige, hubiese sido conscientemente dedicada a la causa del socialismo, Europa hubiese podido liberarse del vergonzoso régimen de opresión y explotación y tendríamos la certeza de ver a nuestros hijos entrar en el reino del trabajo y la justicia. ¡Sabed encontrar en vosotros mismo, pues, la resolución para ofrecer todas vuestras fuerzas, si es preciso vuestra libertad y vuestra vida incluso, por la salvación de la humanidad!

¡Luchad contra los absurdos e inmensos sacrificios que la guerra exige sin dejar respiro y sin fin, contra el militarismo desbocado, contra la barbarie y la cobardía de los dirigentes, luchad sin dudas ni tregua con todas vuestras fuerzas!

¡Abajo la guerra! ¡Abajo las anexiones y contribuciones de guerra! ¡Viva la independencia de las naciones! ¡Viva la unión económica de los pueblos!

¡Viva la Revolución!

¡Viva el Socialismo!

Preparativos, condiciones de admisión y delegaciones

Preliminares

Invitados por la Comisión Socialista Internacional de Berna, creada en la Conferencia de Zimmerwald, en septiembre de 1915, los representantes de las organizaciones y grupos adheridos a esta comisión se reunieron en una Segunda Conferencia Socialista Internacional. Esta conferencia tuvo lugar del 24 al 30 de abril de 1916 en Kienthal (Suiza).

La Comisión Socialista Internacional, de acuerdo con los representantes de muchas de las organizaciones afiliadas, ya había señalado, en una circular de febrero de 1916, la necesidad de una nueva reunión de los partidos, grupos y minorías que trabajan sobre la base de los principios contenidos en el manifiesto de Zimmerwald¹⁹ para concertarse sobre la posición a tomar ante los acontecimientos que se han producido desde la Primera Conferencia [Socialista Internacional]. “La principal tarea del socialismo”, decía la circular, “debe ser la de unir al proletariado internacional en una fuerza revolucionaria activa, vinculada, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, por concepciones, intereses y deberes comunes.

A la vista de que los acontecimientos ocurridos desde la Conferencia de Zimmerwald han confirmado la corrección de los postulados teóricos y prácticos que allí se expusieron y la práctica que allí se formuló, después de haber condenado la actitud de la mayoría de los partidos socialistas que se adhirieron a la Unión Sagrada, y por lo tanto, obstaculizado el movimiento del proletariado, prolongando la guerra y agravando las condiciones generales de las clases obreras, y después de haber llamado la atención del Buró Socialista Internacional, la Comisión Socialista Internacional presentó a las organizaciones adheridas un orden del día para la celebración de una Segunda Conferencia Internacional, estableciendo las siguientes condiciones de admisión:

1.- Sólo se admiten representantes de organizaciones políticas y sindicales y delegados individuales que se sitúen sobre el terreno de las decisiones de la Conferencia de Zimmerwald;

2.- En el caso de los países cuyos partidos y sindicatos oficiales son miembros de la Comisión Socialista Internacional, sólo se admitirá a los delegados designados por dichas organizaciones;

3.- En el caso de los países cuyos partidos oficiales no son miembros de la Comisión Socialista Internacional, sólo se admitirán delegados de las organizaciones que:

- a) desplieguen en su país una actividad oral o por escrito conforme con las decisiones de Zimmerwald.

- b) puedan presentar a la Comisión Socialista Internacional pruebas de su actividad.

4.- Las delegaciones individuales sólo serán admitidas excepcionalmente y a título consultivo;

5.- En caso de litigio sobre la validez de los mandatos, la decisión final se someterá a una comisión de nueve miembros, entre los que se encuentran cuatro miembros de la Comisión Socialista Internacional, que decidirá después de haber examinado la situación;

¹⁹ “[Manifiesto de Zimmerwald \(Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald\)](#)”, en esta misma serie de nuestras [EIS](#).

6.- La Conferencia decidirá el método de votación.

Los informes publicados en el *Boletín*, así como las noticias publicadas en los periódicos sobre los partidos socialistas de los países beligerantes, prueban de forma concluyente que la Conferencia de Zimmerwald y su manifiesto han encontrado un profundo eco. La orientación que el proletariado está tomando, después del callejón sin salida causado por la guerra y por la actitud de las organizaciones nacionales e internacionales y que se ha despejado, hacen cada vez más urgente una acción del proletariado de todos los países, guiados por los principios del socialismo. El hecho de que el carácter imperialista del actual conflicto de los pueblos haya hecho más evidentes los intereses y los ideales del proletariado de todos los países que, lejos de ser destruidos por la guerra, han sido probados por la acción del proletariado de los diversos países beligerantes, guiados por los mismos principios, hacia el mismo objetivo. La Conferencia de Zimmerwald, el manifiesto firmado allí, la declaración franco-alemana hecha allí, las decisiones tomadas allí, son la prueba de la comprensión teórica y práctica de las clases obreras de los distintos países. La importancia de la acción de Zimmerwald (por modesta que sea) radica en que ha despertado la conciencia de los deberes internacionales y revolucionarios del proletariado, una conciencia que estaba a punto de desaparecer por completo. Los partidarios de la acción de Zimmerwald y los participantes en esas conferencias nunca dudaron de que las reuniones internacionales no pueden, por sí solas, devolver la vida y a la acción a la internacional proletaria. La Internacional debe nacer en los distintos países de la conciencia socialista y de su aplicación práctica; no puede hacerse activa, no puede alcanzar un poder político, sólo por las resoluciones de congresos. No obstante, teniendo en cuenta que la conciencia socialista está determinada por el desarrollo histórico, no se podía esperar a que la agrupación internacional de quienes se han mantenido fieles al socialismo madure en todos los países y entre todos los obreros. La conciencia internacional del socialismo no puede afirmarse de golpe, también debe desarrollarse y ser desarrollada por los propios obreros. Fue esta consideración la que hizo necesaria la conferencia de septiembre. Pero no se podía permanecer sólo en eso. Tras el primer esfuerzo tendente a reunir a las fuerzas de la Internacional, después de Zimmerwald, que se convirtió en un símbolo de esta unión, era necesario especificar de antemano la acción del proletariado internacional, y esto en dos aspectos: desde el punto de vista positivo, era necesario elaborar un programa de acción para el proletariado; por el lado negativo, había que actuar, precisar y subrayar, las razones de la profunda hostilidad del proletariado hacia las “soluciones” que los pacifistas y pseudosocialistas intentan dar al problema mundial.

Las delegaciones

Teniendo en cuenta los numerosos obstáculos y las grandes dificultades que deben superar los delegados de los países beligerantes para poder participar en una conferencia internacional, el número de camaradas que participaron en la Segunda Conferencia Socialista Internacional puede considerarse muy elevado. Si todos los compañeros delegados hubieran podido participar, el número de organizaciones representadas y el número de delegados se habría incrementado en más de un tercio. Los representantes de Inglaterra, Austria, Rumania, Bulgaria, Suecia y Noruega y de Holanda, no pudieron participar en la conferencia a consecuencia de las dificultades presentadas para visar los pasaportes por los gobiernos de los países beligerantes; las delegaciones alemana y francesa quedaron disminuidas en alrededor de la mitad a causa de la negativa a conceder visados y por otras medidas políticas.

Los siguientes países estuvieron representados:

Alemania: los grupos la “Internationale”, la “Oposición en la organización” y la organización local de una ciudad del norte. En total siete delegados;

Francia: como resultado de la imposibilidad de obtener pasaportes, las minorías del partido y los sindicatos adheridos a Zimmerwald, y que están representadas por el “Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales”, se vieron obligadas a enviar por escrito su adhesión a la Segunda Conferencia [Socialista Internacional] y a las decisiones tomadas por ella. La Federación Nacional de Sindicatos de la Enseñanza de Francia se vio en la misma situación. En cambio, cuatro camaradas de Francia, tres de los cuales eran diputados, estuvieron presentes a título personal en la conferencia.

Inglaterra el gobierno inglés, al igual que en la Primera Conferencia [Socialista Internacional], se negó a expedir pasaportes a los delegados designados por el “Independent Labour Party” y por el “British Socialist Party”. Ambas partes enviaron telegramas de simpatía. Un miembro del ILP asistió a la reunión como invitado.

Italia: la delegación oficial del partido y de la fracción parlamentaria. En total, ocho delegados.

Rusia: delegación oficial del Partido de los Socialistas-Revolucionarios (internacionalistas), del Comité Central y del Comité de Organización del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y de la socialdemocracia de Lituania. El número total de delegados es de ocho.

Polonia: Delegación oficial del Comité Nacional y del Comité Central de la Socialdemocracia de la Polonia rusa y de Lituania y del Partido Socialista Polaco (Lewitza). En total, ocho delegados.

Serbia: El Partido Socialdemócrata de Serbia estuvo representado por un miembro de la **Skoupchtina**.

Portugal: un delegado del partido socialista portugués.

Suiza: Representación oficial del Partido Socialdemócrata con cinco delegados.

Además, el Secretariado de la Internacional Socialista de la Juventud estuvo representado por un delegado. Estuvieron presentes los miembros de la Comisión Internacional Socialista de Berna, por lo que el número total de participantes ascendió a 44.

Tras la conferencia, el Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Búlgaro anunció que sus dos delegados no pudieron franquear la frontera austriaca, y dio su visto bueno a las resoluciones tomadas. También la Unión de los Obreros Judíos de Lituania, Polonia y Rusia se vio impedida de enviar un delegado. Envío una carta en la que daba una calurosa bienvenida a la Segunda Conferencia Socialista Internacional.

Los debates terminaron con la adopción de un llamamiento a la clase obrera y dos resoluciones²⁰.

²⁰ “A los pueblos que arruinan y matan. Llamamiento de la Conferencia de Kienthal”, “La actitud del proletariado frente a los problemas de la paz. Resolución de la Conferencia de Kienthal” y “El Buró Socialista Internacional y la guerra (Resolución de la Conferencia de Kienthal)”, ver más abajo.

La actitud del proletariado frente a los problemas de la paz (Resolución de la Conferencia de Kienthal)

Como conclusión de las deliberaciones se adoptó por unanimidad en la votación final la siguiente resolución concerniente al *proletariado ante los problemas de la paz*.

I

1.- La guerra actual es la consecuencia de los antagonismos imperialistas, resultado del desarrollo del régimen capitalista. Las fuerzas imperialistas trabajan para explotar en su propio interés los problemas de nacionalidad no resueltos, las aspiraciones dinásticas y todo lo que queda del pasado feudal. El verdadero objetivo de la guerra es llevar a cabo una redistribución de las posesiones coloniales y determinar el sometimiento de los países atrasados en su desarrollo económico.

2.- Dado que la guerra no puede eliminar el régimen capitalista ni sus manifestaciones imperialistas, tampoco puede eliminar las causas de futuras guerras. Refuerza la oligarquía financiera, es incapaz de resolver los viejos problemas de la nacionalidad y de poner fin a la lucha por la hegemonía mundial. Por el contrario, complica todos estos problemas y crea nuevos antagonismos que aumentan aún más la reacción económica y política y contienen las semillas de futuras guerras.

3.- Por eso, al afirmar que la guerra tiene como objetivo una paz duradera, los gobiernos y sus agentes burgueses social-nacionalistas ignoran las condiciones necesarias para la realización de este objetivo o distorsionan a sabiendas la verdad. En un régimen capitalista, las anexiones, las alianzas económicas y políticas de los estados imperialistas, así como tampoco los tribunales de arbitraje obligatorios, la limitación de las armas y la llamada democratización de la política exterior, no pueden garantizar una paz duradera.

4.- Las anexiones logradas por la violencia suscitan el odio entre los pueblos, producen nuevas causas de conflicto y lucha. Las alianzas y coaliciones políticas de las potencias imperialistas son un medio para prolongar y extender la guerra económica provocando conflagraciones mundiales cada vez más graves.

5.- Los planes para eliminar el peligro de la guerra mediante la limitación general de los armamentos, mediante el arbitraje obligatorio, presuponen la existencia de sanciones efectivas generalmente reconocidas, la existencia de una fuerza material capaz de equilibrar los intereses antagónicos de los estados, y de imponerles su autoridad. Pero tales sanciones y autoridad no existen, y el desarrollo capitalista que agrava aún más los antagonismos entre las burguesías de los diferentes países o sus coaliciones, no nos da ninguna esperanza para el advenimiento de tal poder mediador. El verdadero control democrático de la política exterior presupone una democratización completa del estado moderno; el proletariado encontraría en él un arma que podría utilizar en su lucha contra el imperialismo, pero nunca un medio decisivo capaz de transformar la diplomacia en un instrumento de paz.

6.- Por estas razones, la clase obrera debe rechazar las propuestas fantasiosas de los pacifistas burgueses y de los socialistas nacionalistas que sustituyen las viejas ilusiones por otras nuevas: de este modo, alejan a las masas del camino de la lucha de clases y hacen el juego a la política extremista.

II

7.- Si el régimen capitalista es incapaz de garantizar una paz duradera, sólo el socialismo creará las condiciones necesarias para su realización.

En efecto, al abolir la propiedad privada de los medios de producción, el socialismo elimina, junto con la explotación de las masas por las clases poseedoras, la opresión de los pueblos y, por este mismo hecho, las causas de la guerra. Por eso, la lucha por una paz duradera es, en definitiva, sólo la lucha por la realización del socialismo.

8.- Cada vez que la clase obrera renuncia a la lucha de clases solidarizándose con sus explotadores, subordinando sus aspiraciones a las de los gobiernos y las clases dominantes, se aleja de su objetivo: la realización de una paz duradera. Al hacerlo, la clase obrera confía a las clases capitalistas y a los gobiernos burgueses una tarea que sólo ella puede llevar a cabo; peor aún, entrega a la carnicería de la guerra a sus mejores fuerzas, y condena así a la destrucción a los elementos más sanos y capaces que, en tiempos de guerra como en tiempos de paz, deberían ser llamados en primer lugar a luchar por el socialismo.

III

9.- De acuerdo con las decisiones de los congresos internacionales de Stuttgart, Copenhague y Basilea, la actitud del proletariado hacia la guerra no puede ser determinada por la situación militar o estratégica de los países beligerantes. El deber vital del proletariado es, por tanto, exigir un armisticio inmediato para iniciar las conversaciones de paz.

10.- Dependiendo de que este llamamiento encuentre eco en las filas del proletariado internacional, impulsando una acción enérgica dirigida al derrocamiento del dominio capitalista, la clase obrera conseguirá poner fin a la guerra e influir en las condiciones para la paz. Si la clase obrera no responde a este llamamiento, las condiciones de la futura paz las establecerán los gobiernos, la diplomacia, las clases dominantes, sin tener en cuenta los intereses y las aspiraciones del pueblo.

11.- En la lucha revolucionaria de las masas por las aspiraciones socialistas y por la liberación de la humanidad del azote capitalista-militarista, el proletariado debe, al mismo tiempo, oponerse a todos los impulsos anexionistas. El proletariado no considera que la configuración política del mundo, tal como era antes de la guerra, responda a los intereses de los pueblos, pero se opone a toda remodelación arbitraria de las fronteras, incluso en el caso de que, con el pretexto de liberar a los pueblos, se quiera constituir estados mutilados, dotados de una independencia ficticia y sometidos a un vasallaje real. El propio socialismo tiene como objetivo eliminar toda opresión nacional mediante la unión política y económica de los pueblos sobre una base democrática, una unión que es inalcanzable en el marco de la sociedad capitalista. Pero son precisamente las anexiones (bajo cualquier forma) las que dificultan esta tarea, cuando al desmembrar a los pueblos, dividirlos e incorporarlos a los grandes estados capitalistas, se dificultan las condiciones de la lucha proletaria.

12.- Mientras el socialismo no traiga la libertad y la igualdad de derechos a todos los pueblos, el deber constante del proletariado es luchar resueltamente contra toda opresión nacional, contra toda violencia hacia los pueblos más débiles, para obtener mediante la lucha de clases su autonomía sobre una base plenamente democrática, así como la protección de las minorías nacionales.

13.- Las reparaciones de guerra exigidas por las potencias imperialistas no pueden conciliarse con los intereses del proletariado. Al igual que las clases dominantes de cada país tratan de hacer recaer la carga de los gastos de guerra sobre los hombros de su propia clase obrera, también tratarán de hacer recaer la carga de las reparaciones de guerra sobre

el proletariado de los países derrotados. Este estado de cosas sería perjudicial también para los trabajadores del país vencedor, porque el agravamiento de las cargas económicas y sociales de la clase obrera de un país determinado tendría su inevitable repercusión en la de otros países y dificultaría las condiciones de la lucha de clases internacional. La acción del proletariado de una nación no consiste en hacer recaer las cargas económicas y financieras de la guerra sobre los trabajadores de otra nación, sino en hacerlas recaer sobre los propietarios de todos los países mediante la abolición de la deuda pública.

14.- La lucha contra la guerra y el imperialismo se intensificará cada vez más como resultado del sufrimiento y la ruina causados por los flagelos de la era imperialista. El socialismo desarrollará y dirigirá el movimiento de las masas contra la carestía de la vida, por las reivindicaciones de los trabajadores agrícolas, contra el paro, los nuevos impuestos y contra la reacción política, hasta culminar en la lucha internacional por el triunfo final del proletariado.

El Buró Socialista Internacional y la guerra (Resolución de la Conferencia de Kienthal)

La Segunda Conferencia Internacional de Zimmerwald (celebrada del 24 al 30 de abril [1916]) aprobó por unanimidad la siguiente resolución a propósito de la actitud del BSI ante la guerra:

I

Considerando que el Comité del Buró Socialista Internacional [BSI] ha faltado gravemente a su deber, establecido de la manera más clara y explícita por las resoluciones de los Congresos Internacionales, al negarse obstinadamente a convocar la reunión plenaria del Buró, a pesar de las reiteradas exhortaciones de las distintas secciones nacionales;

Que, de este modo, el Comité Ejecutivo no sólo no hizo nada para remediar la profunda crisis que atraviesa la [Segunda] Internacional, sino que, por el contrario, la ha profundizado, haciéndose cómplice de la negación de los principios, de la política de la llamada defensa nacional y de la “unión sagrada” que redujo a la [Segunda] Internacional a un estado de dispersión y de vergonzosa impotencia;

Que esta complicidad del Comité Ejecutivo ha encontrado su expresión más llamativa en el hecho de que su presidente creyó poder combinar en su persona la calidad de ministro de estado de una potencia beligerante con la de Presidente del BSI, rebajando así el órgano central de la Internacional Obrera al indigno papel de instrumento servil, de rehén de una de las coaliciones imperialistas;

Teniendo en cuenta que sólo después de veinte meses de guerra, ante la creciente indignación de las masas que se liberaban de la pesadilla chovinista, el Comité Ejecutivo vio la necesidad de convocar el Buró;

Mientras que este intento va acompañado de la sanción dada de antemano a la lucha fratricida de los pueblos, justificada por la llamada defensa nacional;

Que el Comité Ejecutivo, al mismo tiempo que concede la absolución a todos los que han abandonado la bandera socialista, está decidido a combatir encarnizadamente a los elementos revolucionarios de la [Segunda] Internacional que se han reunido en la contienda y se han tendido la mano para inaugurar la lucha contra la guerra imperialista;

De esta manera, este intento de reanudar las relaciones entre las secciones nacionales tiene el carácter de una paz por separado entre los social-nacionalistas;

Que en vista de los contactos totalmente contrarios a los principios del socialismo que se han establecido durante la guerra en la mayoría de los países beligerantes entre los gobiernos y los dirigentes del socialismo nacionalista, es de temer que el Comité Ejecutivo del BSI pueda, en determinadas condiciones, convocar al Buró en un momento en que tal convocatoria corresponda a los objetivos políticos de una o de ambas coaliciones imperialistas;

La Segunda Conferencia Internacional Socialista de Zimmerwald;

Invita a las secciones afiliadas a la Comisión Socialista Internacional de Berna a seguir con atención los pasos del Comité Ejecutivo;

Expresa su profunda convicción de que la [Segunda] Internacional sólo podrá erguirse como poder político real de la debacle en la medida en que el proletariado

mundial, liberándose de las influencias imperialistas y chovinistas, retome el camino de la lucha social y la acción de masas.

En caso de que se convoque la sesión plenaria del Buró, los delegados de los partidos adheridos a Zimmerwald tendrán que poner al descubierto las verdaderas intenciones de los representantes del socialismo nacionalista de desviar al proletariado de sus objetivos, y oponer a este engaño concertado los principios fundamentales sobre cuya base se ha constituido la oposición internacionalista en todos los países.

II

En caso de que el Comité Ejecutivo convoque una reunión del BSI, la CSI de Berna debería intentar convocar a la comisión ampliada para coordinarse sobre una actitud idéntica de los zimmerwaldianos.

III

La conferencia reconoce el derecho de las secciones socialistas nacionales adheridas a Zimmerwald a solicitar la convocatoria del Buró Socialista Internacional.

A los pueblos que arruinan y matan

(Llamamiento de la Conferencia de Kienthal, datado el Primero de Mayo de 1916)

Proletarios de todos los países, ¡uníos!

¡Dos años de guerra mundial! ¡Dos años de masacres! ¡Dos años de reacción!

¿Quién es, pues, el responsable? ¿Dónde están (detrás de los que, en el último momento, alumbraron el incendio) los que lo quisieron y prepararon durante un cuarto de siglo?

¡Están entre los *privilegiados!*

Cuando en el mes de septiembre de 1915, por encima del enfrentamiento, en medio de las pasiones guerreras desencadenadas, nosotros, socialistas de los países beligerantes y neutrales, reunidos en *Zimmerwald* para salvar el honor del socialismo y poner de relieve las responsabilidades, ya decíamos en nuestro manifiesto:

*“Las instituciones del régimen capitalista que disponían de la suerte de los pueblos, los gobiernos (monárquicos o republicanos), la diplomacia secreta, las poderosas organizaciones patronales, los partidos burgueses, la prensa capitalista, la Iglesia: sobre todas ellas recae la responsabilidad de esta guerra nacida de un orden social que las nutre, que ellas defienden y que no sirve más que a sus intereses.”*²¹

Por eso “cada pueblo”, como dijo Jaurès unos días antes de su muerte, “apareció por las calles de Europa, con su pequeña antorcha en la mano”.

Después de haber enviado a la tumba a millones de hombres, después de haber desolado a millones de familias, después de haber dejado a millones de viudas y huérfanos, después de haber acumulado ruina sobre ruina y de haber destruido irremediabilmente una parte de la civilización, *esta guerra criminal se ha empantanado.*

A pesar de las carnicerías en todos los frentes, no se han conseguido resultados decisivos. Solo para sacudir esos frentes, los gobiernos tendrían que sacrificar a millones de hombres.

NI VENCEDORES NI VENCIDOS, o más bien TODOS VENCIDOS, es decir todos desangrados, todos agotados: tal será el balance de esta locura bélica. Las clases dominantes constatar así la vanidad de sus sueños de dominación imperialista.

Así se demuestra una vez más que sólo han servido bien a su país los socialistas que, a pesar de las persecuciones y calumnias, se han opuesto, bajo estas circunstancias, al delirio nacionalista exigiendo *la paz inmediata sin anexiones.*

Que vuestras numerosas voces griten con las nuestras:

¡Abajo la guerra! ¡Viva la paz!

¡Trabajadores de las ciudades y los campos!

Vuestros gobiernos, las camarillas imperialistas y sus periódicos os dicen que “hay que aguantar hasta el final” para liberar a los pueblos oprimidos. Este es uno de los mayores engaños ideados por nuestros amos para la guerra. El verdadero propósito de esta carnicería mundial es, para algunos, *asegurarse la posesión del botín* que han reunido durante siglos y en otras guerras; para otros, provocar *un nuevo reparto del mundo*, con

²¹ “[Manifiesto de Zimmerwald \(Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald\)](#)”, en esta misma serie , ver más arriba.

el fin de aumentar su suerte mediante la anexión de territorios, desgarrando a los pueblos y reduciéndolos al nivel de parias.

Vuestros gobernantes y vuestros periódicos os dicen que hay que continuar la guerra para acabar con el militarismo.

Os engañan. *El militarismo de un pueblo sólo puede ser destruido por ese mismo pueblo.* Y habrá que arruinar el militarismo en *todos* los países.

Vuestros gobiernos y vuestros periódicos os siguen diciendo que la guerra debe prolongarse para que sea la “última guerra”.

Os siguen engañando. La guerra nunca ha matado a la guerra. Por el contrario, al despertar los sentimientos e intereses de “revancha”, la guerra prepara la guerra, la violencia llama a la violencia.

De forma que vuestros amos, al sacrificaros, os encierran en un círculo infernal.

De este círculo, las ilusiones del pacifismo burgués serán impotentes para sacaros.

Sólo hay una manera de evitar futuras guerras:

Es la conquista del gobierno y de la propiedad capitalista por los propios pueblos.

La “paz duradera” será el fruto del socialismo triunfante.

¡Proletarios!

Mirad a vuestro alrededor. ¿Quiénes son los que hablan de prolongar la guerra hasta el final, hasta la “victoria”?

Son los autores responsables, los periódicos alimentados con fondos secretos, los proveedores de los ejércitos y todos los especuladores de la guerra, los social-nacionalistas, los loros de las fórmulas bélicas gubernamentales, los reaccionarios que se alegran secretamente de ver caer en los campos de batalla a quienes ayer amenazaron sus privilegios usurpados, es decir, los socialistas, los obreros sindicalistas y aquellos campesinos que sembraron el trigo rojo en todo el campo.

Este es el partido de los prolongadores de la guerra.

A ellos pertenecen las fuerzas gubernamentales, a ellos pertenecen los periódicos mentirosos, los envenenadores del pueblo, a ellos pertenece la libertad de propaganda para la continuación de las masacres y las ruinas.

Y a vosotros, las víctimas, el derecho a guardar silencio y a sufrir un estado de sitio, censura, prisión, amenazas y amordazamiento.

Esta guerra, trabajadores, *no es vuestra guerra*, y sin embargo sois vosotros los que sois, en masa, sus víctimas

En las trincheras, a punto de la batalla, expuestos a la muerte, ahí están los campesinos y los asalariados. *En la retaguardia*, resguardados, están la mayoría de los ricos y sus secuaces “emboscados”.

Para ellos la guerra es la muerte de otros.

Y se aprovechan de ello para continuar e incluso acentuar *su* lucha de clases contra vosotros, mientras os predicán la “unión sagrada”. Incluso llegan a explotar vuestra miseria y sufrimiento para intentar que traicionéis vuestros deberes de clase y matéis en vosotros la esperanza socialista.

La injusticia social y el sistema de clases son todavía más visibles en la guerra que en la paz.

En la paz, el régimen capitalista sólo roba al trabajador su bienestar; *en la guerra*, le quita todo, ya que le quita la vida.

¡Basta de muertes! ¡Basta de sufrimientos!

¡Basta de ruinas también! Porque es sobre vosotros, sobre el pueblo trabajador, sobre quien están cayendo y caerán estas ruinas.

Hoy, cientos de miles de millones se arrojan al abismo de la guerra y se pierden así para el bienestar del pueblo, para las obras de civilización, para las reformas sociales que habrían mejorado su suerte, promovido la educación y aliviado la miseria.

Mañana los pesados impuestos recaerán sobre vuestras encorvadas espaldas.

¡Basta de pagar con vuestro trabajo, con vuestro dinero, con vuestra existencia!
¡Luchad por una paz inmediata sin anexiones!

Que las mujeres y los hombres de las fábricas y de los campos de todos los países beligerantes se levanten contra la guerra y sus consecuencias, contra la miseria y las privaciones, contra el paro y la carestía de la vida. Que levanten la voz por la restauración de las libertades confiscadas, por las leyes obreras y las reivindicaciones agrarias de los trabajadores del campo.

Que los proletarios de los *países neutrales* acudan en ayuda de los socialistas de los países beligerantes en su difícil lucha contra la guerra; que se opongan con todas sus fuerzas a la extensión de la guerra.

Que *los socialistas de todos los países* actúen de acuerdo con las decisiones de los congresos socialistas internacionales, según las cuales es deber de las clases obreras intervenir por el pronto cese de la guerra.

Por lo tanto, ¡ejerced la máxima presión posible contra la guerra sobre vuestros representantes elegidos, sobre vuestros parlamentarios y sobre vuestros gobiernos!

¡Exigid el fin de la colaboración socialista con los gobiernos de guerra capitalistas! Exigid a los parlamentarios socialistas que voten en contra de los créditos solicitados para prolongar la guerra.

Por todos los medios a vuestro alcance, poned fin a la matanza mundial.

¡Exigid un armisticio inmediato! Pueblos que os arruinan y asesinan: ¡levantaos contra la guerra!

Sed valientes. No olvidéis que, a pesar de todo, seguís siendo el número y que podéis ser la fuerza.

Que en todos los países los gobernantes sientan aumentar en vosotros el odio a la guerra y la voluntad de revancha social, y la hora de la paz se adelantará.

¡Abajo la guerra!

¡Viva la paz! – Paz inmediata sin anexión.

¡Viva el socialismo internacional!

Primero de Mayo de 1916

**Zimmerwald y Kienthal,
León Trotsky en el camino
hacia la Tercera
Internacional**

Todavía hay socialdemócratas (31 de marzo de 1915)

Con gran retraso hemos recibido el número de febrero de *Lichtstrahlen*, una pequeña revista de propaganda en torno a la cual se agrupan muchos internacionalistas. El artículo principal (“Todavía hay socialdemócratas”) está dedicado a la conducta de los socialistas franceses y rusos en relación con la Conferencia de Londres [de la Segunda Internacional].

“Como un consuelo en medio de una gran pena, como una chispa en la oscuridad”, continúa el periódico, “llega la noticia de que, a pesar de todo, sigue habiendo socialdemócratas. Llega la noticia de que nuestros camaradas, los socialdemócratas rusos, se han negado con indignación a desempeñar el papel de instrumento en manos del zarismo, al que consideran el arma de su enemigo mortal, el capitalismo...”

“En un artículo admirable, algunos pasajes del cual fueron reproducidos por *Vorwaerts* [se trata de la declaración redactada por un colega de los colaboradores de *Nache Slovo*], mostraron al mundo que el socialismo no ha muerto, que todavía hay socialistas de la Entente como si mantuvieran estrechos y especiales vínculos entre ellos. En primer lugar, esta conferencia contradice la internacionalidad de los problemas del proletariado, dicen nuestros camaradas rusos. ¿No tienen razón? Si los capitalistas ingleses, franceses y rusos han considerado oportuno aliarse, ¿es esto una razón para que los socialistas de estos países formen entre sí una especie de unión que excluya a los socialistas alemanes, austriacos y neutrales? ¿No es esto sancionar las acciones sangrientas del capitalismo y rebajar a los socialistas al papel de guardaespaldas?

“Vayamos más allá. ¿Cuál es el objetivo de la Conferencia de Londres? – Apoyar política y moralmente la política de la Entente”, nos responden nuestros camaradas rusos. Aquí también tienen razón. La “defensa nacional”, tal como la imaginan los diplomáticos de la Entente, es sólo un engaño, si la guerra se proclama liberadora, es una mentira, y este engaño y esta mentira deben ser fortalecidos con “el mal uso de las ideas y la autoridad del socialismo internacional”.

“El problema fundamental de los elementos socialistas de la Entente”, así hablan nuestros camaradas rusos, “es revelar los verdaderos significados de esta guerra y mostrar al mundo que los socialistas gubernamentales no tienen consigo a todos los socialistas de las naciones aliadas...”

“Es muy difícil de creer”, concluye el artículo, “que Guesde, Sembat y sus hermanos estén encantados con este lenguaje sincero, honesto y varonil. Nos alegramos aún más porque hay socialdemócratas que, en el furioso ajeteo de la guerra, no olvidan su deber.”

Nunca antes, podemos añadir, la actividad de los socialistas de un país ha dependido tanto de la política socialista de otros países. El crecimiento de la solidaridad internacional y la lucha por la paz sólo pueden desarrollarse en paralelo en las naciones arrastradas por un torbellino sangriento. Los socialistas gubernamentales franceses contemplan con esperanza el surgimiento del sentimiento revolucionario entre los proletarios alemanes. Y toda su conducta se basa en esta esperanza. Por el contrario, los socialdemócratas revolucionarios rusos no apoyan al imperialismo alemán, como afirman calumniosamente los aduladores patrióticos, sino a su enemigo mortal, el ala

internacionalista de la socialdemocracia alemana. La lucha librada por esta última es, a su vez, un valioso apoyo para nosotros en nuestra lucha contra la reacción “ententista”.

En verdad, todavía hay socialdemócratas revolucionarios, mañana habrá aún más.

¡Hasta el final!

(11 de abril de 1915)

El naufragio de la internacional, preparado por las condiciones precedentes, se saldó en una catástrofe. El renacimiento de la internacional debuta con un proceso complicado y difícil.

Gracias a una lucha cotidiana incesante, las organizaciones obreras adquirieron una gran autoridad a los ojos de las clases a las que habían llevado a tomar conciencia de la vida colectiva; cuando esas mismas organizaciones toparon con las contradicciones y problemas nuevos, que no eran conocidos en la época precedente (y esto es la misma esencia de la crisis de la internacional), la influencia y autoridad de las organizaciones obreras devinieron factores conservadores, aplastando la fuerza viva de la clase trabajadora en un momento crítico de la historia europea.

Todas las características del sistema capitalista, aquellas que infatigablemente ha criticado y evaluado el socialismo, han encontrado en la guerra su más monstruosa expresión: la guerra ha forzado a los viejos partidos socialistas a defender las bases nacionales y gubernamentales sobre las que se desarrollaron criticándolo. Al haber perdido su equilibrio, las masas obreras se han visto desorientadas, paralizadas en la práctica. La cruel enseñanza de la guerra no ha hecho más que profundizar los sentimientos de desconcierto, de escepticismo, de los trabajadores respecto a sus propias fuerzas, de impotencia ante el Moloch del poder capitalista. Liberándose de la presión “normal” de la opinión proletaria, los “guías” ejecutaron un giro de 180 grados plegándose a la presión de la opinión burguesa y convirtiéndose en verdaderos renegados.

En Alemania, cuya industria era la más poderosa, donde el militarismo era lo que más peso tenía y la socialdemocracia la más influyente sobre las masas, la crisis del socialismo adquirió el carácter más catastrófico. Esto le suministró el pretexto al Colón del marasmo socialista para explicar la quiebra de la internacional con la nefasta influencia del marxismo “alemán”. Mientras, en el seno del partido obrero alemán, y en nombre de las lecciones revolucionarias del marxismo, se desarrollaba un proceso de crítica interna y de renacimiento revolucionario que, recientemente, ha llevado al manifiesto de la oposición minoritaria. Se puede afirmar, sin la menor duda, que la Conferencia Internacional de Mujeres [socialistas], el acto más importante de esta época de la guerra, solo fue posible gracias a la iniciativa y energía de las militantes del movimiento obrero femenino.

En la base misma de esos dos fenómenos se encuentra la palabra: *paz*. Pero esa palabra engloba todo un programa revolucionario: bajo la bandera de la lucha de clases, aniquilar la “paz social” con un ataque dirigido contra las clases dirigentes y su consigna “hasta el objetivo”. Con términos nobles y precisos, de una insoportable precisión para los oídos de la censura republicana, el manifiesto de la Conferencia de Mujeres Socialistas llama a las mujeres del pueblo trabajador a tomar las posiciones de avanzadilla en la lucha a favor de la paz, el socialismo en lucha ¡hasta el objetivo!

Las mujeres proletarias, las más desheredadas de todos los sin derechos, abandonadas brutalmente en el umbral de la “paz social” elaborada por la máquina

parlamentaria “masculina”, acaban de asestarle a esa tramposa “paz social” un golpe del que no se recuperará.

En este sentido se redactó el manifiesto de la oposición minoritaria, aunque empleando vías un tanto diferentes. Se esfuerza por la unión, incluso la más modesta, de los partidos socialistas a favor de reclamar el cese de los combates, depositando sus esperanzas en la lógica revolucionaria de los acontecimientos. Pero, al perdonar al patriotismo de la socialdemocracia alemana y al obstinado nacionalismo del socialismo francés, el manifiesto lleva el sello de la extrema prudencia al dirigirse a los dos en particular.

Sin embargo, independientemente de esta pregunta: ¿los “responsables”, atados de pies y manos, escucharán el manifiesto?, independientemente de que los principios formulados de la paz futura están sometidos a las fuerzas de la clase revolucionaria, que todavía hay que movilizar, el llamamiento lanzado por Zetkin, Mehring, Luxemburg, Liebknecht, Lebedour y Rühle, se afirma, junto con el manifiesto de las mujeres, como un factor inestimable de significado revolucionario. Políticamente indispensables, esos documentos pueden abrirse camino, atravesando todos los obstáculos, hacia los espíritus y los corazones. Junto a nuestros camaradas alemanes, creemos en la lógica revolucionaria de la situación.

La internacional se reencuentra. Sus diferentes fracciones se unen unas a otras. Formulan el programa de su futura actividad. Ese programa lo realizarán ¡hasta el final!

Problemas y métodos de nuestra lucha

(15 de marzo – 6 de junio de 1915)

Declive y renacimiento de las antiguas agrupaciones del socialismo

Las raíces de la actual crisis en el socialismo internacional se hunden profundamente en la época anterior.

Las corrientes y agrupaciones, constituidas y fortalecidas durante los últimos diez años, se determinaron en función de su relación con el parlamentarismo, considerado como el arma de las reformas sociales. En principio, el anarquismo negaba la posibilidad y la utilidad de las instituciones de la sociedad burguesa para servir a los intereses de la emancipación social proletaria. Derrotado en la teoría y en la práctica por el marxismo, el anarquismo se manifestó repetidamente como la reacción elemental de las tendencias revolucionarias contra el reformismo parlamentario. En su concepción marxista, la *socialdemocracia* consideraba que el “juego normal” de las fuerzas en la sociedad burguesa conducía irremediabilmente a la profundización de las contradicciones sociales; la solución de estas contradicciones sólo podía pasar por la conquista por parte del proletariado de una posición de dominio de orden político en el seno de la sociedad burguesa; por último, el mecanismo de la democracia creaba un escenario insustituible para la movilización de los proletarios y para su unión. El anarquismo opuso a los engaños burgueses, al parlamentarismo, la revolución social como única realidad (utopía, como los objetivos de los proletarios). El oportunismo de principios fragmentó el problema socialista reduciéndolo al ámbito parlamentario y a la reforma. La socialdemocracia subordinó el parlamentarismo a la revolución como medio para alcanzar su fin.

Estas fueron las tres corrientes fundamentales de la época anterior. El carácter de ésta no les ofrecía, ni mucho menos, las mismas condiciones de manifestación y desarrollo. El anarquismo desapareció por completo en los partidos obreros o sufrió profundos cambios internos bajo los rasgos del sindicalismo francés. Este último, en un

periodo no revolucionario, entró en el callejón sin salida de la filosofía de la iniciativa minoritaria o del “mito” revolucionario de la huelga general. El sindicalismo se adaptó, con mayor o menor éxito, a las exigencias de la lucha sindical. La socialdemocracia, con los sindicatos profesionales reuniendo sus fuerzas para obtener las reformas sociales, a las que subordinaba el objetivo de la revolución social, se subordinó, en el espacio de una generación, al poderoso aparato del poder burgués. Según la concepción marxista, es decir, el sentido mismo del desarrollo histórico, lo que era el medio se convirtió en el objetivo. Cuando el “Centro” se adaptó a los limitados métodos del movimiento agrupando (en un grado mucho mayor de lo esperado, dada su experiencia política) elementos de rutina y estancamiento, el ala izquierda extremista, que, al igual que el Centro, había surgido de las conclusiones teóricas generales marxistas, trató de hacer que el partido adoptara métodos más revolucionarios; pero los resultados de estos esfuerzos, apoyándose en el inmovilismo de la coyuntura política, sólo condujeron a los pródromos de una crítica interna en el partido. Si, en todas estas condiciones, el reformismo no fue el amo absoluto en todo el campo de batalla de la lucha proletaria, no fue por su culpa: el “juego normal”, con el que contaban los reformistas, en las condiciones de un rápido aumento de las contradicciones mundiales y sus consecuencias (el despilfarro de los bienes del pueblo por el militarismo) segó la hierba bajo los pies de las reformas sociales en Alemania. En la medida en que se llevaron a cabo en Inglaterra y Francia, no constituyeron un avance de principios respecto al desarrollo de la legislación social en un país gobernado por el capitalismo, Alemania. Además, la subida de precios paralizó los resultados sindicales y parlamentarios de la lucha de clases. Esta situación confirmó objetivamente la concepción social-revolucionaria marxista de que la práctica de todas las organizaciones proletarias crea una base psicológica para el reformismo. Aunque los oficiales y suboficiales del partido obrero no sucumbieron a la utopía del reformismo principista, sus estrechos puntos de vista políticos no les permitieron descubrir las vastas perspectivas revolucionarias, y se encerraron inevitablemente en el culto a la organización en tanto que organización. Este hecho encontró su pleno desarrollo en el país modelo de la organización socialdemócrata: Alemania. Pero, a su vez, el fetichismo de la organización abrió las puertas a las ilusiones del reformismo, simplemente porque la conciencia política de clase “no soporta el vacío”.

El carácter parlamentario y reformista del movimiento obrero, al subordinar sus métodos a concepciones estrechamente nacionales de las agrupaciones y combinaciones políticas, pesó sobre la conciencia política de los partidos socialistas, dando al internacionalismo el lugar de un principio abstracto. La guerra de intereses imperialistas, al revelar los resortes fundamentales de la política capitalista en todos los países y al plantear de frente los problemas económicos, políticos y nacionales de todo el mundo, no podía sino poner al descubierto, de un plumazo, el carácter estrecho de miras y retrógrado de los partidos socialistas de la Segunda Internacional.

Pero si las organizaciones obreras demostraron que no estaban “preparadas”, es evidente que las agrupaciones internas, que se formaron en los partidos socialistas sobre la base de sus métodos “orgánicos” de trabajo, tuvieron que revelar su inadecuación a las nuevas condiciones y a los problemas planteados por la época de las catástrofes. Este es el primer hecho que salta a la vista. Los marxistas Guesde, Hyndmann y Plejánov adoptaron la misma posición de principios contra la guerra que los reformistas Heine y Sudekum y los anarquistas Kropotkin y Hill. Por otra parte, observamos en Francia que los sindicalistas, en su mayoría dirigente, se acercan a los social-patriotas y, al mismo tiempo, liquidan su hostilidad hacia el partido y hacia el poder capitalista. El Partido Laborista Independiente (inglés), más cercano al reformismo de principios que al marxismo, se muestra estrechamente vinculado al ala izquierda de la socialdemocracia

alemana y a los sindicalistas de izquierda franceses. Estos últimos, encarnados por Monatte, Rosmer y Merrheim, entraron en absoluta contradicción con los sindicalistas recién promovidos (los “gubernamentales”) y no encontraron mejor aliado que el “parlamentario” alemán Liebknecht. Estos ejemplos (y podrían multiplicarse) demuestran que las agrupaciones, impulsadas por el acelerado ritmo de los acontecimientos, no coinciden en absoluto con las que se formaron anteriormente en el seno de los partidos socialistas y se deshacen junto a estos últimos.

De ello no se deduce que los problemas, que dieron lugar a las antiguas agrupaciones, queden simplemente de lado. Las cuestiones de la reforma y de la revolución, base de las disputas de los partidos socialistas, no son dejadas de lado, (por el contrario, se le plantean al proletariado en toda su extensión). El reformismo puro se ha convertido en social-imperialismo, esperando la realización de reformas sociales a partir de la victoria del poder capitalista. Sólo el socialismo revolucionario, que ve la resolución del problema supremo del proletariado no en la lucha por las reformas, sino en la lucha por asegurar la dictadura de clase del proletariado, puede interponerse en este camino. Por su complicada sucesión, no se nos puede escapar el paso de tantos heraldos de la revolución social al campo del nacional-reformismo. Para captar el vínculo entre estos hechos, debemos impregnarnos de la siguiente idea: la contradicción de hecho entre anarquismo, reformismo y marxismo no era tan profunda en la época anterior como la contradicción de principios; de hecho, no sólo el reformismo y el anarquismo tuvieron que pasar por la escuela marxista, sino que el marxismo de entonces tuvo que desarrollar su lado posibilista para aprovechar mejor las oportunidades revolucionarias. De ahí la sorprendente rapidez con la que se disuelven las antiguas agrupaciones. Los cambios decisivos que siguen la línea fundamental de una línea intelectual son progresivos, porque ponen al socialismo en contacto con problemas de orden mundial. Por el contrario, los intentos de mantener agrupaciones basadas en una vieja ideología, evitando las cuestiones relativas al hecho central de nuestro tiempo (la guerra contra el imperialismo) son profundamente reaccionarios y, de antemano, están condenados al fracaso.

Las nuevas agrupaciones en el socialismo

Ahora las agrupaciones dentro de la [Segunda] Internacional se definen por su actitud ante la guerra. Sin mucho esfuerzo, aquí podemos notar tres corrientes fundamentales.

La primera corriente “acepta” la guerra, es decir, vincula su destino al de una de las potencias beligerantes y hace de las organizaciones obreras un aparato que trabaja para el sometimiento de los trabajadores a los objetivos de la guerra y a los métodos del partido. Esto se hace o bien bajo la bandera de la defensa nacional, como en Bélgica, o bien bajo la de la defensa de la democracia, como en Francia, o bien bajo la bandera de: “es necesario asegurar el lugar del país en el mercado mundial”, como en Alemania. De ello se deduce que las esperanzas, más o menos sinceras o engañosas, se fundamentan en las consecuencias de una derrota de la nación enemiga: así, Scheidemann espera una revolución en Rusia; Vaillant y Plejánov la desean en Alemania.

Estos objetivos subjetivos, en nombre de los cuales los partidos y fracciones socialistas, así como las personalidades individuales, subordinan sus actividades bajo la mirada del estado mayor, no pueden ser considerados con indiferencia. En el futuro, dependiendo del curso de los acontecimientos, pueden llevar a los militantes socialistas en varias direcciones. Pero la guerra es el hecho fundamental de la actual situación mundial. La forma de comportarse con ella es en sí misma un programa decisivo. No sólo define la dirección de la acción política (apoyo a la guerra o lucha contra ella), sino que también determina qué agrupaciones se diferenciarán después de la guerra. Una

vinculación activa con el militarismo, es decir, la responsabilidad política y moral de las consecuencias de esta vinculación ante las masas trabajadoras, puede desarraigar de la conciencia de los social-militaristas los objetivos primitivos. El hecho de que Bélgica sea una nación débil y neutral, de que Alemania sea “una gran potencia militar”, de que Francia sea una “república”, de que Alemania sea una “monarquía *semifeudal*”, no cambia la importancia del hecho de que los dirigentes socialistas de estos países hayan tomado partido por la defensa nacional. La consecuencia objetiva fue la sumisión política de la clase obrera a los intereses e ideología de sus enemigos de clase. Desde el punto de vista de los intereses del socialismo internacional, los social-militaristas de todas las tendencias forman, para nosotros, un solo grupo dominante en la [Segunda] Internacional en la actualidad (el predominio de este grupo y la quiebra de la Segunda Internacional son sólo nombres diferentes).

La corriente central contiene los elementos que, sin vincular las cuestiones de clase del proletariado a la victoria de tal o cual país, ven en la situación actual del socialismo el resultado provisional de una catástrofe exterior que exige la paralización de los sentimientos internacionales y de los vínculos de los proletarios. Cierran los ojos ante las profundas contradicciones entre las tendencias nacionales y los problemas internacionales, contradicciones contenidas en la Segunda Internacional, que sería un valioso instrumento en tiempos de paz, pero que no serviría para el trabajo constructivo durante la guerra. Proponen, pues, “pasar” la guerra con paciencia, aceptando las tendencias nacionales como una circunstancia temporal, y luego sancionar todo el pasado en un congreso internacional, para amnistiar los excesos patrióticos y restablecer la [Segunda] Internacional sobre la base de las viejas contradicciones. A esto tiende fundamentalmente la posición de Kautsky. Este optimismo acrítico y vulgarmente repelente es la expresión más perfecta de la bancarrota de los grupos marxistas influyentes ante los problemas revolucionarios de la nueva época. Los que no pueden responder a estas preguntas de manera que conduzcan a la acción, se excluyen y dejan el campo a los social-militaristas o a los internacionalistas revolucionarios. Si las resoluciones de Viena, dictadas por el “Centro” alemán, demuestran la esterilidad de esta posición política de “luchar” contra la guerra y de sancionarla a la vez, hechos como las declaraciones que comunicará al Reichstag de forma sumisa, el paso de conocidos teóricos alemanes, como Kühn, de la posición teórica de Kautsky a la de Bernstein en busca de una nueva orientación, ilustran de forma llamativa el proceso que está haciendo pedazos al Centro. En Francia, este proceso se produjo de forma más rápida y menos notable.

La posición sumisa y vacilante del “Centro” reflejaba de manera significativa el desconcierto de las masas trabajadoras, que intentaban mantener la vieja posición ideológicamente contradictoria uniendo la actitud socialista frente al imperialismo con la idea de la defensa de la patria. La guerra, al demostrar que sólo servía a los intereses imperialistas de la clase burguesa, llevó al Centro a una inevitable y rápida bancarrota. Esta es la repercusión inequívoca del profundo y progresivo trabajo de crítica y autocrítica que se realiza en las amplias capas del proletariado socialista.

Por último, la tercera corriente de la [Segunda] Internacional está compuesta por elementos que se esfuerzan en hacer que el proletariado sea hostil a la guerra y a los que la aprueban. Así como la corriente social-nacionalista adoptó la consigna de “lucha hasta el final” (por la república, la independencia nacional o la conquista de los mercados), la corriente internacionalista adoptó inmediatamente la consigna de lucha por la paz, de cese inmediato de las hostilidades. Todas las manifestaciones parlamentarias de los internacionalistas serbios, rusos, ingleses, alemanes e italianos, la declaración de los socialistas ingleses, las palabras de Monatte y de los sindicalistas lioneses, la Conferencia Internacional de Mujeres, la Conferencia de las Juventudes y la, las manifestaciones de

los socialistas en el Reichstag, el manifiesto de la minoría alemana, la resolución de la federación francesa del metal y su número del Primero de Mayo (todos estos hechos, por no hablar de las “salidas” de los socialistas neutrales, atestiguan de forma contundente el inmenso papel desempeñado por la consigna de la paz en la movilización de la Izquierda (ala izquierda) en todos los países. ¡Qué gran error político ha cometido y sigue cometiendo el grupo “socialdemócrata” al tratar de presentar esta consigna como una prerrogativa de los sacerdotes y de los pacifistas sentimentales!

Así como bajo la consigna de la lucha “hasta el final” se agrupan diversas tendencias, bajo la consigna de “guerra a la guerra” se agrupan quienes se esfuerzan, lo más rápidamente posible, por asegurar al proletariado la base “normal” necesaria para su movimiento de clase. Lo mismo ocurre con los que luchan por las reformas y los que ven en esta guerra el prólogo sangriento de profundas convulsiones sociales. El curso futuro de la guerra, y tal o tal otra de sus consecuencias, pueden llevar en diferentes direcciones a los elementos socialistas diversos por su formación ideológica y por su pasado, a los que ahora están unidos en la lucha para detener la guerra. Pero, por otra parte, la movilización del proletariado contra la guerra y el aparato militar (este último no es otro que el estado burgués) es capaz, en caso de que se acelere el curso de los acontecimientos, de conferirle a la lucha por la paz un significado más revolucionario. La movilización de las masas contra el imperialismo puede, en caso de prolongación de la guerra, que no hace más que aumentar en barbarie, conducir a un choque directo entre el obrero con mono de trabajo o con uniforme multicolor y las autoridades. A partir de la lucha por la paz, la movilización de las masas puede conducir a la toma del poder. Si los acontecimientos adquieren este carácter agudo y decisivo, arrastrarán a los internacionalistas tímidos, que han iniciado la lucha por la paz sin perspectivas revolucionarias, y a los anarcosindicalistas, que no han resuelto la cuestión de la conquista del poder. Por supuesto que a los marxistas nos incumbe el deber de explicar a las masas trabajadoras la gravedad de la contradicción a la que la guerra imperialista empuja a la sociedad burguesa y mostrarles el alcance de las posibilidades que se le abren al proletariado.

El trabajo de organización política de la [Segunda] Internacional debe dedicarse a la unión de todas las organizaciones obreras y de todos los elementos socialistas que se niegan a concluir una “paz civil” con la burguesía. ¡Ni un hombre ni un céntimo para el poder imperialista! Sería arbitrario y peligroso promover criterios adicionales como estos: quien no cree teóricamente en la posición del marxismo o quien no está convencido de que Europa está entrando en una era de desarrollo social-revolucionario. Nuestra propaganda debe ir mucho más allá. No debe limitarse a la mera crítica del ministerialismo, la votación de los créditos, etc. Debe, descubriendo la debilidad y la contradicción de la Segunda Internacional, explicar las bases y las condiciones históricas de la nueva época social-revolucionaria y preparar así la conciencia de las capas trabajadoras avanzadas para la solución del problema planteado por una catástrofe nunca vista en la historia de la humanidad.

División y unidad

En los viejos partidos socialistas los internacionalistas son minoría. En Rusia forman una mayoría visible e indiscutible. Aquí y allá, liberándose de las viejas agrupaciones o tratando de superarlas, los internacionalistas dirigen una lucha muy enérgica contra los elementos de orientación social-patriótica. Si en tiempos normales, es decir, en períodos de cambios lentos y moleculares en la vida colectiva, las disputas políticas ligadas a una diferencia de evaluación y diagnóstico de la época se suavizan por el hecho de que las dos partes, protegiendo la unidad de la organización proletaria, ponen sus desacuerdos bajo el control de los acontecimientos futuros, bajo las condiciones de la

guerra actual, que asfixia a miles de hombres y gasta millones de rublos cada día y empuja a la humanidad a un abismo de salvajismo y degradación, la contradicción sobre la cuestión *a favor de la guerra o contra la guerra*, adquiere un carácter esencial de gravedad, no permite ningún compromiso y conduce fatalmente a los adversarios a campos irreconciliables.

¿Cuáles serán las relaciones de los dos grupos básicos del socialismo, los nacional-reformistas y los internacionalistas revolucionarios, cuando finalmente se separen y se tensen? ¿Cuáles serán los métodos de los internacionalistas en la lucha actual para influir y dirigir el movimiento obrero? Estas dos cuestiones están estrechamente relacionadas, pero no son en absoluto idénticas.

El objetivo indiscutible de nuestra lucha ideológica y organizativa sigue siendo la depuración del social-patriotismo. La creación de condiciones tales que la política socialista revolucionaria pueda no sólo imponerse a la mayoría, sino también paralizar a la oposición, plantea la pregunta: ¿Cómo lograrlo?

Elementos relacionados con el Comité Organizador nos han acusado, y nos siguen acusando, de seguir una orientación divergente, tanto en la socialdemocracia rusa como en los objetivos de la Internacional. Por otra parte, los camaradas, agrupados en torno a *Sozial-demokrat*, acusan a *Nache Slovo* de “compromiso”, de no querer sacar las conclusiones necesarias frente a la lucha ideológica y política contra el social-patriotismo, conclusiones que se inclinan hacia un “cisma” organizado. Ambos cargos están fuera de lugar.

Teniendo en cuenta las experiencias anteriores de separación artificial, es decir, una separación que no resulte inevitablemente para las masas de su propia actividad política (en esto nos diferenciamos del *Sozial-demokrat*) no consideramos permisible (aquí radica nuestra profunda diferencia con los críticos del otro campo) subordinar la cuestión de la firmeza e irreconciliabilidad de nuestra crítica y propaganda internacionalista al peligro de provocar una separación organizada.

La lucha ideológica y política entre nacionalistas e internacionalistas afecta a las antiguas organizaciones: partidos y fracciones. La historia pone a prueba su unidad. Ya podemos calcular que muchos cuadros se perderán para siempre para el movimiento obrero: una parte de estos elementos criados en el mecanismo legal de la sociedad burguesa irá Dios sabe dónde, la otra será rechazada por el curso de los acontecimientos al campo de los enemigos clásicos del proletariado. Es de suponer que los comités cristianos, liberales y renegados reunirán a un cierto número de trabajadores, en las filas de los trabajadores privilegiados o entre los trabajadores más atrasados ideológicamente. Habrá elementos que, por sus vínculos con el poder burgués o la ideología patriótica, se apartarán del movimiento obrero. Sería un milagro (un milagro de la resurrección del Sudekum y del Parvus) que la socialdemocracia alemana entrara en la nueva era histórica sin sobresaltos internos. Pero no hay milagro. Todos los militantes socialdemócratas serios ven el cisma como la perspectiva más probable, tanto en la izquierda como en la derecha. Pero en lo que respecta a la izquierda, considera el hecho como una *perspectiva*, no como una *consigna*. A los internacionalistas alemanes no se les ocurre hacer del cisma un principio consecuente con su trabajo político en su lucha contra el social-patriotismo. Por el contrario, intentan por todos los medios mantenerse en los marcos de las antiguas organizaciones, empezando por la fracción parlamentaria, donde sigue Liebknecht, y la Comisión de Control, donde sigue Clara Zetkin. ¿Para qué? Para ganar el poderoso aparato de la socialdemocracia para sus objetivos. Liebknecht, que votó en contra de los créditos, no abandonó el parlamento para empujar a Rühle a votar en contra del presupuesto y llevar, con su conducta, a una treintena de diputados menos decididos a abstenerse. Monatte abandonó el Comité Sindical Francés al publicar su valiente

declaración, el primer acto serio de internacionalismo en Francia. Pero Merrheim, secretario de los metalúrgicos, se mantuvo en su puesto, y ahora cuenta con los votos de ocho federaciones a su favor. Mejor aún: la organización más fuerte de las provincias, la Unión de Sindicatos del Ródano, aprobó la declaración de Monatte y le encargó que volviera al comité para explicar sus puntos de vista. Siguiendo el camino del internacionalismo, la Federación de Haute-Vienne está lejos de querer abandonar el Partido Socialista. El Partido Laborista Independiente, aunque se opone firmemente al Partido Laborista, no ha considerado oportuno abandonarlo, a pesar de contar con su propio aparato.

Menos que nunca debemos considerar como un dogma absoluto del “internacionalismo” una limitación de su organización fuera de la vida interna de las masas, ese reservorio donde se nutre el ala internacionalista. En un momento en el que las masas aún no se han dado cuenta de las consecuencias de su sumisión al poder; en un momento en el que la conciencia internacionalista revolucionaria está realizando sus primeras conquistas sobre una nueva base, la consigna de la limitación de la organización reforzaría el núcleo de nuestros partidarios, pero no haría más que alejarla de las masas proletarias. Es una consigna de autoaislamiento. Si la unidad de la organización de clase no es el primer principio absoluto que se presenta, no es, sin embargo, una fórmula vacía. El principio de unidad expresa la necesidad de unir las fuerzas de una clase oprimida, incluso sobre la base elemental de la resistencia a sus enemigos de clase. Este principio ha sido inoculado en el proletariado por la experiencia pasada de su lucha. Ningún político serio puede considerar este estado de conciencia proletaria como una nimiedad o una carga peligrosa. Será la piedra sobre la que construyamos y nos servirá para avanzar. Los internacionalistas no deben dedicar sus esfuerzos a provocar una escisión, sino a conquistar políticamente la organización. Si la lucha contra el social-patriotismo produce una escisión, ésta debe, en primer lugar, aparecer ante las masas como una conclusión política inevitable, la única salida a esta situación; entonces la responsabilidad política debe recaer, a los ojos de las masas, sobre los que destruirán la unidad y la disciplina, es decir, sobre nuestros enemigos de clase.

Ahora, en minoría, los internacionalistas estamos firmemente convencidos de que la lógica de la situación funciona a nuestro favor, llevando a las masas a las más crueles penurias y a la desesperación. Las ilusiones patrióticas se disiparán mañana o pasado mañana, como se disipa el humo. El despertar de la conciencia de clase entre los proletarios será aún más decisivo. En estos momentos, en la minoría (no sólo entre los dirigentes, sino también en las organizaciones obreras de la [Segunda] Internacional) no dudamos ni por un momento que el mañana será nuestro, que, a pesar de la tragedia de la crisis, nuestro trabajo debe estar impregnado de optimismo. Es muy diferente con los social-patriotas, de los que una parte de los cuales ya no tienen ninguna relación con los trabajadores y otra parte están asustados por el precipicio al que están arrastrando al partido. Son inevitables transformaciones decisivas entre los social-patriotas. En la incertidumbre de su posición, la fracción parlamentaria no pudo decidir la exclusión de Liebknecht. Liebknecht tuvo mucho acierto al aprovechar esta indecisión para mantenerse como elemento crítico y progresista. Los social-patriotas, que ahora son mayoría, sienten que el terreno se abre bajo sus pies y es posible que mañana decidan separarse. Que lo hagan ellos. Su corriente está en declive, una corriente que no tiene fe en la victoria.

Ante la enorme tarea que nos corresponde a los internacionalistas, nos negamos rotundamente a someterla a cualquier criterio organizativo. Sometemos los métodos de lucha contra el social-patriotismo a las concepciones del racionalismo político. Estamos convencidos de que, si tuviéramos que definir nuestro programa en el marco de las

antiguas organizaciones obreras, la escisión se consideraría irracional en la inmensa mayoría de los casos.

Estas concepciones organizadoras derivan su fuerza de una única condición fundamental: la delimitación total de los distintos puntos de vista del social-patriotismo. Si Liebknecht, temiendo la exclusión, se hubiera limitado a un lenguaje moderado, habría cometido una falta mayor que si hubiera renunciado a un debate en el seno de la fracción parlamentaria. *Nuestro criterio supremo es poder manifestar con fuerza nuestro punto de vista ante la propia cara de la clase obrera.* La minoría opositora es responsable de las consecuencias de esta política sólo en medida muy limitada. No sabemos, no podemos predecir, no podemos adivinar, cuándo y en qué dirección se producirá la ruptura. Pero no tenemos derecho a posponer y atenuar nuestra lucha contra el social-patriotismo que está llevando al proletariado por el camino equivocado, ya sea por miedo o por una actitud fetichista hacia las cuestiones de disciplina. Abandonar las filas socialistas francesas y alemanas sería una estupidez (una verdadera deserción ante los trabajadores), pero sería un crimen aceptar la propuesta de Kautsky y negarse a librar en tiempos de guerra una lucha implacable y decisiva contra el socialpatriotismo.

¿Vale la pena añadir que la socialdemocracia rusa no puede presentar ninguna excepción a este respecto? En efecto: es inadmisiblesuavizar la nueva contradicción que ha surgido en el socialismo, en nombre del principio de unidad de *la organización de la masa obrera*, ya que de la solución de esta cuestión depende el destino histórico de esta organización; es aún más inadmisiblesuavizar o dejar en silencio los problemas que nos separan del social-patriotismo, en nombre de la conservación de la unidad de las *agrupaciones parlamentarias* que constituyen la socialdemocracia rusa. Desde este punto de vista, la declaración del Secretariado de los Emigrados, bajo la firma de Axelrod, según la cual la posición social-patriótica de *Nacha Zaria* no se dirigiría contra la lucha revolucionaria antitzarista, nos parece teóricamente falsa y políticamente peligrosa. Se pueden tener diferentes opiniones sobre los métodos de las organizaciones, como los que tuvo que emplear el OK hacia la agrupación que escribió a Vandervelde sobre su cabeza, lo que constituye un acto de importancia internacional. Pero no cabe duda de la posición adoptada por la agrupación mencionada. Esta última, al solidarizarse con Plejánov y aprovechar, gracias a la “aceptación de la guerra” de este último, el monopolio de las relaciones legales con la clase obrera, facilita la labor de desmoralización, llevando el desorden a las filas de los que se esfuerzan por adoptar una posición internacionalista.

Cuando Yonov quiere subordinar la lucha por el renacimiento de la Internacional al principio: “unidad (de los viejos partidos) donde quiera que sea, pase lo que pase”, sólo refuerza mecánicamente la posición del *Sozial-demokrat* con el método de éste: “separación pase lo que pase”. Ambos afirman un principio absoluto por encima del complicado y matizado trabajo político. No podemos cerrar los ojos ante el hecho de que la mayoría en los viejos partidos está en contra de nosotros y a favor de los social-patriotas: parece que las claves de la unidad y la disciplina las tiene esta mayoría. Si los internacionalistas se limitan voluntariamente a los marcos de la disciplina y la unidad, ponen su destino en manos de los social-patriotas. Sería una criminal falta de decisión por parte de la oposición alemana no participar, según la concepción de unidad del partido, en las conferencias internacionales y no vincularse con los socialistas de izquierda. Pero sería una ligereza injustificada declarar que debe retirarse de la organización oficial del Partido Socialdemócrata.

Sí, ¡la Conferencia de Zimmerwald se ha celebrado!

(10 de octubre de 1915)

He aquí que el *Journal des Débats* nos comunica que se ha celebrado la Conferencia Socialista Internacional, en Zimmerwald, pequeño pueblo suizo desde el que se divisa el perfil nevado de Junfgrau; y, justo hasta ahora, no hemos tenido derecho a hablar de este hecho histórico tan lleno de significado. Los representantes de los trabajadores y las trabajadoras socialistas viajaron, desde todos los rincones de la vieja Europa cubierta de sangre y del deshonor de una lucha fratricida, para hacer oír la voz revolucionaria de la Europa del mañana. (ni Francia ni la colonia rusa que vive sobre suelo francés debían conocer este acontecimiento.)

Inglaterra negó a los delegados el pasaporte. Pues la guerra se lleva adelante en nombre de los supremos intereses de las democracias: el policía inglés armado con su buena porra se lo explicará a quien todavía no lo hay entendido. Pero los puestos destinados a los participantes ingleses [no] quedaron vacíos, y el agonizante Keir-Hardie y sus compañeros han asistido, invisibles, a los trabajos de la Conferencia de Zimmerwald.

Francia ha prohibido hablar de ella. La mano de la censura militar ha borrado el mismo nombre de Zimmerwald del diccionario político de Francia. ¡Listo! Cuando sobre las tierras del “Kaiser”, e incluso en el país del zar ruso, los diarios hablan de la reunión en Suiza de los rebeldes internacionales en nombre del buen sentido y de la humanidad, en el país dónde fue enterrado un innoble régimen de opresión bajo las ruinas de la Bastilla, en el país que predicó el culto a la Razón, en Francia, estaba prohibido mencionar esta conferencia que se celebró en Zimmerwald a pesar de todos los obstáculos.

Cuando dos periodistas renegados (uno francés y el otro ruso) respondieron hace ahora dos semanas a nuestra conferencia (el primero con burlas banales y el otro con sus habituales calumnias) y nosotros quisimos hacer constancia de este hecho en nuestro diario, la censura, otra vez más, nos borró hasta el nombre de Zimmerwald.

Pero ¡la conferencia se ha celebrado! Este es un gran acontecimiento, ¡Señor Censor! Durante los primeros meses de la guerra, la prensa francesa escribía a menudo que Karl Liebknecht salvaría el honor alemán. La Conferencia de Zimmerwald salva el honor europeo, y las ideas lanzadas desde ella salvarán a esta Europa cubierta por la sangre y el deshonor de una lucha fratricida.

Intentan ustedes en vano ahogar toda información sobre esta conferencia. Lo que quieren mantener oculto, estalla a la luz del día. Y he aquí que un distinguido profesor, en el *Journal des Débats*, ataca a la conferencia de Zimmerwald con un artículo en el que prueba que esta última es impotente, de nulo significado, y que, por encima de todo, sirve a Alemania. El sosia de este profesor, el mismo tipo de universitario obtuso, demuestra, en los mismos términos empleados por su distinguido homólogo, que la conferencia se celebró por orden de la Entente. Pero, si esta conferencia tenía un nulo alcance, ¿por qué vuestros vecinos han prohibido mencionar su nombre? Y, ¿por qué os habéis visto obligados a hablar de ella a pesar de todas las prohibiciones ¡Y hablaréis de ella, señores profesores, periodistas, políticos y ministros! ¡Ella os obligará a hablar de ella! ¡Ninguna fuerza borrarán a esa Conferencia de Zimmerwald de la vida política en Europa!

Ha hecho que su voz se oiga, ¡y esa voz no se callará!

¡Ah! Sí, Señor Censor, ¡usted tiene todavía un medio a su disposición! *Puede usted borrar este artículo.* Pero es una medida ilusoria, una medida falsa ya que se ha celebrado; sí ¡la Conferencia de Zimmerwald se ha celebrado!

Principales datos fácticos sobre la Conferencia de Zimmerwald (22 de octubre de 1915)

Durante cuatro días se ha celebrado en el pueblo suizo de Zimmerwald una conferencia internacional que ha reunido, por primera vez desde el inicio de la guerra, a los socialistas internacionalistas de la mayoría de países europeos. En las consideraciones de mis “Carné de notas” hasta ahora sólo podíamos hablar “a propósito” de la conferencia. Ahora, podemos comunicar al lector informaciones reales sobre la conferencia, llamando a las cosas por su nombre. Pero, incluso ahora, se nos priva del derecho a publicar el manifiesto de la conferencia²².

Los preliminares de dicha conferencia son muy conocidos por los lectores de *Golos* y *Nache Slovo*. Estos diarios han dado a conocer cuidadosamente todas las intervenciones del internacionalismo durante la guerra, y todos los intentos de restablecimiento de las relaciones internacionales: conferencias en Lugano, Copenhague, conferencias de mujeres²³ y de la juventud socialista.

Tras haber ofrecido una caracterización general de los trabajos de la conferencia en las consideraciones mencionadas más arriba, queremos comunicar los principales datos en cuanto al contenido mismo de la conferencia.

Dos de las principales potencias en guerra no estaban representadas: Inglaterra y Austria-Hungría.

Los socialistas *ingleses* querían hacer de su viaje un acto de propaganda: declararon abiertamente al poder para qué pedían pasaportes. Así, querían obligar al gobierno a tomar posición frente a la lucha proletaria internacional por la paz. De hecho, el poder se posicionó... negó las autorizaciones de salida. La prensa alemana, incluyendo a la prensa socialpatriota, evidentemente se apresuró a reproducir este rasgo tan característico de la policía británica, exaltando el “prestigio” tan conocido del liberalismo inglés. Pero, al hacer esto, la piadosa prensa germánica se privó de la posibilidad de contar a sus lectores que todos los socialistas ingleses, nada más que buenos patriotas, habían rehusado participar en una conferencia internacional.

El asunto austrohúngaro es incomparablemente más desalentador. El partido “obrero” austríaco, sacudido entre las diversas nacionalidades, envenenado por el nacionalismo, desmoralizado por la caída de la socialdemocracia alemana, ya no presentó durante la guerra más que un profundo vacío. El parlamento no fue convocado una sola vez, los diputados socialistas no tuvieron la ocasión de manifestar sus opiniones públicamente ante las masas; la oposición estaba desorganizado y tironeada desde diversas partes, y no encontró a ninguna personalidad que poseyese bastante fuerza moral para participar en la conferencia en nombre del socialismo revolucionario austríaco.

La delegación francesa se vio reducida al mínimo a consecuencia de las circunstancias y de las medidas tomadas por las autoridades: a uno se le negó el pasaporte, otro fue arrestado en la frontera; curtidos internacionalistas estaban retenidos por sus obligaciones militares. No había ni un solo diputado en la conferencia: la oposición del partido, conducida por Pressemane, capituló lamentablemente en la conferencia nacional del partido, el 14 de julio. ¡En la cúspide del partido, el más “parlamentario” de todas las secciones de la [Segunda] Internacional, no existe, ni entre los jauresistas ni entre los

²² “[Manifiesto de Zimmerwald \(Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald\)](#)”, ver más arriba.

²³ Ver en nuestra serie [Internacional de Mujeres Socialistas](#).

guesdistas, ni *un solo* hombre que haya sido capaz y hubiese tenido el derecho a presentarse en la Conferencia de Zimmerwald en nombre de la fracción revolucionaria del proletariado francés! Este honor recayó sobre los sindicalistas franceses²⁴. En los círculos dirigentes se encontraban honorables y estoicos activistas del movimiento obrero, tales como Monatte, Merrheim, Dumoulin²⁵, Rosmer y otros. Los antiguos agrupamientos se sometieron fácilmente en el curso de los acontecimientos. Mientras que los sindicalistas-patriotas, tipo Jouhaux (el mismo con el que vinieron a reunirse Kautsky y Bernstein en Suiza) marchaban cogidos del brazo con el partido de Sembat-Guesde, Monatte y sus camaradas se ligaban con los socialdemócratas internacionales de Rusia y Alemania.

Los representantes más conocidos de la oposición no figuraban en la delegación *alemana*: Liebknecht está movilizado; Luxemburg y Zetkin están en prisión (Clara Zetkin fue puesta en libertad poco después de la conferencia). Sin embargo, la “oposición” estaba representada de una forma bastante fuerte: la minoría de la fracción parlamentaria, la redacción del diario *Internationale*, las mujeres internacionalistas, la oposición de Fráncfort y Stuttgart, el grupo del diario *Lichstrahlen*, etc.

La delegación *italiana* representaba por completo al partido: el comité central y la fracción parlamentaria. El secretario de este último, Odino Morgari, ocupaba el flanco izquierdo. Había participado activamente en la preparación de la conferencia. En el flanco izquierdo se situaba Angélica Bolabanova, colaboradora de nuestro diario. Excepción hecha de ésta, en lo concerniente al dominio de la teoría, los delegados italianos no eran partidarios del marxismo, sino de una posición ecléctica.

La socialdemocracia rusa estaba representada por los bolcheviques, *Nache Slovo*, la socialdemocracia letona, los mencheviques del OK y el comité de la Bund (ésta con fines de información). El partido S-R estaba representado por la redacción de *Jizn*.

Polonia envió a tres delegaciones: los partidarios de los principios de la lucha internacional de clases: GPD (Grupo de la Dirección Principal), la “Oposición Kadet” y la “Izquierda”.

La Federación Socialdemócrata Balcánica, ya reunida en julio en la conferencia de Bucarest, estaba representada por la delegación búlgara (Koralov) y el partido rumano. Uno de los miembros de este último, K. Rakovsky, uno de los mejores amigos de *Nache Slovo*, participó activamente en los trabajos de la conferencia.

De los dos grupos revolucionarios holandeses, solo uno estaba representado: el grupo “Internationale”, en el que la escritora femenina, tan conocida, Roland-Holst, ejercía el principal papel. Los representantes de *Tribune*, agrupamiento próximo a los bolcheviques, no aparecieron: verosímilmente por motivos de orden técnico.

Suecia y Noruega estaban representadas por una delegación del Comité Revolucionario de la Juventud, dirigido por el diputado Höglund.

Por parte suiza participaron en la conferencia los socialdemócratas: Grimm, uno de los organizadores más activos, Ch. Moor, Ch. Naine y Fr. Platten, todos por iniciativa personal.

Los principales trabajos consistían en las exposiciones de las diferentes delegaciones y la redacción del manifiesto llamando al proletariado europeo a la

²⁴ Ciertamente que en la delegación francesa uno de los delegados, Bourderon, era viejo miembro del partido socialista, pero en la conferencia no representaba al partido, sino a las organizaciones sindicales. [nota de 1922]

²⁵ Dumoulin y Merrheim se arrepintieron enseguida y volvieron con Jouhaux y compañía. [1922]

recuperación de la lucha: por la paz, por la fraternidad entre los pueblos y por el socialismo.

Tras la aprobación por unanimidad del manifiesto, quedaba por constituir una oficina como medio permanente para restablecer las relaciones internacionales y llevar adelante campaña contra la guerra. Esta institución fue creada en Berna, bajo el nombre de Comisión Internacional Socialista, por los tres personajes siguientes: Grimm, Naine y Morgari. La comisión no se oponía formalmente a la antigua Oficina [Socialista Internacional]. Pero, en realidad, la formación de la futura Internacional Socialista se efectuará alrededor de la comisión de Berna, no alrededor de la oficina de Bruselas. En cualquier caso, los esfuerzos de los internacionalistas rusos se harán en este sentido.

P. Grimm y O. Morgari

(3-6 de octubre de 1915)

Desde Midi (¿cómo se diferencia del norte de Francia por su forma de ver las cosas y su comportamiento ante la guerra!) no era difícil llegar a Suiza: ¡nada difícil para el ciudadano dotado de un pasaporte debidamente visado, de una fotografía reciente y de todos los sellos indispensables!

Sin embargo, en la frontera hacía falta pasar por muchos tormentos: se temía doblemente a los periodistas. En París residen misteriosos corresponsales de diarios alemanes pertenecientes verosímilmente al grupo de los periodistas “neutros”. En el *Berliner Tagesblatt* y en la *Frankfurter Zeitung* aparecían de vez en cuando cartas redactadas sobre suelo francés y realmente destinadas a la prensa alemana. Hace algunas semanas, la *Frankfurter Zeitung* anunciaba el desencadenamiento de la ofensiva francesa en Champagne, y la predicción se demostró ser cierta. Este hecho impulsó a la policía francesa a redoblar su vigilancia sobre las cartas, diarios y viajeros que franqueasen las fronteras. Determinadas medidas chocan por paradójicas. Así, a las personas que abandonan Francia se les quitan todos los diarios franceses, por más permitido que esté comprarlos en Suiza. A los viajeros provenientes de Suiza se les confiscan los diarios suizos, aunque en el primer quiosco parisino se puedan comprar sin la menor dificultad. Las vías de la policía, incluyendo a la policía republicana, son inescrutables... Me secuestraron el ejemplar de mi folleto, editado en Suiza y en lengua alemana²⁶.

“¿Qué sentido puede tener esto?” – “Veamos, este folleto se ha introducido en Francia con el asentimiento de la censura” – “Eso no significa estrictamente nada: no podemos dejar pasar folletos alemanes” – “¿Incluso de Francia a Suiza? – “Incluso a Suiza”.

Uno de estos guardias fronterizos, versado en materia de psicología comparativa, me habló en alemán, en muy buen alemán literario, y, tras un intercambio de dos o tres frases, se interesó con viva curiosidad por la situación en el interior de Rusia. Le contesté que, estando dada la inminente partida del tren, me sería imposible enfrentarme a un problema tan vasto y también tan complejo. El psicólogo quedó descontento con mi respuesta, pero, como verdadero gentleman, lo disimuló. Nos despedimos uno de otro con la educación más rebuscada. Pero no me devolvieron el folleto.

Me presenté directamente en Berna, en casa del diputado suizo Grimm, el principal organizador de la conferencia. Antiguo cajista que había conservado muchos rasgos proletarios, Grimm, un hombre de cuarenta años, periodista enérgico y orador, se

²⁶ *La guerra y la Internacional*, en nuestras OELT-EIS.

señalaba como una de las figuras más sobresalientes de la vida política en Suiza. Diputado en el parlamento nacional, está a la cabeza del movimiento obrero bernés, escribe en su periódico y se plantea como líder auténtico del ala izquierda de la socialdemocracia suiza. Hasta la guerra, el nombre de Grimm era poco conocido. Pero estos quince últimos meses han visto un gran cambio. Grimm asumió muy pronto una posición crítica hacia el comportamiento de las socialdemocracias alemana y francesa. Como su periódico se edita en alemán, sus principales golpes se dirigieron contra el partido alemán. Grimm consiguió así una amplia audiencia entre el ala izquierda de la socialdemocracia alemana que, con todas sus fuerzas, atacaba las posiciones de los social imperialistas, es decir, de la mayoría dirigente del partido, que sostenía la política del poder. *Berner Tagwacht* se puso a publicar correspondencias desde Alemania, dibujando el sombrío cuadro de la “Burgfrieden” (la paz civil) y su penetración en la vida interna de la socialdemocracia. La lucha de los círculos oficiales del partido contra la “oposición” (Liebknecht, Luxemburg, Zetkin²⁷, Mehring y otros) se desarrolló al principio en el campo cerrado del partido, después, bruscamente, estalló a la luz del día, desvelada por el periódico bernés. Entonces fue el blanco de los juicios de todos. *Berner Tagwacht* se convirtió en una especie de órgano oficioso de la oposición, con gran enfado de las autoridades alemanas, de las del partido y también de las del gobierno. Al final, el periódico fue prohibido en Alemania, lo que no le impidió, evidentemente, ser ampliamente difundido.

Simultáneamente, el diario socialista bernés adquiría en Francia una popularidad particular porque, siendo considerado “alemán”, mantenía un punto de vista independiente. Los diarios franceses hacían numerosas referencias al *Berner Tagwacht*. A causa de una aberración, explicable en las actuales condiciones de vida, numerosas personas consideraban al diario suizo como una publicación francófila.

El malentendido se acabó disipando. Después de algunos artículos extremadamente críticos con Guesde, Sembat, etc., las simpatías manifestadas por las esferas oficiales del socialismo francés hacia el *Berner Tagwacht* se enfriaron de forma particular; con eso, el diario ganó en los medios no oficiales. La “oposición” en el movimiento obrero encontraba apoyo en el diario bernés, tanto entre los alemanes como entre los franceses, teniendo en cuenta la diferencia de lengua. *Berner Tagwacht* se difunde regularmente en Francia mientras que toda tentativa de introducir, vía Suiza, los más importantes diarios alemanes, tropieza con la resistencia de las autoridades fronterizas francesas.

La posición asumida por el diario suizo en calidad de órgano no oficial del socialismo de “izquierda” o “internacional”, en un país neutral e internacional como Helvecia, ha colocado naturalmente a Grimm a la cabeza de la organización que desde inicios de la guerra intenta restablecer las comunicaciones interrumpidas entre los diferentes partidos socialistas. Grimm participó activamente en la modesta conferencia italo-suiza de Lugano, que tenía como objetivo preparar una conferencia general del socialismo internacional. Gracias a la activa participación de Grimm se pudo celebrar una conferencia de mujeres²⁸, presidida por Cl. Zetkin y una conferencia de la juventud socialista.

Grimm trabajaba plenamente de acuerdo con el diputado de Turín Morgari, secretario de la fracción socialista en el parlamento romano. El partido italiano, superviviente de numerosas crisis “depuradoras”, después de separarse del ala reformista

²⁷ [Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#), en nuestras EIS, y [Clara Zetkin](#), escritos en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

²⁸ Ver en estas mismas EIS “[[¡A las mujeres trabajadoras del mundo entero!](#)] Manifiesto Conferencia Internacional Mujeres Socialistas” y “[Resolución de la Conferencia Extraordinaria de la Internacional de Mujeres Socialistas celebrada en Berna en 1915](#)”, en la serie [Internacional de Mujeres Socialistas](#).

y, después, de los francmasones socialistas, tomó desde el inicio de las hostilidades una posición profundamente diferente de la de los socialismos alemán y francés. Mientras Italia no se liberó del nudo de la Tríplice²⁹, los socialistas mantenían una violenta campaña a favor de la neutralidad, combatiendo el peligro de una intervención junto a los Imperios Centrales. En aquella época, el socialismo planteaba una feroz resistencia al semioficial, semisocialista, Sudekum, y atraía los elogios de la prensa francesa. Pero desde el momento en que se perfilaron los síntomas de una entrada de Italia en guerra a favor de los Aliados, desde que el exredactor en jefe del diario *Avanti*, Musolini, (con el dinero del gobierno francés sin la menor duda), puso su propio diario a disposición de la propaganda belicista, entonces, la política de “neutralidad” seguida por los socialistas italianos fue objeto en Francia de los juicios más crueles. El partido italiano buscó homólogos en los países extranjeros, y Morgari, por orden del comité central, viajó dos veces a Francia e Inglaterra a fin de preparar una conferencia internacional.

Me reuní con Morgari más de una vez en París, y viajamos una vez juntos al Havre. El diputado de Turín era la antítesis de Grimm. Éste posee una inflexibilidad “suizo-alemana” que se manifiesta tanto en los discursos como en el estilo. Morgari, por el contrario, tiene naturaleza de artista: es un político y un psicólogo. Los rasgos de su joven rostro llevan la marca de un carácter bondadoso e indulgente. Grimm es un marxista en el dominio de la teoría; ha ofrecido diversos estudios interesantes en el espíritu del método materialista. Morgari es “neutralista”. Le reprocha al marxismo su falta de realismo, reconoce en la historia la “multiplicidad” de los factores e intenta llegar a una concepción “integral”, tanto en la práctica como en la teoría. El integralismo significa en realidad un esfuerzo hacia un eclecticismo “armonioso”.

A pesar de las diferencias tan profundas (puede hablarse incluso de contradicciones) entre los temperamentos y concepciones teóricas de los dos hombres, Grimm y Morgari estaban ligados estrechamente por su trabajo común: establecer las relaciones internacionales entre los partidos obreros. La reciente Conferencia de Zimmerwald³⁰ se debe, en gran parte, a sus esfuerzos conjugados³¹.

C. Rakovsky y B. Kolarov

(3-6 de octubre de 1915)

En la redacción de *Berner Tagwacht* encontré una sociedad muy variopinta y extraordinaria para los tiempos que corren. Había allí dos redactores berlineses, una militante del movimiento femenino de Stuttgart, dos sindicalistas franceses (el secretario

²⁹ Triple Alianza.

³⁰ El “[Manifiesto de Zimmerwald \(Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald\)](#)” y otros artículos en esta misma obra.

³¹ Ahora, algunos años después de los acontecimientos descritos, es necesario que hablemos, aunque sólo sean dos palabras, del destino de Grimm. Su radicalismo contenía demasiados sentimientos “filisteos” de pequeño burgués suizo, lo que era visible para un observador atento. La influencia de los corresponsales y colaboradores internacionales hacía al diario más radical que el redactor en jefe. Después de Zimmerwald, Grimm fue escorándose cada vez más a la *derecha*. En 1917 intentó mezclarse en la política internacional (en interés de la revolución rusa) con ayuda de métodos subterráneos, de pura diplomacia. Ahí fracasó. La prensa burguesa de todos los países de la Entente lo trató de agente de Alemania después de su expulsión de Rusia por el gobierno Kerensky. Por supuesto que era una calumnia. Grimm cayó víctima de su petulancia “filistea” que lo llevó a querer salvar la revolución con métodos que son contrarios a la esencia de la misma revolución. Incluso cuando el comunismo se manifestó en Suiza, Grimm aseguró su reputación de socialdemócrata “moderado” y “buen consejero”. En lo tocante a Morgari, se mantuvo fuera de la Internacional Comunista [[Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#), en estas mismas EIS]. [1922]

de la Federación del Metal, Merrheim y el de la Federación de Toneleros, Bourderon) el doctor [Rascovsky](#) de Bucarest, un polaco y un suizo. Se trataba de los primeros delegados llegados para participar en la conferencia [de Zimmerwald]. Grimm no se encontraba allí (realizaba un pequeño viaje de propaganda y no llegaría hasta la noche). Morgari se encontraba en Londres y se esperaban telegramas de él en cualquier momento anunciando la venida de los delegados británicos.

En la persona de Rascovsky encontré a un viejo amigo. Es una de las más internacionales figuras del movimiento obrero europeo. Es búlgaro de nacimiento, pero súbdito rumano. Es médico francés por sus estudios, pero miembro de la intelectualidad rusa; está atraído por las Bellas Letras (bajo la firma de Insarov ha publicado en ruso toda una serie de artículos periodísticos y un libro sobre la III República); domina todas las lenguas balcánicas y tres lenguas europeas; ha participado en la vida interna de cuatro partidos socialistas (búlgaro, rumano, francés y ruso) y actualmente encabeza el partido rumano.

La política seguida por este último es paralela hasta cierto punto a la del partido socialista italiano. Los socialistas rumanos, luchando por la neutralidad, recibían halagos o reprimendas por parte de los franceses o de los alemanes según las oscilaciones del gobierno rumano que, con cada cambio de política, obligaba a los “neutralistas” a cambiar sus objetivos. Sudekum llegó a Bucarest el pasado otoño para “incitar” a los socialistas rumanos a oponerse a una intervención a favor de los Aliados. Se declinó su ayuda. Pero cuando Charles Dumas, jefe del gobierno de Sembat, se dirigió a Rakovsky exponiéndole el punto de vista francés, el rumano le respondió con el envío de un opúsculo entero, de tono moderado, pero de fondo significativo (*El socialismo y la guerra*, Bucarest, 1915³²). Rakovsky desarrolla el tema según el cual los partidos socialistas francés y alemán no se diferencian por su táctica de principios, sino que en ellos se dibujan los signos precursores de concepciones irreconciliables: “No estamos, pues, ante dos tácticas sino en presencia de *dos socialismos*.”³³

-¿Harán ustedes la guerra?

-Pregúnteselo a los búlgaros, nos responde Rascovsky. Nuestro gobierno todavía mantiene la neutralidad. Pero existen demasiados motivos para que supongamos que la intervención búlgara hará hundirse la tabla poco segura sobre la que se mantiene el gobierno Bratianu.

(Le recuerdo al lector que estas palabras fueron pronunciadas en septiembre de 1915)

-¿Harán ustedes la guerra? Le planteé esta pregunta al día siguiente al diputado búlgaro, Basil Koralov, uno de los principales dirigentes del partido de los oprimidos, abogado, oficial de reserva, condecorado por su bravura ante los turcos.

-La haremos, me respondió casi sin dudar. La neutralidad observada por Radoslavov es puramente *atentista*. La cuestión de Constantinopla, tal y como ha sido planteada por la Entente, es un factor decisivo para la orientación de la política búlgara. Por otra parte, las derrotas rusas han animado mucho a los germanófilos, herederos de la tradición estambuliana.

-¿Eso quiere decir que ustedes lucharán al lado de Alemania?

-Evidentemente. ¿Lo duda usted?

-La prensa francesa mantiene al respecto las ilusiones en la opinión pública...
¿Cuál será la posición de su partido?

³² *El socialismo y la guerra*, en la serie [Rakovsky, Khristian \(Rako\)](#) de nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

³³ *El socialismo y la guerra*, página 23.

-Somos socialistas “estrechos”, lucharemos hasta el final contra la intervención, después contra la guerra. Pero no podemos esperar un éxito inmediato de nuestra resistencia.

-¿Y los otros socialistas, los “amplios”?

-Siguen más o menos al bloque rusófilo. Pero desde el mismo momento en que Radoslavov ponga a la nación ante el hecho cumplido (la intervención), harán lo mismo que los burgueses rusófilos: so pretexto del interés nacional, de la imposibilidad de desgarrar al país en momentos tan trágicos, etc., etc., se inclinarán ante la política del poder. En este sentido, la prensa gubernamental trabaja sobre la opinión pública.

-De hecho, prosigue nuestro interlocutor, ¿sabe usted que nuestro zar Ferdinand les sonríe a los socialistas “amplios”? Durante las vacaciones se reunió con uno de los líderes de ese partido y se quejó amargamente de que los socialistas no confíen en él, cuando él les es próximo de todo su corazón. El diario del “demócrata” Malinov llama al zar, con una ironía sospechosa y celosa, el “socialista coronado”.

Las predicciones de mi perspicaz interlocutor (actualmente debe encontrarse verosímilmente en las filas del ejército búlgaro en campaña) se realizaron plenamente. Koralov tuvo a penas tiempo para volver a su casa, en Plovdiv, cuando Bulgaria ya decretaba la movilización. Los socialistas “amplios”, en calidad de patriotas, no le plantearon ningún obstáculo a Radoslavov. Los “estrechos” mantuvieron su línea hasta el final. El último número de su diario que me ha llegado, *Rabotnichevsky Viestnik*, caracteriza las condiciones bajo las que se desarrolla la lucha contra las aventuras del gobierno búlgaro: “Nuestras reuniones están prohibidas, nuestros carteles son confiscados, nuestros oradores y propagandista amenazados, golpeados o arrestados; se secuestran los telegramas que se nos dirigen y que contienen vivas protestas contra el aventurerismo nacionalista y reclaman la paz.”

Rakovsky y Kolarov participaban en la conferencia no sólo en calidad de delegados de los partidos obreros rumano y búlgaro, sino también en tanto que representantes de la Federación Socialdemócrata Balcánica, creada en la Conferencia de todos los Balcanes celebrada el verano pasado en Bucarest.

La Federación Democrática de la Península de los Balcanes, unión de todos esos estados ligados por condiciones económicas y destinos históricos comunes, marcha bajo la bandera de la unión de los jóvenes partidos obreros. Los socialistas de los Balcanes han hecho avanzar este programa durante las dos últimas guerras. Más que nunca están convencidos de que la salvación sólo puede venir de una república federada. Pero para alcanzar ese objetivo la historia no ofrece un camino directo. El baño de sangre europeo engulle también a los pueblos de los Balcanes. Van hacia la unión inevitable a través de una destrucción mutua. ¡Cuántos defensores de la federación han caído durante las últimas guerras! El golpe más sensible asestado a la socialdemocracia de los Balcanes, en general, y a la socialdemocracia serbia en particular, fue la muerte en el campo de batalla de Dmitri Tutsevich, una de las más heroicas figuras del movimiento obrero serbio.

Lebedour y Hoffmann

(3-6 de octubre de 1915)

Georges Ledebour encabezó la delegación alemana, el primero por edad y popularidad. Siempre fue el mismo: los acontecimientos no habían dejado ninguna huella externa en él. Durante mis siete años de residencia en Viena, viajé con frecuencia a Berlín y casi todas las veces me encontré con Ledebour allí, ya sea en el Reichstag, en casa de

Kautsky o en el café Fürstenhof, donde Ledebour bajaba las escaleras cojeando fuertemente con su pierna más corta. Los rusos y los polacos contaban con él como amigo, y a veces lo llamaban Ledeburov, a veces Ledebursky. Por lo demás, sus lazos con Rusia y Polonia nunca fueron más allá de los intereses puramente parlamentarios o de la asistencia personal a los exiliados rusos, mientras que su joven camarada Karl Liebknecht trabó lazos espirituales muy fuertes con la juventud de Rusia. Ledebour debía tener al menos sesenta y cinco años, porque recuerdo que en 1910 o 1911 asistí en casa de [Kautsky](#) a la celebración de su sesenta cumpleaños. Auguste Bebel, que había cumplido ochenta años, participó en la ceremonia. El partido había alcanzado entonces su cénit. Su organización, su prensa, sus fondos, florecían de una manera como nunca antes lo habían hecho. Los ancianos registraban automáticamente los éxitos y miraban al futuro sin miedo. Héroe de la fiesta, Ledebour dibujaba caricaturas durante la cena y recibía la aprobación unánime. Era sin duda un caricaturista de talento, y la ironía y el humor bilioso formaban buena parte de su temperamento, que, según la vieja clasificación, debe considerarse como colérico en el más alto grado. Han pasado cinco años desde la cena de la fiesta de los canosos... ¡Cuántos cambios provocados por el tiempo, que esconde otros aún más colosales!

Ledebour, acompañado por Franz Mehring, salió de las filas de los periodistas democráticos para entrar en la socialdemocracia, pero fue mucho más activo como parlamentario que como periodista. A menudo tuvo éxito en la cámara; en las ocasiones en que no era necesario tratar de alta política, sino cuando Ledebour tenía la oportunidad de ejercer su cáustico verbo para atacar y despedazar al oponente. A menudo provocaba votos de desconfianza; los liberales le odiaban más, si es posible, que los conservadores; les devolvía el favor con sarcasmos, que lanzaba con una sonrisa desdeñosa en su fino y afeitado rostro vivaz de actor.

Adolf Hoffmann había cambiado poco, también un viejo con un elegante peluquín blanco, con rasgos a la Rochefort. Antiguo miembro del Reichstag, fue derrotado en las últimas elecciones y sólo conservó un escaño en el Landtag prusiano, donde combinó sus esfuerzos con los de Liebknecht para combatir la “prusificación”, la violencia de la esclavitud. Hoffmann todavía se consideraba a sí mismo como un extremista de izquierda. Hace unos años, cumplió los Diez Mandamientos de los Socialdemócratas y se ganó el apodo de “Hoffman, el de los Diez Mandamientos”. Era un orador popular, con una voz aguda, gestos agudos, y un montón de bromas y juegos de palabras que a menudo dolían mucho. Estaba convencido de que un verdadero demócrata, antes de ir a la guerra contra los “militaristas” extranjeros, debe poner fin a la reacción de su *propio* país. Hoffmann es más radical que Ledebour; le disgusta que el grupo socialdemócrata de la oposición en el Reichstag “se abstuviera” de votar, en lugar de votar “en contra”, en el debate sobre los créditos militares.

Las relaciones entre la mayoría de los patriotas y el ala izquierda se deterioraron dramáticamente. Ya no se trataba de diferencias teóricas o de diferencias tácticas secundarias, sino de una contradicción fundamental con este hecho crucial: ¿cómo vive la humanidad y a qué aspira? Sudekum y Scheidemann usaron todos los medios para silenciar a sus oponentes. Cuanto más perdían a las masas los dos primeros, más tenían que recurrir al aparato de gobierno y más se envenenaban los conflictos internos del partido... La sesión del Reichstag fue descrita por Ledebour como una protesta contra las medidas represivas tomadas por el gobierno contra el pueblo. Entonces, Scheidemann lo desautorizó.

- ¿Cree que estos tipos organizaron una sesión del partido para juzgarme? ¡Nada de eso! Durante el “escándalo”, Scheidemann se acercó a los bancos del gobierno, susurró con los ministros (no con mis colegas del partido, sino con los ministros) y declaró, con

el fuerte aplauso del Reichstag, que no estaba autorizado a criticar las acciones de las autoridades militares. ¡Esos son los procedimientos de estos individuos!

- ¡Y sin embargo no decide votar en contra de ellos!, gritó un delegado alemán de izquierdas desde su esquina. Comienza una discusión sobre las tácticas parlamentarias. Ledebour intenta demostrar que la táctica de la abstención es mucho más hábil, sin romper irreparablemente la disciplina del partido. Facilita la conquista de la mayoría de la fracción parlamentaria: “Éramos catorce al principio de la guerra, ahora somos treinta y seis.”

- ¡Pero usted olvida, exclama Hoffmann, la impresión que su comportamiento produce en las masas! Las medias tintas, las medias decisiones siempre han sido erróneas, son inadmisibles frente a los acontecimientos de los que depende el destino de nuestro desarrollo político. Las masas demandan respuestas claras, francas y valientes, *a favor o en contra* de la guerra. Y se les debe dar esas respuestas.

A pesar mío no puedo dar los nombres de los otros miembros de la delegación; hacerlo sería exponerlos a la venganza de la policía alemana. En lo que respecta a Ledebour y Hoffmann, se “desenmascararon” firmando el manifiesto redactado en la conferencia, con plena conciencia de lo que estaban haciendo. Pero el resto de la delegación debe permanecer en el anonimato: sólo le puede caracterizar por sus rasgos generales.

Siendo ella misma el ala izquierda de la socialdemocracia oficial, tenía su propia ala izquierda. Expresó sus ideas a través de dos publicaciones: la pequeña revista de propaganda de Jules Burchardt *Lichtstrahlen* [rayo de luz], irreconciliable en el fondo, pero de tono muy moderado y sin mucha influencia política, y el órgano de Luxemburg y Mehring *Die Internationale* que consistió en un solo número, ardiente y combativo y que provocó la prohibición de la revista. Elementos influyentes de la izquierda, Liebknecht y Zetkine estaban cerca del grupo “Internationale”. Los partidarios de Luxemburg y Mehring eran nada menos que tres. Uno de ellos pertenecía al periódico *Lichtstrahlen*. Entre los demás miembros de la delegación, dos eran parlamentarios que sostenían las opiniones de Ledebour, mientras que otros dos no tenían una posición definida. Hoffmann, como ya hemos dicho, es de la “extrema izquierda”, pero pertenece a la vieja generación, y la juventud de la izquierda está buscando otros caminos³⁴.

Kautsky, Bernstein y Haase

(3-6 de octubre de 1915)

¿Qué quiere la oposición socialdemócrata alemana?

Ante todo, la ruina en toda la línea del bloque llamado nacional. La socialdemocracia no debe asumir ninguna responsabilidad, directa o indirecta, concerniente a la política imperialista del poder. De aquí se deduce: el voto contra los créditos militares, la lucha por el cese de la guerra, la propaganda entre las masas contra todo plan anexionista, el restablecimiento de la lucha económica y política. He ahí expuesto el esquema de la opinión opositora. Pero para ponerlo en práctica hay serias contradicciones.

Por encima de todo la oposición no está separada de la mayoría dirigente. Entre los socialpatriotas y los internacionalistas existe un agrupamiento muy importante, el

³⁴ Ledebour, incluso ahora, es uno de los líderes del partido “independiente”. Hoffmann, después de la escisión de los “independientes”, se unió al partido comunista. Pero luego, junto a Levi, rompió con el partido y volvió a los “independientes”. Nota del traductor al francés [1922].

“Centro”, que encabeza Kautsky. Se sabe que este última piensa que los socialistas “tienen razón” para unirse al gobierno, que no hay crisis de la [Segunda] Internacional, que después de la guerra se volverá a poner el convoy sobre los viejos railes, etc., etc. Esta posición no satisface en absoluto ni a la derecha ni a la izquierda. El ala moderada de los internacionalistas es cercana a Kautsky, en el sentido de que quiere salvar la unidad y la disciplina del partido. El ala izquierda, por el contrario, juzga las contradicciones como irreconciliables. Es cierto que esos elementos no piensan abandonar el partido. Dicen: “Eso significaría entregar nuestras más importantes posiciones sin combate. Pero nos mantendremos en las viejas organizaciones para combatir implacablemente la tendencia que reina actualmente en el seno del partido. En la hora en que se trata de la existencia de nuestro partido, no permitiremos que se nos cierre la boca por consideraciones de disciplina o de unidad de toda la organización...”

—¿Cómo considera usted la posición de Kautsky?

—La rechazamos categóricamente. En una época de responsabilidad él ha ejercido un papel que no le podemos perdonar. A principios de la guerra, “perdió los estribos” completamente. Capituló ante la presión de la derecha, de los oportunistas y de los nacionalistas, lo que desalentó completamente a la izquierda. Si el 2 o el 3 de agosto del último año Kautsky hubiese adoptado una posición firme, el ala izquierda habría votado inmediatamente contra los créditos militares, el voto del 4 de agosto no se habría producido y Liebknecht no se hubiera encontrado solo a consecuencia de ello. ¡Y ahora, Kautsky, Bernstein y Haase protestan contra las anexiones!; pero esta protesta tiene un carácter platónico: Kautsky no exige incluso ni la retirada de los socialistas del bloque gubernamental, y mientras que estos apoyen al poder, voten los créditos, etc., etc., cualquier protesta contra las anexiones, sin consecuencias políticas, no puede servir más que para tranquilizar conciencias.

El destino de Kautsky, como el de numerosos animadores de partidos, es, sin apelación, profundamente dramático. Fue el teórico de un marxismo intransigente. En 1890 combatió a Bernstein, teórico del reformismo. Pero la táctica del partido era una táctica de adaptación. El comportamiento político se mantuvo inmóvil durante décadas. La casta de los junker se mantenía sólidamente en el sillón tras los éxitos de Bismarck. La burguesía capituló por completo, pero económicamente se hizo mucho más poderosa. La masa trabajadora adoptó un régimen militar y policiaco. Se previa un conflicto inevitable. Pero la política corriente del partido era posibilista. Bernstein quiso elevar ese posibilismo a la dignidad de principio. Kautsky anunciaba al final de cada uno de sus análisis la ineluctabilidad de los conflictos revolucionarios futuros. Pero la historia obliga a prepararse durante tanto tiempo y a esperar el momento de la crisis que, cuando ésta se produjo, Kautsky no tuvo conciencia y se extravió por completo. Yo pienso que se ha extraviado definitivamente. No se puede rechazar cuarenta años de un trabajo intelectual incesante bajo las condiciones del inmovilismo histórico. A los setenta años, el hombre no se renueva espiritualmente.

El destino de Bernstein presenta un interesante paralelismo con el de Kautsky. Era el teórico del oportunismo nacional. Pero todavía pertenece a la primera generación, ha vivido la época “heroica”, estuvo bajo la influencia directa de Engels. Es una cosa diferente a un cualquier David: gran hombre en los pequeños asuntos, pero privado de amplitud de miras en las cuestiones internacionales; todavía es demasiado pequeño para las dimensiones alemanas, se encuentra bien en el Ducado de Bade... Bernstein se espantó cuando se apercibió de en qué se había convertido su “escuela” en el momento de la crisis mundial. Ligado estrechamente a Inglaterra, donde él ha pasado largos años de emigración, Bernstein no tenía nada en común psicológicamente con los excesos anglófobos de los nacionales-oportunistas alemanes. Bernstein no podría permanecer ya

mucho tiempo en compañía de los David, Legien, Schippel y Sudekum. Dio algunos pasos adelante, y Kautsky, asustado por lo áspero del conflicto en el partido, en el parlamento, en la nación, dio algunos pasos atrás y parecía que los dos viejos amigos, irreconciliables, se encontrarían a medio camino. Un tercero vino a unirse a ellos, Haase, primer presidente del partido, un hombre para el que reemplazar a Bebel era una carga demasiado pesada. En tanto que presidente del partido, Haase demostró muy pronto estar aplastado por el automatismo poderoso de la organización. El partido alemán, los sindicatos alemanes: un estado en el estado. Con la declaración de guerra, la burocracia, no habituada a cambios, temía no poder mantener intacto el funcionamiento del partido y se acercó instintivamente al poder. Haase, teniendo en cuenta su naturaleza, no podía encontrar en sí mismo evidentemente la fuerza y la decisión para no ceder a la corriente nacionalista y llamar a la opinión general del partido. Hacía sus reflexiones en el seno del partido, pero conservaba la apariencia de unidad de cara al mundo exterior; el 4 de agosto del último año, se vio en la obligación de dar a conocer una declaración con la que no estaba de acuerdo. Cuando los desarrollos posteriores lo espantaron no le quedó más que unir su desarraigo al de Kautsky y Bernstein. El trio atacó la política anexionista en una carta-manifiesto singular. El paso franqueado era digno de respeto, descargando un golpe indiscutible a la orientación progubernamental del partido, la autoridad de los firmantes llamó la atención de centenares de miles de trabajadores. Pero los autores del manifiesto se quedaron a medio camino y fueron incapaces de ir más lejos. El poder del partido ya no está en sus manos, he ahí porqué es hostil al imperialismo... Hay que sacar la conclusión que la historia llama al relevo a una generación nueva, más joven, que no carga en sus espaldas con el fardo de la tradición, de la rutina, de la costumbre y que, sólo ella, puede responder a la voz de la nueva época, una época de hierro y sangre, de tempestades y conmociones.

Las actividades de la izquierda en Alemania

(3-6 de octubre de 1915)

—¿En qué consiste su trabajo?

—Mantenemos una propaganda entre las masas contra la prolongación de la guerra, contra la política de sojuzgamiento y contribuciones, contra la orientación oficial del partido, que apoya al poder. Completamos el trabajo de los periódicos legales que comparten nuestros puntos de vista con proclamas ilegales lanzadas por centenares de miles de ejemplares. Usted debe conocer probablemente nuestros eslóganes: “El principal enemigo – en nuestra propia patria”, “Las anexionaciones insensatas”, etc., etc. En esta línea mantenemos una agitación verbal en las reuniones y, cuanto más tiempo pasa, con más frecuencia y más radicalmente rompemos los marcos de la legalidad. ¿Tenemos éxito? Sin duda alguna. Crece sin parar la contradicción entre la política oficial, gubernamental, también del partido, y el estado de ánimo de las masas. Nos mantenemos en el interior de la antigua organización del partido, pero seguimos nuestra propia orientación obstinadamente, tenemos nuestras propias redes y nuestros centros oficiales.

—Nos pregunta usted sobre la mentalidad de nuestras masas trabajadoras, no dice Hoffmann, le responderé categóricamente: es hostil a la guerra, al poder y a las altas instancias del partido. En todas partes donde hayamos tenido la posibilidad de entrar en contacto con las capas populares, hemos constatado que se liberan definitivamente de la embriaguez chovinista. Tome usted mi circunscripción electoral: está entre las más atrasadas, con una población compuesta en su mitad por campesinos, en su otra mitad por

trabajadores de las minas, que, hace solamente algunos años, se agarraba a la reacción clerical antisemita. Hace una semana leía yo en una asamblea de “hombres de confianza”, es decir, de delegados elegidos, un informe sobre la situación política y les proponía lo siguiente: los diputados socialdemócratas deben rechazar los créditos militares del poder y exigir el fin inmediato de las hostilidades. Todos los delegados estuvieron de acuerdo de forma unánime y categórica, ni una voz de protesta. Sin embargo, ¡parecería que la propaganda chovinista no podría encontrar mejor terreno que esta circunscripción atrasada! ...

—La Conferencia de Zimmerwald nos ofrece un apoyo irremplazable para el desarrollo de nuestra acción, nos dice la enérgica animadora femenina. Nuestra oposición parlamentaria, principalmente con Ledebour, tiene un carácter “extraparlamentario”. Mientras que las “derechas” tiene la preponderancia y llegan al final de sus empresas utilizando todos los recursos del partido, nuestros parlamentarios de oposición se someten a la disciplina y, en los momentos decisivos, se alejan del Reichstag, en lugar de atacar a la derecha. Declarándose solidarios con Liebknecht por principios, nuestros parlamentarios opositores (hay actualmente cuarenta) rechazan su experiencia. Queremos acabar con este estado de cosas. La oposición socialdemócrata en el país es más decidida que la de nuestros parlamentarios. Estamos por Liebknecht.

Con su conducta del 4 de agosto, la socialdemocracia ha provocado, primero, el asombro y, después, la indignación. Todos los informes hechos en la Conferencia [de Zimmerwald] han hablado suficientemente de ello. No podía ser de otra forma. Pero sería perfectamente injusto trazar una cruz sobre la socialdemocracia. La protesta proviene del interior. La política practicada por los centros oficiales, basada sobre la de los socialistas franceses, tropieza enseguida con una fuerte oposición. Pero, es tal el embrollo, las masas están tan desorientadas y extraviadas a causa de los acontecimientos y del comportamiento de los “guías” que deberían conducirlos, que Scheidemann y Heine no encontraron al principio ninguna oposición formal. Pero, cuanto más bruscamente inexplicable (al menos a primera vista) se haga la política de “capitulación” de los dirigentes descoyuntados del partido, más implacable será la respuesta de las masas. La Izquierda Alemana mira el futuro con plena confianza.

Los trabajos de la Conferencia de Zimmerwald

(3-6 de octubre de 1915)

Todos los participantes en la conferencia fueron a la Casa del Pueblo, un recargado edificio con pinturas asirias en la maciza fachada de piedra gris. El comedor estaba ornamentado masivamente con lámparas de pie y los muros pintados con colores oscuros. ¡Modernismo alemán! “Esto me gusta, decía educadamente un delegado francés, jamás lo haría para mí, ¡pero me gusta!” En el café aparecieron los corresponsales de prensa; se las sabían todas. Suiza está llena de esos corresponsales franceses y alemanes. “¡Antes de que hayamos abierto solamente la boca, exclamó Grimm, la prensa burguesa del mundo entero dará a conocer nuestro fracaso! Los periodistas no nos dejarán en paz. Es imposible que todos nosotros seamos lo bastante firmes para rehusar una entrevista. Se apoderarán de la más mínima frase pronunciada en el restaurante. Este el motivo que me ha llevado a escoger locales a diez kilómetros de Berna, en el pequeño pueblo de Zimmerwald, arriba en la montaña.”

En tres horas llegamos a Zimmerwald. Los paseantes miraban nuestro cortejo con curiosidad. Los delegados hacían bromas: cincuenta años después de la creación de la

[Segunda] Internacional, ¡ésta cabe en cuatro vehículos! Pero en esas bromas no había la menor traza de escepticismo... Predominaban dos lenguas durante el trayecto y durante la conferencia: el francés y el alemán. Los delegados ingleses estaban ausentes. Como habían declarado francamente al gobierno que viajaban a una conferencia internacional, éste, simplemente, les había negado los pasaportes. El diputado Glasher telegrafió que no podía venir. Ello simplificaba considerablemente el trabajo de los intérpretes, ese espinoso trabajo de cada conferencia internacional. La alternancia de las culturas europeas encontraba expresión en la lingüística de la Conferencia de Zimmerwald.

Los delegados franceses no hablaban ninguna lengua extranjera, parecidos en esto a los ingleses. Los alemanes comprendían y hablaban un poco el francés. Todos los italianos hablaban corrientemente el francés y algunos un poco el alemán. Los rusos hablaban francés, alemán e inglés. Uno de los intérpretes resultó ser una rusa, Angélica Balabanova, militante italiana que traducía el francés, el alemán y el inglés con la misma facilidad.

Todas las habitaciones disponibles en Zimmerwald fueron ocupadas por los delegados: en el hotel, en casa del jefe de correos, en casa de campesinos. El jefe de correos ofreció sus servicios en calidad de peluquero.

Durante los momentos de relajamiento, bastante poco numerosos, a decir verdad, los delegados se acercaban a la ruta montañosa y admiraban el Mont-Blanc y la Jungfrau. Estaba prohibido escribir desde Zimmerwald a fin que las informaciones no llegaran demasiado pronto a la prensa. Sin tomar en cuenta el despiste de los corresponsales, los diarios no publicaron nada de extraordinario, aparte de vagas alusiones a una conferencia que debía celebrarse no lejos de Berna. El *Berner Tagwacht* podía afirmar, con la conciencia tranquila, que en Berna no se celebraba ninguna conferencia. Tras algunos días, el nombre de Zimmerwald fue conocido en el mundo entero. El hostelero quedó muy impresionado. Este honesto suizo le declaró a Grimm que confiaba en aumentar sus precios gracias a esta publicidad mundial, y que estaba dispuesto a librar cierta suma a la caja de la III Internacional.

Desayunábamos sentados en una larga mesa, agrupados por nacionalidad: únicamente los rusos estaban diseminados en calidad de intérpretes y de intermediarios. Después de la comida, Grimm, por petición general, “yodoló” esas extrañas canciones guturales montañesas; Serrati, el redactor jefe de *Avanti*, cantó parodias de canciones napolitanas; Chernov cantó “Los granujas” con su voz de tenor ligero. Grimm se levantó después y con una voz seca, como si no acabase de regalar a la asistencia “yodolando”, y nos ordenó ir a los lugares de la conferencia. Inmediatamente nos levantamos y partimos a trabajar.

Además de a Grimm, organizador de la conferencia, se eligió para la constitución de la mesa a Lazzari, representante del partido italiano y cuya autoridad crecería de forma extraordinaria en el curso de la guerra, a Rakovsky, representante del proletariado rumano en la Federación [Socialdemócrata] Balcánica, a la poeta y militante holandesa muy conocida Henriette Roland-Holst, en calidad de secretaria y a Angélica Balabanova como intérprete.

Existían algunas divergencias que salieron a la luz en las intervenciones, particularmente en lo concerniente a la principal cuestión del orden del día: el comportamiento ante la guerra y la lucha por la paz.

Una parte de la conferencia, inspirada por la extrema-izquierda, se basaba en el hecho que los viejos partidos socialistas, por ejemplo, los partidos francés y alemán, se habían disuelto no solamente en el momento crítico de la guerra, sino definitivamente al ligarse con los gobiernos capitalistas. Los partidos obreros no podrían renacer más que a partir de elementos nuevos. Tenían que ondear la bandera del “cisma” y romper todo lazo

con las políticas de “Burgfrieden” (paz social) y “Unión Sagrada”. El más sobresaliente defensor de esta tesis era Lenin. Le seguían, más o menos estrechamente, el diputado sueco Hoeglund, jefe del grupo de izquierda, y el dirigente de la juventud noruega, Nörmann.

Un segundo grupo, ejerciendo, por decirlo así, el papel de “centro”, era hostil a la política oficial de los partidos occidentales. Pero consideraba que el “cisma” no era una condición *sine qua non* de trabajo en el pensamiento del internacionalismo. Los representantes de este grupo consideraban, como la extrema-izquierda, que el naufragio de la II Internacional se había debido al inmovilismo de las relaciones internacionales, al menos en Europa Occidental y era el resultado de una época histórica de política pasiva. Toda una generación del movimiento obrero se había constituido en una atmósfera de adaptación sistemática al parlamentarismo y había unido su suerte a la de este último en el momento crítico. Estos representantes, a semejanza de la izquierda, pensaban que no se trataba, tras la guerra, de volver al antiguo estado de cosas. Se efectuarían profundos cambios en el interior de los partidos socialistas. Pero, en tanto que se trataba de organizaciones de masas, no resultaba indispensable una separación sistemática. Se tenía que entablar una lucha implacable en el seno del partido para conquistar la influencia sobre las masas. Este segundo grupo se componía de elementos de izquierda alemanes (espartaquistas), de Roland-Holst, de Balabanova, de parte de los italianos, de los rusos y de los suizos.

El tercer grupo contaba con elementos más ponderados que miraban la conferencia como una demostración ante todo el mundo, y confiaban en que el fin de las hostilidades barrería la ralea nacionalista, volviendo a poner las cosas en su sitio. Este grupo estaba constituido por una fracción de la delegación alemana, por los franceses y una parte de los italianos.³⁵

Está completamente claro que estos tres grupos tenían que explicarse en un ambiente poco ordinario. Mientras que el primero se esforzaba en ganar adherentes a la lucha interna y a la ruptura completa con el social-nacionalismo, el tercer grupo quería limitar el alcance de la conferencia a una manifestación por la paz.

Ante el rechazo de la mayoría a elaborar una resolución táctica y programada, el ala izquierda tenía que trabajar para que el primer problema de la internacional naciente (la lucha contra la guerra) se colocase sobre los railes de la lucha de clases revolucionaria. Creemos que se alcanzó este objetivo en grado sumo, teniendo en cuenta el estado de cosas.

Los rasgos generales concernientes a esta cuestión eran las causas fundamentales y los “culpables directos de la guerra”, la conducta de los partidos socialistas su semioposición pasiva (abstención en el momento de votar los créditos militares) y, por fin, los medios y fuerzas a disposición del proletariado.

En una de sus intervenciones, Axelrod expresó la opinión que usar la misma unidad de medida para juzgar el comportamiento de los socialistas franceses y alemanes, ignorando los causantes de la guerra y la diferencia de las situaciones militares, era propagar no el internacionalismo, sino el “cinismo”. Este punto de vista fue retomado, pero bajo una forma mucha más abrupta, por un delegado italiano. La asamblea rechazó categóricamente seguir por aquella vía. Fuese la que pudo ser la responsabilidad “indirecta” de la guerra (diplomática, etc...), el enfrentamiento de los pueblos europeos era el resultado de la política imperialista. Desveló los intereses *fundamentales* de la

³⁵ Delegados franceses e italianos: como rápidamente se ha mencionado aquí, se deshicieron y simplificaron. Los que ocupaban una posición central, “no centrista”, resbalaron hacia la extrema-izquierda. La derecha zimmerwaldiana ocupó lugar en el Centro de Kautsky, entre el comunismo y el social-patriotismo.

sociedad capitalista y puso en movimiento a las fuerzas *fundamentales*. En esta catástrofe mundial, en la que se juega la suerte de la cultura, el proletariado debe guiarse por sus intereses *fundamentales* y no interesarse por las matizaciones ofrecidas por los diversos gobiernos y las situaciones estratégicas provisionales. La colusión de los socialistas y del bloque nacional, como lo señaló el delegado de *Nache Slovo*, es más explicable *psicológicamente* en los países que sufren reveses que en las naciones que logran victorias, pero, políticamente y en el mismo grado, no hace más que desmoralizar y debilitar al proletariado. La cuestión planteada en la conferencia no es la búsqueda de las circunstancias atenuantes para las divergencias nacionalistas del social-patriotismo, sino suscitar contra él una lucha simultánea y coordinada por parte de toda la internacional.

La tendencia de los internacionalistas franceses y alemanes a limitarse a rechazar el bloque nacional fue admitida por la opinión general. En conclusión, el social-nacionalismo triunfante fue condenado como se merecía.

Se presentaron tres proyectos provenientes de la redacción de *Sozial-demokrat*, de la fracción de derechas de la oposición alemana y de la delegación de *Nache Slovo*.

El proyecto de *Sozial-demokrat* intentaba ofrecer indicaciones sobre métodos de lucha muy definidos. En primer lugar, ¿uno podría haberse preguntado sobre la oportunidad de declarar públicamente las tácticas a emplear! Independientemente de esto, estaba claro que, si la resolución era rechazada, no quedaba ninguna esperanza de transferir la descripción de las tácticas de base a otro documento... el proyecto tenía el fallo fundamental de representar un comportamiento indeciso y con doble sentido hacia la lucha de clases. Lenin había explicado suficientemente de forma clara, ya anteriormente con sus artículos y estudios, que consideraba personalmente el eslogan de la lucha por la paz como *negativo*. Explicaba su posición mediante el aforismo siguiente: nuestra tarea no es hacer callar a los cañones de 420 cm., sino ponerlos al servicio de nuestros propósitos. No hay dudas de que la diferencia entre pacifistas e internacionalistas consiste en esto: nosotros queremos convertir los medios militares en armas para los proletarios. Pero sería completamente inadecuado oponer esta cuestión y la lucha por la paz. Para que el proletariado alemán sienta el deseo de girar sus cañones hacia sus enemigos de clase, es necesario que ya no tenga el deseo de disparar contra sus hermanos de clase (en otras palabras, debe animarle sentimientos hostiles hacia *esta* guerra que lo agota y deja exangüe, igual que a su aliado de clase de ambos lados de las trincheras). La consigna del cese de la guerra es, para los proletarios, la de la autoconservación de clase, del acercamiento internacional y de la condición de la acción revolucionaria. Además, en el proyecto de *Sozial-demokrat* el eslogan por la paz no encarna el llamamiento vibrante del proletariado movilizándolo sus fuerzas contra el militarismo, sino como una concesión transaccional de puro ánimo revolucionario a la pusilanimidad pacifista del hombre.

El proyecto de manifiesto, elaborado por los elementos ponderados de la oposición alemana, trataba en primer lugar sobre las condiciones del mundo futuro: ninguna anexión ni incorporación económica por la fuerza, derecho de las naciones a la autodeterminación. No hubo ni un solo voto en contra. La guerra europea ha planteado, bajo la forma más aguda, la cuestión de las naciones pequeñas y débiles y la de la coexistencia de las grandes potencias. Ignorar esos problemas oponiéndoles el simple eslogan “paz” traduciría puro nihilismo. El proletariado debe tener sus principios, que debe esforzarse en tomar como bases de la coexistencia nacional por medio de la lucha revolucionaria y de la victoria. Los social-militaristas (Vaillant y compañía) formulan los principios de un mundo democrático y someten su creación al empleo del armamento nacional. Los social-pacifistas (Kautsky y otros) formulan principios análogos (contra las

anexiones). Pero, como de hecho se reconcilian con la “paz civil” y dejan a los social-imperialistas el trabajo de dirigir a los proletarios, todos sus principios pacifistas no les sirven más que para crearse una buena conciencia. Los socialistas revolucionarios formulan los principios de la coexistencia de los pueblos (condición para la paz) como eslóganes a través de los que movilizan al proletariado contra la guerra y las empresas imperialistas; con estos eslóganes, lucharán contra la ferocidad diplomática del futuro Congreso de la Paz; con esos principios explicarán a las masas y demostrarán, con la experiencia viva de los acontecimientos, que la realización de esos principios no puede tener como resultado más que la toma del poder por el proletariado.

El programa de paz por el que debe luchar el proletariado fue literalmente (y sin juicio de principios) extraído del proyecto de la oposición alemana. ¿Este programa se adecua a las exigencias del desarrollo histórico? Esta es una cuestión que depende de un juicio de orden general. Pero el mismo proyecto elaborado por la derecha de la oposición alemana era inaceptable ya que, como no señalaba el comportamiento de los partidos socialistas y no hacía progresar de manera decisiva los lazos entre “las condiciones indispensables para la paz” y la lucha revolucionaria, caía en la fraseología pacifista.

El tercer proyecto, el de *Nache Slovo*, fue formulado dentro del pensamiento de las ideas fundamentales, desarrolladas en las consideraciones presentadas.

Los tres proyectos fueron sometidos a una comisión de siete miembros. La comisión confió la redacción definitiva a Grimm y al representante de *Nache Slovo*. Con algunas apresuradas correcciones, fue aprobado por la comisión y adoptado unánimemente por la asamblea.

Se rechazaron tres enmiendas presentadas por tres grupos rusos.

La primera enmienda fue presentada por la redacción de *Sozial-demokrat*: caracterizaba la posición de Kautsky, elogiaba a Liebknecht: semejante personificación, muy en el estilo alemán, estaba fuera de lugar. A instancias de la comisión, la enmienda fue retirada.

La de los S-R exigía que, al lado del imperialismo, se citase como causante de guerra a las “fuerzas del pasado”, a las dinastías. Se les señaló a los autores de la enmienda que no fueron Marruecos y sus “fuerzas del pasado” las que se habían anexionado Francia, sino, por el contrario, que había sido la república francesa la que se había apoderado del imperio jerifiano. El imperialismo está por encima de cualquier forma política y se sirve de ella para sus propósitos.

La tercera enmienda provino de las delegaciones polacas y del OK. Ofrecía una caracterización detallada de las consecuencias sociales inevitables de la guerra: la desaparición de las clases intermedias, el crecimiento de las fuerzas y de la influencia de los sindicatos, de los trusts y de los financieros, el tono más áspero dado a la lucha de clases. De ello resultaba la perspectiva de un cambio social-revolucionario. En esta enmienda, muy difusa, se podían encontrar afirmaciones muy cuestionables junto a pensamientos irrefutables. Gracias a estos últimos no se podía divergir más que en la cuestión: ¿estaban en su lugar en el documento citado? Pero, de todas formas, esta enmienda llegó demasiado tarde para poder ser sometida a un examen detallado.

De todo lo que se acaba de decir se deduce que esta enmienda no podía ser aceptada. Era perfectamente justa tratando de la guerra y de la ideología nacional-liberadora, así como del socialpatriotismo oficial. Pero, en el dominio de la estimación de la época histórica y en la esfera de los métodos de lucha, conservaba una falta de precisión indiscutible, señalando el carácter puramente crítico de la oposición internacionalista en los viejos partidos en los que la dirección se mantenía en manos de los socialpatriotas. El documento nos habla a continuación de lo que se puede decir y de lo que se debe decir a

las masas. Pero es lo máximo que se puede decir bajo las actuales circunstancias. El documento es un gran paso adelante.

Conclusiones

(3-6 de octubre de 1915)

Con motivo de una conferencia preliminar, un grupo adherente a la posición tomada por *Sozial-demokrat* (la “Oposición polaca”) formuló su posición de la siguiente manera: juzgar a los partidos socialistas oficiales; formular los principios de la lucha revolucionaria de clases y reunir en el ala izquierda a quienes piensan lo mismo. La cuestión de la lucha de las masas a favor de la paz incluso ni se mencionaba. Lenin, en su discurso (de lejos el más importante y justo pronunciado en esta conferencia preliminar), argumentó que el eslogan de la lucha por la paz estaba desprovisto de todo significado revolucionario.

Axelrod se posicionó de forma diametralmente opuesta. En una de nuestras asambleas oficiales, cuando se llegó a la cuestión del voto, Axelrod argumentó que dos tendencias fundamentales combatían entre sí ante nosotros; una de ellas quería usar la Conferencia para una plataforma de táctica revolucionaria en tanto que piedra angular de la construcción de la III Internacional; la segunda tendencia quería, apoyándose en todos los elementos socialistas, reaccionar negativamente ante la guerra y comenzar la campaña a favor de la paz, estimando que esta vía llevaría, más que cualquier otro medio, al renacimiento de la Internacional.

El representante de *Nache Slovo* argumentó, al contrario de lo que se acaba de leer, que además de las dos tendencias citadas, existía una tercera que le atribuía un gran significado a la campaña por la paz, pues solamente gracias a ese eslogan se puede movilizar a las masas; pero también quería igualmente usar la propaganda por la paz a fin de lanzar la táctica revolucionaria de clases, definir su comportamiento irreconciliable hacia la orientación socialista-nacionalista y hacer de esta Conferencia una contribución al establecimiento de la III Internacional.

La redacción del *Sozial-demokrat* presentó proyectos para dos resoluciones: una de orden táctico y un llamamiento a las masas.

La resolución táctica caracterizaba la guerra como imperialista, condenaba el social-nacionalismo y el atentismo del “Centro” (Kautsky y otros), rechazaba todas las formas de la “paz social”, colocaba la lucha por la paz en el rango de los problemas internacionales, exigía la ruptura con el legalismo y la explotación de la situación creada por la guerra, así como sus consecuencias. Esta resolución representaba un paso importante adelante hacia un internacionalismo socialista-revolucionario activo. No retiraba más que “la derrota de Rusia es el menor mal”, (¡se puede uno imaginar el acogimiento que habría hecho la oposición alemana a esta tesis nacional rusa!), no erigía en principio la ruptura entre las organizaciones obreras; reconocía, por fin, el significado revolucionario de la lucha de clases.

En esa introducción al proyecto de resolución existe todo lo que separa a la posición de *Sozial-demokrat* y *Nache Slovo*... Al representante de este diario no le faltaba más que anunciar su adhesión a las tesis fundamentales de la resolución y proponer su tramitación a la comisión a fin de mejorar la redacción. Desgraciadamente esta resolución no recibió la mayoría. Solamente se obtuvieron trece firmas a favor de su tramitación a la comisión.

La mayoría de los participantes, situados ante problemas de orden negativo: contra la guerra, contra el bloque nacionalista, no se dieron mucha cuenta de los problemas positivos revolucionarios a los que la época actual somete a los proletarios socialistas. Dicho de otra forma: si todos estuvieron de acuerdo para combatir el avasallamiento de la clase obrera al poder burgués, la mayoría no estaba presta para poner al orden del día la lucha revolucionaria como conquista del poder por el proletariado.

No ha sido por azar. La insignificante resistencia de las masas ha cortado las alas al pensamiento revolucionario. No debe haber ningún pesimismo en esta constatación, por el contrario, todos los internacionalistas (sobre la base del desarrollo objetivo de los hechos) están convencidos de que, tarde o temprano, esto será el triunfo del socialismo revolucionario. Pero el portador del socialismo revolucionario, el proletariado, no se presenta suficientemente preparado. “Hemos agrupado a nuestro alrededor a cuatro millones y medio de votantes [decía uno de los internacionalistas de izquierda alemanes]. La guerra ha desvelado que únicamente una pequeña vanguardia se ha nutrido de las ideas de un socialismo instructivo. Antes de pasar a la cuestión práctica de una revolución social, es indispensable preparar para ella al proletariado...” Plantear así la cuestión no es histórico: ¡la “preparación” en la acción revolucionaria se tendría que hacer mediante la propaganda socialista! Si el trabajo realizado durante dos generaciones de trabajadores no ha “preparado” al proletariado para la revolución social, ¿dónde está la esperanza de que nuestros esfuerzos puedan demostrarse “provechosos” en la tercera generación? Sería digno de un maestro de escuela, pero no de un partido histórico, confiar todas sus esperanzas en el cambio y mejora del sistema de propaganda. Está claro que el centro de gravedad reside en el carácter de la época histórica. Si es cierto que la época tumultuosa, a la que la guerra nos ha llevado, debe descubrir la energía revolucionaria del proletariado, hay que darse cuenta del nuevo peligro que se levanta ante el socialismo. Golpeada por un cruel desencanto al principio de la guerra, viendo reducidos al mínimo sus cálculos y su esperanza política, el ala izquierda de la socialdemocracia internacional, ante el temor a precipitarse hacia delante, puede mantenerse desesperadamente atrasada respecto a las masas devenidas revolucionarias por la guerra.

Preparar al proletariado para la revolución social, y prepararse uno mismo, significa que los socialdemócratas revolucionarios deben tomar la iniciativa de oponer *efectivamente* la vanguardia proletaria a la burguesía imperialista.

El deber del ala izquierda revolucionaria-marxista de los internacionalistas es inscribir la propaganda futura en la vía social-revolucionaria y emplear los métodos de la lucha internacional del proletariado.

De las estimaciones, trabajos y discusiones, se extrae (a su escala europea) el cuadro del naufragio de la Internacional, de la capitulación de partidos tan pujantes y organizados y de la bancarrota ideológica y moral de los jefes que sólo conservan sus puestos por la fuerza de la inercia. La degradación que la guerra le ha hecho sufrir al socialismo todavía es sentida por los observadores directos y los participantes. A pesar de toda la indignación y cólera, no se discierne ningún pesimismo. Todos sentían que la catástrofe no había hecho más que desvelar las concepciones, métodos y mentalidad de un sistema que se sobrevive a sí mismo. El movimiento más revolucionario en sus objetivos se había petrificado y “esclerosado” en su inmovilismo. Había envejecido toda una generación de guías, repitiendo las mismas fórmulas. Ya antes de la guerra esos jefes estaban enteramente “vacíos”. La catástrofe no hizo más que desvelar este estado de cosas. Si la historia se ha servido a menudo de las convulsiones de la guerra para poner al día la podredumbre de los gobiernos y la nulidad de los dirigentes, la guerra sirve esta vez para descubrir la podredumbre del socialismo, para someter a sus cuadros a una prueba mortal y limpiar el camino para nuevos métodos y nuevas ideas.

Hay que decirlo desde el principio: no teníamos ante nosotros a “elementos nuevos”, adoptando nuevos métodos y dando respuesta a nuevas exigencias de la época y la tempestad. La mayoría de los participantes estaba compuesta por viejos militantes, salidos de los cuadros de la II Internacional. Esos elementos, gracias a circunstancias personales, mantenían la conciencia revolucionaria y habían sabido, en medio de la catástrofe, mantenerse en el terreno de la lucha internacional de clases. Pero su educación política los predispone más a combatir al socialismo-nacionalismo que a admitir nuevos métodos de combate social y revolucionario. La nueva Internacional necesita a esos testigos de las antiguas pruebas, indomables ante el poder. Pero por encima de todo hay que encontrar nuevos adherentes personificados en la joven generación que chocará con la sociedad burguesa en conflictos sociales en los dos campos, y habiendo pasado por la escuela de la guerra, que no retrocederá ante la perspectiva de medir sus fuerzas. ¡En ese caso tenemos derecho a decir: la III Internacional está ante nosotros!

¡La Conferencia! La Conferencia no es más que un episodio en ese gigantesco trajín de la Historia, que ha hecho perder el equilibrio a la burguesía y le ha planteado brutalmente al proletariado el interrogante fundamental del desarrollo socialista: ¿el imperialismo, la guerra y la esclavitud sangrante... o la revolución social? Pero al mismo tiempo es un episodio inmenso y pleno de significado. Y en el estado alcanzado actualmente por el movimiento es el más importante acontecimiento histórico.

Para quien haya seguido atentamente a la Internacional durante la guerra, hay en ella pocos hechos nuevos. Pero reuniendo todos los hechos dispersos uno no puede dejar de sorprenderse con dos impresiones: la dimensión enorme de lo que hay de falso y de muerto intelectualmente en la obra inmensa de la II Internacional, y la inmensidad de la herencia revolucionaria que ha legado a las masas trabajadoras. En verdad ¡hay con qué construir! ¡La III Internacional no tendrá que partir de cero!

Ecós de Zimmerwald. Respuesta a Axelrod

(27-31 de octubre de 1915)

Axelrod aporta dos correcciones secundarias, pero de todas formas dignas de interés, a mi comentario hecho de memoria. Parece que Axelrod no opuso los “derrotistas” al resto de los internacionalistas y que no afirmó, sino que expresó en forma de esperanza, el reconocimiento por la mayoría de la socialdemocracia rusa del eslogan de la asamblea constituyente de cara a liquidar la guerra. Las circunstancias bajo las que Axelrod hizo su intervención explican plenamente la posibilidad de malentendidos involuntarios y estoy completamente dispuesto a admitir las correcciones. Hubiera admitido más gustosamente aun la concerniente al grupo *Nacha Zaria*. Pero, ¡desgracia! En este punto Axelrod no corrige mi exposición, por el contrario, confirma los temores que expresé. “Si hemos entendido bien, escribía yo, el campo internacionalista, tal y como lo concibe Axelrod, comprende también al grupo *Nacha Zaria*.” Y Axelrod responde así: “Si a Trotsky le interesa saber dónde debe posicionarse al grupo *Nacha Zaria*, debo decir que no incluyo a ese grupo en el campo internacionalista, en el sentido que él indica.”

No me es solamente interesante saber, me es indispensable saber. Y no soy el único. Todos debemos saber. No solamente porque la cuestión de las relaciones con un grupo político es importante, sino, también, y, ante todo, porque la pertenencia del grupo *Nacha Zaria* a tal o tal otro campo define el contenido de lo que incluimos en nuestra concepción del internacionalismo. En la época crítica que vivimos actualmente, cuando se niega, ataca y siembran dudas sobre el valor del socialismo, la falta de firmeza y la

imprecisión en política son inadmisibles ya que son la marca, aunque oculta, de la peor forma de capitulación ante el enemigo.

De concierto con nuestros amigos franceses, pensamos que la política actual del socialismo francés es mortalmente hostil a los intereses del proletariado. El grupo *Nacha Zaria*, por el contrario, juzga esta política perfectamente conforme con los intereses de la democracia y del socialismo. ¿Cómo podemos pertenecer al mismo tiempo que este grupo al mismo campo ideológico?

Al definir la guerra como “defensiva” o “liberadora” por parte de la Entente, el grupo *Nacha Zaria* llega en Rusia a la política de “no resistencia”. Ciertamente insiste en la necesidad de continuar la lucha contra el zarismo. Pero una lucha basada en la “no resistencia” sólo puede ser ficticia o una supuesta lucha basada en una capitulación de hecho. ¿Cómo podríamos incluir en nuestro campo a un grupo cuya posición de principio le conduce a rechazar la lucha revolucionaria contra el zarismo?

La política de apoyo a la guerra supone la aprobación de los créditos militares. La política de “no resistencia” lleva a la abstención. Así es como se comportó Mankov, y nuestra redacción, unánimemente, interpretó su comportamiento como la única conclusión posible, teniendo en cuenta la posición de *Nacha Zaria*. Pero la fracción “kadete” excluyó a Mankov y, de nuevo, nuestra redacción interpretó esta medida como la única conclusión lógica, teniendo en cuenta la posición internacionalista. ¿Cómo podríamos incorporar a *Nacha Zaria* en nuestro campo desde el mismo momento en que las consecuencias políticas de su posición llevan a la expulsión de diputados de la fracción “kadete”?

Después de todo lo que se acaba de decir, es absolutamente incomprensible de qué forma Axelrod puede considerar que “la necesidad de análisis” de mi comentario sobre su exposición es superflua. Es justamente lo contrario. Mi único comentario, resumido en una frase, no se apoya sobre hechos “míticos”, sino, desgraciadamente, sobre el hecho demasiado real de la incorporación de hecho por Axelrod del grupo *Nacha Zaria* al campo internacionalista. “Está claro, escribía yo, que la consigna de asamblea constituyente no puede ejercer más que un papel: el de ocultar la contradicción irreconciliable, en relación con la guerra, de las tácticas que de ella se deducen.” Las declaraciones de Axelrod confirman plenamente mis temores. Sólo me queda el consuelo de que, mis errores sobre los puntos secundarios, no hacen más que aumentar claramente lo justo de mis posiciones sobre la cuestión principal.

Ecos de Zimmerwald. Los austríacos en Zimmerwald

(27-31 de octubre de 1915)

Un camarada especialista en cuestiones austríacas escribe a propósito de mi comentario sobre la Conferencia [de Zimmerwald].

“Vuestro juicio sobre los austríacos es profundamente injusto en lo concerniente a la oposición austríaca que trabaja bajo condiciones que no pueden compararse con las nuestras. Más incluso. Nadie ha intentado llevarlos a la conferencia... En un futuro próximo se convencerá usted de que allí hay camaradas que poseen el derecho, no solamente moral, sino formal, a participar en futuras conferencias en nombre del socialismo revolucionario”. No era mi intención lanzar una piedra contra los camaradas austríacos que luchan en el marco del pensamiento del socialismo revolucionario. Simplemente quería constatar la debilidad particular del ala izquierda de ese partido y el lamentable papel que los representantes más conocidos han ejercido, practicando el

oportunismo y el nacionalismo. Las cuestiones tácticas y las contradicciones ideológicas no pueden resolverse más que con el valeroso combate de las opiniones. Mi corresponsal lo sabe tan bien como yo. Si, realmente, nadie se ha tomado la molestia de convocar a los internacionalistas austríacos, eso es muy lamentable. Pero esto no se habría producido si la oposición austríaca hubiese sido más enérgica; debería de haber entrado en contacto con la oposición alemana y no ignorar que la conferencia se preparaba. No albergó dudas de que el proletariado austríaco levanta la cabeza, y, junto con el autor de la carta que acabo de citar, deseo que en la próxima conferencia el proletariado austríaco delegue a sus más dignos representantes.

La organización de los extremistas holandeses, radicales declarados (se autodenominan “tribunistas”) ha decidido bruscamente no asociarse al manifiesto de la Conferencia de Zimmerwald³⁶. ¿Por qué? El manifiesto es fruto de un compromiso, no compromete para la acción e incluye el derecho a la autodeterminación, lo que podría dar a las masas la ilusión de que la autodeterminación nacional se basaría en la sociedad capitalista.

En este argumento se mezclan críticas perfectamente justas a una seguridad limitada de “política de campanario”, y el conjunto se caracteriza por una carencia de proporciones y de perspectivas políticas³⁷.

Uno de los líderes de los “tribunistas” es el señor Pannekoek. Leemos en *Kommunist* uno de sus artículos que transpira el escepticismo revolucionario. Pero el escepticismo, como ya hemos recordado, casa bien con la “intransigencia”, más incluso: se complementan a las mil maravillas. El escepticismo juzga que el mundo, aparte de su pequeño círculo, no puede ser más que malo; esto sólo puede reforzar su escepticismo y empujarlo inevitablemente a atrincherarse frente a ese mundo contaminado. En Holanda, un país que no está en guerra y que puede ser considerado como un hogar de revolución social, encontramos la más pura cultura del extremismo formal: es suficiente con añadir que los “tribunistas” jamás han podido reunir a más de quinientos miembros.

Los agrupamientos en la socialdemocracia alemana

(17 de noviembre de 1915)

En relación con el artículo del camarada Bukvoied (Riazánov) (“Mehring ante la guerra”) la dirección considera esencial fijar su posición sobre la cuestión planteada por este artículo, en particular en lo concerniente a las agrupaciones de la socialdemocracia alemana.

“Se admite considerar”, nos dice el camarada Bukvoied, “que el ala extrema de los internacionalistas alemanes está constituida por el grupo ‘Internationale’³⁸”. Estamos completamente de acuerdo. No nos sentimos obligados a compartir todas las opiniones teóricas y los criterios tácticos de todo el grupo ni de ninguno de sus miembros, pero reconocemos que la corriente bajo cuya bandera aparece el periódico *Internationale*

³⁶ Ver más arriba en esta misma obra “[Manifiesto de Zimmerwald \(Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald\)](#)”.

³⁷ Extremistas holandeses: hemos conocido la posición tomada por los extremistas holandeses gracias a las declaraciones de *Lichtstrahlen*, y tememos que se haya omitido señalar el carácter “antirrevolucionario”, “pacifista”, de la consigna de la lucha por la paz.

³⁸ El grupo “Internationale”, el grupo de Mehring y Rosa Luxemburg. Ligados ideológicamente a K. Liebknecht, Clara Zetkin, etc.

representa el flanco izquierdo del internacionalismo alemán y que tendremos que marchar de la mano de este grupo en nuestra lucha futura. No queremos, ni mucho menos, restar importancia a la orientación teórica de la socialdemocracia ni a sus distintas corrientes. No dudamos de que las diferencias no sólo de filosofía e historia, sino también de táctica, son posibles e incluso inevitables. Pero las agrupaciones normales se definen y unen sobre todo por su posición política y activa. Desde este punto de vista, nuestra solidaridad se dirige íntegramente a esa agrupación cuya acción política se expresa en los votos y declaraciones de Liebknecht, en el manifiesto titulado “¡El enemigo principal está en nuestro país!”³⁹, etc., etc.

Como afirma el camarada Bukvoied en su artículo, Liebknecht orientó su conducta al principio de la guerra según el criterio de la guerra ofensiva y liberadora. Nuestros lectores saben que consideramos este criterio absolutamente inadecuado, y no podemos sino remitir al lector a otros artículos de Bukvoied en los que denuncia esta inadecuación con plena convicción. Pero consideramos esencial recordar que, en la declaración hecha por Liebknecht con motivo de la segunda votación sobre los créditos de guerra, no dio a su voto una argumentación formal desde el punto de vista de la guerra ofensiva o defensiva, sino desde el punto de vista revolucionario y socialista. Es lamentable que Liebknecht no adoptase esta posición inmediatamente y que haya marchado con Haase. Pero esta rectificación tardía nos ofrece pocas posibilidades para orientarnos en los agrupamientos actuales de la socialdemocracia. Desde el 4 de agosto han pasado quince meses. Las posiciones han tenido tiempo de definirse. El nombre de Liebknecht (¡qué fuerza de acción política!) se ha convertido en todo el mundo en sinónimo de valor socialista, mientras que los nombres de Haase y Kautsky son, en el mejor de los casos, sólo sinónimos de compromiso.

Kautsky⁴⁰ ya había comprendido, antes de la guerra, el peligro que representaban las palabras “defensa” y “ofensiva” para la táctica del proletariado. En el Congreso de Essen de 1907, respondió a Bebel en términos proféticos.

Cuando esta profecía, presentada por Kautsky como un argumento lógico, se convirtió en una trágica realidad, Kautsky capituló ante la mayoría nacionalista del partido, utilizando los argumentos que menos le comprometían. Demostró que todo iba muy bien; hizo la vista gorda ante la monstruosa desmoralización en las filas del partido, tranquilizó a los descontentos y les invitó a observar la disciplina. Si la oposición en el partido, sobre todo Liebknecht, levantó la voz, fue a pesar de Kautsky.

Sólo cuando las contradicciones entre la mayoría y la oposición alcanzaron el mayor grado de tensión, Kautsky, sin acercarse a la oposición y sin firmar el “Manifiesto 200” (tan profundamente principista), reconoció, por fin, la diferencia entre las tendencias imperialistas y el socialismo alemán, y protestó, es cierto, con Bernstein y Haase, pero sólo contra las actividades anexionistas. Cuando más tarde se planteó la cuestión del restablecimiento de las relaciones internacionales, Kautsky y Bernstein fueron a Berna para mantener conversaciones infructuosas con Jouhaux; pero los tres, por supuesto, estuvieron ausentes en Zimmerwald. En la medida en que elementos de la izquierda cercanos a Kautsky, como Ledebour y otros revolucionarios, incluida la delegación de *Nache Slovo*, estaban presentes en esta conferencia, era necesario perseverar en la línea de la izquierda alemana (“Internationale”, “Manifiesto 200”) contra la línea pasiva y pacifista del “Manifiesto de los tres” (Kautsky, Bernstein y Haase).

De todo lo que se acaba de decir se desprende que nos solidarizamos con el agrupamiento “Internationale”, con Liebknecht y Zetkin⁴¹, los más destacados

³⁹ Ver más arriba en esta misma obra “¡El enemigo principal está en nuestro país!”.

⁴⁰ *Obras Escogidas de Karl Kautsky*, en nuestro sello hermano *Alejanđría Proletaria*.

⁴¹ *Clara Zetkin, escritos*, en nuestro sello hermano *Alejanđría Proletaria*.

representantes de la creciente corriente internacional en el movimiento obrero alemán. Estos elementos dirigen una valiente lucha contra la “Paz Civil”, desenmascaran la ideología hipócrita de la “Defensa Nacional”, rompen los marcos de la legalidad y levantan a las masas contra la guerra y los gobernantes. ¡De la mano de estos elementos, hemos comenzado y continuaremos nuestro esfuerzo por crear la Tercera Internacional!

La declaración de los veinte (28 de diciembre de 1915)

En la sesión del Reichstag del 22 de diciembre de 1915, el diputado Geyer leyó la siguiente declaración en nombre de veinte diputados:

“La dictadura militar, que aplasta sin piedad nuestros esfuerzos por la paz, se esfuerza en ahogar la libertad de pensamiento y nos priva de la oportunidad de dar a conocer fuera del Reichstag nuestra opinión concerniente al proyecto de ley de créditos de guerra. Al igual que condenamos los planes de conquista ideados por los gobiernos y partidos de otros países, también protestamos contra los planes igualmente peligrosos de nuestros anexionistas, que constituyen tantos obstáculos más para las negociaciones de paz. El 9 de diciembre, en respuesta a una interpelación socialdemócrata, el canciller no sólo no se pronunció en contra de estos planes anexionistas, sino que incluso los aprobó (Exclamaciones: “¡Muy justo!”). Todos los partidos burgueses lo apoyaron, exigiendo compensaciones territoriales (“¡Completamente cierto!”). Las negociaciones de paz sólo pueden llevarse a cabo con éxito si se realizan sobre la siguiente base: no se debe aplastar a ningún pueblo, se debe garantizar la independencia económica y política de todos los pueblos, se deben rechazar definitivamente todos los planes de guerra. Nuestras fronteras y nuestra independencia no están en peligro. No nos amenaza ninguna invasión enemiga. Pero, si la guerra se prolonga, a nosotros y al resto de Europa nos amenaza el peligro de provocar miseria y la destrucción de la cultura (“¡Cierto!”). Por lo tanto, el gobierno alemán debe dar el primer paso hacia la paz, ya que se encuentra, junto con sus aliados, en la situación más favorable. (“¡Cierto!”). La facción socialdemócrata propuso que el gobierno formulara sus propuestas de paz. El canciller respondió con una negativa (“¡Completamente justo!”). Esta horrible guerra continúa. Cada día trae consigo innumerables sufrimientos. No podemos apoyar una política que no haga todo lo posible para poner fin a esta inconmensurable miseria, que está en irreconciliable contradicción con los intereses de los amplios sectores de la población (“¡Cierto!”). Nuestro deseo de dar un fuerte impulso a los esfuerzos por la paz que se realizan en todos los países, nuestro deseo de paz, nuestra repugnancia a todos los planes de conquista, todo esto no podemos vincularlo al de los créditos militares. Por lo tanto, rechazamos el proyecto de ley.”

Esta es la declaración de la oposición parlamentaria alemana, que motiva su voto en contra del nuevo crédito de diez mil millones. Como vemos, la declaración no sitúa la cuestión de la política de “guerra” de la socialdemocracia en el nivel adecuado. La declaración, basada en una concepción de la posición estratégica de Alemania, insiste en que ésta debe entablar conversaciones de paz. Asumir que la oposición ha dado por sentada la posición de las clases dominantes y de los social-patriotas es causarle una inmerecida ofensa. Si el ala izquierda subrayó en su declaración el hecho de que las fronteras alemanas no estaban amenazadas, fue, sobre todo, para revelar a las masas engañadas la falsedad de las fórmulas defensivas.

Pero el asunto no se limita a estas concepciones propagandísticas puramente legítimas: esta motivación inestable y políticamente superficial facilitó, a todos los

partidarios de la oposición parlamentaria, el paso de la pasividad política a la lucha activa contra el militarismo nacional.

Al subrayar la indecisión de la conciencia revolucionaria sobre la cuestión de principios de la “Defensa Nacional”, la Declaración de los Veinte dio a los social-patriotas del otro bando⁴² argumentos fáciles para justificar su olvido de la política de clase y su sumisión. Aquí radica el lado débil de la Declaración de los Veinte.

Sin embargo, el hecho de su intervención sigue siendo valioso. La oposición ha dejado de abstenerse y de esperar pasivamente a que la lógica de los acontecimientos, la presión de las masas y su propia acción interna “ilumine” a la mayoría de la fracción parlamentaria. La oposición intervino activamente contra el Bloque Nacional, situó abiertamente la unidad de la política proletaria internacional por encima de la, por cierto, ficticia unión de la fracción parlamentaria.

En Zimmerwald, los delegados de todos los matices exigieron que los diputados alemanes votaran en contra de los créditos. Ledebour y sus amigos, basándose en estrechas consideraciones de organización interna, se opusieron a que esta exigencia se incluyera en el texto del *Manifiesto*⁴³, opinando que sólo podría perjudicar su acción futura.

Los socialpatriotas trataron rápidamente de interpretar el comportamiento de la delegación alemana en Zimmerwald como una negativa a votar contra los créditos de guerra. Ninguna explicación o negación pudo evitar que estos señores torturaran a sus lectores y oyentes con esta invención, que les sirvió de baza en la lucha de los socialpatriotas contra la Conferencia de Zimmerwald.

Ahora la cuestión está definitiva e irrevocablemente resuelta. En total acuerdo con el espíritu de la resolución de Zimmerwald, los “Veinte” de la izquierda alemana votaron en contra de los créditos de guerra. Zimmerwald encontró un importante eco entre los muros del Reichstag. La votación de los “Veinte” no será sólo un episodio, sino que quedará como una fecha memorable en la historia del renacimiento socialista.

¿Zimmerwaldianos o gvosdievanos?

(14 de enero de 1916)

Hemos reproducido un comunicado del diario de Samara *Nache Goloss* (número 11, 1 de diciembre) contando que en los medios mencheviques más conocidos (se habla evidentemente del OK) se extiende la opinión de que la fracción parlamentaria Kadet debe conservar su antigua posición, es decir afirmar con más vigor la voluntad de los kadetes y expresar su solidaridad con las posiciones adoptadas en la Conferencia de Zimmerwald.

A continuación, se anuncia que los mencionados círculos habían elaborado una plataforma que difería de las declaraciones ya conocidas provenientes de Petersburgo y Moscú; éstas eran archipatrióticas como nuestros lectores recordaran. La oleada de fórmulas empleadas roba una gran parte del valor que se quisiera atribuir a esta comunicación que se anhela saludar si nos diese derecho a confiar en que los “círculos mencheviques distinguidos” no se limiten a una plataforma diferente de la de los socialpatriotas, y que entablen contra estos últimos una implacable lucha.

⁴² Los social-patriotas del otro bando: es decir, los franceses.

⁴³ Más arriba en esta misma obra “[Manifiesto de Zimmerwald \(Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald\)](#)”,.

Mientras, encontramos en *Nache Goloss* (número 9, del 8 de noviembre), en la carta del mismo corresponsal de Petrogrado (Ivanov), un comunicado que es indispensable comparar con el número 11, a fin de hacerse una idea clara y no ilusoria del estado real de cosas.

“... La cuestión que preocupa en estos momentos a los “círculos mencheviques distinguidos”, es la renovación de la campaña por las elecciones al comité central de la industria de guerra. En general es difícil de aprobar la falta de finalización de esta manifestación política en la que han participado grandes masas de trabajadores. Los *trabajadores conscientes consideran indispensable obtener del comité central una segunda convocatoria a los electores en vista de las decisiones a tomar*. La cuestión se discute en las reuniones parciales, y se recogen firmas para una declaración coincidente.”

Repetimos una vez más: las dos corresponsalías, distantes una de la otra en tres días, redactadas por la misma persona, no comparten el punto de vista de *Nache Dielo*, sino que, defendiendo la posición de los “círculos mencheviques distinguidos” (sea cual sea el nombre del autor), indican que habla de ambientes próximos al comité organizativo.

Así, los mismos círculos que declaran adoptar la posición tomada en Zimmerwald, han participado activamente en el “golpe de estado” en miniatura que queda ligado al nombre de Gvosdiev. El diario socialpatriota, *Narodnaya Gazzeta*, ha reconocido que el comportamiento de Gvosdiev y los suyos ha sido escandaloso: los electores no lo son de por vida, escribe el diario con razón; su estado de ánimo puede cambiar, pero ello no dice nada sobre la voluntad de las masas; éstas deben ser consultadas por quien no está satisfecho de la primera decisión de los electores. Pero los socialpatriotas no quieren comprometerse en esta vía a causa de que no tendrían el consentimiento de sus aliados de la administración. ¿Qué hacen pues los trabajadores conscientes? Apoyados por los mencheviques, están conchabados con el comité guchkovienista. Y sobre este acuerdo contrario a todos los principios elementales de la democracia rinde testimonio, la frente bien alta, el mismo corresponsal que nos señalaba, hace ahora tres días, ¡que los mencheviques aprobaban Zimmerwald!

¿Qué significa todo esto?

“¡Es difícil orientarse, no se entiende nada!”, así responden los mencheviques-internacionalistas, entre los que el instinto de autoconservación de partido (pero no socialista-revolucionario) priva de todo deseo de comprender y de orientarse desde el momento que se habla del curso de las cosas en el bloque de “agosto”.

Sin embargo, en ello no hay nada de misterioso o enigmático.

El Comité de Organización (OK) se relaciona con Zimmerwald. Por tanto, ¿está en contra de la defensa nacional? Sí, pero apoya la “utilización organizativa” de los comités de industria de guerra. Muy bien, pero ¿qué significa “utilización”? Parecería que eso fuese el establecimiento de la influencia revolucionaria e internacionalista entre las masas obreras. Pero, entonces, ¿de qué forma el OK, adhiriendo a Zimmerwald, puede romper con sus 90 representantes y atacarlos con el apoyo del bloque administrativo y socialpatriota? Es muy simple: el comité no necesita entrar en el bloque socialpatriota ya que, por su constitución y por sus métodos, forma un bloque de socialpatriotas e internacionalistas. Para estos últimos, los lazos “de partido” con los socialpatriotas son más importantes que los lazos *ideológicos* y *políticos* con todo el campo internacionalista. Esta es la prueba irrefutable de lo que su internacionalismo puede presentar de desesperado, pues se mantienen dentro de los socialpatriotas y sirven de cepo para los elementos irresolutos y atrasados de la clase obrera.

Quien se adhiere (realmente no de palabra) a Zimmerwald asume la obligación de luchar implacablemente contra los socialpatriotas. Si Lebedour y sus amigos, ansiosos por conservar la unidad y disciplina del partido, hubiesen continuado tras Zimmerwald

absteniéndose en la votación de los créditos [militares], hubiésemos visto este hecho como la primera violación del sentido y espíritu de las decisiones de Zimmerwald. Pero la primera falta a las obligaciones zimmerwaldianas proviene del bloque de “agosto”, que no “se abstiene”, sino que agita activamente contra los internacionalistas al mismo tiempo que sus representantes en el extranjero critican a Ledebour por su actitud poco franca y activa hacia los socialpatriotas. Si en el caso de Ledebour se trataba de mantener la unidad del partido de cuatro millones de miembros, para los “internacionalistas” del OK no se trata más que de mantener sus lazos con los mencheviques-patriotas. Las abstenciones de Ledebour se produjeron hasta Zimmerwald, pero la vergüenza “gvosdiana” se manifiesta tras Zimmerwald.

No insistiremos demostrando que la contradicción es gravemente comprometedor y políticamente insoportable. Que los burócratas y diplomáticos del bloque de “agosto” presenten nuestra crítica como una manifestación de mala fe hacia los mencheviques no nos detiene en absoluto. Consideramos como el peor fariseísmo denunciar la ambigüedad de Kautsky y Haase, chillarle a Vandervelde “¡Jubílate!”, estigmatizar a Pressemane⁴⁴, todos ellos, adhieren a Zimmerwald para desviarnos de él y cerrar los ojos ante lo que pasa en rusia en el “bloque de agosto”, para impedirles a las masas establecer la diferencia entre Zimmerwald y el movimiento gvosdiano.

Si volvemos sobre este punto con tanta insistencia (y todavía volveremos sobre él más veces), es porque tenemos la profunda convicción de que existen numerosos y preciosos cuadros entre los internacionalistas-mencheviques, cuadros que el movimiento obrero no debe despreciar, pero que, por el momento, están paralizados y desanimados por la política de sus dirigentes. Para esos internacionalistas es indispensable romper claramente con los estados mayores de *Nache Dielo* y de *Rbotchoe Utro* y presentar a las masas la bandera del internacionalismo. Este es el único medio de que atraigan a los dudosos y corten la hierba bajo los pies a los socialpatriotas.

En la lucha por la III Internacional

(10 de marzo de 1916)

Cuando Morgari visitó París en la pasada primavera, para restablecer las relaciones internacionales, ante todo le exigió a Vandervelde la convocatoria del Buró Socialista Internacional. Vandervelde le respondió con una categórica negación: “¡Mientras los soldados alemanes ocupen la Casa del Pueblo en Bélgica no es cuestión de convocar al Buró!”. “Entonces ¿la Internacional es una garantía depositada en las manos de la Entente?”, preguntó Morgari “¡Sí!” gritó Vandervelde, “Una garantía de derecho y justicia” explicó Renaudel que, del rico repertorio retórico de Jaurès había guardado algunas fórmulas para su provecho personal. Entonces, Morgari llegó a una propuesta más modesta: la convocatoria a una conferencia de los partidos socialistas de las naciones neutrales (recordemos que en aquellos momentos Italia todavía era neutral). El Presidente de la Internacional formuló un categórico rechazo. Morgari, en tanto que representante del partido italiano y con el acuerdo de los camaradas rusos y suizos, comenzó los preparativos necesarios para la celebración de una conferencia internacional, a pesar y contra la voluntad de los socialpatriotas. Así nació Zimmerwald.

⁴⁴ Socialista francés, guesdista, se consideraba de “izquierda”. Actualmente es miembro del partido de Blum-Longuet. [1922]

Un año y medio después, Huysmans entró en escena. Propuso la convocatoria del Buró Internacional. Realizó un viaje “de propaganda” a Londres y París, no encontró obstáculos por parte de los gobiernos ilustrados de las dos democracias occidentales, celebró entrevistas con los partidos oficiales y con la oposición, volvió a La Haya y declaró que no se convocaría el Buró Internacional pero que el 26 de julio se celebraría una conferencia de los partidos “neutrales”. Huysmans necesitó todo un año para apropiarse ese “programa mínimo” que Morgari había sometido a la atención de Vandervelde.

Pero este año la idea de una conferencia de los neutrales había perdido todo su sentido. En primer lugar, Italia y Bulgaria habían pasado al campo de los beligerantes. Después, en el decurso del año, se produjo Zimmerwald. Los partidos rumano y suizo participaron en Zimmerwald. En Suiza y Holanda la separación se establecía entre los socialpatriotas y los zimmerwaldianos. Si la conferencia de los neutrales se tiene que producir (no se podrá estar seguro más que de aquí a algunas semanas), solamente podrá constatar que la neutralidad no puede crear nada en común entre los internacionalistas y los socialpatriotas. Se podrá deplorar las dificultades para viajar que encontrarían los partidos neutrales, si las vueltas del camino no los condujesen a... Zimmerwald (a algunos de ellos al menos). Cuanto más claramente se oponga el punto de vista zimmerwaldiano al de La Haya, más deprisa se realizará el viaje circular que lleva a Zimmerwald.

Huysmans expuso en su manifiesto los motivos concernientes al rechazo a la convocatoria del Buró: los partidos francés e inglés no quieren ni oír hablar de ello, menos aún de una campaña internacional en favor de la paz. “No es que no quieran la paz, explica Huysmans con un buen sentido sorprendente, sino que no quieren una paz prematura.” Y como la Internacional sigue siendo una “garantía de derecho y justicia”, Huysmans propone contentarse con una Internacional restringida a los neutrales. Después se permite dar una lección de moral a los zimmerwaldianos, “esos camaradas impacientes”, que han osado saltar por encima de las fronteras y cordones policiales y también... ¡por encima de la cabeza de Huysman! ¡Qué actitud puede ser más lamentable y vergonzosa que la de un Secretario de la Internacional recomendando paciencia y silencio a los socialistas que reanudan los lazos internacionales, y ello después de veintidós meses de guerra! Además, Huysmans considera a Zimmerwald como una intriga... rusa. (Habla de los métodos de escisión de los socialistas en ese país donde “todavía no hay democracia”). Para su espíritu burocrático limitado es necesario apoyar a Renaudel contra Longuet y Bourderon, a Scheidemann contra Haase y Liebknecht. Contra su voluntad, pero de forma más sorprendente aún, Huysmans desaprueba a los Laskin franceses y rusos que no están lejos de atribuir Zimmerwald a los manejos de Bethmann-Hollweg.

Las primeras noticias que nos llegan dicen que los zimmerwaldianos han decidido convocar al Buró, le plazca o no a los franceses e ingleses. Ignoramos con qué términos se ha formulado esta resolución, ni qué mayoría la ha adoptado⁴⁵. No es una sorpresa para nosotros. Ello significa que para muchos el camino a Zimmerwald sólo es una etapa forzosa en la ruta hacia La Haya. Con otras palabras, muchos zimmerwaldianos miran el restablecimiento de la II Internacional como el problema actual. Quieren restablecerla tal y como era hasta el “malentendido” o “la catástrofe” del 4 de agosto. Algunos apoyan la idea de Haase con concepciones ideológicas. No estamos por unos ni por otros. Miramos con una total desconfianza las utopías burocráticas de restablecimiento de una organización del tipo de la II Internacional. No reconocemos más que la vía orgánicamente revolucionaria: el florecimiento y unión de grupos iniciadores, de

⁴⁵ En cualquier caso, estamos seguros que la resolución no tiene nada en común con la de Longuet-Bourderon que “aprobaba” el comportamiento de Huysmans.

organizaciones y partidos proletarios, sobre las bases de nuevos métodos y nuevos problemas. Más exactamente: queremos adaptar los viejos principios a las condiciones y a las cuestiones de nuestra época. Como no hacemos de la política una pedagogía para atrasados, pudimos votar *contra* la solicitud de la convocatoria del Buró. Esta resolución no nos asusta en absoluto: caracteriza el nivel del movimiento. Para que encuentren el camino que lleva a la Tercera Internacional, será necesario darles a los cuadros zimmerwaldianos la misma experiencia que tuvo que adquirir el comité central del partido italiano encarnado por Morgari. Nosotros, internacionalistas revolucionarios, conservamos la misma posición independiente y crítica hacia los internacionalistas pasivos, hacia los pacifistas y las organizaciones restauradoras que se dirigen hacia nosotros; les ayudaremos, igual que a las masas cercanas, a franquear el período de indecisión, de búsqueda, de miradas hacia atrás y de dudas entre La Haya y Zimmerwald, para desembocar en la gran ruta de la revolución que conduce al poder.

Hacia el cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata

(2 de abril de 1916)

El cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata abre un nuevo capítulo en el movimiento socialista internacional “de tiempos de guerra”.

Durante los últimos doce años, aproximadamente entre la Guerra de los Boers y el presente conflicto, el desarrollo de las fuerzas de producción y la expansión capitalista dieron un salto gigantesco. Al mismo tiempo se produjo un crecimiento del movimiento obrero y una *equiparación de sus métodos y formas*. En el ámbito político, las tácticas formalmente independientes del parlamentarismo siguieron la línea del “mal menor”. El proletariado inglés, mediante la creación del Partido Laborista, se alineó en todo el frente político. En las esferas sindicales, las diferencias de tipo inglés, francés y alemán desaparecieron: los comités de industria dominaron en la organización; el acuerdo aduanero se convirtió en la constitución suprema de las relaciones industriales.

La uniformidad de las condiciones y métodos de la lucha de clases produjo una psicología uniforme. En los países más antiguos del capitalismo y del movimiento obrero, la guerra provocó una reacción uniforme: el debilitamiento de los partidos proletarios. ¡Hay que estar muy ciego para no ver esto y buscar las causas de la quiebra de la [Segunda] Internacional en los libros amarillos, naranjas y demás de los diplomáticos o en las disposiciones estratégicas de los ejércitos beligerantes! ¡Qué grado de ceguera ideológica se necesita para ver una oposición de principios en las tendencias defendidas *aquí* por Renaudel y *allí* por Scheidemann! Admitamos que los culpables son los diplomáticos de las monarquías centrales: ¿cambia esto el valor de Plejánov, Potriessov, Guesde, Sembat, Renaudel, Longuet, tal como se han revelado en la prueba de los acontecimientos? Acaso no está claro que si mañana, por voluntad del destino, estuvieran al frente de Alemania parangones de la moral internacional como los Romanov y su burocracia, o incluso las personalidades de los sucesivos gobiernos franceses, si al frente de los aliados estuvieran los “piratas y bandidos” de la escuela Hohenzollern, (pedimos respetuosamente a los censores que nos concedan esta suposición puramente lógica), estos cambios, medidos con un rasero micrométrico, no aportarían nada nuevo a la conciencia políticamente nacional con la que Scheidemann, Ebert, Plejánov y Renaudel entraron en la guerra. Pero este es el quid de la cuestión: el social-patriotismo paraliza la voluntad y el pensamiento.

¿Qué hicieron esos chovinistas franco-rusos que se ensañan como hijos de su madre (no hay otra expresión) con la socialdemocracia alemana, bajo la dirección de Laskine, ese adulator de baja estofa, y Hervé, el oráculo de los conserjes? ¿Qué significa para ellos la vida interna de la socialdemocracia? ¿Qué significa para ellos esta lucha interna si no derrama sobre los ejércitos de Nicolás, “la victoria más completa posible” sobre Alemania?

En la socialdemocracia, el partido clásico de la Segunda Internacional, es donde encontramos la expresión más perfecta del proceso de crisis y renacimiento socialista.

Los otros partidos: ruso, italiano, serbio, rumano y búlgaro, se han mostrado (de repente, a primera vista) más estoicos que el alemán, en la prueba de hierro y fuego de la guerra. Nuestra socialdemocracia rusa, en forma de su maldita emigración, desempeña, en gran medida, un papel iniciador en la formación de la nueva Internacional. Pero sería imperdonable engañarse en cuanto a las premisas históricas de este papel. Sólo un giro completo de la socialdemocracia alemana puede asegurar la creación de una Internacional revolucionaria centralizada, así como sólo la toma del poder en Alemania por el proletariado puede asegurar la victoria de la revolución social en Europa.

Por eso se puede decir que el cisma de la fracción parlamentaria socialdemócrata abre un nuevo capítulo en el movimiento obrero europeo.

Nadie dirá que el grupo opositor de Haase y Ledebour pecó de falta de paciencia o de exceso de iniciativa revolucionaria. Por el contrario, hizo todo lo posible (mientras tuvo la posibilidad física) para reducir su oposición al mínimo y salvar la unidad de su organización. Nadie dirá (al menos, nosotros no lo haremos) que las concepciones del grupo Haase-Ledebour se distinguen por su claridad política y, además, por su firmeza social-revolucionaria. A pesar de las fuertes diferencias individuales en el seno del grupo, sus opiniones conducen al pacifismo socialista: para él, la guerra se presenta, no como un paso hacia el desarrollo de las contradicciones mundiales y la locomotora de la historia, sino como una “desgracia colosal” que detuvo el desarrollo de la cultura, en particular la que se expresó con la lucha del proletariado. Estos pacifistas sólo ven un final rápido, a ser posible “inofensivo”, de la guerra, que aseguraría el restablecimiento de la “vieja” organización y de sus métodos “probados”. Esto es ignorar por completo que el imperialismo, que tiende a la dominación del mundo (un pensamiento de tontos e idiotas, según Haase) no permitirá volver a los viejos caminos. Ante el temor de la disolución política, el proletariado tendrá que dar un salto histórico a un escalón superior de la lucha revolucionaria.

Por lo tanto, el cisma de la fracción socialdemócrata es un acontecimiento de gran importancia.

El proletariado alemán, como la industria alemana, nació con una rapidez febril. El desarrollo industrial generaba constantemente contradicciones, pero las resolvía con su propia expansión. La ausencia de democracia burguesa llevó a la lucha del proletariado por la toma del poder. La táctica de la socialdemocracia consistía en evitar los choques demasiado violentos con un poder muy concentrado, en acumular los problemas no resueltos, con vistas a su futura solución, y en reunir las fuerzas organizadoras. Toda la energía de clase del proletariado, todo su idealismo creador no encontró salida en una lucha abierta y abnegada por su ideal y se dispersó en el establecimiento de la organización del partido, en la ampliación y enriquecimiento de éste. En su propio partido, en sus comités, en sus cooperativas, el proletariado no encontró un arma para la lucha directa, sino el sustituto de lo que no podía encontrar en el gobierno: su propia “democracia obrera” donde se sentía el jefe. El “fetichismo organizativo” de la socialdemocracia alemana (¿qué mujik no se reiría de “Fritz” en esta ocasión?) se reveló como un debilitamiento del desarrollo proletario.

No hace mucho Hilferding repitió un pensamiento, paradójico en su forma, que expresó a menudo en el pasado: la socialdemocracia alemana se ha convertido, por la fuerza de la dialéctica histórica, en un factor antirrevolucionario que frena la energía revolucionaria del proletariado. Todo mecanismo tiene su fuerza de inercia que sólo es contrarrestada por la fuerza viva del vapor, de la electricidad, etc. La organización obrera también tiene su inercia que sólo puede combatirla la fuerza viva de la energía proletaria. Pero en esta organización, que siempre pospuso las soluciones enérgicas, la inercia acabó alcanzando dimensiones colosales. Cuando la guerra imperialista sacudió los fundamentos capitalistas de las sociedades y puso en cuestión el desarrollo de Europa, cuando sonó la hora de la “acción decisiva”, el aparato del partido, negándose a someterse a una profunda refundición interna, entró en contradicción con su propio objetivo. El personal dirigente se mostró incomparablemente más vinculado a las necesidades del capitalismo que a los problemas del socialismo y, siguiendo la corriente social-patriótica, arrastró a las masas con él. La idea de la disciplina orgánica y la unidad se convirtió en un arma reaccionaria directa en manos del personal dirigente, que se transformó en una oligarquía. Así como en Francia la idea de la República, heredera de la Revolución, etc., era un medio ideológico para hipnotizar a las masas, igualmente en Alemania lo era la idea de la democracia obrera. La explotación del fetichismo organizativo fue llevada a cabo por los social-patriotas, con el apoyo activo del centro opositor, que situó la unidad por encima del objetivo por el que se había creado la organización. Fueron necesarios veinte meses de guerra y hostilidad entre los social-patriotas y los intereses elementales de las clases trabajadoras para que se produjera el cisma. Esto último ha descargado un golpe mortal al *fetichismo organizativo*. Ahora hay dos fracciones frente al proletariado alemán, que lo obligan a elegir en caliente, en el fuego de la acción, liberándolo del automatismo de la disciplina que se ha convertido en el arma de la reacción imperialista. Sólo a través de la quiebra de la rutina, el proletariado alemán logrará la unidad y la disciplina en la *acción revolucionaria*.

El cisma: ¡el paso más importante en esta vía!

Fechas

(6 de julio de 1916)

Echemos un vistazo atrás. El 4 de agosto, las organizaciones proletarias, cuyo problema esencial era el derrocamiento del capitalismo, se convirtieron, de golpe, en los mejores auxiliares del poder capitalista. Los gobiernos de las naciones en guerra sólo deben a esta circunstancia el hecho de seguir en el poder. Pero la [Segunda] Internacional ha perdido más fuerza de la que han ganado los gobiernos nacionales. El profundo proceso interno está demoliendo las viejas organizaciones obreras y preparando nuevas agrupaciones de las fuerzas revolucionarias del proletariado. ¿Cuál habría sido el carácter del movimiento socialista europeo si la guerra hubiera terminado al cabo de tres o cuatro meses? (se confiaba en ello, sobre todo en Alemania). En la actualidad, es demasiado difícil especular al respecto. Pero la técnica del militarismo contemporáneo y la relación de fuerzas entre los dos bandos ha hecho desesperadamente larga la guerra: se reveló entonces el “poder” y la “adaptabilidad” de la sociedad capitalista (los socialistas son los únicos que hablan de ello); se descubrió el bloqueo del imperialismo y la incompatibilidad del socialpatriotismo con los intereses de la clase obrera. Las contradicciones del imperialismo y del socialismo sólo se revelan lentamente, porque el poder ha expropiado, en su propio beneficio, los principales órganos políticos del proletariado. Este último sólo

puede formular su actitud hacia la guerra a través de la completa desorganización de sus miembros, bajo las condiciones impuestas por la dictadura militar y, este es el punto principal, contra la voluntad de sus propias organizaciones provistas de la plena autoridad de la Segunda Internacional. Era necesario mencionar todas estas condiciones históricas para dejar clara la duración del proceso al que vinculamos el futuro del socialismo.

La Primera Conferencia de Zimmerwald no pudo celebrarse hasta el decimotercer mes de la guerra. A pesar de que los participantes tenían un año de guerra a sus espaldas, representantes de importantes secciones nacionales, de Francia y Alemania (y no eran los únicos), seguían pensando que la crisis de la [Segunda] Internacional era sólo una consecuencia temporal de la guerra y que acabaría con ella. Sólo veían un propósito en la conferencia: informarse mutuamente y asegurarse el apoyo mutuo para actuar sobre sus respectivos partidos, que debían estar preparados, al final de las hostilidades, para restablecer la [Segunda] Internacional. Cada intento de contraponer la prueba de la guerra a la herencia espiritual de la Segunda Internacional, y de hacer hincapié en la táctica proletaria en la época de las guerras imperialistas, se encontró con una encarnizada resistencia por parte de los “conservadores” de buena conciencia, que veían en este tipo de crítica complicaciones en el camino hacia el *statu quo ante bellum*. La idea de una resolución planificada tácticamente fue rechazada por la mayoría, que concedió gran importancia a lo que Ledebour llamó die Vermittelungstelle (Buró Provisional de Transmisión).

Pasaron ocho meses entre las dos conferencias. Los progresos realizados durante este tiempo fueron innegables. Pero estos éxitos se lograron, en su mayor parte, en la lucha interna. Eran modestos y episódicos en lo que respecta a las masas. Los elementos revolucionarios de la Primera Conferencia [Socialista Internacional] elaboraron su táctica contando con estos éxitos. Así, mirando objetivamente la situación del movimiento obrero, parecía que todo iba bien para la derecha, es decir, para los social-pacifistas, los internacionalistas pasivos y los “Fabius Cunctator” de la organización (contemporizadores). La Segunda Conferencia [Socialista Internacional] representó un gran paso adelante en la crítica del legado de la Segunda Internacional y en la elaboración de una concepción social-revolucionaria definitiva.

Además del manifiesto, que exigía categóricamente el rechazo al voto de los créditos militares, la conferencia formuló dos resoluciones: una de carácter táctico y programático (*La actitud del proletariado ante los problemas de la paz*), y otra, dedicada a la Oficina Socialista Internacional (Huysmans y compañía)⁴⁶.

El hecho de que la resolución planificada se adoptara en Kienthal significa la ruptura con la opinión predominante en Zimmerwald. La mayoría de la Primera Conferencia [Socialista Internacional] había alegado que el problema principal no era construir los cimientos de la Tercera Internacional. Así, Márto, miembro de la mayoría de Zimmerwald, escribió en *Nache Slovo* que la conferencia había rechazado las propuestas que se le dirigían “a fin de no limitarse a emprender una campaña por la paz sobre la base de la lucha de clases y señalar los principios generales de la actividad de la Tercera Internacional.” En la Segunda Conferencia [Socialista Internacional], los mismos elementos, cuyos puntos de vista tan limitados expuso Márto, debían reconocer que el problema no consistía en la restauración del pasado, sino que era indispensable un examen crítico y la elaboración de “principios generales de actuación” eran indispensables. Es cierto que *Izvestia*, del que Márto es miembro del consejo de redacción, escribe, con aprobación, “que la Conferencia de Kienthal no parece ser y, según la mayoría de los

⁴⁶ “La actitud del proletariado frente a los problemas de la paz. Resolución de la Conferencia de Kienthal” y “El Buró Socialista Internacional y la guerra (Resolución de la Conferencia de Kienthal)”, más arriba en esta misma obra.

participantes, no debe ser, una etapa en la construcción de la Tercera Internacional”. La redacción olvida añadir que en la época de Zimmerwald (viéndola, no sin razón, como una obra de “construcción de la Tercera Internacional”) se negó a la elaboración de la resolución de principios a la que, ahora, en Kienthal, se ve obligada (aunque en términos sibilinos) a saludar como un paso adelante.

¿Y la negativa de la conferencia a organizar una etapa en el camino de la construcción de la Tercera Internacional? Esta cuestión se responde en la resolución dirigida al Buró de La Haya. Ésta somete la política de Huysmans a una crítica despiadada y se niega a exigir la convocatoria de la Buró Internacional. Reconoce el derecho de las distintas secciones nacionales a solicitar dicha convocatoria. Se trata de subrayar aún más (es imposible prohibir a las secciones más atrasadas de dar un nuevo paso de asistente) que la conferencia no cree en absoluto que el camino de la Internacional pase por La Haya y que declina toda responsabilidad por la elección de este camino. Aunque Mártoov puede concluir (en su artículo “Kienthal” en las *Inf. Listka* de la Bund) que la resolución reconoce “la posibilidad de crear la Internacional sin ruptura con la organización”, no nos interesa esta hipotética posibilidad. Lo importante para nosotros es el rechazo práctico y combativo expresado por la conferencia de vincular el restablecimiento de la Internacional al “aparato jurídico” del Buró Internacional. Esto significa (no puede ser de otra manera) que el aparato zimmerwaldiano, que representa las únicas relaciones internacionales reales entre los trabajadores, ha resuelto el problema planteado por la “Buró Provisional de Transmisión”. Se trata de trabajar de forma independiente para fundar la Tercera Internacional, luchando directamente contra los que gobiernan la Segunda Internacional y hablan en su nombre.

Kienthal ha destacado, en principio, la victoria del internacionalismo revolucionario. La realización de esta victoria depende del ritmo del movimiento de las masas.

Divergencia fundamental

(19 y 20 de julio de 1916)

Las bases políticas del “internacionalismo” de la industria de guerra

En el nº 5 de *Izvestia* (publicación a la que pertenecen Axelrod, Mártoov, Martínov, etc.) se publican dos declaraciones, sobre la guerra, de los mencheviques moscovitas y peterburgueses. La primera está firmada por el Grupo de Iniciativa moscovita y el Grupo KD; la segunda solamente por el Grupo de Iniciativa. La amplitud de los documentos, como sucede a menudo, viene acompañada por una extraordinaria vaguedad. Los autores se declaran partidarios de Zimmerwald y se esfuerzan en formular una posición internacionalista. Pero los rasgos característicos de esta última son casi inapreciables, mientras que, por sus conclusiones, esa posición se apoya sobre los Comités de Industria de Guerra.

“En el conflicto mundial actual [escriben los autores de los documentos mencionados] nuestra comprensión de los problemas nos tiene que diferenciar de la de la burguesía, incluso de la burguesía democrática [¡...!] Tenemos que preocuparnos no solamente de la suerte de la patria sino por captar las contradicciones fundamentales del momento, darnos cuenta del peligro contra el que es necesario defenderse, no solamente desde un punto de vista nacional puramente egoísta sino, también, desde el punto de vista de toda la Internacional”. Esta cita es característica del espíritu del documento que expresa ideas simples en términos complicados, adaptados a la mentalidad de

“defensores” que revela este documento. Declarándose en principio contra los “defensores”, los grupos arriba mencionados se dirigen no a las masas trabajadoras sino a los socialpatriotas. Es completamente natural que busquen un lenguaje común con ellos. Y hay que decir que lo encuentran fácilmente.

Ya hemos dicho que los dos grupos mencheviques adherentes a Zimmerwald defienden tácticamente (¡y con qué ardor!) la necesidad de participar en los Comités de Guerra: por ello es preciso entender que no es para ocuparse de la “defensa” sino para “hacer avanzar los problemas”, “para reunir fuerzas”, etc. Así, el acuerdo con los socialpatriotas parece ser, en principio, puramente táctico. Pero unos están a favor de la “defensa” y otros de la lucha internacional. Mártoy y otros mencheviques han acusado a menudo a *Nache Slovo* de no querer ver la contradicción entre los motivos que empujan por una parte a Potriesov y por la otra a Dann a entrar en los Comités de Guerra. Les hemos respondido con la pregunta: ¿cómo es posible que nuestros “internacionalistas”, en completa contradicción política con los socialpatriotas, puedan coexistir bajo la férula de Gvosdyev? Se nos ha respondido con referencias a problemas no explicados, a malentendidos, y se ha propuesto suspender la lucha contra los gvosdevianos hasta que lleguen mensajes explicativos y llenos de exhortaciones del Secretariado para el Extranjero. Pero incluso tras la recepción de esos mensajes, los internacionalistas no se han rendido. Por el contrario, el difunto *Nache Goloss* de Samara y los documentos que acabamos de citar, defienden el “anarcosindicalismo” dándole la espalda a la política de la industria de guerra y esforzándose conscientemente en mostrar que *razones de principio perfectamente suficientes* militan a favor de una colaboración con Gvosdyev. En la explicación de esas razones se encuentra, en nuestra opinión, el principal significado de los dos documentos.

“La guerra ha contribuido ampliamente a los procesos de organización de las fuerzas generales políticas en Rusia. La oposición burguesa, cuyo principal error consiste en su indiferencia hacia las cuestiones de organización fundamentales de la sociedad rusa y hacia las tentativas del proletariado para resolverlas, esta oposición se ha comprometido en la vía de la agrupación de las fuerzas colectivas. El proletariado está interesado en sostener el trabajo políticamente organizador de la oposición y de llenarlo con la fuerza de trabajo de una amplia democracia. El proletariado *debe basar su táctica* en el principio de coordinación de las actividades políticas. Debe dirigir sus primeros golpes no contra los adversarios de una futura Rusia plenamente democrática sino contra los partidarios de la actual dictadura de la nobleza y la burocracia.”

Se vuelve a encontrar la “táctica de base” en el segundo documento. “en nuestra lucha contra el poder tenemos que buscar contactos con la oposición burguesa.” Y más adelante: “la burguesía no puede derrocar el poder sin el proletariado, igual que tampoco el proletariado lo puede hacer sin la burguesía”.

Aquí está el quid de la cuestión del problema mismo, a diferencia de las embrolladas explicaciones de las que se sirve *Izvestia* para definir su posición.

Los internacionalistas en la industria de guerra no quieren asumir la responsabilidad de la “defensa”. Insisten en la imperiosa necesidad de combatir al zarismo sin preocuparse por las consecuencias directas de la guerra. Pero estiman que el proletariado no puede luchar más que con la cooperación de la oposición burguesa. Por este motivo piden que los proletarios entren en las instituciones de la “defensa liberal-burguesa”.

Esta posición, falsa de cabo a rabo, liga de la forma más estrecha a los internacionalistas con los socialpatriotas y nos explica por qué los primeros, bajo la bandera gvosdeviana, son hostiles a los internacionalistas revolucionarios.

Si marchamos en dirección a una revolución en la que la burguesía, concertadamente con el proletariado, combatirá al poder, nos será necesario, evidentemente, esforzarnos en llegar a la coordinación de las acciones políticas. Y como la actividad política de la burguesía de oposición se desarrolla en el terreno de la “defensa nacional” (imperialismo), para no romper con la burguesía necesitaremos colocarnos en el mismo terreno, “declinando” cualquier responsabilidad en las acciones del militarismo. Encontrarse en un terreno común con la burguesía se traduce en subordinar el movimiento revolucionario al movimiento opositor de la burguesía liberal. El proletariado, por lo que parece, no puede derrocar al poder “sin la burguesía”. Ello significa que el proletariado está destinado a la derrota si se gira contra la burguesía. Aunque los internacionalistas reconocen (¡en las declaraciones!) la independencia del movimiento obrero, someten a ésta a una pequeña restricción (bajo la forma de la coordinación) y la colocan bajo el dominio de la política del liberalismo. Como éste coloca su oposición bajo la dependencia de la política extranjera, “el principio de la coordinación de las acciones políticas” lleva a que los comités de industria de guerra se conviertan en simples engranajes dóciles en los que la energía revolucionaria del proletariado quedará limitada y después neutralizada a la espera de una cooperación revolucionaria de la burguesía. *Y esto es independiente del hecho: ¿quién ocupará los comités? ¿los gvosdevianos o los partidarios de Dann?* La política del proletariado (por intermedio de la coordinación de las acciones políticas) dependerá de la política del imperialismo con la diferencia respecto a los socialpatriotas que quedará ocultada por quilómetros de declaraciones.

Dos líneas de táctica que se excluyen mutuamente

Acabamos de ver que los internacionalistas de la industria de guerra (el Grupo de Iniciativa, etc.) admiten el principio de la coordinación con los gvosdevianos. La oposición burguesa, parece ser, está en ruta para reunir a las fuerzas dispersas. Visiblemente se trata del bloque progresivo, de los consejos municipales, de los comités de guerra, etc. En breve, de las fuerzas de las clases burguesas sobre una base imperialista y que colaboran, de hecho y en principio, con una oposición formal a la burocracia. La misma esencia de la obra política de la oposición consiste en desarrollar y profundizar los efectos del 3 de junio; contra la reconciliación con la monarquía, con los agrarios, con los financieros y con los industriales sobre una base capitalista, la oposición burguesa queda limitada y sometida de antemano. Pensar y esperar que la presión de una oposición burguesa supere el marco de los juegos de sociedad y se ejerza para el derrocamiento de la monarquía (imperialista), es no entender nada sobre los agrupamientos sociales y políticos rusos, tampoco sobre los desarrollos históricos. La presión “opositora” burguesa no tiene solamente por objetivo conservar su influencia sobre las clases burguesas sino, también, amarrar a la disciplina del poder imperialista, a través de la intelligentsia pequeñoburguesa y, por medio de ésta, a las masas trabajadoras. Si en Francia la forma republicana y la enraizada tradición de la revolución, si en Alemania la potencia cultural e industrial, sirven para disciplinar la conciencia del pueblo y someterla al poder imperialista, en Rusia el único recurso de la burguesía es esta gesta opositora que completa y oculta la colaboración imperialista, o como en el caso de los cadetes complacencia de mala calidad.

El zarismo no puede ligar las masas al 3 de junio, que no es una concepción fortuita y pasajera sino la expresión rusa de la combinación paneuropea de fuerzas históricas. El socialpatriotismo no representa en Rusia una capitulación directa y franca ante el poder sino una coordinación de las fuerzas políticas con el cuerpo burgués a fin de ejercer una presión sobre el régimen. Pero el papel servil del liberalismo es tan evidente que el socialpatriotismo, es decir la trasposición del “cadetismo” al movimiento obrero

(Potriesovianos, Gvosdevianos), se ve llevado inevitablemente a comprometerse y privarse de la confianza de las masas trabajadoras. Igualmente que al imperialismo le es indispensable la oposición liberal para contener a la burguesía también el “internacionalismo” en la industria de guerra le es indispensable para mantener a las masas bajo la obediencia, no directamente pero no menos eficazmente. Es evidente que no se trata de los comités de guerra en sí mismos sino de la concepción histórica de las tácticas fundamentales que se deducen de ello. La declaración de los mencheviques moscovitas y peterburgueses ofrece las garantías indispensables no al internacionalismo sino al bloque imperialista. El trabajo de este último (sobre la base de un imperialismo bárbaro) es el “agrupamiento de las fuerzas colectivas”. Y el proletariado tiene la obligación de ayudar a esa obra. La victoria de la revolución plantea como condición la colaboración del proletariado y de la burguesía imperialista. Una política independiente del proletariado se ve como una tentativa desesperada. Aunque disimulado bajo raudales de elocuencia, sobresale que la lucha de los proletarios solo es una ayuda al desarrollo del liberalismo que no es otra cosa, a su vez, que un apoyo del imperialismo. Así, a primera vista, la alianza de Zimmerwald con los gvosdevianos es incomprensible. Colaborar con la burguesía liberal contra Gvosdyev, o a pesar de él, es imposible; él es el lazo indispensable. Pero llevar a semejante colaboración a amplias capas de trabajadores por medio de los manifiestos de Plejánov, o de las conversaciones de Gvosyev con Sturmer, es aún más imposible; son necesarios principios más elevados, eslóganes más populares. De ahí la necesidad de los “internacionalistas” de referirse a Zimmerwald, al menos en su fraseología, pues la esencia revolucionaria de Zimmerwald, como lo muestran los documentos citados, es para sus autores un libro de los siete sellos (¡del hebreo!).

Basar su táctica en una cooperación con una actividad imperialista, por tanto, antirrevolucionaria, es rechazar no solamente el internacionalismo sino, también, la revolución. Es más justo decir: del rechazo a una política internacionalista y proletaria independiente se deduce el rechazo a llevar el combate revolucionario contra el zarismo. ¿Qué fuerzas revolucionarias puede reunir el proletariado a su alrededor si tumba la bandera de una lucha implacable contra el bloque imperialista? La cuestión sólo puede resolverse con la práctica de la lucha revolucionaria. Pero si el proletariado ruso no puede él “solo” derrocar al régimen ello significa solamente para nosotros: sin el proletariado europeo, pero no sin la burguesía rusa. Está fuera de toda duda que la revolución en Rusia no puede llevarse “hasta el final” más que en relación con la revolución proletaria victoriosa en Europa. De esta perspectiva se deduce la necesidad de la más estrecha coordinación con el proletariado europeo (¡Ahí está Zimmerwald!), pero en ningún caso con la burguesía rusa. La coordinación de las acciones del proletariado europeo no puede tomar un carácter atentista, es decir que la fraseología del internacionalismo no le puede servir de paravientos a la pasividad nacionalista. Rompiendo todos los lazos con los partidarios de la “defensa”, movilizándolo a las masas proletarias contra el bloque imperialista, liberaremos a la oposición alemana, ampliaremos su influencia en toda Europa y lanzaremos a los zimmerwaldistas sobre todo el continente. Está claro que esta (nuestra) política nos levanta violentamente contra la oposición burguesa rusa. Esta perspectiva atemoriza a los autores del documento, oportunista hasta la médula, e intentan, a su vez, asustar al proletariado. Precisamente en ese terreno es donde es preciso entablar la lucha. Ahí es donde hace falta plantear la cuestión elevándola al rango de alternativa de principios: ¿la coordinación con la burguesía liberal o con el proletariado europeo en nombre de la revolución europea?

Poner la cuestión a esta altura es comenzar una lucha sin cuartel contra la ideología y la política cuya expresión está contenida en la declaración de los mencheviques peterburgueses y moscovitas e impresa en el nº 5 de *Izvestia*.

Los agrupamientos en la socialdemocracia rusa

(Agosto de 1916)

La situación en el seno de la socialdemocracia rusa se ha aclarado durante estos dos años de guerra y crisis, hasta el punto de permitir un estudio de los resultados, clasificar los grupos internacionalistas que aún no han ocupado un lugar bien definido y sacar las conclusiones indispensables para definir la línea de la futura orientación política.

1.- El grupo *Prisiv* ha ofrecido una bandera a todos los elementos dispuestos a las concesiones, “tránsfugas”, chovinistas y abiertamente antirrevolucionarios, que han ayudado a los imperialistas a falsificar el socialismo y a perseguir a los revolucionarios de la socialdemocracia. Para los internacionalistas no hay duda de la actitud que hay que tomar ante esta agrupación “amarilla” que, además, no tiene ningún futuro en las filas de la Internacional.

2.- El grupo *Samozachita* (Potriessov y compañía). Se sitúa entre el “bloque de agosto”, con el que está orgánicamente vinculado, y el *Prisiv*, del que difiere ideológicamente en algunos puntos de detalle. Es un grupo incomparablemente más serio, con vínculos seguros con los elementos oportunistas a la cabeza del movimiento obrero y con la “sociedad burguesa”. Este grupo representa la rama rusa del social-patriotismo (Scheidemann, Renaudel, etc.) y, dadas las condiciones de Rusia, es de la peor calidad.

3.- El “bloque de agosto” presenta una textura mucho más complicada.

El trabajo político de este bloque se desarrolla casi exclusivamente sobre la base de la participación en los comités “defensistas” de la industria de la guerra. El Grupo de Iniciativa de Petersburgo y el Grupo de Moscú basan su táctica en la coordinación de la acción con la burguesía liberal-imperialista.

Las diferencias en este medio comienzan en el campo de la estimación de la participación en los comités de guerra: los netamente social-patrióticos exigen que esta participación se haga bajo la bandera “defensista”. Los otros, sometiendo de hecho la política del proletariado a la oposición “defensista” de la burguesía, hacen este trabajo declarándose internacionalistas y haciendo votos platónicos de solidaridad con Zimmerwald.

La lucha mutua entre estas dos tendencias, que paraliza el OK [Comité de Organización], no impide que permanezcan juntas en el marco de la organización de “agosto”, sobre la base de la “defensa”.

En el centro del “bloque de agosto” se concentran las agrupaciones de la industria bélica: moscovita y petersburguesa, bajo la bandera del social-patriotismo combativo.

4.- En la fracción parlamentaria, es la desintegración crónica. Tchkhaidze y Skóvelev declaran, desde la tribuna, su solidaridad con Zimmerwald y rechazan cualquier responsabilidad política hacia el OK. No han protestado ni una sola vez contra la participación en los comités de guerra.

Si bien es cierto que las declaraciones de este grupo parlamentario dan un apoyo definitivo a los zimmerwaldistas alemanes, franceses e italianos y en este sentido juegan un papel progresista, su posición en la política interna y en particular en los problemas internos del partido es equívoca y amenaza con convertirse en una tapadera de la cooperación proletaria con la burguesía liberal.

5.- En los límites del “bloque de agosto” encontramos el (así llamado) Secretariado de Asuntos Exteriores, más cercano al ala derecha de los zimmerwaldianos (Ledebour, Bourderon, etc.). Pero al seguir vinculado a la fracción parlamentaria, revela

su incapacidad de liberarse de este vínculo y de movilizar a los elementos revolucionarios de los mencheviques contra los socialpatriotas reconocidos que actúan sin conciencia. Por el contrario, el secretariado siempre ha salvaguardado la unidad del “bloque de agosto”, sofocando las contradicciones tanto como ha podido y reforzando la posición de los socialpatriotas. Combatió con mayor energía a los internacionalistas revolucionarios, en particular a *Nache Slovo*, al tiempo que se reconciliaba con la política de “defensa”.

En definitiva, el “bloque de agosto”, cuya ala derecha apoya a los socialpatriotas (*Samozachita*), se acerca, por sus elementos de izquierda, al longuetismo. En la medida en que, en las condiciones que ofrece el régimen de Sturmer, no puede mantenerse por mucho tiempo entre los proletarios un socialpatriotismo declarado a imagen y semejanza de Plejánov y Potriesov, *la política del “bloque de agosto” presenta el mayor peligro*. Al amparo de la bandera zimmerwaldiana, se realiza una labor de subordinación de las esferas dirigentes del proletariado a la burguesía imperialista. En estas condiciones, sólo una lucha concertada y enérgica de todos los internacionalistas contra el “bloque de agosto” puede reducir al mínimo la influencia antirrevolucionaria del nacionalismo y del oportunismo en el movimiento obrero ruso.

6.- En el campo de los internacionalistas rusos encontramos en primer lugar la agrupación “socialdemócrata”. Hemos señalado a menudo los rasgos característicos de este grupo, que no le impiden ser un importante factor revolucionario, pero le privan de los medios para captar los elementos revolucionarios del movimiento. Desde el principio de la guerra, el grupo socialdemócrata se comportó de manera hostil hacia la consigna de la lucha por la paz. Como ha demostrado la experiencia, esta consigna permite la movilización de la oposición proletaria, y sólo sobre esta base los internacionalistas revolucionarios pueden llevar a cabo con éxito su trabajo. La fórmula “guerra civil”, aunque describe con precisión la creciente y contradictoria dureza del conflicto de clases, pierde su significado al oponerla a la de la “lucha por la paz”. Por fin, la fórmula paradójica y contradictoria “la derrota de Rusia es el mal menor”, crea dificultades a nuestros homólogos alemanes y no enriquece en absoluto nuestra propaganda; al contrario, la dificulta y proporciona un arma eficaz para la demagogia socialpatriótica. Esta exageración de las consignas revolucionarias es tanto más peligrosa cuanto que el grupo socialdemócrata las transforma inmediatamente en criterios absolutos de internacionalismo. Estos rasgos negativos no nos impiden, y ahora menos que nunca, reconocer la franca necesidad de coordinar nuestra acción con la de los “socialdemócratas”.

Esta coordinación de este tipo sólo puede ser eficaz a condición de un acuerdo total y orgánico de todas las diversas agrupaciones en el extranjero y en Rusia que, sobre la base del internacionalismo revolucionario, combaten despiadadamente el liberalnacionalismo, cuyo trabajo sobre las masas obreras se realiza no sólo bajo la bandera del *Prisiv* y del *Samozachita*, sino también bajo la cobertura del “bloque de agosto”.

Este acuerdo es tanto más indispensable cuanto que responde a la necesidad de un agrupamiento *internacional* único. La izquierda zimmerwaldiana, aunque sin duda desempeña un papel progresivo en la unificación de los zimmerwaldianos, no incluye actualmente a todos los grupos y fracciones revolucionarias. Sólo la creación de vínculos ideológicos y orgánicos entre todos los elementos internacionalistas-revolucionarios y la ampliación de la unificación revolucionaria pueden ser una garantía seria contra las sorpresas y los retrocesos en el proceso de desarrollo de la Tercera Internacional.

Dos caras (20 de julio de 1916)

El criterio político para diferenciar entre los “defensistas” y los internacionalistas lo tenemos en relación con los comités de industria de guerra. No hemos perdido de vista todos los matices en el campo de los socialistas pertenecientes a estos comités. Pero hemos dicho: la resolución *positiva* de la cuestión de la participación en estos comités y la consiguiente lucha contra los opositores a dicha participación deberían haber asegurado infaliblemente el predominio de los social-patriotas. Los distintos matices sólo desempeñan el papel de “asesores”. Por el contrario, una clara oposición a los comités como órganos de la “empresa nacional”, por la lógica objetiva de las cosas, sería el momento crítico en el desarrollo de la táctica internacional. Esta era nuestra estimación.

Según Márto, nos obstinamos en cerrar los ojos al hecho de que “la discriminación entre partidarios de la participación y boicoteadores no coincide en Rusia con la separación entre internacionalistas y ‘defensistas’”. Sin embargo, resulta que no estamos solos en el mundo con nuestro criterio. Leemos en una circular (febrero) de la Comisión [Socialista Internacional] de Berna, con motivo del despertar del movimiento socialista, las líneas siguientes: “En Petrogrado, más de cien mil obreros se declararon en contra de la participación en los comités de guerra y se negaron así a asumir la responsabilidad de la guerra.” Así, Zimmerwald, como criterio, definió la conducta a mantener en relación con los comités y reconoció a sus boicoteadores y sólo a ellos. Se podría suponer que Zimmerwald había sido mal informada o engañada por *Nache Slovo*. Pero no, la humanidad, un poco asombrada, se enteró por el número 4 de *Izvestia* de que la estimación citada anteriormente sobre los comités de guerra de Petersburgo se hizo a *propuesta del representante del OK [Comité de Organización], Márto*.

¿Significa esto que Márto ha cambiado su opinión sobre este punto? No, por qué... Apenas un mes después se indignaba en el artículo “Lo que es, es” de que *Nache Slovo* opusiera a los zimmerwaldianos a los gvosdievanos y demostrara en bellos vuelos de fantasía que Gvosdiev no era Gvosdiev, pues está a favor de la “salvación” no de la “defensa” de la nación. ¿Por qué no se le ofrece una colección de artículos de Márto a la Secretaría de Asuntos Exteriores? ¿Sería un libro realmente instructivo!

No habríamos retomado este tema si no nos hubiéramos encontrado con un nuevo hecho de lo más lamentable.

En un folleto publicado por él en alemán, el secretariado, “deseoso de informar a los camaradas del extranjero sobre la posición de una parte de los marxistas rusos y polacos en cuestiones de política socialdemócrata”, ha publicado un proyecto de manifiesto, propuesto en Kienthal por el representante del OK. “Con este fin”, como se dice en el prefacio, se expone la traducción de una parte de la declaración de los mencheviques de Petersburgo y Moscú.

Ya hemos familiarizado a nuestros lectores con la posición de los grupos de “Piter” y Moscú, que han basado, como es sabido, su internacionalismo en la industria de la guerra.

La primera parte de la declaración presenta una exposición bastante confusa de las concepciones “zimmerwaldianas” de la guerra y la “defensa nacional”. Uno se pregunta qué podrán aprender los camaradas extranjeros de este embrollo. La segunda parte trata de las conclusiones extraídas por los grupos mencionados. “La solución del conflicto a escala internacional... debe basarse en la *estructura política del proletariado en los marcos nacionales*. La situación exige, como *táctica fundamental* del proletariado, no atacar a la burguesía liberal”, parte principal del bloque imperialista, sino “coordinar

políticamente las actividades”, es decir, *colaborar* con ella. Por ello, se recomienda realizar esta tarea en los comités de guerra y agruparse en torno a Gvosdiev y Cherygorodtsev. Parece que, si se quisiera *informar* a los camaradas extranjeros, habría que hacerlo, *de buena fe*, en la primera parte del documento, porque es precisamente allí donde se menciona la posición de los marxistas rusos y polacos. ¿Qué hace la Secretaría de Asuntos Exteriores? Titula: “Extracto de la declaración”, para asegurar sus espaldas y rechaza toda la parte esencial del documento (que oculta a los camaradas extranjeros) que se refiere a los principios de Zimmerwald.

Afirmamos que ni un *solo* internacionalista extranjero, al leer la primera parte del documento, adivinaría que los autores recomiendan unirse a los comités de guerra para aglutinar al bloque imperialista. Precisamente para “ocultar” a los camaradas extranjeros “lo que es, es” se presenta la cara de Zimmerwald a la [Segunda] Internacional. Desde el punto de vista de la información política, estos procedimientos no tienen nombre. Pero se desprenden de la política oficial y no oficial del bloque de “agosto”: éste tiene dos caras, una llamativamente internacionalista y zimmerwaldiana, y la otra naturalmente gvosdiana.

Maniobras de los longuetistas

(13 de agosto de 1916)

Las nubes de polvo levantadas en toda la prensa francesa por el último congreso nacional del partido socialista aún no se han posado cuando se descubre en ellas la cuestión principal planteada por la oposición longuetista: el restablecimiento de las relaciones internacionales. Los longuetistas se pronunciaron a favor de la necesidad de restablecer la [Segunda] Internacional. Esta es la única diferencia “de principis” entre su resolución y la de la mayoría oficial. Pero la pregunta sigue siendo: ¿cómo piensan los longuetistas restablecer las relaciones internacionales, si es que *realmente* lo desean? Sobre este punto, la resolución de los longuetistas se limita a proponer una convocatoria preliminar de los partidos socialistas aliados, esperando (de hecho, prometiendo) actuar a través de esta conferencia en las esferas oficiales del Partido Socialista Francés.

Pero, ¿cuáles son estos partidos aliados? Los partidos italiano, ruso, inglés (ambos), serbio y portugués se adhieren a Zimmerwald. Los nacional-reformistas italianos y el partido Hyndemann, puramente chovinista, no son miembros del antiguo Buró Internacional (y esto es una condición esencial para participar en la conferencia “aliada”).

Fuera de Zimmerwald, aparte del partido francés, sólo queda el partido belga, es decir, las esferas oficiales, porque la voluntad de actuar del Partido Obrero [Belga] está aplastada por la ocupación alemana. ¿Qué esperan los longuetistas?

Piensan que las partes “aliadas” se pondrán de acuerdo en la participación de un solo campo. Confían en que los partidos “zimmerwaldianos” se apresuren a una conferencia con Renaudel y Vandervelde, para ayudar a Jean Longuet a convencer a estos señores de la necesidad de armonizar las relaciones con Scheidemann. Se podría seguir hablando de la ceguera milagrosa de los longuetistas, pero el asunto no termina ahí. Jean Longuet debe saber que el partido italiano ha respondido negativamente a la convocatoria de una conferencia de “aliados”.

Los británicos han hecho saber que están totalmente de acuerdo con los italianos. En cuanto a los rusos, Longuet no se hace ilusiones. Así que los dirigentes longuetistas

saben que la mayoría de los partidos “aliados” no quieren saber nada de una conferencia “aliada”.

Y, sin embargo, los longuetistas proponen a las masas esta conferencia sin sentido como la única forma de salvar a la [Segunda] Internacional. Esto significa que, atados de pies y manos por su política gubernamental, se aprovechan de la falta de información de las masas y sólo buscan una cosa: ganar tiempo. Pero en este caso, ganar tiempo es perderlo. Semejante política nunca podría ser juzgada con la suficiente dureza.

La declaración propuesta al Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales

(18 de agosto de 1916)

La oposición en Francia está formada por dos grupos: los longuetistas y los zimmerwaldianos. ¿Cómo pueden y deben ver estos últimos la política longuetista? La respuesta a esta pregunta es de considerable importancia: para poder existir como organización independiente, los zimmerwaldianos debemos tener claro lo que pretendemos hacer y lo que nos separa de los longuetistas. Si nuestras diferencias fueran secundarias, sería un crimen dividir nuestras fuerzas.

¿En qué la política de los longuetistas? En todas las cuestiones fundamentales marchan de la mano de la mayoría del partido socialista y, por tanto, de los partidos del imperialismo burgués. Los longuetistas consideran la guerra como su guerra. Han inscrito en su bandera todos los lemas que engañan a las masas: “Defensa nacional” ... “Restauración del derecho” ... “Destrucción del militarismo”. Destrucción del militarismo” (mediante la guerra), etc. Son responsables ante la historia de la transformación del socialismo francés en un arma al servicio del imperialismo. A sabiendas, siguen aumentando el peso de esta responsabilidad aprobando créditos militares que sirven para aniquilar a los pueblos.

Esta política es la que siguen los longuetistas, tras dos años de una guerra cuyo significado ya no se le escapa a nadie. Los juzgamos por sus acciones y no por sus pomposos discursos. A la luz de sus acciones políticas, todas las declaraciones “internacionalistas” de los longuetistas carecen de sentido serio. Desde el punto de vista de la lucha de clases, estas declaraciones son una fraseología vacía o, peor aún, un medio de ocultar a las masas el carácter puramente gubernamental del socialismo oficial.

El bloque imperialista-gubernamental necesita el socialismo oficial para disciplinar a las masas trabajadoras y someterlas al militarismo utilizando la autoridad del socialismo. Esto es exactamente lo que ocurre entre el socialismo oficial y los longuetistas que agrupan a su alrededor a los elementos descontentos, apaciguan las conciencias socialistas y les obligan a adoptar esa política que sigue la mayoría guiada por Renaudel.

La primera consigna “opositora” de los longuetistas es la convocatoria de la Buró Socialista Internacional.

Los congresos internacionales, y en particular el último de Basilea, exigían que el BIS continuara su actividad durante la guerra. Pero esta última es caracterizada por la resolución del congreso como la lucha por el cese inmediato de la guerra y la explotación de los terribles daños infligidos a las masas trabajadoras, a fin de movilizarlas contra el capitalismo. Pero los longuetistas, al aplicar mecánicamente las exigencias del Congreso de Basilea, es decir, la convocatoria del Buró Socialista Internacional, no renuncian a la práctica de la “unión sagrada”. Por otra parte, está perfectamente claro que, sobre la base de la paz social dentro de cada nación, la existencia del Buró [Socialista Internacional]¹ no

tendría sentido. Además, resulta que la convocatoria del buró en estas condiciones, no tiene prácticamente ningún valor. Así, la consigna principal de los longuetistas (el restablecimiento de las relaciones internacionales) está desprovista de todo contenido socialista; es prácticamente ilusoria y tiene como único efecto apaciguar a las masas presentándoles una brumosa esperanza de la obra salvadora realizada por el Buró Socialista [Internacional]. Cuanto más se desvele la inutilidad de la política de Huysmans, más se opondrá a la fuerza ascendente de Zimmerwald la convocatoria del buró utilizada como consigna. De ahí la necesidad de que los longuetistas promuevan un nuevo programa. Ahora insisten (con la indecisión que caracteriza su naturaleza) en la retirada de los socialistas del gobierno. Está fuera de toda duda que la lógica y el espíritu de continuación no están del lado de los longuetistas; un partido que participa en la *Unión Sagrada* y apoya la guerra no tiene fundamento para negarse a participar en el poder; mejor aún, mientras un partido considere posible poner miles de millones a disposición de un ministro, tiene derecho a supervisar el uso de estas sumas. El antiministerialismo de los longuetistas sólo pretende apaciguar la conciencia despierta de los trabajadores y desviarlos de su verdadera lucha.

Si la política de la mayoría, encabezada por Renaudel, Sembat y Guesde, entierra el futuro del socialismo francés, la de los longuetistas amenaza con comprometer la idea misma de oposición al socialismo oficial.

A los ojos de las amplias masas populares, el gobierno de guerra, la dictadura militar, el socialismo oficial, el sindicalismo oficial y la llamada oposición de los longuetistas deben fundirse en un solo bloque vinculado por una política y una responsabilidad comunes.

La política longuetista no es exclusiva del partido: encuentra las correspondientes variaciones en las filas de los sindicatos. En el entorno inmediato de los obreros, es impensable la política abiertamente progubernamental de los Sembat y los Thomás. Cuanto más se vincula la camarilla sindicalista con el sangriento carro del imperialismo, más se esfuerzan sus dirigentes (como Jouhaux) en distanciarse, aparentemente, de la política gubernamental, y más se multiplican las declaraciones y los gestos semiopositivos. Su periódico *La Bataille* contiene muchos espacios en blanco, ¡señal de su adhesión a la lucha de clases! La diferencia entre la conducta de los longuetistas y la de los partidarios de Jouhaux proviene de la no identidad objetiva de sus condiciones y de sus actividades: los longuetistas mantienen una apariencia de oposición dentro de la organización del partido, mientras que Jouhaux y compañía forman la mayoría dirigente de la CGT. Por otra parte, Jouhaux y compañía, al no ser diputados, no están obligados a aprobar los créditos y conservan una apariencia de independencia frente a la burguesía parlamentaria. Pero bajo estas diferencias externas, se esconde la misma tendencia fundamental, que se esfuerza en apoyar la política sangrienta del gobierno, enmascarando este apoyo con declaraciones y gestos semiopositivos.

Por lo tanto, definir la posición de los zimmerwaldianos en relación con el longuetismo no es sólo una cuestión socialista interna. Esta cuestión concierne en la misma medida a los sindicalistas revolucionarios, así como la política de la CGT concierne directamente a los socialistas revolucionarios.

Está claro que, a los ojos de los zimmerwaldianos, partidarios de la lucha de clases revolucionaria, no hay ninguna diferencia de principio entre las posiciones de Renaudel y Longuet. Si realmente queremos combatir el socialpatriotismo y frenar la caída del movimiento obrero, tenemos el deber de repetir por doquier a los trabajadores la verdad sobre el longuetismo: éste no es más que un arma de la burguesía, un socialismo desarmado e inofensivo, que en aras de la explotación de las masas se sirve de la fraseología del internacionalismo y de algunos artículos inofensivos de su programa.

En el Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales

(18 de agosto de 1916)

El proyecto de declaración propuesto al “Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales” pretendía diferenciarse de los longuetistas. Esta necesidad surgió principalmente de la conducta de los “zimmerwaldianos” del partido, como Bourderon y Brizon en el último Consejo Nacional; sabemos que se unieron a la resolución de los longuetistas y dieron así a la prensa burguesa el derecho de tratar a los longuetistas y a los zimmerwaldianos como un mismo grupo. Así, el Comité [para la Reanudación de las Relaciones Internacionales], del que Bourderon derivaba su autoridad, corría el riesgo de convertirse en una mera rama de la organización longuetista. La declaración en la que se trata al longuetismo como una mera variante del socialpatriotismo y se exime al Comité [CRRI] de toda responsabilidad por la táctica de los longuetistas era, repitámoslo, absolutamente necesaria. El proyecto causó un tumultuoso revuelo en las dos sesiones de la Comisión Especial y en las del propio Comité. Los elementos más moderados del centro estaban en contra de “la declaración de guerra a los longuetistas. Fue un... sindicalista quien pronunció el principal discurso a favor del longuetismo en las columnas de *Ce qu'il faut dire*. Pero los elementos más radicales exigían distinguirse de los longuistas.

Bourderon trató de situar la cuestión en un terreno inesperado: ¿se puede permitir que anarquistas y sindicalistas “juzguen” a los socialistas en general y a los longuetistas en particular? Esta toma de posición causó sensación. “Pero estamos unidos en una lucha común contra el nacionalismo, por lo que tenemos principios colectivos por encima de las diferencias teóricas y organizativas; si no, no tenía sentido unirse. Vosotros, socialistas, tenéis el deber de declararos contra el nacionalismo en el movimiento obrero, contra Charles Albert y Jouhaux, al igual que nosotros, con vosotros, nos declaramos contra la política del partido socialista.

Tras un prolongado debate, se aprobó el proyecto de declaración.

¿Cómo combatir al longuetismo?

(18 de agosto de 1916)

Pensamos que las objeciones de Lozovsky, con quien la redacción (durante su alejamiento de París) no puede intercambiar opiniones sobre los problemas planteados y aclarar malentendidos, pensamos que las objeciones de Lozovsky no son justas y que son peligrosas por sus conclusiones políticas. Dejamos de lado, por el momento, las objeciones relativas a las agrupaciones en el sindicalismo correspondientes a las organizaciones fundamentales del partido socialista: la resolución de esta cuestión exigiría un análisis detallado que nos alejaría del problema de táctica y de principios planteado por Lozovsky. Digamos solamente que, en la redacción del proyecto de resolución, participaron no sólo socialistas, sino también sindicalistas suficientemente versados en las cuestiones de las agrupaciones internas del socialismo francés.

¿Cuáles son las objeciones de principios de Lozovsky?

En primer lugar, la declaración sospecha de la buena fe de los longuetistas al hablar del “deseo consciente de engañar a los trabajadores”. De hecho, la declaración no dice esto, pero las citas que aporta Lozovsky dicen algo muy diferente. ¿Quieren los

longuetistas desviar a las masas de la lucha antibélica? No lo ocultan declarándose en contra de “Zimmerwald”⁴⁷. Se han pasado a la oposición, produciendo una consigna de segunda categoría tras otra (como la Conferencia de Partidos “Aliados”), bajo la presión del descontento y la ansiedad de las masas: intentan, con plena conciencia, disciplinar a estas masas y apaciguar su descontento, para no interferir con la “defensa nacional” y el sacrosanto bloque. Presentar el asunto diciendo que no saben lo que hacen es pura ilusión. Son veteranos de la política que se han sumergido en todas las aguas y que actúan con plena conciencia (más conscientes que muchos zimmerwaldianos que se desvían desesperadamente en su comportamiento hacia los longuetistas, ya sea sometidos a sus críticas despiadadas o capitulando ante ellos). Que el camarada Lozovsky recuerde al menos la posición de los zimmerwaldianos en vísperas del último congreso nacional, cuando declararon que los longuetistas darían “una puñalada por la espalda” a la oposición alemana, pero no impidieron que Bourderon votara a favor de la resolución de Longuet. Para una minoría numéricamente tan débil como la de los zimmerwaldianos, sería un peligro mortal imaginar que sus adversarios políticos son intelectualmente débiles y plantear problemas ideológicos de defensa en lugar de políticos y combativos. Subestimar al enemigo es el peor de los errores en política.

Pero, nos dice el camarada Lozovsky (el ala izquierda del centro), son nuestros amigos del mañana. Puede que sea así. Pero se puede decir con la misma propiedad que son nuestros amigos de ayer. Zimmerwaldianos como Bourderon y Brizon se situaron bajo la bandera de Longuet: observemos de paso que la declaración habla de longuetismo y no, como el camarada Lozovsky, de “centro”.

El puente entre los dos grupos fue la consigna para la reanudación de las relaciones internacionales. ¿La Haya o Zimmerwald? Cuando el camarada Lozovsky insiste, con la ayuda de conclusiones ideológicas, en la necesidad de participar en La Haya, ignorando que esta cuestión no está en el orden del día y que se libra una lucha sin cuartel entre los principios de La Haya y los de Zimmerwald, está ayudando (contra su voluntad) a los zimmerwaldianos del tipo de Bourderon a pasar al longuetismo. Ya se lo hemos demostrado.

El camarada Lozovsky, en sus prisas en ofrecernos amigos del “mañana”, no se da cuenta suficientemente de la distinción que es indispensable hacer con nuestros enemigos de hoy. Para los longuetistas, su falta de sinceridad es la principal arma de combate político; para los zimmerwaldianos esa falta de sinceridad equivale a su desaparición, más exactamente a su disolución en el longuetismo. Ignorando esto, Lozovsky empuja hacia esta disolución cuando opone al acto político (la declaración que opone a los longuetistas a los zimmerwaldianos) una cierta “discusión” entre ellos. Si, según el camarada Lozovsky, en un año de trabajo político después de Zimmerwald el Comité [para la Reanudación de las Relaciones Internacionales] no ha logrado definir su política hacia los longuetistas, no hay ninguna razón fundamental para esperar que esto pueda lograrse en el curso de los debates con estos mismos longuetistas. Cuando se presentó una propuesta similar, los elementos de izquierda de la comisión [del CRR] se expresaron inmediatamente de la siguiente manera: “Para iniciar un debate con los longuetistas, es esencial que primero definamos nuestro comportamiento hacia ellos. Este es el objetivo de la declaración.

Las objeciones de Lozovsky sobre la composición del Comité [CRR] son, cuando menos, retardatarias y, en todo caso, van más allá del objetivo: se dirigen contra este Comité que, cabe señalar aquí, molesta a Bourderon y a sus amigos más cercanos. Si la política del partido no se somete al juicio del Comité gracias a la presencia de

⁴⁷ Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Internacional Socialista, serie en nuestras EIS.

sindicalistas, y si la política de los sindicatos también está exenta de críticas por el motivo contrario, ¿de qué problemas debe ocuparse entonces el Comité? No es cierto que por parte de los anarquistas y sindicalistas que pertenecen a Zimmerwald haya una tendencia a atacar al partido como tal. Basta con argumentar que el anarquista Sébastien Faure envió felicitaciones a los longuetistas, mientras que el camarada Lozovsky sospechaba, sin fundamento, de su hostilidad hacia ellos. En lo concerniente al longuetismo, como en todas las demás cuestiones, los sindicalistas moderados marchan con los socialistas moderados oponiéndose a elementos de ambos campos.

Por eso pensamos que el Comité actuó perfectamente cuando aprobó, por mayoría, la declaración impresa aquí (es cierto, es sólo en principio, pues su crítica aún no está completa en el Comité). Esta es la única vía razonable, porque en principio lo es. El éxito práctico, es decir, la influencia sobre las masas, está asegurado de esta vía. Sólo tratemos de no desviarnos de ella.

Conferencia de los neutrales... conferencia de las sombras

(20 de agosto de 1916)

De la conferencia socialista de los partidos “neutrales” no se podía esperar ni una acción decisiva ni nuevas ideas. Al igual que sus gobiernos, que no se atreven a levantar la voz ni a protestar, los partidos socialistas de las naciones neutrales, después de la Conferencia de Copenhague, se convencieron de su impotencia, y soportaron la ruptura de las relaciones internacionales como sus estados soportan la guerra, es decir, deambulando entre los grandes “socialistas” y llevando, al amparo de la bandera neutral, el contrabando político, ya sea a favor de Alemania o a favor de Francia. En un sentido político, los partidos socialistas neutrales no son más que un reflejo de los partidos de las grandes potencias, pero a escala provincial. Ni el sueco Branting ni el holandés Troelstra, que siguen una política puramente social-patriótica y virulentamente hostil hacia Zimmerwald, marcarán una época en la historia del socialismo. Pero la total dependencia de los partidos alemán y francés, a su vez dependientes de sus gobiernos, dio a la conferencia la posibilidad de convertirse en un hecho diplomático internacional. Todas estas personas viajaron, no para abrir una campaña contra la guerra, sino para preparar el terreno para el restablecimiento de los vínculos diplomáticos entre los socialistas gubernamentales de los dos bandos en guerra: es decir, para tantear el terreno para la apertura de las conversaciones de paz.

Hace dos meses, la censura no nos permitía (¿nadie se pregunta por qué?) hablar del “plan” Huysmans, que consistía en lo siguiente: establecer sucesivamente tres conferencias (“de los neutrales”, “de los aliados”, “de los centrales”) y darles la posibilidad de votar tres resoluciones idénticas: una paz rápida sin anexiones, la restitución de Bélgica y Serbia; el derecho de autodeterminación, la libertad de comercio, el reconocimiento de la deuda nacional y (¡comprensiblemente!) la condena de Zimmerwald; después, sólo quedaría que Huysmans y Troelstra constataran que todos estaban de acuerdo en los puntos fundamentales y que ya no había ningún obstáculo para la convocatoria del Buró Internacional (lo que significaba la apertura extraoficial de las conversaciones de paz). Los longuetistas, que veían a Huysmans como el mesías de la [Segunda] Internacional, y la mayoría del Partido Socialista Francés aprobaron el “plan” y el proyecto de conferencia, aunque dándose cuenta de la irrealidad de dicha conferencia.

Es obvio que las partes neutrales, cuya conferencia es la primera etapa del “plan”, tienen sus propios puntos de vista y objetivos. La prolongación desesperada de la guerra

plantea el peligro de una intervención de las naciones beligerantes o de un intento “aventurero” del gobierno. Por lo tanto, las naciones neutrales trataron de detener la guerra mediante la diplomacia socialista. Además, Branting libraba una batalla sin cuartel con los partidarios de Hoeglund, mientras que Troelstra se enfrentaba al Grupo Roland-Holst y a los “tribunistas”.

En la lucha con los zimmerwaldianos, que se apoyan en sus conexiones internacionales, a los socialpatriotas les es esencial tener para sí la autoridad de la Segunda Internacional. Pero los objetivos independientes de los neutrales están obviamente subordinados a su política hacia los beligerantes.

La prensa francesa destacó el hecho de que la socialdemocracia alemana haya sido invitada a la conferencia. La dirección del partido francés no aceptó la invitación y la prensa calificó la conferencia como una intriga de Bethmann-Hollweg, a pesar de que se escucharon muchas voces francófilas que se expresaron en la resolución, mientras que no se escuchó ni una sola voz germanófila, al menos no una voz claramente declarada... La minoría longuetista no tuvo el valor de enviar mensajes de simpatía: para no romper los marcos de la legalidad, para no causar dificultades a la mayoría y, sobre todo, para no ceder ante Scheidemann y sus amigos.

Al estar compuesta por neutrales, la conferencia no podía consolarse buscando a los “culpables”. ¡Qué lamentable y mezquino es venir a anunciar al proletariado, después de dos años de guerra, que Guillermo y Francisco José sufren de megalomanía y no respetan los tratados! La conferencia debería haber tomado lecciones de Zimmerwald y haber reconocido al imperialismo como la causa principal de la guerra (lo que hizo), pero lo hizo reduciendo esta afirmación a la nada, entronizando la “libertad de comercio como camino hacia la paz”: ¡como si el imperialismo se viera avergonzado por los principios aduaneros y como si pudiera ser derrocado quitando el proteccionismo!

Tras reconocer que los imperios centrales habían dejado atrás una época de victorias, Troelstra subrayó la desesperante prolongación de la guerra y la aversión de cualquiera de los dos bandos a ganar: concluyó (y la conferencia con él) que era esencial “preocuparse” en poner fin a la guerra. Por el contrario, Branting creía que las potencias de la Entente toman lo mejor; quería iniciar conversaciones de paz serias. Coincidiendo con Branting, la conferencia señaló que los poderes mencionados habían sido atacados. Así, equilibrando su “neutralismo” entre los dos bandos, los diplomáticos neutrales intentaron ganarse el corazón de Scheidemann y Renaudel, a quienes ofrecieron intercambiar opiniones sobre Alsacia-Lorena.

¿Qué pueden significar las “reflexiones” de los neutrales, cuando no deciden el destino de las provincias conquistadas y no conquistadas? ¿Qué pueden significar sus juicios sobre la guerra, cuando son otros los que la hacen? ¿Están los social-patriotas de los países en guerra a punto de practicar una política independiente en defensa de sus “resoluciones” internacionales? No. ¿Lo exigen los social-patriotas de los países neutrales? No. ¿Qué pueden significar las resoluciones de la Conferencia de La Haya? Ya hemos respondido a esta pregunta; estas resoluciones son tan importantes como una pompa de jabón. No son una llamada a la batalla, sino prudentes peticiones a los gobiernos beligerantes a través de los social-patriotas neutrales y de los países en guerra; *¿no es este el momento?* Las sombras no tienen existencia propia, pero a partir de ellas se pueden juzgar los movimientos del cuerpo.

La socialdemocracia alemana saludó a la conferencia. Es un síntoma. La prensa burguesa francesa la atacó furiosamente. Esto es un síntoma. Pero *L'Humanité*, la mala conciencia encarnada en el ámbito de la información, publicó un relato detallado y, al parecer, sincero de la conferencia. La prensa burguesa atacó a Renaudel, exigiéndole comentarios puramente franceses. Pero éste no lo hizo y publicó íntegramente el pasaje

del discurso de Troelstra, en el que subraya que la prolongación de la guerra sólo aumenta la influencia internacional del zarismo. Esto es un síntoma. ¿Cuál pues? ¿Nuevos alientos en las alturas gubernamentales? O una pérdida de equilibrio en las altas esferas del socialismo francés, que considera oportuno mantener abierta la puerta de La Haya. Sólo podemos permitirnos hacer conjeturas. Todo el ámbito de la conferencia de los neutrales equivale a una especie de conjeturas, a planes, a medidas a considerar. Este es el veredicto más despiadado de esta conferencia “neutral” en la sombra.

Estrategia y política socialistas

(22 de agosto de 1916)

Con este título he enviado a la prensa socialista suiza una carta motivada por una nueva falsificación de Grumbach. Al no estar seguro, bajo las actuales condiciones postales, que la carta llegue a su destino, creo indispensable publicarla en las columnas de Nache Slovo.

“A través de sus amigos, he recibido el folleto de Grumbach titulado *El error de Zimmerwald-Kienthal*, que no es otra cosa que su informe leído en Berna el 3 de junio de 1916.

No tengo intención de entablar una polémica de principios. Pero le ruego tenga a bien reservar un lugar a fin que refute los falaces argumentos lanzados contra mí. Persigo un objetivo personal pero natural y lícito: quiero protestar contra las afirmaciones deshonestas hechas por Grumbach sobre mi folleto; al mismo tiempo quiero definir y caracterizar a ese personaje, principal informador de los franceses en lo que respecta a la vida del socialismo alemán.

“En Zimmerwald-Kienthal [escribe Grumbach] Trotsky estaba presente; pocos hubieron que atacasen al partido francés tanto como él respecto a su posición durante la guerra y la aplicación práctica del principio de la defensa nacional. Y sin embargo, en su folleto *La Internacional y la guerra*, Trotsky afirmaba lo que era la justificación “die denkbar veste” (la mejor posible) de la posición adoptada por los socialistas franceses”.⁴⁸

Demostrando que el principal enemigo del imperialismo alemán era Inglaterra, pero que para hacerle la guerra era preciso pasar primero por Francia y en parte por Rusia, escribí que la dirección de las hostilidades estaba en manos no de los socialistas sino de los junker, cuyo objeto de odio no era Rusia sino la república francesa. Esta afirmación era suficiente para mi argumentación dirigida entonces contra el social-patriotismo alemán, que se vestía ridículamente con oropeles revolucionarios antizaristas. Pero si Renaudel, y su Grumbach, querían hacer con mis páginas la tesis inversa, a saber que la lucha entre Francia y Alemania es la de una república contra una monarquía, habrían tenido que guardar silencio sobre Rusia, igual que los socialistas alemanes no han hecho ninguna alusión a Francia.

¡Hecho primordial! Esta guerra no es el choque de armas políticas o de estructuras de gobiernos: es la de los apetitos imperialistas, y las diferencias de gobierno no juegan

⁴⁸ No estará mal oponer a esta afirmación, según la cual mi folleto habría suministrado argumentos para el social-patriotismo francés, dos hechos: 1º la publicación de extractos de este folleto en el diario desaparecido *Golos* dio ocasión a Voronov para clasificar al autor entre los... pangermanistas; 2º los ejemplares difundidos en Alemania fueron objeto de requisita y el autor condenado, en rebelión, a una pena de prisión.

más que el papel de armas más o menos bien adaptadas. Este es el sentido dado a todo mi folleto.

He aquí la segunda que ha usado Grumbach

“Cuanto más inquebrantable fuera la resistencia de Francia, cuyo deber es actualmente defender su territorio y su independencia contra los ataques alemanes, el ejército alemán estaría en mayor medida detenido en el frente occidental; y cuanto más debilitada estuviese Alemania en el frente occidental, menos fuerza le quedaría para su supuesta tarea principal, tarea definida por la social democracia como un “ajuste de cuentas con Rusia””⁴⁹

¿Pero ha reflexionado usted sobre esto? ¡Francia no podrá oponerse al avance alemán! Cuanto más se acerquen los alemanes a París, más manifiesto quedará que “ajustar cuentas con el zarismo” no es el objetivo de la guerra ni tampoco su resultado. Grumbach no explica en qué sentido mis afirmaciones en el otoño de 1914, y verificadas por el curso de los acontecimientos, pueden servir de base para la táctica de Renaudel. Leyendo a Grumbach se puede llegar a pensar que los internacionalistas ignoran la geografía y la topografía, así como también la ocupación de Bélgica y del norte de Francia. Parece ser que estoy muy descontento con la táctica Renaudel-Sembaat porque, durante mi última estancia, yo estaba muy “subido” contra el partido socialista francés, lo que me impedía darme cuenta de las diferencias fundamentales entre nosotros. La cuestión sería muy simple si fuera suficiente con constatar que los alemanes se encuentran en Noyon para justificar la entrada de los socialistas en el gobierno y el voto de los créditos.

Dirigiéndome a los socialistas alemanes, que afirmaban que su gobierno llevaba adelante una guerra defensiva, y sometiendo al análisis las contradicciones en el criterio de guerra ofensiva y defensiva, escribí lo siguiente:

“Ya hemos discutido la norma para determinar la diferencia entre una guerra de agresión y una guerra de defensa. Estas normas son numerosas y contradictorias.

En el caso presente, testifican unánimemente que los actos militares de Alemania no podían ser estimados como actos de una guerra de defensa. *Pero esto no tiene en absoluto ninguna influencia sobre las tácticas de la socialdemocracia.*”⁵⁰

Demostraba que, incluso si la cuestión se limitaba a la salvaguarda de la integridad del territorio nacional, no teníamos derecho, en tanto que partido del proletariado, a atar nuestra suerte a la acción del militarismo nacional.

“... rompiendo en pedazos la Internacional, la social democracia destruye el único poder capaz de crear un programa de independencia y democracia nacional en oposición a la actividad de las bayonetas, y de cumplir este programa en un grado más o menos grande, totalmente independiente de si las bayonetas nacionales son coronadas con la victoria.”⁵¹

Nuestra táctica, formulada categóricamente en Kienthal, en ningún caso debe depender de la situación estratégica y militar. Es evidente que la situación militar ejerce una gran influencia sobre las masas y que, de concierto con otros factores, puede debilitar o reforzar la propaganda internacional. Pero ninguna situación justifica la capitulación del socialismo. Por el contrario, si en el territorio ocupado por el enemigo las masas devienen, a causa de esto, más afectadas por la ideología nacionalista, la minoría socialista debe hacer frente unánimemente y oponer un firme dique al torrente del

⁴⁹ Trotsky, León, *La guerra y la Internacional*, en estas mismas [OELT-EIS](#), página 28 del formato pdf.

⁵⁰ *Ibidem*, página 41 del formato pdf.

⁵¹ *Ibidem*, página 47 del formato pdf.

chovinismo. He aquí porque no he encontrado justificación para la actitud del partido socialista francés, actitud tomada ya antes de que estuviese determinada la situación estratégica. En el prefacio a mi folleto, escribía:

“El derrumbe de la Segunda Internacional es un hecho trágico, y sería ceguera o cobardía cerrar los ojos ante él. La posición adoptada por los franceses y por una gran parte del socialismo inglés obedece en gran parte a esta caída, lo mismo que la posición de la social democracia alemana y austríaca”⁵²

No tenía ninguna necesidad de ir a París y “subirme” contra los socialistas franceses, como insinúa Grumbach, para darme cuenta que la política seguida por Renaudel y Sembat era mortalmente hostil a los intereses del proletariado.

En París, lo que realmente podía “llevarme a la cólera”, y no estaba solo, era la información transmitida por Noteaux a Renaudel. Ateniéndose al principio a métodos prudentes, Grumbach se ve obligado, cuando habla del endurecimiento de la lucha en el seno del partido, a recurrir a argumentos cada vez más groseros. Sus artículos sobre la Conferencia de Kienthal eran dignos de una prensa reaccionaria. Pero su “salida” contra nuestro amigo serbio Katzlerovich, al que trata de espía austríaco, es aún más vil. Justamente los socialistas serbios dan ejemplo de la más alta fidelidad a los principios de la Internacional (en un país en el que la posición estratégica no deja lugar a dudas). Este es el motivo por el que Noteaux calumnia a Katzlerovich, cumpliendo así la misión confiada por sus amos actuales. ¡Horror! ¡El serbio había recibido del consulado austro-húngaro un visado para llegar a su infortunado país!

Las impresiones y generalizaciones de Miliukov

(23 y 24 de agosto de 1916)

Miliukov comparte con los lectores de *Riech* sus impresiones desde el extranjero bajo forma de folletos muy verbales en los que la facultad de observación del ciudadano cultivado y el comentario vulgar no ocultan la autosatisfacción de un hombre enviado al extranjero por el gobierno. Todo ello adereza un ramillete bastante extraño. Pero no es necesario examinar los escritos de Miliukov con un criterio estético. Sin máscara protectora, es difícil leer la literatura oficial cuyos rasgos principales son la estupidez y el descaro. Bajo este ángulo, los folletos de Miliukov son diferentes y de ello resulta cierta ventaja para él. Evidentemente contienen la fraseología vacía de rigor: en Francia e Inglaterra se adora a los rusos en general y a Miliukov en particular. Pero junto a estas tonterías hay hechos curiosos e incluso generalizaciones. Examinarlos no carece de ventajas.

1.- Victoria y libertad

Miliukov se ha reunido con socialistas y con radical-socialistas. Bracke habla de las condiciones de paz “con la mentalidad de los pacifistas ingleses”. Renaudel se limita “a las tendencias conquistadoras y liberadoras de la guerra”. La respuesta de Miliukov indica que el liberal ruso no se ha arrodillado ante ello con la cara hundida en el lodo.

Comienza afirmando (en el estilo de las declaraciones francesas) que “nosotros, los rusos, no somos responsables de esta guerra. Recuerdo mi discurso ‘pacifista’ en un banquete parisino... dos meses antes de la guerra. Recuerdo mis artículos del *Riech*

⁵² *Ibidem*, página 11 del formato pdf.

durante la visita de Poincaré a Rusia. Eso es suficiente para que mis interlocutores no puedan tacharme de imperialismo. Después hemos hablado sobre las cuestiones polaca, persa, armenia, la cuestión de los Dardanelos también, etc...” Aquí lo que hace la canción es el tono. ¡Los socialistas franceses se revelaron no solamente como verdaderos pacifistas sino también como apóstoles! “No desees a la mujer del prójimo, ni a su asno, ni las ciudades ajenas ni sus bienes ni sus costas, etc...” Miliukov no insiste en esta ingenuidad. Veamos un poco esas “tendencias” de las que habla con una semi ironía. Las tendencias conquistadoras son reales, pero nos parecen ser que los mismo da, que da lo mismo con las tendencias liberadoras: primo, Miliukov ha pronunciado un discurso ‘pacifista’ en el banquete ofrecido en honor de Butler, segundo, *Riech* ha publicado artículos muy bien pensados y, al fin de cuentas, nosotros no somos imperialistas: ¡si quiere usted, gire usted alrededor, si quiere usted, no! En cuanto a lo tocante a los Estrechos, Persia, etc... sólo son detalles, lo que cuenta es el discurso de Miliukov. Los socialistas lo escucharon, como recuerda Miliukov modestamente, “con una gran simpatía”.

Jean Longuet llevó más lejos su curiosidad, “pidiéndome los nombres (¿?) de los derrotistas rusos. Ciertamente, no comparto sus opiniones, aseguró Longuet, pero incluso así es interesante saber cómo se responde en Rusia a este argumento: que la victoria y la reacción tienen estrechos lazos.” Miliukov respondió que, admitiendo la existencia de esos lazos, no se puede sacar de ello ninguna prueba práctica. “La acción y la reacción pueden cambiar tan a menudo mientras que la victoria decide sobre nuestra suerte y la de numerosas generaciones. Es natural que las relaciones con una no tengan nada en común con las que se producen con la otra.” Miliukov deja pasar una excelente ocasión para recordarles a sus interlocutores que, durante la guerra ruso-nipona, él estaba a favor de los derrotistas como la mayoría de los liberales de izquierda.

Su esperanza en la victoria del Mikado era la consecuencia directa de su política pusilánime y de su miedo a la revolución. Esas esperanzas derrotistas se realizaron en parte. Fue necesaria la lucha de clases sin precedentes de 1905, la contrarrevolución, la ayuda aportada por Francia e Inglaterra, que financiaron a la reacción y a la Rusia del 3 de junio, fue necesario todo eso para extirpar los hedores del derrotismo no solamente del partido cadete sino, también, de las fracciones radicales, populistas “marxistas”.

La intelligentsia comprendió que la lucha por “el control del mundo” no esperaba a que el liberalismo o la revolución zanjaran sus cuentas con la monarquía.

Los social-patriotas, ayer mismo todavía de izquierdas, hablaron mucho sobre utilizar la guerra para hacer la revolución: palabras tales cada vez se escuchan menos. Pero él, Miliukov, (político no de ayer, digamos de anteayer) tiene un horizonte mucho más amplio. Le cuenta a su audiencia que la situación mundial ata para siglos mientras que la “¡acción y la reacción pueden cambiar tan a menudo!” Jean Longuet debería de haberle respondido, si hubiese tenido la más remota idea del proceso que se desarrollaba ante sus ojos, que la lucha a favor del “control del mundo” deviene cada vez más áspera y les dejará a las clases poseedoras y a los partidos cada vez menos la posibilidad de unirse a la desorganización revolucionaria del poder. Hoy en día se trata de debilitar a Alemania, mañana se tratará de aprovecharse de los frutos de la victoria y quitárselos a... Inglaterra. Las situaciones internacionales cambian, pero la necesidad que tienen los poseedores de agruparse alrededor del gobierno se mantiene y acrece sin cesar. El imperialismo excluye una revolución hecha sobre bases nacionales.

Nosotros, los rusos, no necesitamos servirnos de esas perspectivas políticas más que para demostrar la inanidad de los esfuerzos de Miliukov en sus historias de “acción (¡!) y de reacción (¡!)”. Está claro que Miliukov, que tan resueltamente es “cuáquero” en Estados Unidos, tan de “estilo francés” en Francia y en compañía de gente de izquierdas,

ha querido entretenerse un poco prometiéndoles “acciones” revolucionarias... “en la otra orilla de los Estrechos”. Nosotros sabemos mucho más que Jean Longuet. En la Duma, el 3 de junio, el líder del partido cadete, hablando su verdadero lenguaje, declaró (en su distinguido estilo) que si la victoria debía pasar por la revolución la rehusaba. La política responsable del liberalismo comprende muy bien *que, aunque la revolución fortaleciese provisionalmente la posición de la burguesía imperialista haría crecer el peligro mortal de una nueva revolución, esta vez proletaria*. Hace ahora 12 años, Miliukov llamaba a la derrota porque ésta le daba un impulso a la revolución. Ahora está dispuesto a aceptar la derrota por escapar de la revolución. Pero no ha hecho partícipes a sus interlocutores franceses de ese giro.

2.- Zimmerwaldianos y longuettistas

Miliukov escribe sobre la Conferencia de Zimmerwald como lo puede hacer un nacional-liberal interesado, por encima de todo, en la defensa del social-patriotismo, por tanto: un tercio de verdad, un tercio de falsas informaciones y el resto “invenciones”. Cuando imagina que solamente tras la falta de éxito de los longuettistas, tratando de ganarse el apoyo del Buró Socialista Internacional, aparecieron elementos más radicales reuniéndose en Zimmerwald, comete un anacronismo. Su error lo causa su falta de informaciones. El ala izquierda sólo intervino cuando Longuet cumplió funciones diplomáticas bajo el protectorado de Renaudel. La oposición longuettista sentía la necesidad de existir incluso bajo la presión del ala zimmerwaldiana. Pero por el momento la historia no ha llegado a ese punto. “El asunto pasó a manos de los sindicalistas y, particularmente, de los del “oficial” Partido Socialista italiano. Por mediación de uno de sus miembros, Morgari, entró en relaciones con los mencheviques de París y Londres y, con la *mediación de la socialdemocracia alemana*, logró alcanzar, por fin, su objetivo (lo cuenta Miliuko). Tras una serie de fracasos y aventuras, la Conferencia Socialista Internacional se celebró en ese pequeño pueblo del cantón de Berna.”

Esta frase que hemos resaltado “... de la socialdemocracia alemana”. Miliukov no puede ignorar que el partido alemán considera el asunto igual que el partido francés: en primer lugar, con condescendencia, después con franca hostilidad. Pero nuestro cadete sabe lo que se hace. Recientemente *Bonnet Rouge* se quejaba de que era suficiente con considerar a cualquier como a un “boche” para hacer que se le considerase como a nada. Al mismo tiempo que aprobaban a Liebknecht, Rosa Luxemburg y Mehring, los social-patriotas aliados intentaron desde el primer día presentar a la Conferencia de Zimmerwald como si hubiese sido organizada “a través de la socialdemocracia alemana”. ¿Qué resulta de ello? Que todo aquel que en Alemania esté contra la guerra, el imperialismo y la socialdemocracia oficial se vea unido a Zimmerwald. Liebknecht, no pudiendo asistir a la conferencia, participó en ella con una carta en la que estigmatizó a los social-patriotas de ambas riberas del Rin. Ello no les impidió a los parásitos del heroísmo declarar a Liebknecht heredero de los Scheidemann “aliados” que expresan sus pensamientos serviles en francés o en ruso. Es contranatural que Miliukov no aproveche fórmulas completamente calculadas de acuerdo con el cinismo y la bestialidad y que pasan fácilmente a los ojos de los censores.

Nuestro “trotamundos” liberal sabe muy bien lo que escribe. La prueba se suministra con la forma jurídica y escurridiza que él le sabe dar a su informe. “Abstrae”, simplemente, la existencia en Alemania de una mayoría y de una minoría en el partido socialista y escribe: “con la mediación de la socialdemocracia alemana”. Esta prudencia del ex profesor lo distingue por sí sola (¿esto es una ventaja?) de los plumíferos social-patriotas que cada semana se esfuerzan en demostrar que no temen perder nada.

En cuanto al socialismo francés, Miliukov no abstrae en absoluto la existencia de una mayoría, de una minoría (longuetistas) y de los zimmerwaldianos. Por el contrario, como vamos a ver, se desenvuelve muy bien en la red de las relaciones entre esos agrupamientos.

Interesante... lo que cuenta Miliukov sobre el peligro internacionalista en Francia... que Kropotkin le ha mostrado. “Kropotkin, al que encontré en Londres, me dijo tener miedo del crecimiento de la minoría zimmerwaldiana que tiene que votar contra la mayoría patriota en el Congreso Nacional en abril. En consecuencia, le presto una particular importancia a ese voto.” Miliukov se interesó en la cuestión y he aquí sus conclusiones. “La minoría que se había unido a la mayoría en diciembre, presentó otro programa en abril y cosechó 960 votos. Es característico ver que la minoría no se unió a los zimmerwaldianos; ¡por el contrario, estos últimos han tenido que unirse a la minoría y aprobar una moción que no les satisfacía! La fórmula presentada por la mayoría era la siguiente: “aprobamos los esfuerzos desplegados por el secretario del Buró Internacional Huysmans para restablecer los lazos entre las diferentes secciones de la Internacional y recomendamos a las organizaciones centrales que respondan afirmativamente a su llamamiento.” La inminencia de esta convocatoria, que provocó tantas discusiones, no fue ni señalada en la resolución. Aún se habló menos de depuración en las filas de la mayoría, convertida sin embargo en necesaria por el espíritu nacionalista que en ella se manifiesta. Los zimmerwaldianos exigían el arrepentimiento y el regreso a la vía de la lucha de clases. Pero la minoría se contentó con su fórmula, no renegando de su pertenencia a la “Unión Sagrada”, de la participación en el poder ni del voto a favor de los créditos. *Era una inconsecuencia, pero, al asumir la responsabilidad de esta inconsecuencia, la minoría arrastraba a esa inconsecuencia todo el trabajo de los zimmerwaldianos.* Frente a tal “comprensión” se borraban los peligros que podrían haber nacido de una unión de la minoría y los zimmerwaldianos. No se pueden pues comparar las cifras de los votos del 9 de abril y del 25 de diciembre. Los zimmerwaldianos respondieron a esta unión “forzada” con una nueva tentativa de emancipación presentándose en lo que se ha llamado la “Conferencia de Kienthal” (únicamente, podría haber añadido Miliukov) para capitular ante los longuetistas en el Congreso Nacional de agosto.

Ya hemos dicho que Miliukov se desenvuelve a las mil maravillas en las intrigas de los tres agrupamientos. A decir verdad, su posición puede verse con suspicacia, particularmente cuando nos asegura tener a su disposición las colecciones de *Goloss* y de *Nache Slovo*, y no es difícil demostrar que no solamente usa hechos y citas sino, también, conclusiones políticas que le ofrecen nuestra publicación. Pero esto no es lo que nos ocupa por el momento. Nos basta con constatar que Miliukov ha entendido el sentido del longuetismo que sujeta a las masas al régimen. En ello es mucho más perspicaz que los “internacionalistas” dispuestos completamente a reconciliarse con el longuetismo pues respetan su significado revolucionario “objetivo”.

Miliukov ha cumplido con su deber ante su audiencia guardándose mucho de explicarles por qué hace falta ese nuevo elemento del longuetismo. A propósito, la cuestión que éste plantea no es baladí. El longuetismo no tiene todavía una gran influencia sobre las masas, pero esa influencia aumenta, y con ella el miedo que inspira. Si los esfuerzos políticos de los longuetistas merecen, según Miliukov, el éxito, no pueden dejar de inspirarle miedo por la misma razón que nos hace oponerles una encarnizada resistencia. Miliukov se calla sobre este punto, pero debemos creer que ello se debe únicamente a su miedo a debilitar la fuerza de sus observaciones sobre el movimiento obrero ruso...

La crisis del socialismo francés

(Septiembre de 1916)

Nadie ha acusado jamás a Briand de estar agobiado por el peso de la *sabiduría libresca*. Por otro lado, es un innegable virtuoso del mecanismo parlamentario. El actual gobierno, en el que el apóstol de la lucha de clases, Jules Guesde, está al lado del monárquico católico Cochin, presenta sin duda el más alto producto de la estrategia parlamentaria. Los cascarrabias refunfunan que el reparto simétrico de todos los matices es la expresión de un esfuerzo sin principios para repartir la responsabilidad entre el mayor número de personalidades y partidos... Pero el hecho es que conseguir este reparto no fue fácil y que mantenerlo es aún más difícil. El mosaico parlamentario y ministerial es muy delicado. Un pequeño error en la grava y todo el edificio se derrumba. Los ripios más difíciles de manipular son los socialistas. Esto es lo que acaba de revelar el Congreso Nacional, o “pequeño” Congreso del Partido Socialista.

Los puntos de vista del socialismo francés son conocidos. Esta guerra es democrática, la continuación directa de las guerras de la Gran Revolución, y el partido espera de esta guerra la realización del “principio nacional”. Esta concepción fue puesta de relieve por un artículo del joven monárquico Jacques Bainville, quien, durante una misión no oficial en Rusia, tuvo la oportunidad de convencerse de que los “problemas democráticos” no eran reconocidos universalmente en todas partes en el campo aliado. La propaganda de las ideas republicanas en Alemania... Pero incluso los izquierdistas socialistas, como el *Leipziger Volkszeitung*, declaran que no quieren una democracia impuesta por las bayonetas. Es cierto que el aviador Marchal lanzó folletos republicanos sobre Berlín. Pero incluso el director de *L'Humanité*, Renaudel, tuvo que constatar que los folletos no estaban firmados ni por los gobiernos aliados ni por el gobierno de la república, sino por el propio aviador. ¿El principio de las nacionalidades? Pero es un arma de doble filo, nos dice Bainville, y ahora, tras el desafortunado congreso celebrado en Lausana, no sólo la política, sino también la retórica, se comportan con recelo hacia el programa de liberación de los pueblos.

En el seno del partido socialista, la oposición ha constatado este estado de cosas, con un punto de vista, huelga decirlo, opuesto al del monarquismo de Bainville. La lucha dentro del partido ha crecido constantemente durante todo este tiempo. Expulsada de *L'Humanité*, la oposición cuenta con tres diarios en las provincias y un semanario en Limoges: *Le Populaire*. Inesperadamente, el vespertino *Le Bonnet Rouge* se ha puesto del lado de la oposición. No es ningún secreto que este periódico pertenece al radical Caillaux, antiguo y (¿futuro?) presidente del consejo, y declarado opositor al jusqu'aboutisme [hasta el final]. La oposición tiene dos corrientes muy diferenciadas: los zimmerwaldianos y los longuetistas, llamados así por Longuet que, a través de su madre, sería nieto de Karl Marx. No sería muy exacto llamar a este diputado tan fofo “líder” de la oposición moderada, es decir, no zimmerwaldiana. Pero como la primera se compone de varias tendencias, se puede decir al menos que Longuet representa la resultante.

El principal punto de divergencia sigue siendo el problema del restablecimiento de las relaciones internacionales. Los longuetistas quieren que el partido actúe simultáneamente en el marco nacional e internacional para la conclusión más rápida de la paz. Por lo tanto, el partido quiere que el gobierno declare abiertamente desde la tribuna parlamentaria sus objetivos de guerra; por otra parte, la iniciativa del gobierno de abrir

conversaciones de paz debe facilitar la reanudación de las relaciones entre los partidos socialistas, lo que representa un amplio programa de paz. Estas son las ideas básicas de los longuetistas, como puede verse, sin pretensiones.

El “líder” indiscutible de la mayoría del socialismo oficial es el veterano Renaudel. Desde la época de Jaurès, se limitó al modesto papel de administrador del organismo central y se dio a conocer por su distinguida labor en la vida interna del partido, es decir, por su cocina.

No le faltaban dotes de orador y periodista, pero le faltaba originalidad. La poderosa personalidad de Jaurès lo aplastó para siempre. La efervescente retórica de Jaurès se basaba en una rica imaginación y un notable don para captar las ideas, mientras que, por otro lado, el oportunismo político del tribuno se revelaba por su optimismo y su genial magnanimidad. Renaudel intenta en vano imitar los efectos oratorios de su maestro, pero su elocuencia es pobre y los acentos de su voz, en palabras del poeta Georges Pioch, nos recuerdan que Jaurès ya no existe. La principal fuerza de Renaudel es su talento como estratega parlamentario y su habilidad en los pasillos. Sin una gran perspicacia, pero no sin éxito, Renaudel jugó con las pasiones humanas y supo oponer intereses que, como todo el mundo sabe, no siempre son de primer orden. La llamada “política de pasillos” permitió a Renaudel desplegar toda su fuerza en este campo, y estos métodos, dentro del partido, le confirieron el primer lugar.

Renaudel explicó a los longuetistas que sólo se podrían restablecer los vínculos con la socialdemocracia si ésta rompía con su gobierno y si su oposición tomaba la iniciativa. Los longuetistas respondieron a Renaudel que la oposición alemana consideraba a los adversarios de este último como sus homólogos y que hablar de restablecer los vínculos internacionales significaba esto: o bien se hacía a nivel de las esferas oficiales de los partidos que seguían la política del gobierno, o bien a nivel de las dos oposiciones; cualquier intento de combinaciones, en las que se encontraran Renaudel, por un lado, y Haase o Liebknecht, por otro, era irremediabilmente inútil de antemano.

Los longuetistas cuentan con un tercio de los diputados socialistas; a su izquierda, se sientan tres parlamentarios: Brizon, Raffin-Dugens y Alexandre Blanc, que participó en la Segunda Conferencia [Socialista Internacional] de Zimmerwald (Kienthal). La conversación de Raffin-Dugens con Poincaré causó una gran sensación en los círculos políticos. Recientemente, el presidente de la república invitó a Raffin a una conversación privada. Nuestro “kienthaliano” aceptó la invitación. La reunión duró una hora y media y fue muy “cortés”, según Raffin. Pero, por lo que se puede juzgar, ambas partes se mantuvieron en sus posiciones.

La influencia de los zimmerwaldianos en las altas esferas del partido es insignificante. Ni siquiera es importante en las secciones vaciadas por la movilización. Es incomparablemente más fuerte en las filas de los sindicalistas, los jóvenes y las mujeres. Pero los zimmerwaldianos sostienen, con razón, que la oposición longuetista sólo apareció bajo la presión de sus despiadadas críticas. Los longuetistas tuvieron que escuchar duras críticas, por un lado, de la “derecha”, donde se les exigía que asumieran todas las consecuencias del principio de “defensa nacional”, y, por otro lado, de la “izquierda”, donde los zimmerwaldianos les reprochaban su internacionalismo platónico. “¿Insisten en que el gobierno debe hacer públicos sus objetivos de guerra?”, dicen los zimmerwaldianos. “Muy bien. Pero el partido socialista es parte del gobierno: por lo tanto, se hace a sí mismo sus propias demandas”. Más adelante: “¿Cómo es que los longuetistas aprueban los créditos militares si ignoran los objetivos de la guerra?” Por ello, los zimmerwaldianos exigieron la retirada de los ministros socialistas y el rechazo de los créditos. Los longuetistas aceptaron la primera exigencia, pero rechazaron la segunda.

En estas condiciones se reúne el congreso nacional (cada tres meses), compuesto por representantes de las organizaciones departamentales (federaciones). Esta fue la ocasión de una encarnizada lucha entre los tres puntos de vista que tenían apoyos: se enfrentaron la mayoría, los Longuetistas y los zimmerwaldianos. Ya en la última sesión, los longuetistas, junto con los zimmerwaldianos, habían reunido un tercio de los mandatos. Demostraron que, si se prescindía de la representación ficticia de los departamentos ocupados por los alemanes (varias decenas de refugiados ostentan los mandatos), habrían alcanzado la mayoría. Como durante los últimos tres meses la oposición se había fortalecido, la prensa burguesa expresó el temor de que la minoría se convirtiera en mayoría. Hervé, el más oficioso de los publicistas, sacó las siguientes conclusiones: retirada de los ministros y crisis de gobierno. Esto no ocurrió. El equilibrio de poder cambió: cierto que la oposición ganó en número, pero la mayoría siguió siendo la mayoría.

Las discusiones se volvieron apasionadas e incluso tumultuosas. Tres ministros socialistas estuvieron presentes en los debates. El serio periódico *Le Temps* informa de que un joven socialista abordó a Guesde a la entrada de la sala de sesiones para regalarle una publicación zimmerwaldiana. “¿Qué es esto?”, preguntó el ministro sin miramientos. “Una publicación de socialistas que son sus oponentes, ministro”. – “No tengo ninguno”, respondió Guesde. “Algunos compañeros creen que me equivoco, yo creo que son ellos los que están en un error...”

Guesde no intervino ni una sola vez. Por otra parte, otro ministro socialista, el autor del libro *Haz un rey, si no, haz la paz*, Marcel Sembat, atacó enérgicamente a la oposición y, en particular, a Kienthal, al que calificó de “peor que Zimmerwald”. Cada frase del elocuente ministro de obras públicas fue interrumpida. “Si se quiere tomar en serio al partido, nosotros mismos debemos tomarnos en serio y cumplir con las obligaciones de nuestros congresos.” – “En particular”, gritó Raffin-Dugens desde su asiento, “¡los ministros deben cumplir con la obligación de la unidad de voto!”

Para entender el significado de esta exclamación, hay que recordar que los ministros socialistas, a pesar de lo aprobado por los congresos, votaron a veces como diputados en contra de su grupo, anteponiendo la solidaridad ministerial a la disciplina del partido. Sembat destacó la organización y la actividad de la minoría. Allí donde el socialista belga De Brouckère, antiguo propietario del periódico bruselense *Le Peuple*, viajaba y hacía una activa propaganda chovinista, se encontraba con opositores armados con su discurso del día anterior.

Uno de los líderes de la oposición longuetista, Pressemane, señaló que los argumentos no eran nuevos y que todo el asunto se reducía a una comparación de fuerzas. Otro miembro de la oposición, con uniforme de suboficial, Paul Faure (no confundir con el príncipe de los poetas, Paul Fort, con quien no tiene nada en común), señaló que la oposición hacía una gran concesión a la mayoría al proponer la convocatoria de una Conferencia de Partidos Socialistas Aliados que decidiera la convocatoria del Buró Internacional. Esta concesión, que pretendía ganarse a la mayoría vacilante de la oposición, era demasiado vaga. Los partidos “aliados”: serbios, italianos, rusos, ingleses, ya habían hecho saber su desacuerdo con una conferencia unilateral de los partidos “aliados”. Por otra parte, la mayoría francesa, de la mano de elementos belgas, como Vanderdelde y De Bouckère, no estaba nada dispuesta a someter la cuestión al juicio de los zimmerwaldianos.

Tanto la mayoría como la minoría incluyeron en su resolución el deseo de una conferencia de los partidos aliados; pero los partidarios de Renaudel redujeron la conferencia a la elaboración de un programa de paz a largo plazo y a una conferencia económica de los países de la Entente. Ambos proyectos de resolución incluían, aunque

de forma diferente, el reconocimiento de la necesidad de que el gobierno francés publicara (siguiendo el ejemplo de Asquith) sus objetivos de guerra. Así, la diferencia fundamental entre las dos resoluciones era únicamente el reconocimiento en principio de la inadmisibilidad (para Renaudel) y, por otro lado, de la necesidad (para Longuet-Mistral-Pressemane) de restablecer las relaciones internacionales. La moción de Renaudel obtuvo 1.824 mandatos, la de los opositores, 1.075, es decir, más de un tercio. Tras la votación, la oposición se negó a continuar los debates y se marchó al canto de La Internacional.

Hay que decir que, en general, las sesiones del comité nacional fueron ricas en incidentes dramáticos, porque a veces estallaron las pasiones. El nombre de Alexandre Varenne sigue ligado a varios incidentes. Es un diputado muy conocido, situado en la extrema derecha de la mayoría oficial. Fue censor al principio de la guerra y más tarde se convirtió en uno de los tres principales redactores de *L'Événement*, que apareció durante la guerra. Todos los círculos políticos y literarios de París saben que este periódico sólo vive de los fondos de la firma inglesa "Maxim", cuyos objetivos hablan por sí mismos. Por ello, los directores del periódico, incluido el adjunto Varenne, son apodados "les hommes de chez Maxim" [los hombres de Maxim] (en respuesta a "la Dame de chez Maxim"). Este sobrenombre, aparecido en la prensa, levantó una tormenta en la sala de conferencias del comité nacional...

De manera particularmente feroz, la minoría denunció la actitud del aparato del partido (*l'Humanité* y sus propagandistas) que sólo sirve a los intereses de la mayoría y permanece sorda a toda reivindicación de la otra corriente. Pero, a pesar de todas las amenazas, la oposición no obtuvo ninguna concesión. La cuestión se aplazó hasta la sesión de Navidad...

Todos los artículos de la prensa burguesa reconocen esta reunión como un factor político de extraordinaria importancia. *Le Temps*, *Le Figaro* e incluso *Action Française* felicitan a la mayoría por haber resistido a la oposición en esta cuestión capital: el restablecimiento de las relaciones internacionales. Al mismo tiempo, estos periódicos lamentan, con mayor o menor energía, las pocas concesiones hechas al "espíritu de Kienthal". Pero lo más interesante es lo que estas gacetas escriben sobre la oposición. Como siempre, el artículo más vivo y significativo es el del director de *Le Figaro*, Capus, muy próximo al presidente de la república a Briand. "La oposición no es una formación casual... representa más de un tercio del partido, no hace concesiones y seguirá hasta el final de las hostilidades forjando sus planes más peligrosos. Compromete al partido socialista, porque éste le permite actuar a la sombra de su bandera." Capus cita el discurso de Sembat sobre la necesidad de resistencia en la oposición, y continúa así: "Sembat sabe mejor que nosotros que sus esfuerzos no detendrán los movimientos de Kienthal y Zimmerwald; está colocado, como los demás socialpatriotas, ante el dilema: o dos partidos socialistas, uno nacional, el otro contaminado por elementos alemanes, o la conservación de la unidad del partido, pero, entonces, renuncia al poder."

Puede decirse que Capus formula en parte, y en parte anticipa, la respuesta de todo el bloque gubernamental a la creciente oposición en el partido socialista: la escisión o la salida del gobierno.

Cada vez se oye más a menudo decir en las filas de la minoría que "la escisión moral" es un hecho consumado.

El futuro de los espartaquistas

(6-24 de octubre de 1916)

David exige que la socialdemocracia haga su trabajo reformista dentro del país gracias a su ayuda al poder militar. Esta posición, a la que no se le puede negar cierta lógica, corresponde al rechazo total del proletariado a cualquier política independiente, incluida la reformista. Bismarck reconoció que la legislación social depende del miedo de las clases dirigentes a la socialdemocracia. Es un hecho inequívoco que mientras el poder esté en manos de las clases poseedoras, las reformas a favor de las masas explotadas son sólo el resultado de su miedo a los movimientos populares. La posición opositora y amenazante de la socialdemocracia, especialmente en las delicadas cuestiones del militarismo, era la condición indispensable para obtener reformas. Si el gobierno capitalista de los junker hubiera tenido la garantía de que la socialdemocracia, en el momento de peligro, habría bajado las armas de los hombros, ¿el proletariado todavía estaría esperando las reformas! Pero como es precisamente ahora cuando la socialdemocracia ofrece estas garantías, David quiere que se escriban en el programa, convirtiéndolo en una real orden reservada para la clase obrera. Esto significa: no más reformas. Los motivos para ello no sólo desaparecerán entre las clases poseedoras, sino que mañana el hombre de gobierno, David, se declarará obligado a reconocer que los imperativos supremos de la defensa nacional exigen ahorros en el campo de la formación profesional y del seguro obrero. Si la práctica del reformismo ha conducido al social-patriotismo, este último está consiguiendo cortar la hierba bajo los pies.

La impotencia del reformismo social les plantea a las clases trabajadoras la cuestión de los métodos de lucha revolucionarios.

La socialdemocracia alemana, apoyada por millones de trabajadores (esto lo ha entendido la mayoría), no puede seguir limitando su negativa a ayudar al gobierno con manifiestos de oposición platónica. Hay que elegir entre el apoyo al gobierno y la declaración de guerra revolucionaria. El neutralismo, incluso el neutralismo “no benévolo” de Haase, ya no es válido ni en las circunstancias internas ni en las externas.

El partido que no quiere traspasar las fronteras del oportunismo parlamentario no podrá mantenerse si niega su ayuda al gobierno nacional.

Para romper con el Bloque Nacional-imperialista y poner en riesgo la defensa nacional (este peligro no es ignorado por Liebknecht, Rosa Luxemburg y Kate Dunker, que acaba de ofrecer un bello discurso), para no temer el debilitamiento de las fuerzas combatientes del país, es necesario tener un partido que ponga los problemas revolucionarios por encima de las consideraciones estratégicas y de los intereses mundiales del capitalismo nacional. En otras palabras, sólo un partido social-revolucionario, que lucha por el poder, puede oponerse a la guerra, aprovechar los éxitos y los reveses para alcanzar sus objetivos, que son más importantes que la cuestión de las fronteras de Alemania. Esta es la posición de Liebknecht. Al mismo tiempo que Haase se niega a confiar en el gobierno, Liebknecht le declaraba la guerra. Basta con leer la carta de Liebknecht al tribunal para darse cuenta de la diferencia entre ambas tendencias...

La fórmula de Raffin-Dugens es célebre: “Voto en contra de los créditos, pero si su destino dependiera sólo de mi voto, votaría a favor”. Expresa, si no el pensamiento, al menos la conciencia política de la mayoría de los dirigentes políticos del “centro” (Haase-Kautsky-Bernstein). Esta fórmula no es en absoluto tan caricaturesca como podría pensarse a primera vista. El voto negativo es una manifestación de desconfianza, pero no es un acto de movilización de las masas para la lucha revolucionaria. La principal acusación de Liebknecht contra los políticos del centro estaba motivada por su negativa a difundir la consigna de la lucha abierta entre las masas. No cabe duda al respecto (este

pensamiento se ha expresado a menudo) de que el centro socialdemócrata es sólo una etapa en el camino político hacia la toma de conciencia y el despertar revolucionario de las masas. La mejor garantía del trabajo máximo de los internacionalistas que no se detienen demasiado en la etapa del centro, es, según la expresión de Dunker (de acuerdo con la resolución de Stuttgart) “que quieren aprovechar la crisis actual, para aniquilar el estado capitalista”. Sólo una estrategia decisiva, que no se detenga en las consideraciones secundarias de la lucha interna, la política de doble sentido y la pasividad del “centro”, es capaz de hacer sonar la hora de la ofensiva revolucionaria de las masas contra el poder imperialista. A pesar del escaso número de sus delegados en la Conferencia, contemplamos al grupo “International” (los espartaquistas) como a un factor de primera importancia en los destinos futuros de Alemania.

En la escuela de la guerra
(El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano)
(6 de febrero de 1917)

Las fuerzas desenfrenadas del capitalismo continúan su tarea de destrucción ampliando su campo de actividad. La última parte del Mundo entra, a su vez, en el torbellino sangriento. Ante el desencadenamiento de esas fuerzas diabólicas, ¡cuán miserable puede ser lo que puede crear el ser humano! Los acontecimientos lo han superado desde hace mucho tiempo. Nada comprable puede encontrarse en la naturaleza pues incluso los cataclismos más escalofriantes, tales como las avalanchas, las erupciones de un volcán, las sacudidas sísmicas, no son más que juegos de salón comparados con este huracán de sangre, de dinamita y muerte, que barre al mundo entero.

Los parlamentos burgueses se callan en sus vergonzosos desconciertos ante estos acontecimientos que ni han sabido prever, ni evaluar y que ni buscan incluso dominar. Se borran ante los ministros, los presidentes y monarcas que, ellos sí, disponen de los “secretos gubernamentales” para ocultar a la vista del pueblo su degradación. Todo lo que saben hacer es fabricar sofismas y soltar fórmulas sonoras y vacías para engañar a las masas. Durante ese tiempo, la técnica capitalista pone a punto su arte infernal, confiando medios de destrucción jamás igualados en manos de los carniceros militaristas.

¡En qué inmensa y victoriosa fuerza se hubiese convertido la [Segunda] Internacional si se hubiese mantenido fiel a los principios que sirvieron para su fundación!

El drama no consiste en que la Internacional no fue capaz de oponerse a la guerra, sino en que ni, incluso, intentó heroicamente levantar a las masas contra el militarismo. Es horrible y vergonzoso hacer lo que han hecho los dirigentes inclinándose ante la guerra, aceptándola y bendiciéndola.

Aquellos de los que pensábamos que eran jefes (sin señalar que años de trabajo cotidiano automático los habían vaciado de su substancia) les habrían podido decir a las masas: “No juzgamos posible llamaros a la rebelión abierta. La burguesía os arrastra a luchar y haceros matar. Marchad al frente como prisioneros del gobierno capitalista y no como socialistas. El militarismo puede adueñarse de vuestros cuerpos, no le entreguéis vuestras almas. Con los dientes apretados esperad el momento en el que la máquina gubernamental se “agripe”, en el que la llama de la protesta surja en las mentes de los más hundidos, de los más atrasados de los esclavos del capitalismo, y entonces vuestro partido os dará la señal de asalto.”

Pero no lo han dicho. Han asumido la responsabilidad de esta guerra, han bendecido la guerra, se han inclinado ante ella. Con la más inquebrantable convicción

podemos decir que el ideal del socialismo hubiese sido sepultado para siempre bajo las ruinas de la cultura capitalista si, desde las filas de la [Segunda] Internacional no se hubiese elevado un grito de protesta. Los internacionalistas revolucionarios, fieles a sus banderas, les han mostrado a las masas, con la voz y con la acción, que, ante la capitulación de los jefes, la quiebra de las organizaciones, el alma del socialismo se mantenía viva y el ideal intacto. Los Liebknecht, Hoeglund, Mac Lean, Adler, Racovsky (aquellos a quienes los que recogen los antiguos altares llaman “fanáticos” y “escisionistas”), han salvado la dignidad y el honor del socialismo y la seguridad moral de su desarrollo.

Sus valerosas voces han resonado sin cesar no solamente como llamamientos directos a los trabajadores de las naciones beligerantes, sino como advertencias a los socialistas de las pocas naciones que la guerra no ha arrastrado en su torbellino.

El partido italiano, al que la guerra le afectó nueve meses después que a los principales partidos de la Internacional, ha entendido la lección. Ha hecho recaer la responsabilidad sobre las clases dirigentes, ha votado contra los créditos de guerra y, a través de su diario *Avanti*, lleva adelante una brillante campaña contra las mentiras patrióticas y la estupidez chovinista. Ha tomado la iniciativa de la Conferencia de Zimmerwald. Mientras que los partidos socialpatriotas de los otros países se deshacen, el Partido Socialista Italiano conserva su unidad y ha adquirido una influencia entre las masas todavía sin igual.

La historia le ha concedido al socialismo norteamericano un plazo incomparablemente más largo para reflexionar. ¿Se ha utilizado ese plazo? Sobre eso nos responderán los próximos acontecimientos. Sin riesgo a equivocarnos, podemos decir esto: los elementos socialistas en Norteamérica sólo están a la altura en la medida en que participan en la lucha que desgarrar a los partidos europeos, en la medida en que abrazan la lucha revolucionaria contra la “paz civil”, a favor de Liebknecht contra Scheidemann, a favor de Zimmerwald contra La Haya. Por el contrario, esos diplomáticos del socialismo que han rehusado definir su posición recomendando conciliar con la fórmula “hasta el final”, que se han comportado frente a la lucha de principios como “neutralistas”, que cosen los desgarrones hechos a su visión del mundo socialista con las agujas oxidadas de su abuela, esa gente le han prestado un muy mal servicio al proletariado norteamericano. Se han colocado entre él y la experiencia costosamente adquirida de sus hermanos europeos... Y ahora es necesario responder sin esperar “al fin de la guerra”.

Hay épocas en las que la facultad diplomática de lanzar una mirada a izquierda y otra a derecha, pasa por sensatez. Semejante época sucumbe ante nosotros y sus héroes desaparecen poco a poco. La guerra, como la revolución, plantea las cuestiones de forma brusca. ¿A favor de la guerra o a favor de la paz? ¿A favor de la lucha nacional o a favor de la lucha revolucionaria? ¿A favor de Marx... o a favor de Wilson? Los terribles tiempos que vivimos exigen un pensamiento intrépido tanto como también un carácter viril. No se trata solamente de enfrentarse sin miedo a la policía (eso está bien, pero no es bastante), es esencial desplegar un coraje mucho más elevado, el de desenmascarar los prejuicios y a los “guías” tradicionales que, hasta la guerra, poseían una autoridad tal que enturbiaban el pensamiento, y sacar las conclusiones de los mayores acontecimientos de la historia.

En cualquier caso, los tiempos de la espera han acabado ya (ello también se aplica al socialismo). El proletariado norteamericano entra en la escuela de la guerra. De que este paso dará sus frutos tendremos muy pronto la ocasión de convencernos.

¿Qué decía la Internacional sobre la defensa de la patria?
(El socialismo internacional desde el punto de vista norteamericano)
(27 de febrero de 1917)

Desde el principio de la guerra los partidos más importantes de la [Segunda] Internacional se han acercado a las clases dirigentes y han llamado a los trabajadores a servir bajo la bandera de la defensa nacional. Este hecho es la base de la crisis que atraviesa todo el movimiento obrero. En Norteamérica particularmente muchos socialistas dicen: “Que la táctica de los partidos alemán, francés, belga, austríaco, etc., haya sido la apropiada para las circunstancias es una cuestión particular. El próximo congreso internacional examinará la cuestión sobre la base de la experiencia de la guerra y sacará las conclusiones indispensables. Pero no hay duda alguna sobre lo siguiente: la Segunda Internacional ha reconocido la necesidad de la defensa nacional, y los partidos han actuado de pleno acuerdo con ese principio.”

¿Esto es cierto? No, es falso. Los socialistas que afirman lo que se ha dicho arriba son culpables de dos pecados: primero, dejan al descubierto su ignorancia sobre las opiniones reales de la Segunda Internacional y, segundo, no definen qué entienden por “defensa nacional”. Si la “defensa de la patria” es uno de los principios de la concepción socialista del mundo, está claro que los socialistas deben apoyar al gobierno, sin preocuparse en conocer las causas del conflicto ya que la guerra amenaza a cada una de las “patrias” en guerra. ¿Se quiere decir que la Segunda Internacional ha reconocido la necesidad de la defensa nacional en tanto que principio absoluto, independientemente de las condiciones y carácter de la guerra? Es una afirmación engañosa: aprueba la política de los Scheidemann y Victor Adler, por una parte, y, por otra parte, la de los Vandervelde, Guesde, Plejánov. La guerra amenaza a todas las patrias y, en consecuencia, todas se defienden.

La cuestión se complica a causa del hecho que la mayoría de los socialpatriotas niegan ellos mismos la cuestión planteada así: “Los socialistas sólo puede apoyar a su gobierno si éste es víctima de una agresión. En el caso contrario deben combatirlo negando la obligación de una “defensa de la patria”.” Esta era la opinión de Bebel. Repitió en numerosas ocasiones que él “se echaría el fusil al hombro” si Alemania era atacada. Desde ese punto de vista ampliamente extendido, el principio de defensa nacional se demuestra no ser absoluto: sólo es admisible en las guerras de defensa y no puede servir para justificar la política patriótica de los socialistas de ambos bandos de las trincheras.

Pero ese principio limitado ¿ha sido reconocido completamente por la Segunda Internacional? No es cierto. En el congreso del partido en Essen, el punto de vista de Bebel encontró una fuerte oposición, particularmente por parte de Kautsky: “No podemos comprometernos a sostener el espíritu belicoso del poder cada vez que una agresión nos amenace... No puedo aceptar tal responsabilidad. No puedo garantizar que establezca la distinción justa: ¿el gobierno nos miente o defiende los intereses del país?... Ayer, Alemania era el agresor, mañana será Francia y después de mañana Inglaterra. Esto cambia constantemente... En realidad, ante nosotros no tendremos una cuestión nacional, sino el choque de dos naciones que se transformará en una guerra mundial. El gobierno alemán convencerá a los trabajadores alemanes de su derecho justo, el gobierno francés hará lo mismo con los suyos, y los proletarios convencidos se destriparán con ardor. Hay que evitarlo, y sólo lo podremos hacer si adoptamos como criterio no el de la defensa nacional sino el de los intereses del proletariado que devienen intereses internacionales.”

Este discurso de Kautsky, que puede llamarse profético, muestra toda la envergadura de la mentira que constituye la afirmación según la cual la Segunda Internacional contemplaba el principio de la defensa nacional como el axioma de la política socialista. Kautsky, jefe incontestado de la Segunda Internacional, rechazaba ese principio, y no solamente en el sentido absoluto sino, también, en su limitación, es decir en su aplicación a una respuesta a la agresión. Exigía que los socialistas se acoplasen no al interés de la nación sino al del proletariado.

Sin embargo, ¿qué dicen las resoluciones formales de los congresos de la Segunda Internacional? ¿Reconocen esas resoluciones sin restricciones el dogma de la defensa nacional? ¿La limitan a la guerra de defensa como lo hacía Bebel? Quien se tome la molestia de consultar las resoluciones de los congresos de la Segunda Internacional llegará a la conclusión de que esas cuestiones jamás recibieron respuestas unánimes. Todas las resoluciones formuladas se distinguen ya sea por una precisión insuficiente, ya sea por contradicciones. Pero se puede establecer sin posibilidad de contestación que el principio de “defensa de la patria” ha retrocedido hacia lo que es el problema de los internacionalistas revolucionarios: la lucha contra el imperialismo. Así, la resolución del último Congreso de Basilea, convocado especialmente para juzgar las cuestiones de guerra, impuso a los socialistas un deber más elevado que el de la defensa nacional: conservar un lazo indestructible entre los partidos de los diferentes países, luchar por el cese inmediato de la guerra y usar la crisis y el despertar de las masas para derrocar lo más rápidamente posible las estructuras capitalistas.

Por tanto, todas las afirmaciones según las cuales los socialpatriotas actuarían estrechamente de acuerdo con los antiguos principios de la [Segunda] Internacional mientras que los internacionalistas se desviarían de ellos, decantándose hacia la anarquía, son absolutamente erróneas. Se puede afirmar que los socialpatriotas buscan una justificación en supervivencias conservadoras y nacional-demócratas, mientras que los internacionalistas unidos en Zimmerwald y Kienthal representan a las tendencias social-revolucionarias expresadas bajo la forma más vigorosa en la resolución del Congreso de Basilea.

Desde el primer día de la guerra, las actuaciones de los socialistas-gubernamentales demuestran que no sentían bajo sus pies el terreno sólido en lo concerniente a los principios. Los socialpatriotas de los dos campos no creían posible limitarse al simple principio de la “defensa de la patria”. Todos intentaron justificar su colaboración mediante un principio auxiliar.

Scheidemann nos dice que la guerra “es contra el zarismo”. Guesde, Vandervelde y Plejánov han afirmado que la guerra estaba “contra el militarismo prusiano”. Además, unos y otros prometen, gracias a la victoria, “liberar” a los pueblos pequeños o débiles, crear una Liga de las Naciones, destruir los ejércitos permanentes, etc...

Está claro para todos que esas promesas sólo son patéticas ilusiones. Pero, incluso desprovisto de todo don profético, cada uno predecía la quiebra. ¿De dónde vino entre los socialpatriotas la necesidad de adornar con rasgos “liberadores” la guerra imperialista? Es evidente que, si el principio de “defensa de la patria” era claro e inatacable, los socialpatriotas no habrían necesitado añadirle correctivos fantásticos y dotar a la guerra capitalista con capacidades creadoras de la revolución democrática. Los problemas liberadores de la guerra tienen un carácter ofensivo y, por ello mismo, chocan con el principio de la defensa nacional.

A modo de epílogo 1: Programa de paz

(25 de mayo de 1917)

El Gobierno Provisional (segunda versión) ha declarado que tenía la intención de salvaguardar una paz sin anexiones, sin indemnizaciones de guerra y con la garantía del derecho a la autodeterminación nacional. A las almas sencillas esta fórmula les puede parecer una solución magnánima a la cuestión, particularmente tras el descaro imperialista de Miliukov. Pero quien esté familiarizado con las fórmulas anglo-francesas (de la compañía Lloyd George-Briand-Ribot) no mira esta declaración del Gobierno Provisional más que con una desconfianza saludable. Desde la creación del mundo, jamás las clases dirigentes han mentido tanto como durante la guerra actual. “Esta guerra es una guerra llevada a cabo por la democracia”, “Esta guerra es una guerra por la paz y la alianza de los pueblos”, “Esta guerra será la última guerra”. Bajo la cobertura de estos eslóganes, se disimula la intoxicación progresiva de los pueblos, uno tras otro. Cuanto más desvergonzado y cínico es el sentido histórico de esta lucha imperialista, más intentan disimularlo los gobiernos mediante fórmulas impactantes. La burguesía norteamericana se mezcla en la guerra, defendiendo su derecho sagrado a proveer de armamentos a Europa y a enriquecerse con la sangre europea: qué más natural para el apóstol democrático Wilson que poner en movimiento a los corifeos del pacifismo.

Los socialpatriotas han trabajado mucho para elaborar fórmulas contundentes; ese es, por otra parte, su papel principal en el mecanismo de esta guerra. Proponiéndoles a las masas objetivos tales como “defensa de la patria”, o “establecimiento de un arbitraje internacional”, o “liberación de los pueblos oprimidos”, el socialpatriotismo liga la solución de estos problemas a la victoria de su propio país. Incansablemente ha movilizado los eslóganes idealistas para los intereses del capitalismo.

El carácter sin salida de la guerra, la destrucción económica general, el aumento del descontento y de la impaciencia de las masas (que acaban de expresarse con un magnífico comienzo: la revolución en Rusia), todo esto obliga a los gobernantes a buscar un medio de liquidar la guerra.

Es evidente que la mejor liquidación sería la “victoria decisiva”. Los imperialistas alemanes demuestran que, sin victoria, el régimen está amenazado. Los nacionalistas franceses hacen la misma demostración en lo concerniente a Francia. Pero cuanto más se prolonga la guerra, menos posible⁵³ parece una “victoria decisiva”, más se alarma el estado de ánimo de los dirigentes, y también el de sus auxiliares, los socialpatriotas. La liquidación de la guerra por un acuerdo de cansancio (sobre las espaldas de las pequeñas naciones), así como el restablecimiento de la [Segunda] Internacional mediante el mutuo perdón de las faltas cometidas, es el problema más espinoso para la diplomacia socialpatriota.

Los gobernantes sienten la necesidad imperiosa de la paz. Pero al mismo tiempo la temen, pues saben que el día en que comiencen las conversaciones será también el día de los ajustes de cuentas. Por eso la diplomacia oficial no ve con malos ojos que los socialpatriotas se aventuren sobre el frágil cristal de las propuestas de paz. Se establece,

⁵³ En este estudio de la situación militar no hemos tenido en cuenta el papel ejercido por los USA cuya intervención armada provocó la derrota alemana. [Nota de Trotsky a la edición de 1922]

por supuesto, una distancia prudencial entre ellos y los poderes para caso de fracaso. En este tanteo semioficial del terreno se sitúa la Conferencia “Socialista” de Estocolmo.

La contradicción interna de esta conferencia se ve más clara en la política del Gobierno Provisional. En nombre del programa de “paz sin anexiones”, Terechenko convence a los imperialistas aliados a avenirse a una forma honorable de vida, Kerensky, sin esperar los frutos de esta conversión, prepara el ejército para la ofensiva, y Tsereteli y Skobelev se apresuran a entablar negociaciones de paz en Estocolmo. A las exhortaciones de Terechenko, el embajador italiano replica con una declaración de protectorado sobre Albania. Ribot repite que una victoria completa es indispensable, negándoles los pasaportes de los socialistas invitados a Estocolmo por los colegas de Ribot. Sea cual sea el objetivo con el que se toma el programa de la “paz sin anexiones” dirigido a los aliados (eslogan ofensivo o pretexto para las conversaciones de paz) este programa no nos inspira más que una total desconfianza. Renaudel ya les explica a sus patrones (las clases dirigentes) que sólo se dirige a Estocolmo para develar las intenciones de los socialistas alemanes, y convencer a los trabajadores franceses y aliados de la absoluta necesidad de llevar adelante la guerra “hasta el final”. Debemos pensar que Scheidemann también está provisto de un plan parecido. Nada nos asegura que la conferencia esté dedicada a conversaciones de paz. Verosímilmente también puede ser el medio para encender el fuego mal extinguido de las pasiones chovinistas. Bajo estas condiciones sería un crimen por nuestra parte convencer a las masas para que le otorguen su confianza a la Conferencia de Estocolmo y desviar la atención del único camino, es decir, la vía revolucionaria, hacia la paz y la fraternidad de los pueblos.

La iniciativa de la convocatoria de la conferencia se encuentra en manos del Comité Ejecutivo de los Consejos de Delegados Obreros y Soldados. Esto le confiere a la empresa una gran ambigüedad. No siendo una organización revolucionaria, el comité, sin embargo, habla en nombre de las masas profundamente revolucionarias. Al mismo tiempo, y aprovechando la falta de información de las masas, a la cabeza del comité se encuentran los politicastros henchidos de escepticismo pequeñoburgués y de desconfianza hacia el proletariado y la revolución social.

El *Izvestia Sovieta*, bajo la presión de la crítica internacionalista dice:

“No tendría ningún sentido convocar una conferencia de los diplomáticos socialistas que se sentarían a la mesa con la esperanza de rehacer el mapa de Europa. Tal conferencia, no solamente no daría ningún resultado positivo, sino que causaría un gran daño al dividir a los socialistas de los diferentes países, mientras sus miradas no se extiendan más allá de los problemas nacionales.

Sólo otra conferencia daría sus frutos, aquella en que cada uno de los grupos participantes se sintiese, desde el principio, una unidad del gran ejército del trabajo, unidos por una obra común con esfuerzos comunes.

Esto es así [concluye *Izvestia Sovieta*]. Planteemos la cuestión al Comité Ejecutivo”.

Izvestia no toma en cuenta esta simple circunstancia: que el Comité Ejecutivo está estrechamente ligado a la diplomacia capitalista rusa y, a través de ella, a la diplomacia aliada. Declarándose “en principio” por la escisión de la unidad nacional, el Comité Ejecutivo se esfuerza en fortalecer la unidad nacional de su propio país. Con tales comienzos, la conferencia, incluso si lograrse llevarse a cabo, no podría más que revelar su impotencia. Sería dar muestras de ligereza y ceguera asumir ante las masas la responsabilidad de una empresa cuya misma base adolece de ambigüedad y de falta de principios.

Para nosotros, un programa de paz es un programa de lucha revolucionaria llevada adelante por el proletariado contra las clases dirigentes. Los socialistas revolucionarios

formularon los principios de esta lucha en [Zimmerwald y Kienthal](#). Ahora tenemos menos motivos que nunca para arrodillarnos frente a los “principios” de Kerensky y de Tsereteli. Hemos entrado en una época de potentes convulsiones revolucionarias. Las políticas de compromiso y de aventurerismo serán eliminadas rápidamente. Marchar a la altura del movimiento de la historia sólo es posible por medio de un partido que ha elaborado su programa y su táctica sobre el desarrollo de la lucha social y revolucionaria mundial, llevada adelante, en primer lugar, por el proletariado europeo.

Petrogrado, 25 de mayo de 1917

I ¿Qué es el programa de paz?

¿Qué es el programa de paz? Desde el punto de vista de las clases poseedoras y de los partidos que las sirven, es la totalidad de las exigencias cuya realización ha sido confiada al militarismo. Así, para realizar el programa de Miliukov, hay que apoderarse de Constantinopla con las armas en la mano. El de Vandervelde reclama la salida inmediata de los alemanes de Bélgica. En resumen, solo se ajustan cuentas mediante operaciones militares. Dicho de otro modo, el programa de paz es un programa de guerra. Esto se presentaba así *hasta la intervención de una tercera fuerza*, la Internacional Socialista. Para el proletariado revolucionario, el programa de paz no expresa las exigencias que debe realizar el militarismo, sino las que los trabajadores revolucionarios quieren ligar a su lucha contra el militarismo de todos los países. Cuanto más se extiende el movimiento internacional revolucionario, más independientes se vuelven los problemas de la paz de la situación puramente militar, y disminuye más el peligro de que las condiciones de paz sean entendidas por las masas como objetivos de guerra.

Esto es lo que se revela más vivamente en la cuestión de la suerte de las pequeñas naciones y de los gobiernos débiles. La guerra se inició con la aplastante agresión alemana contra Bélgica y Luxemburgo. En resonancia al trueno producido por la derrota de un pequeño país, junto a la falsa e hipócrita indignación de las clases dirigentes del otro campo, se hace escuchar la cólera sincera de las masas cuya simpatía se dirige a un pequeño país aplastado porque se encuentra entre dos gigantes.

Al inicio de la guerra, la suerte de Bélgica llevaba la impronta de un drama excepcional, pero treinta y cuatro meses de guerra han mostrado que este pequeño episodio no era más que el primero en la vía de la solución de los problemas que implica la guerra imperialista: *la sumisión de los débiles a los fuertes*.

En el dominio de las relaciones internacionales, el capitalismo ha aplicado los métodos por los que “regulariza” la vida económica interna de las naciones. El camino de la competencia es el de la eliminación sistemática de las pequeñas y medianas empresas y del triunfo del gran capital. La rivalidad mundial de las fuerzas capitalistas significa la sumisión sistemática de las naciones débiles y atrasadas a las grandes potencias. Cuanto más se eleva la técnica, más grande es el papel desarrollado por las finanzas y más caen en la dependencia las naciones débiles. Este proceso se cumple sin interrupción en tiempos de paz, por intermedio de préstamos gubernamentales, de ferrocarriles y otras concesiones, de acuerdos diplomáticos y militares, etc. La guerra ha desvelado y acelerado este proceso introduciendo en él un factor de violencia abierta. Destruye los últimos reflejos de independencia de los países débiles, independientemente de la salida del conflicto.

Bélgica gime todavía bajo la opresión de la soldadesca alemana. Pero esto no es más que la expresión externa, sangrienta y dramática, de la destrucción de su independencia. La “liberación” de Bélgica no es un problema aislado para los Aliados. Tanto durante la guerra como después de las hostilidades, Bélgica no será más que un peón en el juego de los gigantes capitalistas. Sin la intervención de la tercera fuerza (la

Internacional), Bélgica permanecerá presa en las garras de Alemania, o bien será sometida a Inglaterra, o más aún será dividida entre los carniceros de ambos campos.

Lo mismo puede decirse de Serbia, cuya energía nacional ha servido de pesa en las balanzas imperialistas mundiales, cuyas oscilaciones no dependen en nada de los intereses serbios.

Los Imperios Centrales han arrastrado a la guerra a Turquía y Bulgaria. ¿Formarán parte del bloque imperialista austro-húngaro o servirán de moneda de cambio? Pase lo que pase, el último capítulo de la historia de su independencia ha terminado.

Más típico aún es el ejemplo ofrecido por Persia: la liquidación de su independencia fue consagrada por el acuerdo anglo-ruso de 1907.

Rumania y Grecia nos muestran claramente qué libertad otorgan los grandes trust a las pequeñas empresas. Rumania ha preferido cumplir un gesto de libre elección levantando las esclusas de su neutralidad. Grecia se ha esforzado pasivamente en “quedarse en casa”, con lo que demuestra mejor toda la hipocresía de la lucha “neutralista” por la autodeterminación, todos los ejércitos europeos han pisoteado el territorio griego. En el mejor de los casos, la libertad de elección se limita a una forma de autoinactividad. En lo tocante a Rumania y Grecia, se levanta el mismo balance: ambos países sirven de peones a los grandes jugadores.

Al otro extremo de Europa, el pequeño Portugal ha creído que era bueno mezclarse en los combates junto a los Aliados. Su decisión podría parecer incomprensible si no recordamos que no es más que un territorio bajo protectorado inglés y que su libertad es tan grande como la del gobierno de Tver o de Irlanda.

Las clases poseedoras de los Países Bajos y de los Estados Escandinavos apilan montañas de oro gracias a la guerra. Pero la fragilidad de la “soberanía” de estas naciones aparece tanto más frágil cuanto que, aun cuando sobreviva al conflicto bélico, será puesta en entredicho en el gran ajuste de cuentas al final de la guerra.

Una Polonia “independiente” en una Europa imperialista sólo puede conservar una apariencia de independencia estando bajo la cobertura financiera y militar de una de las grandes potencias.

La soberanía de Suiza depende de su abastecimiento. Y los dirigentes de la pequeña república, barriendo con el sombrero en la mano las escalinatas de las potencias en guerra, ofrecen un cuadro muy claro de lo que puede significar la neutralidad y la independencia de un país que no dispone de millones de bayonetas.

Si, gracias a la multiplicación de los frentes y de los participantes, la guerra ha hecho imposible a cualquier gobierno precisar sus objetivos de guerra, las pequeñas potencias tienen la ventaja de saber que su suerte está determinada de antemano. Cualquiera sea el vencedor, cualquiera sea el vencido, el retorno de las pequeñas naciones a la independencia es imposible. ¿Vencerá Alemania? ¿Saldrá victoriosa Inglaterra? Esto sólo resuelve la cuestión de saber *quién* será el amo de los pequeños países. Sólo los charlatanes o los imbéciles incurables pueden ligar la libertad de las naciones débiles a la victoria de uno u otro campo.

Una tercera salida infinitamente más probable de la guerra será una *partida nula*; la ausencia de una clara superioridad en uno de los campos beligerantes sólo sirve para desvelar el predominio de los fuertes sobre los débiles de cada campo y la de los bloques en guerra sobre las víctimas “neutras” del imperialismo. La salida de la guerra sin vencedores ni vencidos no garantiza nada, ni a nadie, (*los vencidos* serán los pequeños estados, que habrán derramado su sangre en los campos de batalla, y que habrán buscado protegerse bajo la sombra de su neutralidad).

La independencia de los belgas, de los serbios, de los polacos, de los armenios, etc., no es para nosotros una fracción del programa de guerra de los Aliados (como para

Guesde, Plejánov, Vandervelde, Henderson, etc.) sino que está inscrita en el programa de la lucha del proletariado internacional contra el imperialismo.

II “Statu quo ante bellum”

Bajo las actuales condiciones, el proletariado ¿no puede promover su “programa de paz”, es decir, la solución a su manera de las cuestiones que han engendrado la guerra o que han surgido en el curso de su desarrollo?

Se nos ha dicho que para realizar este programa al proletariado le faltan actualmente fuerzas. Solo sería una utopía. Pero el tema es diferente si la lucha tuviese como objetivo el cese inmediato de la guerra y la paz sin anexiones, por lo tanto, el retorno al estado de cosas antes de las hostilidades. Este es un programa mucho más realista. Estas son las conclusiones a las que han llegado Martov, Martinov y otros mencheviques-internacionalistas que, sobre este punto como sobre otros, adoptan puntos de vista no revolucionarios, sino conservadores (*no* a la revolución social, *sino* restablecimiento de la lucha de clases, *no* a la [Tercera Internacional](#), *sino* regreso a la Segunda, *no* a un programa revolucionario de paz, *sino* aceptación del *status quo ante bellum*, *no* a la conquista del poder por los Consejos de Obreros y Soldados, *sino* vuelta al poder de los partidos burgueses...). Sin embargo, ¿en qué sentido se puede hablar de la “realidad” de la lucha por el cese de la guerra y la paz sin anexiones? Es indudable que la guerra terminará tarde o temprano. En el sentido “atentista [espera]” el eslogan de cese de la guerra es, sin discusión, “realista”, porque es cegadora por lo evidente. Pero ¿en el sentido revolucionario?... ¿No es utópico imaginarse que el proletariado tenga suficiente fuerza para detener la guerra contra la voluntad de los dirigentes? ¿A causa de esto, no es necesario rechazar el eslogan de cese de guerra? Llevemos más lejos aún nuestro razonamiento. ¿Bajo qué condiciones se hará el cese de guerra? Aquí, si se razona teóricamente, se presentan tres posiciones típicas: -1) victoria decisiva de uno de los dos campos; -2) agotamiento general de los beligerantes, en ausencia de una superioridad aplastante de uno de ellos, -3) intervención del proletariado revolucionario deteniendo el desarrollo “natural” de las hostilidades.

Está bien claro que, si la guerra termina con la victoria total de uno de los campos, sería ingenuo contar con una paz sin anexiones. Si Scheidemann y Landsberg intervienen en el parlamento a favor de una paz así, es con el cálculo que estas protestas no impedirán proceder a anexiones “beneficiosas”. Nuestro generalísimo, Alexeiev, tratando la paz sin anexiones de “frase utópica”, ha concluido firmemente que el objetivo primordial era la ofensiva y que, en caso de éxito, todo el resto se arreglaría por sí mismo⁵⁴. Para arrancar las anexiones de las manos de la potencia victoriosa, armadas de cabo a rabo, al proletariado le hará falta, además de la buena voluntad, la fuerza revolucionaria y la capacidad de ponerla en acción. En ningún caso, el proletariado tendría a su disposición los medios “económicos” indispensables para hacer renunciar al botín que el vencedor se ha apropiado.

El segundo punto, sobre el que se basan los partidarios de la “paz sin anexiones y sin nada más”, supone que la guerra, si no es interrumpida por la intervención del proletariado, agotando a todas las fuerzas vivas de los combatientes, terminará con el debilitamiento general, sin vencedores ni vencidos. A esta situación, en que el militarismo se revela demasiado débil para conquistar y el proletariado demasiado débil para hacer la revolución, los internacionalistas pasivos quieren aplicarle el programa de “paz sin anexiones” que formulan como el regreso al *status quo ante bellum*. Pero aquí el realismo descubre su Talón de Aquiles. Si la guerra acaba en “partida nula” no excluye para nada

⁵⁴ La destitución del general no objeta en nada a la justicia de sus declaraciones.

las anexiones. Al contrario, las *postula*. Si ninguno de los bloques beligerantes triunfa, esto no significa que Serbia, Grecia, Bélgica, Polonia, Persia, Siria, Armenia, etc., permanecerán intactas. Al contrario, las anexiones se harán a costa de los más débiles. Para impedir este juego de “compensaciones”, es necesario que el proletariado entre directamente en lucha contra los dirigentes. Los artículos, los mítines, las intervenciones parlamentarias, e incluso las manifestaciones en las calles, nunca han impedido ni impedirán que los gobernantes (mediante acuerdo o acuerdos) hagan conquistas territoriales y opriman a las naciones débiles.

El tercer punto es el más claro de todos. Propone que el proletariado internacional se subleve con tal fuerza que paralice y detenga la guerra. Es evidente que, manifestando semejante vigor, no se limitará a realizar un programa puramente conservador.

Por tanto, la realización de una paz sin anexiones supone, *en todos los casos*, un movimiento revolucionario potente. Pero si se supone la existencia de tal movimiento, el programa indicado es miserable en relación a lo que podría ser. El *statu quo ante bellum* (este producto de las guerras, de las exacciones, de las opresiones, del legitimismo, de la hipocresía de los diplomáticos y de la estupidez de los pueblos) queda como el único contenido positivo del eslogan “guerra sin anexiones”.

En su lucha contra el imperialismo, el proletariado no puede fijarse como objetivo el regreso al viejo mapa europeo; debe promover *su propio programa de relaciones gubernamentales y nacionales* respondiendo a las tendencias fundamentales del desarrollo económico, al carácter revolucionario de la época y a los intereses socialistas del proletariado.

Aisladamente, el eslogan “sin anexiones” no procura ningún criterio de orientación política para las cuestiones que surgen en el curso de la guerra. Si se supone que Francia recupere Alsacia y Lorena ¿la socialdemocracia alemana, siguiendo a Scheidemann, tendrá la obligación de exigir el regreso de esas provincias a Alemania? ¿Exigiremos el retorno del Reino de Polonia a Rusia? ¿Debemos esperar que Japón restituya Kiao-Cheu... a Alemania? ¿Italia devolverá sus conquistas del Trento? Incluso solamente suponerlo sería pura imbecilidad. ¿Nos mostraríamos partidarios del legitimismo, es decir, defensores de los derechos dinásticos e “históricos” en el más puro espíritu reaccionario? ¡Lástima que la realización de ese programa exija la revolución!

Sólo podemos adelantar el siguiente principio: *pedir la opinión al pueblo interesado*. Cae por su peso que este criterio no es absoluto. Así, los socialistas franceses hacen de la cuestión alsaciana una vergonzosa comedia: primero se ocupa, y luego se reclama el consentimiento de la población. Es seguro que un auténtico plebiscito sólo puede tener lugar bajo *condiciones revolucionarias*, cuando la población pueda pronunciarse libremente, no frente a la boca de un revólver, sea francés o alemán.

El único sentido verdadero del eslogan “sin anexiones” conduce a la declaración contra *nuevas conquistas territoriales*, es decir a la negación de la expresión del *derecho de los pueblos a la autodeterminación*. Pero vemos que este famoso derecho “democrático sin discusión”, se cambia inevitablemente en derecho para las naciones fuertes a dominar a las débiles, en “papel mojado”, y hará de Europa un mapa político en el que las naciones separadas por las barreras aduaneras chocarán sin cesar en sus luchas imperialistas. Este estado de cosas no puede ser impedido más que por la *revolución proletaria*. *El centro de gravedad de la cuestión radica en la realización del programa proletario de paz y de la revolución social*.

III El derecho a la autodeterminación

Más arriba hemos visto que la socialdemocracia no puede dar un solo paso adelante en el terreno de los agrupamientos nacionales y gubernamentales sin el principio

de autodeterminación, que es el derecho de cada pueblo a elegir *su destino gubernamental*, es decir, el derecho a separarse de un gobierno que domina varias nacionalidades (por ejemplo: Rusia y Austria). Democráticamente hablando, el único medio de conocer la voluntad de un pueblo es consultarlo por la vía del referéndum. Pero, en realidad, esta obligación democrática sigue siendo puramente *formal*. No nos dice nada sobre las posibilidades reales, las vías y los medios, de la autodeterminación nacional bajo las actuales condiciones de la economía capitalista. Y justamente ahí está el centro de gravedad de la cuestión.

Si no para la mayoría de las naciones oprimidas sí que para muchas de ellas la autodeterminación significa la ruptura de las fronteras y el desmembramiento de las potencias actuales. Este principio democrático conduce, en particular, a la liberación de las colonias. La política imperialista apunta a la ampliación de las fronteras, a la absorción de las naciones débiles y a la conquista de nuevas colonias. El imperialismo es expansivo y *ofensivo* por naturaleza, y se caracteriza por esta cualidad, no por las tortuosas maniobras de los diplomáticos.

De esta manera, el principio de autodeterminación nacional, que conduce, en numerosos casos, a la descentralización estatal y económica (desmembramiento, declive), choca de forma hostil con los esfuerzos centralizadores del imperialismo que posee el aparato del poder y la fuerza militar. Es verdad que a menudo el movimiento separatista nacional encuentra un apoyo en el imperialismo del estado *vecino*. Pero esta ayuda sólo se demuestra eficaz en el caso de cambio de la relación de las fuerzas militares. Apenas se llega a un choque entre dos potencias imperialistas, las *nuevas* fronteras se definen, no sobre la base del principio nacional, sino sobre la de las relaciones de fuerza presentes. *Obligar* al vencedor a renunciar a la anexión de los territorios conquistados es tan difícil como forzarlo a ofrecer por adelantado la libertad de elección a las provincias ocupadas. Incluso si se produjese el milagro (esto es lo que parlotean los semifantásticos, semicanallas del tipo Hervé) que Europa, por la fuerza de las armas, fuese repartida en gobiernos nacionales perfectos, la cuestión nacional tampoco sería resuelta. Al día siguiente, luego de un reparto “equitativo”, la expansión capitalista recomenzaría su obra, se multiplicarían los conflictos, estallarían las guerras con nuevas conquistas, y esto sería el aplastamiento definitivo del derecho de autodeterminación, para el que no hay bastantes bayonetas para defenderlo.

Esto sería como si se obligase a jugadores profesionales, a mitad de una partida “leal”, a repartir sus ganancias para recomenzar el juego con dos veces más medios para hacer trampas.

Pero frente a la potencia de las tendencias centralizadoras del imperialismo, no se deduce que debamos plegarnos a ellas. La colectividad nacional es un hogar viviente de cultura, tanto como la lengua nacional su organismo vivo, y ambos conservan su significado durante un tiempo indeterminado de períodos históricos. La socialdemocracia quiere y debe, en interés de la cultura material y espiritual, garantizar la libertad de desarrollo (o de formación), porque retoma de la burguesía revolucionaria el principio democrático de la autodeterminación como deber político.

El derecho a la autodeterminación no debe ser separado del programa proletario de paz; pero no puede pretender tener un significado *absoluto*. Al contrario, para nosotros está limitado por las tendencias progresivas del desarrollo histórico. Si bien el “derecho” debe ser opuesto (en el plano de la lucha revolucionaria) a los métodos centralizadores del imperialismo, el proletariado, por otro lado, no puede tolerar que una “frontera nacional” se atravesase en la ruta del progresismo que planifica la economía mundial. El imperialismo es la expresión capitalista y rapaz de esta tendencia de la economía. Hay que arrancarse definitivamente el absurdo de la limitación nacional, como ésta fue

arrancada del absurdo de la limitación de la aldea y del distrito. Al luchar contra las formas imperialistas de la centralización económica, el socialismo no solamente no ataca esta tendencia, sino que, por el contrario, hace de ella su principio director.

Desde el punto de vista del desarrollo histórico, como del de las cuestiones planteadas a la socialdemocracia, la tendencia centralizadora de la economía actual se revela *fundamental*, y hay que garantizarle el cumplimiento de su misión histórica: *la edificación de una economía mundial unida*, independientemente de las ramificaciones nacionales, sometida únicamente a las exigencias del suelo, del subsuelo, del clima y del reparto del trabajo. A los polacos, serbios, alsacianos, dálmatas, belgas y demás pueblos pequeños no conquistados todavía se les podrán restablecer sus derechos y sus fronteras y podrán gozar de su cultura propia, siempre que no se opongan económicamente unos a otros. En otros términos, para que todos estos pueblos no se sientan molestos con su unión, es preciso que sean destruidas las fronteras que los encarcelaban hasta ahora. Es necesario que los marcos del estado, como organización *económica, no nacional*, sean ampliados y abracen a toda Europa. Solamente en la unión económica de los países europeos, liberados de las obligaciones aduaneras, es posible hacer vivir una cultura nacional y un desarrollo desembarazados de los antagonismos nacionales y económicos.

Esta dependencia directa de la autodeterminación de los pueblos débiles le niega al proletariado la posibilidad de plantear el problema, por ejemplo, de la independencia de Polonia o de la unión de los serbios *al margen de la revolución europea*. Pero esto significa, por otro lado, que el derecho a la autodeterminación, como parte constituyente del programa proletario de paz, posee un carácter no “utópico”, sino revolucionario. Esta concepción está dirigida, primeramente, contra los alemanes David y Landsberg que, desde lo alto de su “realismo” imperialista, tratan el principio de independencia como un romanticismo reaccionario; en segundo lugar, contra los simplificadores de nuestro propio campo revolucionario, que declaran que este principio no es realizable más que por el socialismo, y se liberan así de la necesidad de dar una respuesta de principios a los problemas nacionales planteados por la guerra.

Entre el actual estado general y el socialismo se extiende la gran época de la *revolución social*, es decir, la de la lucha abierta del proletariado por la conquista del poder y la utilización de éste para la democratización de las relaciones colectivas y la conversión de la sociedad capitalista en una sociedad socialista. No será una época de paz y de calma, sino, muy por el contrario, un período de extrema tensión, el de la sublevación de los pueblos, de guerras, de ampliación de los intentos del régimen socialista, de reformas socialistas. Esta época le exigirá al proletariado una respuesta directa y activa a la cuestión planteada por las condiciones futuras de existencia de naciones y de relaciones mutuas con el gobierno y la economía.

IV Los Estados Unidos de Europa

Más arriba, hemos tratado de establecer que la unión económica y política de Europa es la base indispensable de la posibilidad de la autodeterminación nacional. Al igual que el eslogan independencia nacional para los serbios, griegos, búlgaros, etc. no es más que pura abstracción sin el eslogan complementario “República Federativa Balcánica”, a escala europea, el derecho a la autodeterminación sólo tomará consistencia en las condiciones de una República Federativa Europea.

Si el eslogan de una democracia federativa era de esencia puramente proletaria en los Balcanes, lo es con más razón en el resto de Europa, en donde el antagonismo capital-proletariado es incomparablemente más fuerte.

La supresión de las aduanas “internas” es una dificultad más o menos insuperable para la política burguesa (y sin ella, todos los arbitrajes y los códigos son tan eficaces

como la neutralidad belga). El esfuerzo hacia la unión del mercado europeo, y el de apoderarse de los países subdesarrollados no europeos, ambos creados por el desarrollo del capitalismo, chocan con la gran resistencia de las clases capitalistas y agrarias, en manos de las cuales el aparato aduanero en relación con el aparato militar (sin el cual el primero no es nada) es un instrumento irremplazable de explotación y enriquecimiento.

La burguesía financiera e industrial húngara se opone a la unión económica con Austria, mucho más desarrollada en su sistema capitalista. La burguesía austrohúngara es hostil a una unión aduanera con Alemania, mucho más fuerte. Los partidos que defienden a los terratenientes alemanes no consentirán nunca voluntariamente la supresión de las tasas sobre el trigo. Que los intereses económicos de las clases poseedoras de los Imperios Centrales no armonizan fácilmente con el de los capitalistas anglo-franco-rusos lo demuestra elocuentemente la guerra actual. El desacuerdo de intereses capitalistas en el seno mismo del campo aliado es todavía más visible que entre los partidarios de la Triple Alianza. Bajo estas condiciones, una unión económica europea realizada *desde arriba* no es más que pura utopía. No podrá tratarse más que de medidas y compromisos parciales. Esta unión, fuente de desarrollo tanto de la producción como de la cultura, sólo puede ser realizada por el proletariado combatiendo al proteccionismo imperialista y a su instrumento, el militarismo.

Los Estados Unidos de Europa, sin monarquía, sin ejército permanente y sin diplomacia secreta, he ahí la cláusula más importante del programa de paz proletario.

La ideología y la política del imperialismo alemán han hecho promover más de una vez un programa de “Estados Unidos”, es decir de Estados de Europa Central. Unir Europa por la violencia, tal es la característica de este programa, tanto como el de los franceses que preconizan desmembrar Alemania.

Si los ejércitos alemanes hubieran alcanzado esa victoria decisiva descontada al inicio de la guerra, el imperialismo alemán habría hecho la gigantesca tentativa de realizar la alianza aduanera y militar de los estados europeos, hecha de extorsiones y compromisos que le habrían quitado todo carácter progresivo al mercado europeo. No vale la pena hacer notar que bajo esas condiciones no se trata más que de una autonomía de naciones reunidas por la fuerza en una caricatura de Estados Unidos Europeos. Esta perspectiva nos ha sido opuesta con el pretexto de que nuestra idea puede, en ciertas condiciones, tomar una realidad “reaccionaria” de imperialismo monárquico. Justamente esta perspectiva presenta el más puro testimonio a favor del valor realizador de nuestra consigna. Si el militarismo alemán lograra unir con la violencia a la mitad de Europa, ¿cuál sería la consigna del proletariado europeo? ¿La ruptura de la unión europea maniatada y el retorno de los pueblos al aislamiento nacional? ¿El restablecimiento de aduanas “autónomas”, de monedas “nacionales”, de un código social “nacional”? Evidentemente no. El programa revolucionario comporta la destrucción de la forma antidemocrática de una unión realizada mediante la violencia. Con otras palabras, nuestro eslogan: sin ejército permanente y sin monarquía, es el eslogan unificador y directriz de la revolución europea.

Tomemos la segunda hipótesis, “la partida nula”. Al inicio de la guerra, el eminente profesor List, propagandista de la “Europa Unida”, demostraba que incluso si Alemania no ganase, la unión se haría y de manera más completa aún. Empujados por sus necesidades de expansión, pero incapaces de medirse unos con otros, los estados europeos continuarían cumpliendo su “misión” en África, en Extremo Oriente y en Asia, y se verían contenidos por los USA y Japón. Por tanto, la necesidad de ponerse de acuerdo (siguiendo a List) en el plano económico, obligaría a las principales potencias a unirse contra las naciones débiles y, esto cae por su peso, ante todo contra las masas trabajadoras. Ya hemos mostrado los obstáculos enormes que encontraría la realización de este programa.

La superación de estos obstáculos, incluso a medias, significaría la creación de un trust imperialista de las potencias europeas, de una camaradería de rapaces. Y esta perspectiva es la que nos han opuesto, a guisa del peligro que presentaría la consigna “Estados Unidos de Europa”, mientras que, en realidad, es la demostración más clara de su significado realista y revolucionario. Si las potencias capitalistas se reunieran en un trust, sería un paso de hecho en relación con la situación *actual*, porque sería una base material y colectiva para el movimiento obrero. En este caso, el proletariado no tendría que combatir ya no contra el retorno a un gobierno nacional, sino por la conversión de un trust en una República Federativa Europea.

Desde arriba, se habla de estos amplios planes de unificación de Europa tanto menos cuanto que la guerra se prolonga, dejando al desnudo la total incapacidad del militarismo para dirigir las cuestiones que han provocado la guerra. En lugar de “Estados Unidos” imperialistas, han salido planes de unión económica entre Alemania y Austria, por un lado, de los países de la Entente, por el otro, con tarifas aduaneras de combate. Después de lo que acabamos de decir, no vale la pena insistir sobre el enorme significado que tomaría la política del proletariado luchando contra las barreras aduaneras y diplomáticas. Ahora, tras la enorme esperanza suscitada por la revolución rusa, tenemos fundamentos para pensar que en el curso de esta guerra se desarrollará en Europa un gran movimiento obrero. Está claro que éste no puede esperar la victoria más que siendo *paneuropeo*. Si se mantiene en los marcos de la nación, se expone a su derrota. Nuestros socialpatriotas llaman la atención sobre el peligro que el militarismo alemán hace correr a la revolución rusa. Este peligro es indiscutible, pero no es el único. Los militarismos inglés, francés e italiano, no son menos peligrosos que la máquina de guerra de los Hohenzollern. Para salvarse, la revolución rusa debe extenderse a toda Europa. Si el movimiento revolucionario afecta a Alemania, su proletariado debería buscar y encontrar un eco revolucionario en los países “hostiles” de occidente, y si en uno de esos países los proletarios le arrancasen el poder a la burguesía, estarían obligados a socorrer a sus hermanos de los demás países, aunque sea para conservar su poder. En otros términos, el establecimiento de la dictadura del proletariado no es “pensable” más que en su expansión por toda Europa, por tanto, pues, bajo la forma de una República Federativa Europea. La Unión Europea, no realizada por la espada y por los acuerdos diplomáticos, será el problema ineludible que se le planteará al proletariado victorioso.

Estados Unidos de Europa, tal es el eslogan de la época en la que acabamos de entrar. Sean cuales sean las operaciones militares, sean cuales sean los balances que mostrará la diplomacia, sea el que sea el tiempo de desarrollo del movimiento obrero, el eslogan “Estados Unidos de Europa” recibirá un enorme significado como fórmula de lucha del proletariado europeo para conquistar el poder. En este programa está incluido el hecho de que el gobierno nacional ha vivido en tanto que base del desarrollo de la producción, de la lucha de clases; se transforma en dictadura del proletariado. Nuestro rechazo a la “defensa de la patria” deja de ser un acto puramente negativo de autodefensa ideológica y política, y recibe toda su significación revolucionaria en el caso únicamente en que opongamos, a la defensa conservadora de una patria nacional obsoleta, la concepción mucho más elevada de “patria” de la revolución, la república europea, en la que sólo su advenimiento permite al proletariado revolucionar y organizar el mundo.

He ahí la respuesta a quienes preguntan dogmáticamente “¿Por qué la unificación de Europa y no la del mundo entero?”. Europa no es sólo una apelación geográfica, sino una colectividad económica y de cultura histórica. La revolución europea no tiene que esperar a la revolución en Asia y en África, tampoco en América y en Australia. Una revolución victoriosa en Rusia o en Inglaterra es impensable sin una revolución en Alemania, y viceversa. La guerra se llama mundial, pero, incluso con la intervención de

los USA, es europea a pesar de todo. Los problemas revolucionarios le siguen planteados al proletariado europeo.

Cae por su peso que los Estados Unidos de Europa no serán más que uno de los dos ejes de la organización mundial económica. El segundo está constituido por los Estados Unidos de América.

La única concepción histórica un poco concreta contra el eslogan “Estados Unidos” ha sido formulada por el periódico suizo *Socialdemócrata* en los siguientes términos: “El desarrollo desigual económico y político es una ley absoluta del capitalismo”. El diario extrae de ello la conclusión que si bien la victoria del proletariado es posible en cada país, no se deduce de ello fatalmente que esta dictadura proletaria deba arribar a la formación de los Estados Unidos de Europa. Que el desarrollo capitalista es desigual en los diferentes países, es una concepción absolutamente indiscutible. Pero esta desigualdad es ella misma desigual. Los niveles capitalistas en Inglaterra, Austria, Alemania y Francia, no son los mismos. Pero en relación con Asia y África, estas naciones representan una “Europa” capitalista madura para la revolución. Que cada nación no debe “esperar” a las otras en su lucha, es un pensamiento elemental que es bueno e indispensable repetir, con el fin de que la idea de un internacionalismo paralelo no se convierta en el de un internacionalismo atentista [de esperar]. Sin esperar a los demás, nosotros proseguimos nuestra lucha con la firme convicción que nuestra iniciativa dará el impulso deseado a la lucha de los demás países; si esto no se produjese, sería desesperante pensar (como lo atestiguan las experiencias históricas y las concepciones teóricas) que, por ejemplo, la Rusia revolucionaria podría encontrarse frente a una Europa conservadora, o que la Alemania socialista podría seguir estando aislada en un mundo capitalista.

Examinar las perspectivas de revolución social en las fronteras de los marcos nacionales sería ser víctima de una estrecha concepción nacional, que constituye la esencia del nacionalpatriotismo. Vaillant consideraba a Francia como la tierra prometida de la revolución social, y en ese sentido, la defendía hasta el final. Lentsch y otros (unos hipócritamente, otros abiertamente) piensan que la defensa de Alemania significaría la ruina de las bases de la revolución social. Al fin de cuentas, nuestros Tsereteli y Chernov, introduciendo entre nosotros la lamentable experiencia del ministerialismo francés, juran que su política sirve a la causa de la revolución y no tiene nada en común con la política de Guesde y de los Sembat. No hay que olvidar que el socialpatriotismo, junto a un reformismo vulgar, contiene un mesianismo nacionalrevolucionario que contempla a su propio país (por la industria, o por sus formas democráticas, o por sus conquistas revolucionarias) como el único elegido para guiar a la humanidad hacia el socialismo o la democracia. Si una revolución victoriosa fuese “pensable” en los límites de una nación mejor preparada, ese mesianismo, ligado al programa de defensa nacional, encontraría su justificación histórica. Pero en realidad no la posee. Luchar con semejantes métodos para conservar la base nacional de la revolución, métodos que rompen los lazos internacionales del proletariado, es minar virtualmente la revolución que sólo puede debutar sobre una base nacional, pero que no puede expandirse completamente a causa de la interdependencia económica y políticomilitar de los estados europeos que la guerra actual ha puesto en evidencia más que nunca. Esta interdependencia que justifica las actividades comunes de los proletarios europeos, ofrece toda su expresión a la consigna Estados Unidos de Europa.

El socialpatriotismo que, de principios, si no siempre de hecho, conduce a las conclusiones del socialreformismo, nos propone dirigir la política del proletariado siguiendo la línea del “mal menor”, es decir, adhiriendo a uno de los grupos beligerantes. Rechazamos este método. Afirmamos que esta guerra preparada por el desarrollo

capitalista ha planteado brutalmente los problemas *fundamentales* del desarrollo capitalista contemporáneo *integralmente*, y que la línea de conducta del proletariado internacional debe definirse no por signos secundarios políticos y nacionales (pues sería necesario pagar estas inciertas ventajas con la renuncia a una política independiente del proletariado), sino por el antagonismo de base entre el proletariado internacional y el régimen capitalista en su conjunto.

Plantear así esta cuestión de principios es el único medio de conferirle su carácter revolucionario. Por sí sola justifica, en la teoría y en la práctica, la táctica del proletariado internacional.

Negando el estado (no en nombre de la propaganda, sino en nombre de la clase más importante) el internacionalismo no se lava pasivamente del “pecado” de la catástrofe, sino que afirma que la suerte del proletariado mundial no está ligada a la del gobierno nacional, éste, por el contrario, debe dejar lugar a una organización más elevada en cultura y en economía, descansando sobre bases más amplias. *Si el problema del socialismo pudiera coincidir con el marco del estado nacional, coincidiría con la defensa nacional.* Pero el problema del socialismo se plantea ante nosotros sobre bases imperialistas cuando el capitalismo está obligado a romper los marcos nacionales y gubernamentales.

La semiunificación imperialista de Europa podría esperarse, como hemos tratado de demostrarlo, como una victoria total de uno de los adversarios, o por un cese indeciso de la guerra. En uno u otro caso, esta unificación sería la negación del derecho a la autodeterminación de las pequeñas naciones y la centralización de todas las fuerzas de la reacción monárquica, ejército permanente y diplomacia secreta.

La unificación republicana y democrática de Europa, única capaz de garantizar el desarrollo nacional, solo puede hacerse por la vía de la lucha revolucionaria contra el centralismo militarista, dinástico e imperialista, y por el levantamiento de las diferentes naciones. Pero la revolución europea victoriosa, cualquiera hayan sido sus peripecias en las distintas naciones (en ausencia de otras clases revolucionarias) únicamente puede darle el poder al proletariado. En consecuencia, los Estados Unidos de Europa representan, ante todo, la única forma imaginable de la dictadura del proletariado europeo.

Epílogo de 1922

Programa de paz sigue estrechamente la tesis expuesta en el primer tomo de *La guerra y la revolución*.⁵⁵

Hemos repetido varias veces que la revolución proletaria no puede expandirse de manera victoriosa en los marcos nacionales. Esta afirmación podría parecer a algunos lectores negada por la experiencia de casi cinco años de nuestra República Soviética. Pero esta conclusión no está fundamentada. El hecho de que el poder obrero haya podido mantenerse contra el mundo entero, y en un solo país, por lo demás, atrasado, rinde testimonio de las colosales capacidades del proletariado, que, en los países más avanzados, más civilizados, obraría milagros. Pero, en el sentido político y militar, en tanto que gobierno, nosotros no hemos llegado a la formación de un estado socialista, e incluso ni nos hemos aproximado. La lucha por la conservación del poder revolucionario ha provocado una disminución extraordinaria de las fuerzas productivas; ahora bien, el socialismo sólo es imaginable por el crecimiento y plenitud de éstas. Las negociaciones aduaneras con los estados burgueses, las concesiones, la Conferencia de Ginebra, son un testimonio aplastante de la imposibilidad de la edificación aislada del socialismo en los

⁵⁵ De próxima edición en esta misma serie de nuestras EIS.

marcos nacionales. Mientras los demás estados posean gobiernos burgueses, en nuestra lucha contra el aislamiento económico nos veremos forzados a buscar acuerdos con el mundo capitalista; podemos afirmar con certeza que estos acuerdos pueden ayudarnos a curar nuestras heridas, a avanzar un poco, pero el grandioso impulso de la economía socialista en Rusia no será posible más que con la victoria del proletariado en las principales naciones europeas.

Los acontecimientos de los últimos años rinden un claro testimonio de que Europa forma un todo, no solamente geográfico, sino económico y político: la decadencia de Europa, la creciente potencia de los USA, las tentativas de Lloyd George de salvar a Europa mediante la combinación de los métodos del imperialismo y del pacifismo.

Actualmente, el movimiento obrero europeo se encuentra en un período de actividad defensiva, reuniendo sus fuerzas y preparándose. Un nuevo período de combates revolucionarios, declarados en vistas a la toma del poder, empuja inevitablemente hacia delante la cuestión de la interacción de los pueblos de la Europa revolucionaria. La única solución a esta cuestión es la creación de los Estados Unidos de Europa. En tanto que la experiencia de Rusia ha hecho avanzar el poder soviético como la forma más natural de la dictadura del proletariado, en tanto que la vanguardia proletaria de otros países ha admitido, como principio, esta forma de poder, podemos augurar que, a partir del renacimiento de la lucha directa por la conquista del poder, el proletariado europeo promoverá el programa de la República Soviética Europea. En la actualidad, la experiencia de Rusia es rica en enseñanzas. Bajo el régimen proletario, atestigua la perfecta armonía de la autonomía nacional y cultural más amplia con el centralismo económico.

En este sentido, la consigna “Estados Unidos de Europa”, traducida al lenguaje del gobierno soviético, conserva no solamente su sentido propio, sino que promete desvelar su inmenso significado en la inminente época de la revolución social.

A modo de epílogo 2: El pacifismo, al servicio del imperialismo

(Mediados junio de 1917)

Nunca el mundo ha contado con tantos pacifistas, precisamente ahora que los hombres se matan entre ellos. Cada época histórica no solamente tiene sus técnicas y formas políticas propias, sino, también, su hipocresía específica. En determinado período, los pueblos se exterminaban mutuamente en nombre de las enseñanzas del cristianismo, del amor a la humanidad. En adelante únicamente los gobiernos más reaccionarios se acogen a Cristo. Las naciones progresistas se degüellan mutuamente en nombre del pacifismo. Wilson arrastra a los Estados Unidos a la guerra en nombre de la Liga de las Naciones y la paz perpetua. Kerensky y Tsereteli abogan por una nueva ofensiva pretendiendo que ésta acercará la paz.

Hoy en día carecemos cruelmente del verbo satírico y la indignación de Juvenal. Sea como sea, incluso las armas satíricas más corrosivas se muestran impotentes e ilusorias ante la alianza triunfante de la infamia y la servidumbre (dos elementos que, con esta guerra, se han desarrollado sin traba alguna).

El pacifismo pertenece al mismo linaje histórico que la democracia. La burguesía intentó realizar su gran obra histórica tratando de poner todas las relaciones humanas bajo

la autoridad de la razón, y reemplazar las tradiciones ciegas y estúpidas por las herramientas del pensamiento crítico. Las ataduras que los gremios le anudaban a la producción, los privilegios que paralizaban a las instituciones políticas, la monarquía absoluta... todo esto no eran más que vestigios de las tradiciones de la Edad Media. La democracia burguesa tenía una absoluta necesidad de la igualdad jurídica para permitir la expansión de la competencia y del parlamentarismo, para administrar los asuntos públicos. También buscó regular de la misma forma las relaciones entre las naciones. Pero, en este punto, tropezó con la guerra, es decir una forma de solucionar los problemas que representa una total negación de la “razón”. Entonces comenzó a decirles a los poetas, filósofos, moralistas y hombres de negocios, que sería mucho más productivo para ellos llegar a la “paz perpetua”. Y éste es el argumento lógico que se encuentra en la base del pacifismo.

La tarea original del pacifismo, sin embargo, es fundamentalmente la misma que la de la democracia burguesa. Su crítica sólo aborda la superficie de los fenómenos sociales, no se atreve a ir al grano, a cortar la carne al vivo y llegar a las relaciones económicas que los sustentan. El realismo capitalista juega con la idea de una paz universal basada en la armonía de la razón, y lo hace de una forma que más cínica con las ideas de la libertad, la igualdad y la fraternidad. El capitalismo ha desarrollado la técnica sobre una base racional, pero ha fracasado en racionalizar las condiciones económicas. Ha puesto a punto armas masivas de exterminio con las que jamás podrían haber soñado los “bárbaros” de la época medieval.

La rápida internacionalización de las relaciones económicas, y el constante crecimiento del militarismo, le han quitado al pacifismo todo fundamento sólido. Pero al mismo tiempo, estas mismas fuerzas le han procurado una nueva aura que contrasta tanto con su antigua apariencia como una rojiza puesta de sol difiere de un alba rosácea.

Los diez años que precedieron a la guerra mundial se califican generalmente como “paz armada”, cuando resulta que se trata, de hecho, de un período de guerra ininterrumpida en los territorios coloniales.

La guerra ha castigado duramente a las zonas pobladas por pueblos débiles y atrasados; ha llevado a la participación de África, Polinesia y Asia, y ha abierto la vía a la guerra actual. Pero, como en Europa no se ha estallado ninguna guerra desde 1871, aunque se hayan producido conflictos limitados pero agudos, los pequeñoburgueses se han mecido en una dulce ilusión: en la existencia y el refuerzo continuo de un ejército nacional que garantizaría la paz y permitiría algún día la adopción de un nuevo derecho internacional. Evidentemente, los gobiernos capitalistas y el gran capital no se opusieron a esta interpretación “pacifista” del militarismo. Durante ese tiempo, los preparativos del conflicto mundial alcanzaban su apogeo y la catástrofe se iba a producir muy pronto.

Teórica y políticamente, el pacifismo descansa exactamente sobre la misma base que la doctrina de la armonía social entre los intereses de clase diferentes.

La oposición entre estados capitalistas nacionales tiene exactamente la misma base económica que la lucha de clases. Si se cree posible una atenuación gradual de la lucha de clases, entonces también se creará en la atenuación gradual y en la regulación de los conflictos nacionales.

La pequeña burguesía siempre ha sido el mejor guardián de la ideología democrática, de todas sus tradiciones e ilusiones. Durante la segunda mitad del siglo XIX sufrió profundas transformaciones internas, pero todavía no había desaparecido de escena. En el mismo momento en el que el desarrollo de la técnica capitalista minaba permanentemente su papel económico, el sufragio universal y el servicio militar obligatorio le ofrecieron, gracias a su fuerza numérica, la ilusión de ejercer un papel político. Cuando el pequeño patrón lograba no resultar aplastado por el gran capital, el

sistema de crédito se encargaba de someterlo. A los representantes del gran capital no le quedaba ya nada más que hacer que subordinar a la pequeña burguesía en el terreno político sirviéndose de sus teorías y prejuicios y confiriéndoles un valor ficticio. Tal es la explicación del fenómeno que se puede observar durante la década precedente a la guerra: entonces el campo de influencia del imperialismo reaccionario se ampliaba y alcanzaba un terrorífico nivel al mismo tiempo que florecían las ilusiones reformistas y pacifistas en la democracia burguesa. El gran capital había domesticado a la pequeña burguesía para que sirviese a sus fines imperialistas apoyándose en los prejuicios específicos de esta clase.

Francia es el ejemplo clásico de ese doble proceso. En ese país dominado por el capital financiero existe una pequeña burguesía numerosa y generalmente conservadora. Gracias a los préstamos al extranjero, a las colonias, a la alianza con Rusia e Inglaterra, la capa superior de la población se ha visto implicada en todos los intereses y conflictos del capitalismo mundial. Al mismo tiempo, la pequeña burguesía francesa sigue siendo provinciana hasta la médula. La pequeña burguesía siente un miedo instintivo ante los asuntos mundiales y, durante toda su vida, sufre horror ante la guerra, esencialmente porque sólo tiene un hijo al que dejará su negocio y muebles. Este pequeño burgués envía a un radical burgués a representarlo en el parlamento porque ese señor promete que preservará la paz gracias a la Liga de las Naciones, por una parte, y, por otra parte, a los cosacos rusos que le partirán la cabeza al Káiser por él. Cuando el diputado radical, salido de su pequeño ambiente de abogados de provincias, llega a París, está animado por una sólida fe en la paz. Sin embargo, sólo tiene una vaga noción de la localización del Golfo Pérsico y no sabe si el ferrocarril de Bagdad es necesario ni a quién pueda serle útil. En ese ambiente de diputados “pacifistas” es en el que se rebusca para formar los gobiernos radicales. E inmediatamente, éstos se ven enredados en las ramificaciones de todas las precedentes obligaciones diplomáticas y militares suscritas con Rusia, África y Asia en nombre de diversos grupos de interés financieros de la bolsa francesa. El gobierno y el parlamento jamás han abandonado su fraseología pacifista, pero, al mismo tiempo, han proseguido una política exterior que finalmente ha llevado a Francia a la guerra.

Los pacifismos inglés y norteamericano (aunque las condiciones sociales e ideológicas de esos países difieran considerablemente de las de Francia, y a pesar de la ausencia de cualquier ideología en Norteamérica) cumplen esencialmente la misma tarea: ofrecen una válvula de escape al miedo de los ciudadanos pequeñoburgueses ante las sacudidas mundiales que, después de todo, no pueden hacer otra cosa más que privarlos de los últimos vestigios de su independencia; acunan y adormecen la vigilancia de la pequeña burguesía gracias a nociones como el desarme, el derecho internacional o los tribunales de arbitraje. Después, en un momento determinado, los pacifistas incitan a la pequeña burguesía a sacrificarse en cuerpo y alma al imperialismo capitalista que ya ha movilizad todos los medios necesarios para lograr ese efecto: conocimientos técnicos, arte, religión, pacifismo burgués y “socialismo” patriótico.

“Estamos contra la guerra, nuestros diputados, nuestros ministros, todos se oponen a la guerra”, se lamenta el pequeñoburgués francés: “Resulta de eso, pues, que se nos ha forzado a hacer la guerra y que para realizar nuestro ideal pacifista debemos llevar esta guerra hasta la victoria”. “¡Hasta el final!” grita el representante del pacifismo francés, el barón de Estournel de Constant para consagrar solemnemente la filosofía pacifista.

Para llevar la guerra hasta la victoria, la bolsa de Londres tiene una absoluta necesidad del respaldo de pacifistas con el temple del liberal Asquith o del demagogo radical Lloyd George. “Si esos hombres dirigen la guerra, se han dicho a sí mismos los ingleses, entonces es que tenemos el derecho de nuestra parte.”

Igual que el gas de combate o los empréstitos de guerra, que no cesan de aumentar, el pacifismo tiene, pues, su papel a jugar en el desarrollo del conflicto mundial.

En los Estados Unidos, el pacifismo de la pequeña burguesía ha desvelado su verdadero papel, el de servidor del imperialismo, de forma aún menos disimulada. Allí, como en todos los lugares, por otra parte, quienes hacen la política son los bancos y los trusts. Incluso antes de 1914, gracias al extraordinario desarrollo de la industria y de las exportaciones, los Estados Unidos ya habían comenzado a comprometerse cada vez más en la arena mundial para defender sus intereses y los del imperialismo. Pero la guerra europea ha acelerado esa evolución imperialista hasta el punto en el que ha alcanzado un ritmo febril. En el momento en el que numerosas personas virtuosas (incluyendo a Kautsky) confiaban en que los horrores de la carnicería europea inspirarían a la burguesía norteamericana un santo horror al militarismo, la influencia real del conflicto en Europa se dejaba sentir no en el plano psicológico sino en el plano material, y llevaba a un resultado exactamente inverso. Las exportaciones de los Estados Unidos, que alcanzaban en 1913 los 2.466 millones de dólares, han progresado en 1915 hasta alcanzar el increíble montante de los 5.481 millones. Naturalmente que la industria de las municiones se ha llevado la parte del león. Después surgió de golpe la amenaza de la interrupción del comercio con los países de la Entente, cuando comenzó la guerra de submarinos sin límites. En 1915, la Entente había importado 35.000 millones de bienes norteamericanos, mientras que Alemania y Austria-Hungría sólo habían importado 15 millones. Estaban en juego, pues, gigantescos beneficios, pero, también, una grave crisis del conjunto de la industria norteamericana que descansa en la industria de guerra. Esas cifras son las que debemos tener en mente si queremos comprender el reparto en Norteamérica de las “simpatías” hacia cada campo. Y los capitalistas llamaron entonces al estado: “Usted ha constituido la industria militar bajo la bandera del pacifismo, es usted, pues, quien debe encontrarnos nuevos mercados.” Si el estado no estaba en condiciones de prometer la “libre navegación de los mares” (dicho de otra forma, la libertad para extraer capital de la sangre humana), tenía que encontrar nuevos mercados para las industrias de guerra amenazadas en la misma Norteamérica. Y las necesidades de la carnicería europea llevaron, así, a una repentina y catastrófica militarización de los Estados Unidos.

Era previsible que esas medidas suscitaran la oposición de una gran parte de la población. En materia de política interna pues, calmar ese descontento de indefinidos contornos y transformarlo en cooperación patriótica constituía un desafío capital. Y por una extraña ironía de la historia, el pacifismo oficial de Wilson, tanto como el pacifismo de “oposición” de Bryan, suministró las armas más aptas para la obtención del objetivo: controlar a las masas mediante el militarismo.

Bryan expresó, alto y claro, la aversión natural de los campesinos y de todos los pequeñoburgueses hacia el imperialismo, el militarismo y el aumento de impuestos. Pero, mientras multiplicaba las peticiones y delegaciones ante sus colegas pacifistas que ocupaban los más altos cargos gubernamentales, Bryan hacía todo lo posible para romper con la tendencia revolucionaria de ese movimiento.

Bryan telegrafió a un mitin antiguerra que se celebró en Chicago en febrero con estas palabras: “Si se llega a la guerra, apoyaremos al gobierno, pero hasta ese momento nuestro deber más sagrado es hacer todo lo está en nuestras manos para evitar los horrores de la guerra.” Esas pocas palabras contienen todo el programa del pacifismo pequeñoburgués. “todo lo que está en nuestras manos para evitar la guerra” significa ofrecer un desahogo a la oposición de las masas bajo la forma de inofensivos manifiestos. Así se le asegura al gobierno que, si tiene lugar la guerra, la oposición pacifista no pondrá ningún obstáculo a su acción.

En verdad, esto es todo lo que necesita el pacifismo oficial: un Wilson que ya había dado a los capitalistas que hacen la guerra numerosas pruebas de su “disposición a combatir”. Y el mismo Señor Bryan entiende que es suficiente con haber hecho esas declaraciones, tras lo cual quedó satisfecho con apartar a un lado su estruendosa oposición a la guerra con un único objetivo: declarar la guerra. Como Wilson, Bryan se precipitó en ayuda del gobierno. Y las grandes masas, no solamente la pequeña burguesía, se dijeron: “Si nuestro gobierno, dirigido por un pacifista de reputación mundial como Wilson, puede declarar la guerra, y si el mismo Bryan puede apoyarlo en la cuestión de la guerra, entonces seguramente es que se trata de una guerra justa y necesaria”. Esto explica por qué el virtuoso pacifismo, a la moda cuáquera, apoyado por los demagogos que dirigen el gobierno, era tenido en tan alta estima por la bolsa y los dirigentes de la industria de guerra.

Nuestro propio pacifismo menchevique, socialista-revolucionario, a pesar de las diferencias de condiciones locales, ha ejercido exactamente el mismo papel a su manera. La resolución sobre la guerra, adoptada por la mayoría del Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados, no solamente se basa en los mismos prejuicios pacifistas en lo concerniente a la guerra sino, también, en las características de la guerra imperialista. El congreso afirma que “la primera y más importante de las tareas de la democracia revolucionaria” es la de acabar rápidamente con la guerra. Pero esas declaraciones sólo tienen un objetivo: en tanto que los esfuerzos internacionales de la democracia burguesa no logren acabar con la guerra, la democracia revolucionaria rusa exige con fuerza que el ejército ruso esté preparado para el combate, tanto a la defensiva como a la ofensiva.

La revisión de los antiguos tratados internacionales le obliga al Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados a someterse de buen grado a los diplomáticos de la Entente, y en su naturaleza no está liquidar el carácter imperialista de la guerra, incluso si pudiesen hacerlo. Los “esfuerzos internacionales de las democracias” abandonan al Congreso Panruso de los Sóviets y a sus dirigentes en manos de los patriotas socialdemócratas, que están atados de pies y manos a sus gobiernos imperialistas. Y esta misma mayoría del Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados, tras verse comprometida en una vía sin salida (“el fin lo más rápidamente posible de la guerra”) se ha visto llevada ahora, en lo que concierne a la política práctica, a una precisa conclusión: la ofensiva. Un “pacifismo” que se somete a la pequeña burguesía y nos lleva a apoyar la ofensiva, por descontado que se verá acogido muy calurosamente por el gobierno ruso y, también, por las potencias imperialista de la Entente.

Miliukov, por ejemplo, ha declarado que: “Nuestra lealtad hacia nuestros aliados y hacia los antiguos tratados (imperialistas) firmados nos obliga a iniciar la ofensiva.”

Kerensky y Tsereteli afirman: “Aunque los antiguos tratados no hayan sido todavía revisados, la ofensiva es inevitable.”

Los argumentos varían, pero la política es la misma. Y no puede ser de otra forma puesto que Kerensky y Tsereteli están estrechamente ligados al partido de Miliukov que se encuentra en el gobierno.

El pacifismo socialdemócrata y patriótico de Dan, igual que el pacifismo al estilo cuáquero de Bryan, sirve de hecho a los intereses de las potencias imperialistas.

Por ello la tarea más importante de la diplomacia rusa no consiste en persuadir a la diplomacia de la Entente para que revise tal o tal otro tratado, o para que derogue tal disposición, sino en convencerla de que la revolución rusa es absolutamente fiable, que se puede confiar en ella con toda seguridad.

El embajador ruso, Bachmatiev, en su discurso ante el Congreso Norteamericano del 10 de junio, también ha caracterizado la actividad del Gobierno Provisional desde este punto de vista:

Ha dicho: “todos esos acontecimientos demuestran que el poder y la representatividad del Gobierno Provisional aumenta cada día. Cuanto más aumenten, más en condiciones estará el gobierno para eliminar a los elementos desintegradores que provienen de la reacción o de la extrema izquierda. El Gobierno Provisional acaba ahora justamente de decidir tomar todas las medidas necesarias para lograrlo, incluso si es necesario utilizar la fuerza, aunque no cesa de buscar una solución pacífica para esos problemas.”

Ni por un instante se puede dudar de que el “honor nacional” de nuestros patriotas socialdemócratas se mantiene intacto cuando el embajador de la “democracia revolucionaria” se apresura a demostrarle a la plutocracia norteamericana que el gobierno ruso está presto para hacer correr la sangre del proletariado ruso en nombre de la ley y el orden. El elemento más importante del mantenimiento del orden era el apoyo leal a los capitalistas de la Entente.

Y mientras que Herr Machmatiev, con el sombrero en la mano, se dirigía humildemente a las hienas de la bolsa norteamericana, *messieurs*⁵⁶ Tsereteli y Kerensky adormecían a la “democracia revolucionaria” asegurándole que era imposible combatir a la “anarquía de la izquierda” sin utilizar la fuerza y amenazaban con desarmar a los obreros de Petrogrado y a los regimientos que los apoyaban. Ahora podemos ver que esas amenazas se proferían en un buen momento: eran la mejor garantía para los préstamos norteamericanos a Rusia.

Herr Bachmatiev podía haberle dicho a Mr. Wilson: “Ahora puede ver que nuestro pacifismo revolucionario no difiere ni un pelo del pacifismo de su bolsa. Y si pueden creer a Mr. Bryan, ¿por qué no podrían creer a Herr Tsereteli?”

⁵⁶ En francés en el original. “Señores”.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)*
 - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
 - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
 - *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
 - *09.a. Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional*
 - *09.b. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano

(enlace desde imagen)

Alejandro Proletaria

